BREVE HISTORIA de la...

RECONQUISTA

José Ignacio de la Torre

La fascinante historia del proceso de recuperación de Hispania bajo control musulmán desde el año 711. Desde los primeros gérmenes del reino asturleonés y la expansión cristiana en el siglo XIII, hasta las Taifas, las Navas de Tolosa y la entrega final del reino nazarí de Granada a los Reyes Católicos en 1492. Una rigurosa y actualizada historia de los 800 años que definen el medievo peninsular

nowtilus saber

Breve historia de la Reconquista

Breve historia de la Reconquista

José Ignacio de la Torre

nowtilus

Colección:

Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título:

Breve historia de la Reconquista

Autor:

© José Ignacio de la Torre

Director de colección:

Luis E. Íñigo Fernández

Copyright de la presente edición:

© 2018 Ediciones Nowtilus, S. L.
Camino de los Vinateros, 40, local 90, 28030 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos:

Santos Rodríguez

Diseño y realización de cubierta: Universo Cultura y Ocio
Imagen de portada: Ilustración de la Batalla de Guadalete

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN edición digital:

978-84-9967-966-2

Fecha de edición:

septiembre 2018

Depósito legal:

M-26131-2018

A mis padres

Índice

1. ¿Pero existió la Reconquista? Debate abierto

2. Hispania, 711 d. c.
   - El avance del islam por el norte de África
   - Witiza y don Rodrigo
   - La traición de don Julián
   - La desintegración del reino visigodo. La derrota de Guadalete
   - Tāriq y Mūsā. El avance imparable por la península ibérica
   - Los herederos de Witiza
   - Teodomiro de Orihuela, los Banu Qasi de Aragón y Ardobasto de Andalucía

3. La resistencia cristiana en las montañas del norte
   - El foco asturcántabro
   - El foco pirenaico. Defensa sur del reino franco
   - Almanzor

4. La península en los siglos xi y xii
   - La desintegración del califato. Cambian las tornas
   - Sancho III el Mayor
   - León y Castilla
   - Nace un nuevo reino: Portugal
   - El reino de pamplona
   - El reino de Aragón
   - Los condados catalanes en los siglos xi y xii

5. El siglo de las tropas cristianas
   - Corona de Castilla
   - Reino de Portugal
   - La Corona de Aragón

6. El Reino de Granada
   - El control del Estrecho
   - Granada y los Trastámara

La guerra de Granada. El fin de la Reconquista

7. Conclusiones

Bibliografía

Fuentes

Bibliografía general

Webgrafía

1

¿Pero existió la Reconquista? Debate abierto

En los últimos años algunos autores han negado la existencia de la invasión islámica y, por tanto, la necesidad de la recuperación militar de ese territorio perdido, es decir, niegan también la Reconquista. Para poder explicar la polémica, debemos en primer lugar entender qué significa y qué se entiende por reconquista. Es cierto que el tema ha sido objeto de gran controversia y debate ya desde el siglo XIX, cuando surge el término como una palabra cómoda para referirse a la lucha entre cristianos y musulmanes por el control de la península ibérica durante la Edad Media. La palabra en sí también parte de la base de una ocupación musulmana violenta anterior que justifica a los cristianos, justos y verdaderos posesores del territorio, para recuperarlo o reconquistarlo.

Con el tiempo, bajo el paraguas de la Reconquista, se ha acabado englobando todo el período medieval, variándose las fechas de su inicio y final respecto a lo que sucede con los restantes territorios occidentales (476-1453), para hacerlas coincidir con el inicio y final de la presencia islámica en la península, dejando en una especie de tierra de nadie el período visigodo. En resumidas cuentas, se han interconectado los términos Reconquista y Edad Media como equivalentes, no hay Edad Media sin la Reconquista ni se entiende la Reconquista sin el período medieval.

Ahora bien, que el término en sí sea decimonónico y no original de la Edad Media, no significa que haya que invalidarlo. A falta de otro término mejor, sigue siendo suficientemente adecuado como para explicar el sentimiento de los cristianos peninsulares durante el medievo, aunque ellos no lo explicasen con esa palabra.

No disponemos de fuentes contemporáneas a la invasión musulmana, la más antigua, la *Crónica mozárabe de 754*, escrita probablemente en Córdoba, ni cuenta ni explica lo sucedido cuarenta años atrás, tan solo se limita a referir varias veces que los musulmanes efectivamente sí vencieron a don Rodrigo y ocuparon con violencia la península, habla incluso de que quedó devastada, pero en ningún momento menciona puntos de resistencia cristiana en el norte ni a Pelayo ni a Covadonga. Tampoco habla

de expulsar a los invasores, pues en ese momento del año 754, la fuerza de los cristianos refugiados en el norte era nula y las tropas musulmanas campaban por la península sin ninguna oposición, aunque ya habían tenido algunos reveses como en Covadonga (722) y Poitiers (732).

La primera fuente que intenta explicarnos lo que sucedió hay que buscarla casi doscientos años después de los hechos. La *Crónica profética* de 883, en tiempos de Alfonso III, profetiza, de ahí su nombre, la expulsión de los musulmanes, su castigo y la unidad del reino bajo dicho rey, heredero por derecho de sangre —como se encarga de demostrar la *Crónica de Alfonso III* con unas genealogías dudosas— de la desaparecida monarquía visigoda. Alfonso III, así como todo su linaje, lo que harán al combatir a los musulmanes será recuperar aquello que habían perdido, una propuesta de estado de guerra continuo que tan solo podría acabar con la expulsión total de los invasores, fuese cuando fuese. La idea de la pérdida de Hispania:

> Nuestra esperanza es en ti ¡oh Cristo! para que cumplido este tiempo de 270 años desde que entraron los enemigos en Spania, sean reducidos a la nada y restablecida la paz de su santa Iglesia (porque los tiempos se reputan por años). Permítalo así Dios omnipotente para que humillada la soberbia de sus enemigos, se acreciente y prospere la Iglesia Católica. Amén.
>
> *Crónica albeldense*

Esta idea de pérdida y recuperación, que a finales del siglo IX era puramente retórica y cargada de muchas más intenciones que de realidades, se fue repitiendo y consolidando, de modo que la podemos rastrear sin muchos problemas en la cronística a lo largo de los siglos, hasta la *Crónica de Hernando del Pulgar*, en tiempos de los Reyes Católicos.

En la difusión y mantenimiento de esta idea no hay que olvidar el componente religioso. La Iglesia añadió al argumento jurídico del derecho real, el concepto del choque de religiones entre el islam invasor y la religión cristiana, la propia de las gentes del país. De esta forma cristianismo y Reconquista se fundieron en una única idea. La recuperación por derecho de linaje de las tierras perdidas en 711, imponía la vuelta del cristianismo y la desaparición, o por lo menos sometimiento, de la religión islámica.

Todo este aparato teórico creó dos bloques antagónicos, por un lado, el cristianismo representado y representante de los resistentes arrinconados en el norte y, por otro, el islam, la religión de los invasores instalados en al-Ándalus. Unos invasores musulmanes cuyo número se ha estimado en unos cincuenta mil individuos, mayormente varones, que habrían entrado en la península hasta finales del siglo VIII. Sin embargo, a mediados del siglo IX ya casi no quedaban cristianos dentro de al-Ándalus y la explicación es simple: la islamización de la península vendría con la conversión de los nativos hispanos. Sin entrar en los motivos de su conversión, lo interesante es que, al aceptar el islam, se transformaron en invasores, uno de aquellos a los que había que expulsar de territorio hispano, no tanto por aceptar como propia otra religión, sino por acatar la autoridad de los emires y califas y combatir a sus hermanos cristianos. Religión y poder político siempre unidos.

La guerra contra el islam peninsular era una guerra justa y obligatoria. Según Santo Tomás de Aquino en su *Summa Theologiae* se necesitan tres condiciones para que sea justa:

> Primera: la autoridad del príncipe bajo cuyo mandato se hace la guerra. No incumbe a la persona particular declarar la Guerra, […]. Se requiere, en segundo lugar, causa justa. Es decir, que quienes son atacados lo merezcan por alguna causa. […] Se requiere, finalmente, que sea recta la intención de los contendientes; es decir, una intención encaminada a promover el bien o a evitar el mal.

El hispano Raimundo de Peñafort, comtemporáneo y conocido de Santo Tomás,

nos dice:

> Se exigen cinco condiciones para que se pueda considerar justa una guerra, esto es, persona, objetivo, causa, intención y autoridad. La persona que sea secular, a quien le es lícito derramar sangre, no eclesiástica, a quienes les está prohibido […] salvo necesidad inevitable […]. El objetivo, que sea para la recuperación de bienes y por defensa de la patria […]. La causa, que se luche por necesidad, para alcanzar la paz […] El ánimo, que no se haga por odio o venganza […] La autoridad, que sea eclesiástica, principalmente cuando se lucha por la fe, o que sea por la autoridad del príncipe […]. Si algunos de estos criterios faltara en la guerra, será considerada injusta.

Como se puede ver, la guerra contra los musulmanes estaba más que justificada.

Una idea simple ampliamente difundida que no tiene en cuenta la realidad de la Edad Media peninsular, mucho más compleja, con múltiples claroscuros y muchos siglos de desarrollo. Aunque el enemigo con mayúsculas eran los musulmanes, no fueron pocas las veces en las que los reyes cristianos lucharon entre sí o apoyaron a los líderes musulmanes para castigar a otros reyes o para derrocar al propio; exactamente lo mismo podemos decir de los musulmanes. Es por ello que, aunque militarmente hablando la Reconquista impuso el estado de guerra continua, y siempre estuvo en la agenda de cada líder cristiano, hubo muchos períodos de paz, convivencia y, como dijimos, cooperación y colaboración entre cristianos y musulmanes.

También fueron muy habituales las conversiones, del cristianismo al islam y al contrario, no por motivos espirituales, sino políticos, por los que se utilizaba la religión como una herramienta de ascenso social. Un ejemplo claro puede ser el de los Banu Qasi, musulmanes y cristianos según el momento y la situación, pero siempre logrando mantener el estatus familiar.

Tras tanto trasvase de población, después de tantos siglos de contactos e intercambios, las diferencias desaparecieron. Musulmanes y cristianos tenían tantos puntos en común que, salvo la religión y las componendas que cada credo estipula, nos sería muy difícil diferenciarles. Al final, el mundo cristiano que tanto había sido influido por la cultura y la civilización islámica acabó influyendo sobre esta, a tal punto que acabaron por no reconocer a los múltiples invasores norteafricanos como hermanos; sus hermanos eran los que estaban en la fortaleza de enfrente, contra los que iban a luchar.

2

Hispania, 711 d. c.

El avance del islam por el norte de África

Tradicionalmente se data el inicio de la expansión del islam a partir del año 630. A la muerte de Mahoma (632), su sucesor, el califa Abu Bakr (632-634), comenzó a gestionar la ingente herencia del profeta y a preparar a su gente para las campañas venideras lideradas ya por califas posteriores. Sería en esta época cuando comienzasen las incursiones por los territorios vecinos.

La búsqueda de botín fue el motor principal que impulsó a los árabes a lanzarse a la conquista de sus vecinos, pero no hay duda de que también fue importante el elemento religioso, había que exportar el islam a otros árabes que vivían bajo la autoridad de las dos grandes potencias de la región, el Imperio bizantino y el Imperio sasánida. Sin embargo, ambos estados se encontraban extremadamente debilitados por una larguísima guerra que se lastraba desde finales del siglo precedente.

El sucesor de Abu Bakr, el califa Omar (634-644), inició la expansión del islam a costa de ambos imperios de una forma rápida y sorprendente. Hablando del Imperio bizantino, tras una serie de ataques árabes contra las posesiones imperiales en Palestina y de contraataques de las tropas del emperador Heraclio (610-641), los musulmanes consiguieron una aplastante victoria en el Yarmuk (636), los bizantinos perdieron el control de toda Siria y Palestina, aislaron Egipto por tierra de potenciales refuerzos y lo dejaron abierto a su conquista.

La conquista de Egipto se inició en el 640 y duró tres años hasta el 642, cuando Alejandría fue tomada. Inmediatamente después se iniciaron los ataques sobre Cirenaica y sus ciudades costeras, que fueron anexionadas en torno al 645. La siguiente fase, la conquista de las actuales Túnez, Argelia y Marruecos, tuvo que esperar unos veinticinco años, tiempo que utilizó el califato en organizar todo el ingente imperio conquistado —que ya se acercaba al Indo por el este, por el norte a Georgia y Afganistán y por el sur a Sudán— y a aumentar el número de los creyentes, principalmente entre el colectivo de los más desfavorecidos, de los esclavos y, para lo

que a nosotros nos atañe, de las tribus bereberes del norte de África que vivían en contacto con las ciudades costeras romanizadas, aunque sin asimilarse.

En el año 670, el general Uqba ibn Nafi fundó la ciudad de Kairouan en el centro de Túnez para que le sirviera como base administrativa y militar para el lanzamiento de subsiguientes campañas por el resto del Magreb, pero no fue hasta la década del 690 cuando los musulmanes consiguieron un efectivo control de los territorios aún controlados por los bizantinos, especialmente Cartago, que fue tomada en el 698. En los años siguientes, los escasos resistentes de las actuales Argelia y Marruecos fueron barridos y llegaron hacia el 705 al estrecho de Gibraltar, puerta de acceso a la Hispania visigoda.

Imagen aérea de la mezquita de Kairouan

Witiza y don Rodrigo

La sucesión en el trono del reino visigodo siempre fue uno de los principales caballos de batalla de este pueblo germánico, lo que Gregorio de Tours ya en el siglo VI denominó la enfermedad de los godos (*morbus gothicus*). Fue en el IV concilio de Toledo de 663 cuando se normalizó en el canon 75 el procedimiento a seguir en la sucesión al trono: «los próceres de todo el pueblo y los obispos designarán de común acuerdo al sucesor del reino». Por tanto, al rey difunto no le sucedía su hijo y heredero como sucedía en otras monarquías; el nuevo rey debía ser elegido entre los notables del reino por elección directa, por lo que era muy habitual la creación de partidos o bandos que podían llegar a las armas y crear inestabilidad en el reino. Con el tiempo se buscaron fórmulas novedosas como la asociación al trono y la corregencia que evitasen todo ese potencial caos a la muerte del monarca.

Witiza 34.º rey de los visigodos. Dibujo de Arnold van Westerhout, en la Biblioteca Nacional de España.

Utilizando estas fórmulas, los reyes visigodos comenzaron a asociar al trono a sus propios hijos creando dinastías. El asociado al trono tras haber sido aceptado por la nobleza del reino, a la muerte del rey y al haber estado familiarizado desde tiempo atrás con los resortes del poder, asumiría la corona haciendo que la transición entre ambos reyes fuese pacífica. Gracias a este sistema, en los últimos setenta años de existencia del reino visigodo no hubo grandes problemas que diesen lugar a una situación como la que se creó en el 710 a la muerte de Witiza.

Witiza murió joven sin haber cumplido los treinta años de edad y aunque es probable que dejase descendencia —los cronistas árabes dan el nombre de tres hijos —, ninguno de ellos sucedió a su padre, quizás por ser menores de edad, de modo que se abrió el problema sucesorio como había sucedido en tiempos precedentes. Dos facciones se crearon, ambas con sólidos apoyos, una comandada por los llamados en las crónicas hijos de Witiza y una segunda encabezada por el duque de la Bética, don Rodrigo, al cual apoyaba gran parte de la Corte. La nobleza, en colaboración con el alto clero y siguiendo el canon 75 del IV concilio toledano, concedió el trono a don Rodrigo, quien parece ser que ya había tenido diferencias con el difunto rey y del que seguramente se esperaba que anulase algunas de las leyes más conflictivas de Witiza y de su padre Égica. El otro partido no aceptó de buen grado el nombramiento de Rodrigo por muy legal que hubiese sido, y parte del territorio peninsular, el controlado por los witizanos, mostró su disconformidad con el nuevo monarca, nombrando un nuevo rey, no sabemos si contemporáneamente a don Rodrigo o si fue posteriormente a su muerte. El reino estaba resquebrajado en dos, una parte occidental en manos de Rodrigo y una parte oriental controlada por un partido contrario y opuesto a él.

La traición de don Julián

Poco conocemos de la vida de este personaje al que la leyenda ha otorgado un papel fundamental en la invasión musulmana de la península. La leyenda, recogida

principalmente en el romancero, aunque también encontramos referencias suyas en crónicas cristianas y musulmanas desde tiempos bastante cercanos a los hechos, narra cómo la hija del conde don Julián es enviada a la corte toledana para su educación y presentación en sociedad, y allí, por su belleza y candidez, es acosada y seducida por un don Rodrigo que apenas puede refrenar sus bajas pasiones. La joven acabará sucumbiendo ante la lujuria del rey, pero para este no será más que otra aventura más. La doncella mancillada informa por carta a su padre de lo que ha sucedido y, según versiones, marcha a Ceuta embarazada de Rodrigo. Don Julián apenas consigue aguantar su ira y promete su apoyo a los musulmanes para castigar a su rey.

Rodrigo, que solo escucha
las voces de sus deseos,
forzola y aborecióla,
del amor propios efectos.
La Cava escribió a su padre
cartas de vergüenza y duelo,
y sellándola con lágrimas,
a Ceuta envíalas presto.

En Ceuta está don Julián,
en Ceuta la bien nombrada;
para las partes de allende
quiera mandar su embajada
Moro viejo la escribía
y al conde se le notaba,
después que la hubo escrito
al moro luego matara.
Embajada es de dolor,
dolor para toda España.
Las cartas van al rey moro,
en las cuales le juraba
que si del recibe ayuda
le dará por suya a España.

Romance del rey don Rodrigo y la Cava

Más allá del romancero y datos muy escasos, no conocemos casi nada de la vida de este Julián. Las primeras referencias que tenemos de él se encuentran en la *Crónica mozárabe de 754* con el nombre de Urbano y en una crónica musulmana del siglo IX en la que se refieren a él como Ilyan, señor de Ceuta y de otra localidad situada al norte del estrecho enfrente a aquella, y por tanto en la península, denominada como Alchadra (Algeciras). El mismo autor señala que «Ilyan estaba sometido a la autoridad de Rodrigo, señor de al-Ándalus (Hispania), que solía residir en Toledo». Pese a esta afirmación categórica, no todos los historiadores piensan que se tratase de un noble visigodo, podría ser el exarca (gobernador) bizantino de dicha ciudad casado con una mujer visigoda con propiedades en la zona de Carteia (actualmente ruinas entre Algeciras y Gibraltar) que, a la sazón, sería la última posesión que le quedaba al Imperio bizantino en el norte de África y que cayó en poder islámico en torno al año 709.

Florinda o la Caba de Juan de Dios de Mora, 1852

La leyenda del ultraje a su hija Florinda la Cava, antes mencionada, muestra a un padre despechado. Si nos atenemos a la crónica musulmana antes mencionada autoría de Ibn Abd al-Hakam, Julián había enviado a una de sus hijas —no se menciona el nombre— (tenía dos y ningún hijo varón) a Toledo para su educación, pero volvió a casa encinta de Rodrigo y Julián lleno de rabia solo quería que los musulmanes acabasen con él. Tarik, no confiando en él, pidió muestras de confianza y Julián entregó a sus hijas como rehenes que quedarían a buen recaudo en Tlemecén (Argelia).

Pese a lo preciosista del relato musulmán, el relato cristiano introdujo nuevos elementos: don Julián, fuera por voluntad propia, por sometimiento a los nuevos gobernantes o por mandato de la facción visigoda de los hijos de Witiza —la cual apoyaría— mediaría con los musulmanes para que interviniesen en los asuntos internos visigodos a favor de los suyos enviando un contingente militar, sin duda mercenario, que ayudase a reinstaurar a los depuestos witizanos en el trono de Toledo.

Don Julián, pues, jugó un papel extraño, aunque siempre negativo. Si colaboró con la invasión por voluntad propia estaríamos hablando de un traidor, pero si lo hizo por encargo de los witizanos, como mínimo podemos decir que fue incapaz de ver que los musulmanes albergaban, si fuese posible, unas intenciones completamente diferentes a las que él y los suyos querían reconocerles. En fin, un personaje complejo al que quizá la leyenda intentó justificar descargando en él parte de la culpa y cargándola sobre un lujurioso don Rodrigo.

Sin embargo, también se sugiere que no fue Julián quien buscó el apoyo de los musulmanes, sino un bereber cristiano de la tribu Gumara o incluso el mismo gobernador de Cádiz. Si esto fuese así, el papel de don Julián sería completamente diferente y quedaría reivindicado en la historia de España.

Muchos siglos después, en la *Crónica de Alfonso XI* de Castilla todavía se recordaría vivamente la traición de don Julián: «Et aquí [Gibraltar] fue el primero lugar dó Tarif Abenzarca en el tiempo del Rey D. Rodrigo pasó, et allí posó por non facer daño en Algecira, que era del Conde Don Julian el malo, por cuyo consejo venieron los Moros en España».

Con la colaboración interna de parte de la nobleza goda, en el verano del año 710 el bereber Tarif ibn Malik atravesó el estrecho de Gibraltar con una pequeña avanzadilla de unos 400 hombres en unos barcos puestos a su servicio por don Julián. Aunque se desconoce el punto exacto del desembarco, tradicionalmente se ha considerado Tarifa como dicho lugar. Desde allí realizaría un rápido reconocimiento del terreno devastando las tierras cercanas y, quizás temiendo algún encuentro con los witizanos, al poco regresó al norte de África. Sin embargo, esta expedición no sería la única a tenor de las crónicas medievales, que refieren sucesivos desembarcos y *razzias* (ataques rápidos) desde que las fuerzas islámicas se aproximaron al estrecho.

Con los informes favorables que debió de transmitir a su superior, el gobernador (*wali*) de toda la nueva provincia musulmana de Ifriqiya, el árabe yemení Mūsā ibn Nusayr, preparó una expedición de mayor envergadura que, por la cantidad de preparativos necesarios en barcos, hombres, y material de todo género, le ocupó varios meses retrasando la invasión hasta el año 711. En la primavera de dicho año, probablemente a finales del mes de abril —se apunta al 29 de abril—, un contingente de unos siete mil a doce mil hombres según la cronística musulmana, pero reducido a quizás un tercio de ese montante por historiadores actuales (unos dos mil o cuatro mil guerreros), bereberes recién islamizados en su mayoría junto con algunos sirios y yemeníes, al mando del gobernador musulmán de Tánger Tāriq ibn Ziyad, cruzaron el estrecho. El lugar de desembarco fue el llamado promontorio de Calpe, que desde este momento cambió su nombre por el de Jabal al-Tariq (monte de Tāriq) y actualmente conocido como Gibraltar. Las semanas siguientes fueron utilizadas por los invasores para consolidar sus posiciones y ampliar sus bases de desembarco por toda la bahía de Algeciras.

Ilustración medieval representando a don Rodrigo (a la izquierda) y Tariq (a la derecha). *Semblanza de Reyes*, en la Biblioteca Nacional de España.

El desembarco musulmán vino a coincidir con la campaña que Rodrigo estaba llevando en el norte contra los vascones. La campaña fue interrumpida por dicha invasión y regresó Rodrigo a Toledo donde convocó un nuevo ejército para expulsar a los musulmanes.

El encuentro de ambos ejércitos se produjo junto al río Guadalete (o junto a la laguna de la Janda) probablemente el 19 de julio de año 711 y debió de prolongarse durante una semana completa hasta el 26 del mes. Los números de ambos ejércitos eran muy desiguales pues es muy probable que los cristianos superasen a los mahometanos en una proporción tres o cuatro veces mayor (diez mil, doce mil hombres). Tras varios días de escaramuzas y preparativos, parte del ejército visigodo abandonará el campo de batalla, casualmente las tropas comandadas por Oppas y Sisberto, hermanos de Witiza. Esta deserción fue el factor determinante de la derrota de Rodrigo y el desastre del ejército que comandaba. La victoria de Tāriq fue total y los restos del ejército cristiano abandonaron la región para encaminarse hacia el norte a territorio seguro.

Desconocemos el destino de Rodrigo. Se cree que murió en la batalla, aunque un texto tan antiguo como la *Crónica de Alfonso III* refiere que cuando sus tropas ocuparon Viseu (Portugal) y se inició la repoblación del territorio, se encontró en una basílica de tiempos anteriores una inscripción que indicaría que el rey don Rodrigo estaba enterrado en dicho lugar: *Hic requiescit Rudericus ultimus rex Gothorum* (Aquí yace Rodrigo, el último rey de los godos). Ni la basílica ni la inscripción, pese a que cronistas posteriores recogen la misma noticia como veraz, han sido encontradas, por lo que no se puede demostrar su veracidad.

Otras tradiciones indican que su cuerpo fue retirado del campo de batalla, no sabemos decir si aún moribundo o ya muerto, y fue enterrado en el santuario de Santa María de España a orillas del río Odiel en la localidad de Sotiel Coronada (Huelva).

Tāriq y Mūsā. El avance imparable por la península ibérica

Sigue sin estar claro si los musulmanes entraron en la Península como tropas mercenarias de apoyo a los witizanos o si, por el contrario, los musulmanes tenían la idea de invadir el territorio si la situación se ponía propicia. Lo cierto es que la facilidad con la que consiguieron la victoria, sea o no con la defección de los witizanos como dicen las crónicas, destruyendo la fuerza militar de los visigodos, como con la muerte o desaparición en batalla del rey don Rodrigo, les dio una oportunidad inmejorable para creer que sí podían ampliar los territorios del islam a costa de un reino aturdido y sin defensas.

Tāriq hizo caso omiso de las instrucciones recibidas por Mūsā y *motu proprio* emprendió una rápida campaña por la actual Andalucía persiguiendo los restos del ejército visigodo a los que venció cerca de Écija. Posteriormente atacó y tomó Córdoba, donde se había refugiado gran parte del ejército godo derrotado, avanzó hasta Toledo, ciudad que había sido abandonada por gran parte de la población que buscó refugio al norte del Sistema Central, y persiguió al aún numeroso ejército visigodo hasta las estribaciones de la cordillera Cantábrica, donde arrasó con Amaya y Astorga. Tāriq en esta incursión no buscaba la ocupación del territorio pues le faltaban tropas y bases de apoyo, sino acabar con los restos del ejército visigodo y conseguir un cuantioso botín.

> Penetrando violentamente hasta Toledo, la capital, y azotando con una paz engañosa las comarcas circunvecinas, por causa de Opas, hijo del rey Égica, que sale huyendo de Toledo, hace sufrir la última pena en un patíbulo a algunos nobles ancianos que habían permanecido allí, y por disposición suya degüella a muchos. […]. Arruina hermosas poblaciones, entregándolas al incendio, condena al suplicio a los ancianos y a los potentados, mata a puñaladas a los jóvenes y niños de pecho, e infundiendo de esta manera en todos el terror, las ciudades restantes se ven obligadas a pedir la paz, y

las engaña seduciéndolas y burlándolas con la astucia.

Crónica mozárabe de 754

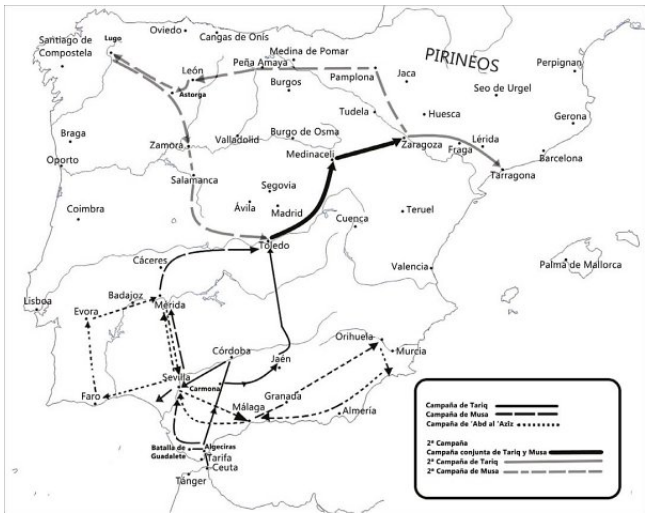
Al año siguiente (712) Mūsā desembarcaría en la bahía de Algeciras con un nuevo ejército de unos dieciocho mil hombres integrado fundamentalmente por árabes. Mūsā avanzó hacia Toledo no por el camino que había tomado el año anterior su subordinado Tāriq, sino buscando la Vía de la Plata y avanzando hasta Carmona, Sevilla y Mérida, donde tuvo que detenerse a asediar la ciudad. Mientras que él se quedaba solucionando el cerco a Mérida, envió a su hijo ‘Abd al ‘Azīz a reprimir una sublevación en Sevilla, a conquistar la actual Andalucía central y oriental (Málaga, Granada, Jaén y Almería) y subir con sus tropas por Levante, pero allí se topó con los dominios del conde Teodomiro de Orihuela, del cual hablaremos más adelante.

Mérida fue tomada a finales de junio con unas condiciones favorables para los defensores:

> Salieron [los defensores de Mérida] adonde estaba [Mūsā] y ajustaron con él la paz, concertando su avenencia sobre estas condiciones: que todas las riquezas de los muertos el día de la emboscada y haberes de los ausentes que habían huido á Galiquia [Galicia, en general refiere al norte peninsular], así como los bienes de las iglesias en su totalidad fuesen para los muslimes».

Al-Bayan al-Mugrib

Posteriormente Mūsā avanzó hasta Toledo, donde se encontraría con Tāriq en las cercanías de Talavera. Aunque desconocemos los términos de lo que hablaron, Mūsā no debía de estar demasiado contento con su liberto, habida cuenta de que se había extralimitado en su mandato y le había quitado buena parte de la gloria de la conquista. Sin embargo, parece ser que el ingente tesoro acumulado en Toledo y la actitud sumisa de Tāriq hizo que Mūsā siguiese confiando en su subordinado para comandar el ejército al año siguiente.



La invasión árabe de Hispania. Mapa adaptado por P. Chalmeta.

El año 714 supuso la finalización —en gran medida— de la conquista de Hispania. Los jefes musulmanes dividieron sus tropas en dos grandes contingentes con objetivos diferentes, mientras que ‘Abd al ‘Azīz recibió el encargo de someter la actual Andalucía occidental y el sur de la Lusitania. Mūsā y Tāriq penetraron en el valle del Ebro hasta Zaragoza y Tudela, donde el señor de la tierra, un tal Fortún hijo del conde Casio, entregó sus tierras, prestando obediencia y convirtiéndose al islam

fundando la dinastía de los Banu Qasi o hijos de Casio, quienes ocuparon los más altos rangos en la ciudad durante los siglos de dominación islámica. Es posible que desde Zaragoza Tāriq cogiese un contingente de tropas y descendiese el Ebro hacia la costa y ocupase Tarragona y Barcelona, mientras que Mūsā (o uno de sus generales) subió el Ebro con el resto del ejército y saqueó nuevamente Amaya, León y Astorga para finalmente penetrar en Galicia y en la costa cantábrica. Es durante esta campaña por el valle del Ebro cuando se data el final del reinado de Agila II, personaje del que hablaremos más tarde.

En el otoño del 714 Mūsā, quien había recibido durante su estancia en Zaragoza una misiva del califa Al Walid I para que se personase en Damasco, abandonó junto con Tāriq la Península para nunca más volver. Al mando de las fuerzas musulmanas y con la misión de comenzar a establecer las bases de lo que conocemos como al-Ándalus, quedó el hijo de Mūsā, ‘Abd al ‘Azīz (714-716) quien, muy probablemente con un objetivo político, casó con la viuda —en alguna crónica hablan de hija— de don Rodrigo, Egilona.

Mūsā y Tāriq marcharon hacia Damasco en una continua procesión triunfal acompañados por parte de su oficialidad, de prisioneros visigodos y de un inmenso convoy con parte de los tesoros capturados. Pese a sus grandes victorias, el destino de Mūsā y Tāriq no iba a ser como ellos esperaban. A su llegada a Damasco se encontraron que el califa Al Walid I había muerto poco antes, el 25 de febrero del 715, y que su sucesor, Suleyman, no veía a los conquistadores de los godos con buenos ojos quizás por su enorme popularidad, especialmente en las provincias occidentales del Imperio. Suleyman los acusó de apropiación y malversación de fondos, crimen condenado con la muerte que les fue conmutada por la prisión y, posteriormente, por el pago de una fuerte suma económica, prohibiéndoles volver a occidente. Mūsā murió poco después asesinado; Tāriq pasó los últimos años de su vida en el anonimato.

Los últimos territorios aún en poder de los visigodos, la zona norte de Cataluña y la Septimania (parte del sur de Francia que comprende el área costera desde los Pirineos hasta el Ródano), cayeron en poder musulmán durante los emiratos de Al Hurr (716-719), de su sucesor Al Samh (719-721) y de Anbasa (721-726) poniendo fin al reinado de Ardón, de quien hablaremos más adelante.

> Por último, [Zama] (Al Samh) hace suya la Galia Narbonense, molesta con frecuentes guerras el país de los francos, y distingue a soldados escogidos de entre los sarracenos, colocándolos en la referida ciudad narbonense para defender las fortificaciones. El general ya mencionado llega hasta Tolosa [Toulouse] peleando en repetidos encuentros, y poniéndole sitio, se empeña en atacarla con hondas y otras máquinas de especies diferentes. Al saber esto los francos, se reúnen bajo el mando de su jefe, llamado Eudón [Odón, duque de Aquitania y Vasconia]. El encuentro de los dos ejércitos se verifica junto a Tolosa, donde se da una gran batalla, pereciendo Zama, jefe del ejército de los sarracenos y una parte de la multitud reunida; y el resto del ejército es perseguido en la huida. Abderramán tomó el mando, conservándolo por un mes, hasta que por orden superior Ambiza (Anbasa) fue nombrado su jefe.
>
> *Crónica mozárabe de 754*

Curiosamente, el fin de los últimos retazos de reino visigodo viene a coincidir en el tiempo con el surgimiento de Pelayo como caudillo y el principio de la monarquía asturiana.

Los herederos de Witiza

Con la escasez de fuentes con las que contamos, es muy difícil establecer el papel de los herederos de Witiza y sus partidarios en toda esta sucesión de eventos. De lo que no hay ninguna duda es que, si realmente pensaron en utilizar a los musulmanes

como tropas mercenarias para dirimir sus asuntos internos facilitándoles la entrada en la Península y la victoria en la batalla de Guadalete, lo cierto es que rápidamente debieron de darse cuenta de que los musulmanes no tenían ninguna intención de retirarse y de que habían llegado con el objetivo de conquistar y adueñarse del territorio peninsular. Esto fue ya meridianamente claro cuando Mūsā llegó a Toledo y se instaló en el Palacio Real como si se tratase del nuevo rey.

Algunos autores consideran que los witizanos intentaron sacar partido de esta, como decimos, más que evidente situación, volviéndose indispensables para los conquistadores y así mantener, en contrapartida, su posición privilegiada tal cual habían tenido en el régimen anterior. Pero no todos los witizanos buscaron llegar a acuerdos con los recién llegados, en el área noreste de la Península surgió contemporáneamente a la invasión el nombre de Agila II. No conocemos nada más de este rey salvo una serie de monedas acuñadas en algunas de las ciudades más destacadas de esa parte de la Tarraconense y en la Septimania, y su temprana desaparición en torno al año 714. Se especula que murió en combate contra los musulmanes.

Tremís de Agila de Narbona. Ex Colección Chwartz (OGN-Numismatique, 2010).

Si nos atenemos a una crónica del siglo XII conservada en París, a Agila II le sucedió un tal Ardón, señor de un reino reducido únicamente a la Septimania, quien resistió tan solo unos pocos años hasta que las campañas emirales por el territorio redujeron la región al dominio musulmán (718-721).

Teodomiro de Orihuela, los Banu Qasi de Aragón y Ardobasto de Andalucía

Uno de los personajes más interesantes de este período es Teodomiro de Orihuela, un personaje que, como todos los de la época, nos es casi completamente desconocido salvo por pequeñas referencias en crónicas de diferentes momentos distintos.

La primera referencia se encuentra en la *Crónica mozárabe del 754* que habla de él en forma harto elogiosa como un gran caudillo militar que, ante la campaña de ‘Abd al ‘Azīz durante la primavera del 713 por la actual Andalucía central y oriental, consiguió para las zonas del levante español —correspondientes a las actuales provincias de Murcia y Alicante— un tratado de paz que respetaba los bienes, usos y costumbres de los nativos y que al mismo tiempo le confirmaba como señor de esas tierras:

> En el Nombre de Allah, clemente y misericordioso. Escrito dirigido por ‘Abd al ‘Azīz ibn Mūsā ibn Nusayr a Tudmir ibn Abdush. Este último obtiene la paz y recibe el compromiso, bajo la garantía de Allah y la de su profeta, de que no será alterada su situación ni la de los suyos; de que sus derechos de soberanía no le serán discutidos; de que sus súbditos no serán asesinados, ni reducidos a cautividad, ni separados de sus mujeres e hijos; de que no serán estorbados en el ejercicio de su religión; y de que sus iglesias no serán incendiadas ni despojadas de los objetos de culto que en ellas existen; todo ello mientras cumpla las cargas que le impondremos. Le es concedida la paz mediante estas condiciones que regirán en las siete ciudades siguientes: Orihuela,

Baltana, Alicante, Mila, Elche, Lorca y Hellín. Además, no deberá dar asilo a nadie que huya de nosotros o que sea nuestro enemigo; ni mantener ocultas las noticias relativas a los enemigos que lleguen a su conocimiento. Él y sus súbditos deberán pagar al año un tributo personal consistente en un dinar en metálico, cuatro almudes de trigo y cuatro de cebada, cuatro medidas de mosto, cuatro de vinagre, dos de miel y dos de aceite. Esta tasa quedará reducida a la mitad para los esclavos. Firmaron como testigos […].

Escrito a 4 de rachab del año 94 de la Hégira (5 de abril de 713)

Sin embargo, estudios más modernos basados en una relectura de las crónicas ponen en entredicho la figura de Teodomiro, quien no sería más que un superviviente al caos subsiguiente a la derrota de Guadalete y a las disensiones entre su grupo witizano, que buscó refugió en Orihuela donde tenía apoyos y que, llegado el caso, buscó de forma individual para él y los suyos la mejor solución posible ante lo que estaba sucediendo, al punto de casar a una hija suya con un noble sirio, perpetuando su descendencia entre la nobleza hispanoárabe hasta los tiempos de la conquista del territorio por los reyes de Aragón y Castilla, más de quinientos años después. No sabemos si Teodomiro se convirtió al islam o si, por el contrario, se mantuvo fiel a la religión cristiana.

Ciudades mencionadas en el Pacto de Teodomiro

Un paso más allá, a falta de más información sobre Teodomiro, lo dio la familia del conde Casio, señor de las tierras de Navarra y Alto Aragón bañadas por el río Ebro (entorno de Tudela). Casio se rindió a Mūsā y Tāriq durante la campaña por el Ebro del 714 y fue uno de los nobles godos que les acompañó cuando fueron llamados por el califa a Damasco. Como decimos, a falta de más información sobre Teodomiro u otros nobles godos, la novedad de la familia de Casio fue su conversión al islam, para igualarse socialmente con los invasores, de tal modo que de esta forma pudo mantener para sí y su descendencia el señorío de aquellas tierras y de la gran ciudad de Zaragoza durante doscientos años como la poderosa familia de los Banu Qasi (hijos de Casio). Fortún, el iniciador de la dinastía de los Banu Qasi, casó con la hija de ‘Abd al ‘Azīz y de Egilona y agrandó el poder familiar con el nombramiento de *vali* de Zaragoza.

El caso de conde Ardobasto, quien se cree que era uno de los hijos de Witiza, es muy similar al de los Banu Qasi. Ardobasto, ricohombre de Andalucía, para poder mantener su posición social y dar a sus descendientes un futuro digno en la nueva realidad política que él había ayudado a crear, casó a una de sus hijas llamada Sara con un líder del ejército invasor de origen árabe. La cristiana Sara, después Sarah al-

Qutiyya (Sara la Goda), sería la antepasada de alguno de los linajes más poderosos de las comarcas entre Sevilla y Córdoba como fueron los Banu aI-Hajjaj o los Banu aI-Qutiyya.

3

La resistencia cristiana en las montañas del norte

La rápida conquista de Hispania en escasamente tres años cogió a todo el reino visigodo por sorpresa. La derrota sufrida por su ejército en Guadalete, la muerte del rey, así como la audacia mostrada por los invasores y los tratados de rendición en términos tan favorables permitieron un avance rápido por un territorio que a anteriores invasores les había llevado decenios e incluso siglos conquistar.

Muchos cristianos siguieron residiendo en sus localidades de origen gracias a todas las garantías de respeto a sus costumbres y tradiciones que los musulmanes les dieron, de hecho, se documentan hasta nueve pactos: seis para localidades concretas (Écija, Fuente de Cantos, Mérida, Pamplona, Huesca y Lisboa) y tres para territorios demarcados (valle del Cinca y Lérida, territorio controlado por Teodomiro —Tudmir — y Ğillīqiya —Gallaecia—, el noroeste peninsular). Aquellos cristianos que siguieron viviendo en sus localidades de origen bajo dominación musulmanes son los que pasaron a ser conocidos como mozárabes. Algunos nativos, en realidad muchos, aceptaron la religión del invasor como propia y otros, en una cantidad que es difícil de cuantificar pero que probablemente no fue demasiado grande, decidieron huir hacia el norte a territorios donde no se tuviesen que someter a los dictados de los nuevos señores.

Tradicionalmente se ha considerado el norte peninsular como un territorio salvaje, donde la impronta romana era escasa y la visigoda nula. Estaría habitado aún por tribus semisalvajes sin centros urbanos, que mantenían sus ritos religiosos ancestrales y que practicaban una agricultura y ganadería muy primitivas, casi de subsistencia. Pueblos que ni romanos ni visigodos habían conseguido someter, llegando a crear una frontera militar (*limes*) para defender el reino godo. Esta visión ya ha quedado atrás y, si bien es verdad que no eran territorios con el mismo grado de urbanismo y civilización que, por ejemplo, el valle del Guadalquivir, tampoco podemos considerarlos como salvajes sin civilizar. En el norte peninsular los romanos dejaron ciudades, villas y civilización, sus habitantes estaban cristianizados, incluso

quizás en el mismo grado que otras zonas de la península, y tenían estructuras político administrativas idénticas a cualquier otro territorio de la Hispania visigoda. Ahora bien, las montañas del norte eran áreas donde agricultura y ganadería son artes difíciles por la configuración del terreno y la climatología. Al mismo tiempo eran tierras de escaso valor económico, por lo que sí podemos considerar que eran tierras excéntricas cuya importancia dentro del reino visigodo era muy escasa. Además, en el caso concreto de los vascones, se encontraban en guerra con los visigodos, de hecho y como ya hemos mencionado, don Rodrigo se encontraba en campaña contra ellos cuando le llegó la noticia del desembarco de Tāriq del 711. Sería en estas tierras donde los refugiados del sur encontrarían acomodo y se mezclarían con las poblaciones locales, junto a las que crearían una nueva sociedad completamente distinta donde lo godo tan solo sería una parte de la ecuación resultante.

Dos fueron los focos territoriales desde donde esta nueva sociedad comenzó a organizarse políticamente y a plantar cara a los musulmanes: un foco astur-cántabro protegido por la cordillera Cantábrica y un segundo núcleo a lo largo de los valles más recónditos de los Pirineos.

El foco asturcántabro

La figura de Pelayo. El nacimiento del reino astur

Como sucede con casi todos los actores de esta época, disponemos de muy poca información de este personaje tan crucial en nuestra Historia, solamente noticias fragmentadas, algunas de dudosa verosimilitud, escritas en crónicas datadas al menos más de ciento cincuenta años después.

Unificando todas esas noticias podemos construir una biografía de don Pelayo. No sabemos ni la fecha ni el lugar de su nacimiento, las crónicas dicen que era hijo de un alto noble visigodo que en la *Crónica albeldense* se identifica como Vermudo, sobrino de don Rodrigo, mientras que en la *Crónica de Alfonso III* le identifican como el duque Fáfila (o Favila) «de estirpe regia». Sea como sea, ambas crónicas le vinculan con la realeza visigoda, hecho muy importante, pues permitirá a los reyes astures considerarse legítimos herederos por sangre —a falta de otros candidatos— del reino toledano.

También desconocemos si este Fáfila o Favila gobernaba algún ducado o era uno de los tantos nobles que acompañaban al rey y le asesoraban, tan solo tenemos noticias, según la *Crónica ableldense*, de que estando en Tuy, por envío del rey Égica, fue asesinado por Witiza. Debido al asesinato de su padre, las relaciones de Pelayo con el ya rey Witiza no fueron buenas y el rey le desterró de Toledo (la *Crónica de Alfonso III* dice que era guardia real-espatario) por lo que se refugió en el norte en Asturias donde la familia tendría propiedades y clientela. Al llegar al trono Rodrigo, candidato del partido antiwitizano, Pelayo recuperó su posición como espatario y, por ello, aunque no esté documentado, es muy probable que estuviese en la derrota de Guadalete y que fuese uno de los tantos soldados godos que se retiraban a toda prisa hacia el norte perseguidos por las tropas de Tāriq. Finalmente, tras un período del que no sabemos nada, volvió a aparecer en Asturias.

Don Pelayo, siglo xviii. Plaza de Oriente, Palacio Real de Madrid.

Pero ¿cuáles son los motivos que llevaron a Pelayo a rebelarse? La *Crónica de Alfonso III* nos da una versión completa, seguramente romanceada, con gran parecido al triángulo formado por don Rodrigo, Florinda la Cava y su padre don Julián. Munuza (Uthman ibn Naissa), gobernador de la llamada *regio Asturiensium*, estando en Gijón se enamoraría de la hermana de don Pelayo que en crónicas posteriores aparece llamada Ermesinda. Para alejar a Pelayo del norte y tener campo libre con la hermana, Munuza envió a Pelayo con una comisión de gente del norte a Córdoba, tiempo que el gobernador musulmán aprovecharía para seducir o engañar a la hermana de Pelayo y casarse con ella. A su regreso, Pelayo mostró su disconformidad, se declaró en rebeldía y se escondió en las montañas donde fue reconocido por los nativos astures como su líder sin que se nos expliquen los motivos de por qué los lugareños le nombraron su caudillo.

Nuevamente aparece la figura de una traición al honor como causante de las acciones posteriores, parece como si los cronistas cristianos hubiesen querido oponer el ataque a la Península, provocado por la lujuria de don Rodrigo con Florinda, con el contraataque que representa don Pelayo y el honor de su hermana Ermesinda.

Nuevas aportaciones al estudio del período y en concreto a las motivaciones de Pelayo, punto inicial de toda la Reconquista, nos sitúan en un panorama muy diferente, en el pago de tributos. La conquista rápida de los musulmanes se había realizado en ciertos casos llegando a acuerdos y tratados con los hispanogodos, los recién llegados se comprometieron a respetar las costumbres y usos de los vencidos y a cambio estos pagarían una serie de impuestos. Lo cierto es que pronto todos estos acuerdos quedaron en papel mojado y los musulmanes empezaron a cambiar las

reglas del juego, lo que requería mucho más de lo acordado, con el consecuente malestar entre los invadidos, que en el caso de Pelayo llevaría a una rebelión armada abierta.

Nacía así el reino astur. Pelayo, nombrado caudillo de unos levantiscos habitantes de ese territorio norteño tan montañoso, consiguió formar un protoestado a su alrededor y a los escasos valles asturianos que se enfrentaron en estos momentos tan tempranos a los invasores. Todo ello le permitió poder enfrentarse a las fuerzas musulmanas acantonadas en el territorio o enviadas contra ellos.

Covadonga

La historiografía española considera Covadonga como la batalla inicial de la Reconquista, el punto originario en el que todo comienza. Partiendo de Covadonga y de una irredenta Asturias, dice la historiografía tradicional española, se propagaría el espíritu de rebelión contra el invasor tal como recuerda el dicho «Asturias es España y el resto tierra conquistada».

La rebelión de Pelayo tomó un cariz preocupante para el gobernador musulmán del territorio astur, un bereber llamado Munuza, pues con sus tropas había sido incapaz de reprimir la sublevación y, para tal fin, pidió tropas a Córdoba enviadas al mando de Al Qama (o Alkama), antiguo compañero de Tāriq, y del obispo de Sevilla Oppas, hijo de Witiza y uno de los principales —parece ser— instigadores de la invasión musulmana de 711. La llegada de estos refuerzos llevó a Pelayo y a los suyos a esconderse en los Picos de Europa en una cueva localizada en una montaña llamada Auseva, muy cercana a la localidad de Cangas de Onís. Hasta allí le persiguieron los musulmanes y se inició inmediatamente la batalla.

Para conocer lo allí sucedido tenemos que acudir a la *Crónica de Alfonso III* en sus dos versiones y a una crónica musulmana que, si bien es tardía, del siglo XVII, parece beber de documentación musulmana de la época de la batalla.

> Dice Isa ibn Ahmad al-Razi que en tiempos de Anbasa ibn Suhaim al-Qalbi, se levantó en tierras de Galicia un asno salvaje llamado Belay [Pelayo]. Desde entonces empezaron los cristianos en al-Ándalus a defender contra los musulmanes las tierras que aún quedaban en su poder, lo que no habían esperado lograr. Los islámicos, luchando contra los politeístas y forzándoles a emigrar, se habían apoderado de su país hasta que llegara Ariyula, de la tierra de los francos, y habían conquistado Pamplona en Galicia y no había quedado sino la roca donde se refugia el rey llamado Pelayo con trescientos hombres. Los soldados no cesaron de atacarle hasta que sus soldados murieron de hambre y no quedaron en su compañía sino treinta hombres y diez mujeres. Y no tenían [qué] comer sino la miel que tomaban de la dejada por las abejas en las hendiduras de la roca. La situación de los musulmanes llegó a ser penosa, y al cabo los despreciaron diciendo «Treinta asnos salvajes, ¿qué daño pueden hacernos?».
>
> *Al Maqqari*

> Al Qama mandó entonces comenzar el combate, y los soldados tomaron las armas. Se levantaron los fundíbulos [trabuquetes, un arma de asedio medieval] y se prepararon las hondas, brillaron las espadas y se lanzaron las saetas. Pero al punto se mostraron las magnificiencias del Señor: las piedras que salían de los fundíbulos y llegaban a la casa de la Virgen Santa María, que estaba dentro de la cueva, se volvían contra los que las disparaban a los caldeos. Emprendieron estos la fuga y se dividió en dos su hueste, y allí mismo fue al punto muerte AlQama y el obispo Oppas fue apresado. En el mismo lugar murieron 125 000 caldeos, y los 63 000 restantes subieron a la cumbre del monte Auseba y por el lugar llamado Amuesa descendieron a la Liebana. Pero ni estos escaparon a la venganza del Señor: el monte, desgajándose de sus cimientos, arrojó al río los 63 000 caldeos y los aplastó a todos. Hasta hoy, cuando el río traspasa los límites de su cauce, muestra muchas señales de aquellos.
>
> *Crónica de Alfonso III*

Basilica de Covadonga. Foto: Paulino García

Es evidente que ambas crónicas exageran, tanto por exceso como por defecto, ni fueron 300 los defensores, ni el ejército musulmán estaba compuesto por 187 000 hombres. Juntando ambas versiones inferimos que fue una batalla o incluso una escaramuza de carácter menor para las fuerzas musulmanas, mientras que para los cristianos fue la piedra angular de la Reconquista, por eso se magnificó la victoria cristiana, en la que intervino incluso la divinidad a favor de las tropas de Pelayo.

Tanto sea porque los cristianos vencieron o por que los musulmanes se retiraron, lo cierto es que parecer ser que los musulmanes abandonaron todas sus pretensiones de controlar el norte montañoso, oportunidad que aprovechó el linaje de Pelayo para asentarse en el territorio en lo que sería ya poco después el reino astur.

Los primeros tiempos

Junto con el nombre de Pelayo surge en estos tiempos otro personaje de capital importancia: Pedro, duque de Cantabria. No tenemos pruebas de si Pedro participó en los primeros momentos de la insurrección, o si estuvo en Covadonga y fue uno de los nobles que apoyó el nombramiento de rey de Pelayo. Lo que sabemos es que Pedro era otro de los nobles visigodos expulsados de su ducado y refugiado al abrigo de las montañas, donde formó un núcleo de poder en torno a él, tal cual entendemos de la *Crónica albeldense* al citar que el rey Pelayo y Pedro casaron a sus hijos Ermesinda y Alfonso con el objetivo evidente de aunar fuerzas. La muerte del hijo y sucesor de Pelayo, Favila (737-739), en una cacería allanó el camino para que el hijo de Pedro y yerno de Pelayo subiese al trono como Alfonso I (739-757).

Mucho se ha especulado sobre la aparente facilidad que tuvo Alfonso I para atacar las zonas meseteñas sin contar casi con tropas y en un momento que la presencia musulmana era omnipotente en todo el territorio peninsular. Para entenderlo, quizás lo primero que debamos analizar es si hubo presencia musulmana en las tierras de la meseta norte. Es posible que la hubiera con intenciones de ser de carácter permanente, pero desconocemos de qué entidad, en qué ciudades y durante cuánto tiempo, pues los textos de los que disponemos no hablan de ocupación musulmana, tan solo de presencia. Sin embargo, esos mismos textos sí que hablan de cómo hombres principales norteños negociaron con Mūsā un tratado de paz que les fue concedido en las condiciones habituales para este tipo de pactos a cambio de un tributo. Esta solución era buena para ambas partes, pues Mūsā sometía todo el noroeste peninsular sin exponer sus tropas, mientras que los nativos podían seguir manteniendo su mismo estilo de vida.

Si nos fijamos en los textos islámicos, todos ellos marcan las fronteras de al-Ándalus en el Sistema Central, con un sistema defensivo que abarcaba desde Mérida en el lado occidental, capital de la denominada Marca Inferior, Toledo capital de la

Marca Media y Zaragoza, capital de la Marca Superior. El resto del territorio situado al norte es tierra de nadie o de cristianos.

> Los antiguos dividieron Ǧillīqiya [Galicia] en cuatro regiones. La primera mira a occidente y se inflexiona hacia el sur, sus habitantes sus los ǧalāliqa (gallegos) y su emplazamiento Galicia propiamente dicha. Se encentra cerca de la ciudad de Braga […]. La segunda región es el denominado país de los ašturiš [astures] […]. La tercera la zona de Galicia que queda entre el occidente y el sur, y sus habitantes son conocidos con el nombre de burtuqāliš [portugueses]. La cuarta región, la situada entre el oriente y el sur, se llama Qaštīla [Castilla].
>
> *Geografía de España*
> Al Bakri

También será muy importante la rebelión bereber iniciada en el 740 que tuvo su centro en Toledo. En ese año se produjo una gran rebelión bereber en el Magreb que provocó la intervención del califa Hisham (724-743), quien tuvo que enviar un ejército para reprimirla, pero este fue derrotado al año siguiente refugiándose los restos del ejército en la plaza de Ceuta. En al-Ándalus, la rebelión magrebí tuvo un fuerte impacto y los bereberes instalados en la península, siguiendo el ejemplo de sus hermanos magrebíes, también cogieron las armas. Este es el momento en el que abandonarían sus situados al norte, pero fueron derrotados cerca de Toledo por las tropas emirales apoyadas por los restos del ejército califal que había cruzado el Estrecho para tal fin. Sin embargo, las tropas califales al mando de Balj ibn Bishr no regresaron a África y se asentaron en al-Ándalus. La situación entre el emir y los recién llegados llevó a unos años de inestabilidad hasta que Abderramán I (‘Abd al-Rahman, 756-788) consiguió imponer la paz, lo que dio inicio al período que denominamos emirato independiente.

Estatua de Abderramán I en Almuñécar, lugar de su desembarco. Fuente: Wickipedia.

Las restantes comunidades bereberes de la meseta norte, si es que llegó a haber asentamientos estables, quedaron muy debilitadas y muchas marcharon hacia el sur y los que permanecieron sufrieron las grandes hambrunas de los años 748 a 753 que terminaron por eliminar cualquier control que desde Córdoba se tuviese sobre ese territorio.

En el año 33 fueron vencidos y arrojados [los árabes] de Galicia, volviéndose a hacer cristianos todos aquellos que estaban dudosos de su religión, y dejando de pagar los tributos. De los restantes, unos fueron muertos y otros huyeron tras de los montes hacia Astorga. Mas cuando el hambre cundió, arrojaron también a los muslimes de Astorga y otras poblaciones, y fuéronse replegando detrás de las gargantas de la otra cordillera, y hacia Coria y Mérida en el año 36 [753-754].

Ajbar Machmuâ

De la combinación de ambos eventos se entiende que las tierras comprendidas entre el Cantábrico y el Atlántico, y entre el Sistema Central y el Sistema Ibérico quedaron libres de la administración musulmana. Ahora bien, esto no significa que ni el naciente reino astur ni ninguna otra entidad norteña tuviese capacidad, en tan tempranas fechas, de ocupar y defender el territorio vacío, como máximo la realización de alguna rápida *razzia* que hostigase territorio musulmán.

El reinado de Alfonso I, llamado el Católico, viene a coincidir en total sincronía temporal con la mencionada rebelión bereber. Por occidente, y siempre teniendo clara la cordillera Cantábrica como frontera sur de sus dominios, Alfonso I ocupó el norte de Galicia, mientras que por el este alcanzó las tierras que posteriormente sería el núcleo originario de la futura Castilla, es decir, el este de Cantabria, parte de Vizcaya, las Merindades y Álava.

Sin embargo, Alfonso I no se contentó exclusivamente con ampliar su territorio, sino que además inició una serie de campañas militares por toda la meseta norte, eliminando la poca o nula presencia musulmana en la región, aprovechando sin duda la coyuntura de la rebelión bereber contra el poder cordobés. Poco conocemos de sus campañas y no sabemos ni cuántas fueron ni cuáles fueron sus objetivos. Las crónicas son parcas en palabras, aunque por el listado de localidades que se citan, sí podemos inferir que atacó todas o casi todas las localidades importantes desde la desembocadura del Duero en Oporto hasta la actual provincia de Soria, incluso atravesó el Duero y atacó localidades tan alejadas de sus bases como Segovia, Ávila o Sepúlveda.

Campañas militares de Alfonso I

Este [Alfonso I], junto con su hermano Fruela, haciendo avanzar a menudo su ejército tomó por la guerra muchas ciudades; a saber: Lugo, Tuy, Oporto, Anegia, Braga la metropolitana, Viseo, Chaves, Ledesma, Salamanca, Numancia, que ahora se llama Zamora [sic], Ávila, Astorga, León, Simancas, Saldaña, Amaya, Segovia, Osma, Sepúlveda, Arganza, Coruña (Clunia), Mave, Oca, Miranda, Revenga, Carbonárica, Abeica, Cenicero y Alesanco, y los castillos con sus villas y aldeas, matando además por la espada a los árabes, y llevándose consigo a los cristianos a la patria.

El desierto estratégico

La última línea del texto anteriormente citado «[…] y llevándose consigo a los cristianos a la patria» que en la *Crónica albeldense* se convirtió en el término «desertizó» (*eremavit*) ha hecho correr ríos de tinta a lo largo de más de ciento cincuenta años. Basándose en esas palabras, generaciones de historiadores han interpretado que a lo largo de sus correrías Alfonso I se llevó a todos los cristianos que pudo encontrar en la meseta hasta sus tierras del norte, provocando un auténtico despoblamiento de todo el territorio comprendido entre la cordillera Cantábrica y el Sistema Central, quizás con menos influencia al sur de dicho río.

Es claro que para que Alfonso I y Fruela, su hermano, pudierantener éxito en su acción, tenemos que tener en cuenta un conjunto de otros factores como sequías, epidemias, hambrunas —con las consiguientes emigraciones de las poblaciones que las sufrieron— así como la escasa población que ya de por sí residiría en un territorio duro y difícil, sometido desde hacía treinta años a los vaivenes de la guerra.

¿Qué intenciones tenían Alfonso I y Fruela cuando se llevaron a esas gentes? No podemos responder fácilmente a esta pregunta, pero sí podemos imaginarnos un doble escenario. Primeramente, un escenario económico generado por el aumento de la masa poblacional del reino astur, al convertirse los recién llegados en productivos generarían ingresos y beneficios nuevos e importantes con vistas a futuro, pues se roturarían nuevas tierras poniéndolas en valor y creando nuevas poblaciones que fijarían a los recién llegados al territorio. Este escenario tiene también la derivada de que, al reubicar en el norte poblaciones foráneas no vinculadas ni tribal ni familiarmente con las nativas, ayudarían a crear una nueva sociedad diferente de la anterior, fuera la hispanogoda o la nativa de las montañas, vinculada al reino y a su representante, el rey. El segundo escenario sería militar, al despoblar una enorme franja de terreno de este a oeste de su reino con más de doscientos o trescientos kilómetros de profundidad, lo que estarían creando es lo que se ha denominado como «desierto estratégico», un territorio de nadie, baldío, que le permitiese al rey asturiano, ante cualquier potencial ataque musulmán, acudir con sus ejercito con tiempo suficiente y donde fuese necesario.

Sin embargo, los últimos cincuenta años, con estudios específicos de lugares concretos especialmente monasterios e iglesias y con el importantísimo soporte de la arqueología con trabajos de campo centrados en necrópolis y áreas urbanas, nos han permitido delinear un paisaje que, si no elimina completamente la teoría tradicional, sí que al menos la matiza al punto de ponerse en duda como teoría general válida para todo el período y para toda la región.

Sabemos, por tanto, que, si bien sí hubo un claro retroceso urbano y sin duda mucha gente marchó al norte al refugio de las montañas y de la monarquía astur, el denominado desierto distó mucho de ser real. Quizás como se aventura, lo que sí pudo hacer Alfonso I fue desarticular el territorio, romper todas las estructuras económicas y de poder y llevarse al norte todo aquello y a aquellos que le pudiesen ser de alguna ayuda para el proyecto de reino que estaba edificando.

El reino asturiano

Las campañas de Alfonso I, combinadas con las rebeliones de los bereberes, habían provocado la creación de una gran tierra de nadie en la meseta norte, y aunque los sucesos más célebres de los tiempos de Abderramán I y su hijo Hisham I (788-796)

sucedieron en la Marca Superior, con la presente amenaza del poder franco encarnado en Carlomagno, Abderramán también fijó su atención en Asturias. Las crónicas cristianas nos hablan de una gran victoria en Pontuvium (lugar desconocido) en territorio gallego que las musulmanas callan, mientras que sí hablan de una campaña por territorio alavés.

Es el momento en que la debilidad asturiana se hace patente, la fuerza militar y económica de un cohesionado al-Ándalus en manos de los emires omeyas, limitan cualquier intento de acción militar. Los reyes asturianos van a tener que hacer frente a nobles levantiscos, disputas dinásticas y a la diplomacia andalusí que apoyaba cualquier movimiento rebelde con tal de debilitar el reino. Diplomacia que se completaba con hasta diecisiete años de campañas militares en tiempos de Alfonso II el Casto (791-842) que asolaron desde Galicia y Asturias —aunque aquí también sufrieron algunas derrotas como en Lutos en 794— hasta Álava y que saquearon dos veces la recién nombrada capital del reino, Oviedo. Ibn ʻIdhārī al hablar de estos tiempos referirá que tras la victoriosa campaña del 793 dirigida por Abd al-Mālik, el general musulmán regresó a casa con las cabezas de cuarenta y cinco mil cristianos y un gran botín.

En tiempos de Alfonso II se descubriría la tumba del apóstol Santiago.

Con Ramiro I (842-850) las tornas vuelven a cambiar. El emir Muhammad I (852-886) tuvo que hacer frente a una fuerte revuelta dentro del emirato, momento que aprovecharon los asturianos para volver a intentar la ocupación del otro lado de la cordillera de una forma estable y repoblar por primera vez León en una intentona fallida de escasísima duración.

Descubrimiento de la tumba de Santiago de Teodomiro, obispo de Iria Flavia. Tumbo de la Catedral de Santiago.

El tributo de las 100 doncellas

En tiempos de Mauregato (783-789) la debilidad del reino asturiano fue tanta que incluso aceptó el pago de uno de los tributos más infamantes posibles, la entrega de cien doncellas para ser convertidas en concubinas, siervas o esclavas a la discreción del emir cordobés.

La leyenda, pues no tenemos pruebas fehacientes de que haya sido verdad, cuenta que Mauregato, bastardo de Alfonso I, en su asalto al trono asturiano, contó con el apoyo cordobés. A cambio de esta ayuda el emir solicitó en contraprestación un tributo de cien doncellas, mitad nobles, mitad plebeyas, que el asturiano se

comprometería a pagar anualmente como símbolo de sumisión. A cada lugar del reino le corresponderían un número concreto del tributo anual y, ya todas las doncellas reunidas, marcharían a Córdoba.

El tributo se pagaría puntualmente durante el reinado de Mauregato, pero a su muerte, sus sucesores Bermudo I (789-791) y Alfonso II el Casto se negarían al pago de tan infamante tributo, siendo reemplazado por una cantidad monetaria. Cincuenta años después, durante el reinado de Ramiro I, sería recuperado en su forma original por un breve período de tiempo que la leyenda no menciona. Su finalización vendría a coincidir con la también legendaria batalla de Clavijo, el milagro de los toros en Carrión de los Condes o la historia de las mancas de la villa vallisoletana de Simancas.

> […] et que auiendoles miedo que les darie lo que demandassen por razon quel non diessen guerra et quel dexassen en paz; et enuiaronle pedir [el rey Ramiro I] que les diesse cada anuo L donzellas de las mas fijas dalgo con que casassen, et otras L de las otras del pueblo con que ouiessen entre si sus solazes et sus deleytes; et estas cient donzellas que fuesen todas uirgines et en cabellos, assi cuemo ge las diera el so rey Mauregato […].
>
> *Primera Crónica General*

En Carrión, la leyenda dice que el último año que la villa aportó sus cuatro doncellas, cuando las iban a entregar a los enviados del emir, las doncellas se encomendaron a la Virgen y Dios envió a cuatro toros que acometieron furiosos contra los moros y mataron a muchos. Las doncellas, protegidas por los animales fueron recogidas por sus convecinos y por dicho milagro, la villa quedó exenta del pago del tributo.

En Simancas, el tributo no era de cuatro doncellas, sino de siete. Tras haber sido ya entregadas como tributo, las doncellas designadas decidieron desfigurarse cortándose una mano y de esta forma no ser agradables a ojos de Abderramán II (822-852) quien al verlas pronunció: «Si mancas me las dais, mancas no las quiero» y de aquí provendría el nombre de la localidad.

Escudo de la villa de Simancas con las manos de las siete doncellas

Pese a que gran parte de los investigadores considera que la historia del tributo es una leyenda, recogida en tiempos muy posteriores por la *Primera Crónica General* de tiempos de Alfonso X, es decir, algo más de cuatrocientos años después. Lo cierto es que en la iglesia románica de Santa María del Camino situada a la entrada de la villa de Carrión, en el arco de la puerta principal de acceso a la iglesia, están talladas las doncellas y hay cuatro capiteles con cabeza de toro. Quizás algo de verdad sí pudiera

tener la leyenda del tributo de las cien doncellas.

Batalla de Clavijo, original de José Rodríguez de Losada; donación a su parroquia de Santiago de don Manuel González de Soto y su esposa, doña María de Agreda. Jerez, 25 de julio de 1897. Foto: autor.

Durante su reinado se produjo la mítica batalla de Clavijo, transposición en clave legendaria y propagandística de la realmente sucedida batalla de Albelda. En la batalla de Clavijo cerca de Logroño, acontecida en 844 más de diez años antes que la batalla de Albelda (859) en tiempos de Ordoño I (850-866), hijo y sucesor de Ramiro I, el actor principal fue el apóstol Santiago cuya tumba había sido descubierta unos pocos decenios antes. Santiago se apareció en sueños a Ramiro I y le confirmó que no solo vencería al día siguiente, sino que él mismo lucharía a su lado montado en un caballo blanco y portando un estandarte. Ramiro I, tras la victoria y agradecido a la intercesión del apóstol, instituyó el denominado voto de Santiago por el que se pagaría al santo (es decir, a lo que posteriormente será el arzobispado de Santiago de Compostela) una parte de lo que cogiese como botín a los moros y se nombraba al apóstol patrón de España. Es la iconografía bien conocida de Santiago Matamoros.

> Los nuestros, con gran denuedo, acometen a los enemigos y cierran apedillando a grandes voces el nombre de Santiago: principio de la costumbre que hasta hoy tienen los soldados españoles de invocar su ayuda al tiempo que quieren acometer. Los bárbaros, alterados por el atrevimiento de los nuestros, cosa muy fuera de su pensamiento por tenerlos ya vencidos, y con el espanto que de repente les sobrevino del cielo, no pudieron sufrir aquel ímpetu y carga que les dieron. El apóstol Santiago, según que lo prometiera al rey, fue visto en un caballo blanco y con una bandera blanca, y en medio de ella una cruz roja, que capitaneaba nuestra gente. Con su vista crecieron a los nuestros las fuerzas: los bárbaros, de todo punto desmayados, se pusieron en huida; ejecutaron los cristianos el alcance, degollaron sesenta mil moros. Apoderáronse después de la victoria de muchos lugares, en particular de Clavija, donde se dio esta famosa batalla […].
>
> Juan de Mariana

Avance hasta el Duero

La segunda mitad del siglo IX fue un período convulso en al-Ándalus. No solo continuaron las disputas intestinas, sino que además los rebeldes al poder del emir lograron tener suficiente fuerza como para fundar núcleos independientes. El punto álgido de la insurrección fue en tiempos del emir Abd Allah (888-912) cuando su debilidad era tan acuciante que tan solo llegó a controlar, a inicios de su gobierno, la ciudad de Córdoba y sus tierras aledañas. Los reyes asturianos aprovecharon este período de fragilidad del emirato para ampliar sus dominios repoblando y fortificando las tierras meseteñas hasta el Duero, esas mismas tierras que en tiempos

de Alfonso I habían sido despobladas. Al tiempo, se siguieron realizando esos ataques rápidos contra territorio musulmán en búsqueda de botín, aunque en estos tiempos, debido a que todas las marcas fronterizas se habían levantado contra Córdoba, principalmente se colaboró con los rebeldes con el fin de desestabilizar en todo lo posible al poder emiral. La debilidad del emirato era grande y el apoyo que los reyes asturianos ofrecían a los rebeldes era muy tentador, por ello durante los reinados de Ordoño I (850-866) y su ya mencionado hijo Alfonso III (866-910) se realizaron diversas incursiones en territorio musulmán apoyando a uno u otro grupo rebelde. A su vez, los generales musulmanes enviados desde Córdoba intentaron devolver el golpe cristiano con diversos resultados.

En 854, el conde Gatón del Bierzo, al mando de un ejército, apoyó la revuelta de los toledanos, que fueron derrotados en la batalla de Guadalacete; al año siguiente, como represalia, Muhammad I envió tropas contra las posiciones asturianas en Álava, pero fueron rechazados. Esto llevó a Ordoño I a intentar —con éxito, como mencionaremos— la repoblación de unas primeras plazas en la meseta que le permitieron avanzar sus líneas y al mismo tiempo, acortar la distancia entre sus posiciones seguras y el enemigo.

La insistencia musulmana de atacar fortalezas asturianas en la zona del alto Ebro acabará con la derrota musulmana de Albelda, la gran victoria de Ordoño I. Aunque la victoria de Albelda fue magnificada por otros cauces (como batalla de Clavijo), no fue más que uno más de los vaivenes de una guerra sin fin con múltiples alternancias y victorias por ambas partes, aunque al final, tal como dice la *Crónica de Alfonso III* (ed. Sebastianense): «Este, con la ayuda de Dios, amplió el reino de los cristianos».

Estatua ecuestre de Vimara Peres. Oporto (Portugal).

Pese al evidente éxito que tuvo Ordoño I, el gran rey asturiano de este período fue Alfonso III, llamado el Magno. La crónica que lleva su nombre detalla pormenorizadamente todas las acciones militares y repobladoras de este rey. Alfonso III concentró sus primeros esfuerzos en el territorio gallego y posteriormente capitalizó la actitud siempre levantisca de los condes gallegos para iniciar la conquista y repoblación de los territorios al sur del Miño, es decir, el norte de Portugal. En el 868 Vimara Pérez conquistó Oporto, se convirtió el primer conde del nuevo condado portucalense y llevó las fronteras del reino hasta el Duero de forma

estable. Afianzada Oporto, posteriormente pudo repoblar tranquilamente la zona entre el Miño y el Duero, incluso el propio Vimara fundaría una localidad en las cercanías de la antigua ciudad romana de Braga, a la que llamaría con su propio nombre, Vimaranis (Guimarães).

Cuatro años después de la conquista de Oporto, Chaves —otra antigua ciudad romana— fue repoblada por Odoario, otro noble de la corte alfonsí.

Hacia el 880 gran parte de las tierras portuguesas hasta el valle del Mondego y las estribaciones sur de la Sierra de la Estrella obedecían al rey asturiano. Ciudades como Coimbra, Viseu, Lamego, Idanha e incluso Coria habían ya habían sido ocupadas, fortalecidas y repobladas.

> En su tiempo floreció la Iglesia y se extendió el reino. Las ciudades Bracarense, Portucalense, Ancensis, Eminensis, Vascensis y Lamencense, fueron pobladas por cristianos. Fue victorioso en Coria y Ejitania, límites de la Lusitania, y con la espada y el hambre, arrasó desde Emérita hasta los confines del mar. Esto sucedió en la Era 915 [877 d. C.]
>
> *Crónica de Alfonso III*
> Versión: *Crónica Sebastianense*

Este espectacular avance no pudo ser posible sin la pasividad de Ibn Marwan, caudillo musulmán rebelde a Córdoba que señoreaba sobre el valle del Guadiana en torno a Mérida y el sur de Portugal, a la sazón aliado del rey Alfonso. Juntos pusieron en jaque al emir durante varios años gracias a diversas correrías por el interior de al-Ándalus.

Las victorias cristianas en territorio portugués intentaron ser contrarrestadas por ataques musulmanes por las otras fronteras del reino, que incluso llevaron a internarse en territorio berciano y amenazar la reciente repoblación de León. Estas acciones, en los ya habituales movimientos de acción-reacción, fueron respondidas por Alfonso III con internadas en territorio musulmán. Posteriormente una nueva incursión musulmana, como casi siempre remontando el Ebro, fue rechazada en la llamada batalla de Polvoraria (878), a orillas del río Órbigo.

Los últimos veinte años del reinado de Alfonso III fueron de prosperidad frente a la situación crítica de guerra civil que vivían en al-Ándalus. Avanzaron las repoblaciones con el nacimiento de nuevos núcleos urbanos como el caso de Burgos, fundada por el conde Diego Rodríguez Porcelos en 884, se repararon antiguas murallas como en Zamora (893) y Toro (900) y se roturaron nuevas tierras. Resumiendo, a la muerte de Alfonso III el reino asturiano había alcanzado de forma segura y consolidada sus posiciones en las orillas del Duero desde su desembocadura hasta Osma. En la zona portuguesa, el Duero había sido ampliamente sobrepasado hasta las tierras de Coimbra y la Sierra de la Estrella hasta la zona de Coria, ya en España.

Alfonso III será el último rey intitulado como rey de Asturias, su sucesor Garcia I (910-914) movió la corte de Oviedo hasta la antigua ciudad romana de León, siendo considerado el primer rey de León.

Las campañas de Abderramán III contra el reino de León

El entonces ya denominado reino leonés aprovecharía la debilidad de principios del siglo x para expandir sus dominios y atacar en rápidas incursiones el territorio musulmán. Desde las nuevas bases seguras en la meseta norte, se enviarán expediciones sumamente efectivas como las del 913 que llegó a saquear Évora. Como retaliación, en el 917 las tropas cordobesas al mando de Ibn Abi Abda fueron enviadas al norte, pero sufrieron una cruenta derrota en Gormaz en la cual murió el propio general musulmán cuya cabeza quedó expuesta junto con la de un jabalí

(animal impuro para los musulmanes y, por tanto, un hecho infamante) en las almenas del castillo.

Castillo califal de Gormaz (Soria). Por su situación geográfica entre el reino de León y el de Pamplona, fue pieza fundamental en la defensa musulmana y de allí partieron múltiples ataques contra los reinos cristianos. Fuente: web del Ayuntamiento de Gormaz.

Según los historiadores árabes, tras la derrota el resto del ejército emiral consiguió recomponerse y regresar en bastante buen orden a territorio andalusí, sin embargo, la cronística cristiana, en su proceso continuo de magnificar las victorias de los suyos, señaló que la derrota fue tan grande que desde el Duero hasta Atienza, ya en Guadalajara, el campo estaba lleno de soldados musulmanes muertos. Pocos años antes había subido al trono Abderramán III (‘Abd al-Rahman III, emir 912-929, califa 929-961).

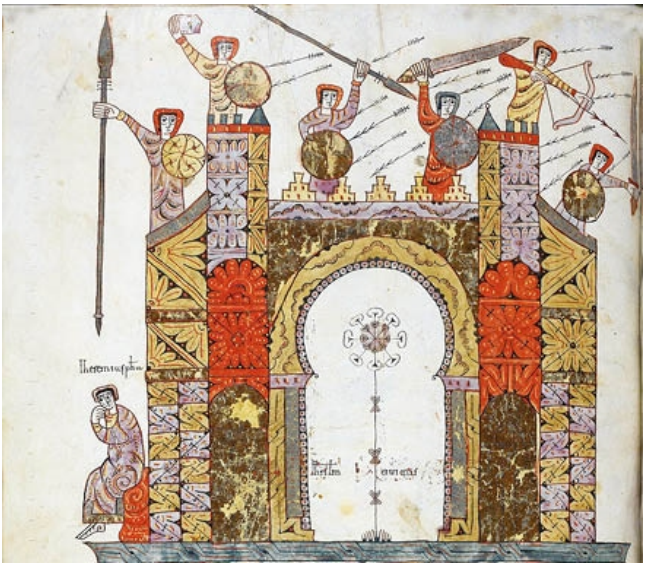
El reinado de Abderramán III fue el momento de máximo esplendor de al-Ándalus a nivel científico y cultural. Se construyó Medina Azahara, Córdoba se convirtió en la principal ciudad de occidente, se amplió nuevamente la mezquita y, políticamente, al-Ándalus se independizó religiosamente de los califas abasíes de Bagdad y se nombró Abderramán III, a sí mismo, califa en el 929.

Pese a los logros que se conseguirán a lo largo de su califato, la situación al momento de su subida al trono en el 912 no podía ser peor para el estado omeya sumido en un importante desorden civil, aprovechado por los reinos cristianos para afianzar su poder, especialmente, como hemos señalado, el reino leonés. Tras la derrota del 917, Ordoño II León (914-924) y Sancho Garcés de Pamplona (905-925) devastaron las tierras riojanas durante los dos años siguientes.

El contraataque musulmán no se hizo esperar y se desarrolló de forma violenta, al tiempo que se ocupaba de los asuntos internos de al-Ándalus, Abderramán en el 920 se puso al mando de su ejército para castigar y retomar las plazas perdidas los años anteriores. Desde Medinaceli atacó San Esteban de Gormaz y Clunia para posteriormente dirigirse a Tudela, ganarse el apoyo de la marca superior y derrotar en julio de ese año a la coalición de León y Pamplona en la batalla de Valdejunquera, también llamada Campaña de Muez. La victoria fue total, se conoce el apresamiento de los obispos Dulcidio de Tuy y Hermogio de Salamanca, que fueron degollados junto con otros 500 prisioneros según fuentes musulmanas. Derrotado el enemigo, Abderramán III sin oposición alguna se adueñó de todo el territorio riojano.

Pese a la importante derrota, los reyes cristianos no estaban vencidos y en los años siguientes se sucedieron diversas incursiones, ataques cristianos/contraataques musulmanes en toda la zona riojana. Nájera fue conquistada por los leoneses y Viguera (convertida en capital de un efímero reino) por los pamploneses, lo que obligó a Abderramán III a tomar de nuevo personalmente el mando del ejército en el

924 y a dirigirse directamente hacia Pamplona, ciudad que saqueó ante la impotencia de Sancho I Garcés. Pese a lo humillante de la derrota, Abderramán III tampoco esta vez ocupó el territorio, sino que se trataba de otra expedición de castigo, muy dura, sí, pero que no acababa con el riesgo que suponían los pamploneses.



Asalto a una ciudad. Beato de Silos (fines del s. XI). British Library.

Tras haber pacificado, al menos temporalmente, la marca superior, Abderramán pudo centrarse en los problemas internos de al-Ándalus, tiempo que aprovecharon los reinos cristianos de León y Pamplona para rearmarse y preparar nuevas campañas. La primera oportunidad que se presentó para los leoneses fue unos años más tarde tras una corta, aunque intensa disputa dinástica, en tiempos de Ramiro II (931-951), quien aprestó sus tropas en el 932 para apoyar a los rebeldes musulmanes de Toledo, aunque no pudo pasar de la fortaleza de Madrid. La represalia musulmana fue inmediata y se dirigió hacia tierras de Osma que resistió tanto en 932 como en 934.

Para el 939 Abderramán III preparó una gran campaña militar contra su principal y casi único enemigo, habida cuenta que tanto la oposición interna como el reino de Pamplona estaban derrotados. El ejército califal contaría con un número elevadísimo de tropas, se habla incluso de hasta cien mil hombres, con el objetivo primario de atacar las fortalezas del Duero no en territorio castellano o pamplonés como había sucedido siempre, sino en el corazón del reino leonés, Zamora, Toro y Simancas y quizás así, como había sucedido en las campañas de los años anteriores en territorio riojano-navarro, poder atacar la capital del reino, doblegando —como fin último— a los incómodos leoneses.

> An-Nasir [‘el que hace triunfar la religión’, uno de los títulos de Abderramán III] irrumpió con sus tropas en territorio enemigo, recorriéndolo durante días de acampada en acampada, en seguimiento de sus propiedades y destruyendo sus recursos, hasta detenerse en M.dma el jueves, 5 de sawwal [25 de julio] encontrándola desierta y desamparada de sus gentes, que la habían dejado llena de bienes y vituallas, todo lo cual saquearon los musulmanes, procediendo luego a destruirla de consuno, hasta arrasarla, y liberando a cierto número de prisioneros musulmanes que hallaron en sus silos. Pasaron allí dos días, y luego marcharon a la fortaleza de Íscar [actual provincia de Valladolid, al igual que las siguientes localidades mencionadas] que fue hallada desierta, destruyéndola los musulmanes y arrasando los recursos de su gente; fueron luego a Alcazarén, cuyos campos asolaron, alterando su apariencia y borrando sus huellas y de allí a una acampada junto al río Cega, y desde allí a la fortaleza de Portillo de Asim, el viernes 13 de sawwal [2 de agosto] comenzando los musulmanes a atacar a sus ocupantes. Allí permaneció el ejército de Abderramán durante dos días habitando las casas abandonadas por sus

habitantes muertos o huidos.

Al Muqtabis V

La campaña, bautizada por Abderramán III como «la Campaña del Poder Supremo», no pudo comenzar mejor: se habían desbaratado las defensas cristianas al sur del Duero sin un coste significativo de pérdidas y se habían liberado prisioneros y conseguido buen botín. Sin embargo, al llegar al Duero a la altura de la localidad vallisoletana de Simancas les esperaban las tropas de Ramiro II. Tras varios días de combates con alternancias para ambos bandos, las tropas leonesas con la ayuda de San Millán, que se apareció en medio de la batalla arengando a los cristianos y matando musulmanes, consiguieron la victoria.

> Después el rey cordobés Abderrahman se apresuró hasta Simancas con gran ejército. Nuestro católico Rey, oyendo esto, dispuso ir hasta allá con gran ejército, y allí mismo, peleando uno con otro, en lunes, estando al caer la fiesta de los santos Justo y Pastor, fueron deshechos 80 000 de ellos. Aun el mismo Abohahia, rey agareno [se refiere a Abu Yahya Muhammad ibn Hashim, señor de Zaragoza], allí fue cogido por los nuestros, y llevado a León y en calobozo metido: porque traicionó a D. Ramiro fue cogido por recto juicio de Dios. Mas aquellos que habían quedado, tomado el camino, se volvieron, fugitivos.

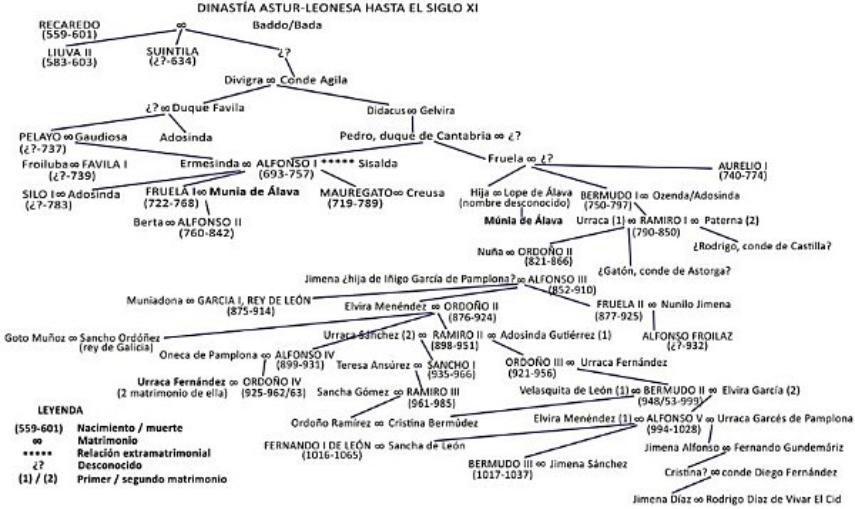
Crónica de Sampiro

Pese a que se había logrado detener al ejército califal, aún era muy poderoso incluso en plena retirada. En vez de volver por el camino más corto hacia Córdoba y quizás por el mal resultado de la campaña, Abderramán III se decidió por asolar el alto Duero atacando en su retirada todas las localidades que se encontrasen en su camino. Las tropas de Ramiro II se adelantaron a sus planes y previendo por dónde irían a avanzar las tropas califales, les tendieron una trampa en un barranco que actualmente se viene a situar en la zona de Riaza (Segovia) y allí, en la batalla de Alhándega o del Foso, en una acción que recuerda a la derrota franca de Roncesvalles, el ejército califal fue diezmado.

> Mas el Rey, persiguiéndolos, cuando ellos llegaron a la urbe que se llama Alhandega, allí fueron cogidos y extinguidos por los nuestros. Mas el propio rey Abderrahman escapó semivivo. De donde los nuestros llevaron muchos despojos, a saber, oro, plata y vestidos preciosos. El Rey, ciertamente ya seguro, avanzó hacia su casa con gran victoria en paz.

Crónica de Sampiro

La derrota musulmana tuvo gran repercusión internacional y supuso un antes y un después de las relaciones del reino leonés con el califato. En primer lugar, Abderramán III comprendió que los reinos cristianos, que habían sido despreciados con anterioridad, se habían convertido en enemigos poderosos a tener en cuenta. Futuras campañas militares —de haberlas— tendrían que ser más precavidas y mejor preparadas; al mismo tiempo se decidió por reforzar sus propias fronteras al sur del Sistema Central, como en el caso de la ciudad de Saktān (¿Escalona, en Toledo?), y dejó todo el norte en poder cristiano, quienes aprovecharían la ocasión para repoblar y fortalecer todo ese espacio meseteño, como es el caso de todo el valle del Tormes que protege y facilitará futuras incursiones por la Vía de la Plata y la zona vallisoletana de Íscar y Olmedo.



Los años siguientes a la fallida Campaña del Poder Supremo fueron de cierta tranquilidad. Abderramán III se volcó principalmente en consolidar su poder y el califato. Respecto al reino leonés volveremos a asistir a las ofensivas y contraofensivas estacionales, de entre las que destacó, por la profundidad del ataque, la toma de Salamanca por parte del general cordobés Ahmad ben Said en el 951 y la respuesta de Ordoño III (951-956) en el 955 que llegó en su ataque hasta las cercanías de Lisboa.

Todos estos ataques y contraataques durante doscientos años sin duda supusieron unas pérdidas considerables para el reino asturleonés, tanto a nivel humano como de recursos económicos, y solo se vieron parcialmente compensados gracias a las expediciones al sur. Sin embargo, gracias al avance de la Reconquista por la meseta norte y la creación y repoblación de todos esos núcleos urbanos fortificados, se comenzaron a crear zonas seguras donde la población y la economía podía comenzar a prosperar ya sin temor a ataques cordobeses.

En estos años centrales del siglo x, el principal peligro para León no va a provenir de Córdoba, sino de su condado más oriental, el de Castilla, que al mando del conde Fernán González se independizará si no *de iure* sí *de facto* de la monarquía leonesa acercándose por lazos matrimoniales al reino de Pamplona.

El condado de Castilla

El futuro condado de Castilla surgirá en la región oriental del reino asturiano, un territorio que fue parte del ducado de Cantabria que Alfonso I recibió en herencia de su padre Pedro. De todo el territorio que su padre administraba antes de la invasión islámica, Alfonso I tan solo recibió el dominio efectivo de la zona más montañosa y por tanto más proclive a quedar exenta de ataques musulmanes. Si nos atenemos a la interpretación del maestro de medievalistas Sánchez-Albornoz, en estas tierras encontró refugio no la nobleza visigoda, que marcharía a Asturias, sino el pueblo llano. De esta forma, según Sánchez-Albornoz, en ese territorio oriental se iría produciendo una amalgama, pues los recién llegados pronto se mezclarán con las tribus montañosas en una unión que potenciará sus respectivas cualidades.

Sin embargo, este territorio por su situación geográfica tuvo tener una importancia capital tanto para musulmanes como para cristianos. El territorio castellano, conocido en tiempos anteriores como Bardulia (territorio de los várdulos), fue el punto de conexión entre el flanco oriental del reino asturiano, el área de

expansión natural del reino de Pamplona, y el camino natural para, remontando el Ebro desde las plazas fuertes islámicas de Tudela y Zaragoza, atacar el corazón del reino asturleonés, con unas plazas fuertes situadas mucho más cerca del enemigo que las del Sistema Central, acortándose los tiempos de reacción del enemigo y la logística necesaria para la campaña. Por ello, no es de extrañar que gran parte de los ataques musulmanes a territorio leonés proviniesen de esa misma dirección y que, a diferencia del resto de la meseta norte donde dominaban los grandes espacios y la lejanía entre los centros de poder, en la futura Castilla cada avance cristiano supusiera la construcción de una fortaleza defensiva, con el objetivo de crear una red tupida de fortificaciones que impidiesen o detuviesen cualquier acometida de las tropas musulmanas.

Núcleo originario de Castilla según G. Martínez Díez

La *Crónica de Alfonso III* menciona que junto con otras tierras del naciente reino asturiano, Alfonso I repobló el territorio de Bardulia que ahora llamanos Castilla «Eo tempore populantur […] Bardulies quae nunc apellatur Castella», pero se trató de un intento vano, pues la dificultad de defender el territorio por los motivos antes explicados era muy grande. A principios del siglo IX se comenzó a repoblar el territorio que posteriormente configuraría el espacio nuclear del condado de Castilla. Coincide en el tiempo con uno de los múltiples momentos de debilidad que va a tener al-Ándalus, lo que permitiría la ocupación del territorio y la organización de su sistema defensivo con una serie de fortalezas y atalayas que apoyasen el asentamiento de nuevos pobladores y les avisasen en caso de peligro inminente, un territorio de castillos, Castilla. Una Castilla con fecha de nacimiento, el 15 de septiembre del año 800, momento en que en una donación del abad Vitulo del monasterio (ahora desaparecido) de san Emeterio de Taranco de Mena apareció este término por primera vez.

La primitiva Castilla viene a corresponder con la comarca de las merindades en la actual provincia de Burgos, un territorio delimitado por los ríos Nela y Losa y las orillas del Ebro entorno a los valles de Manzanedo, Valdivielso y Tobalina.

En estos territorios no habrá una repoblación sistemática o patrocinada por los reyes, sino flujos migratorios privados provenientes del otro lado de la cordillera, que

buscaban en este territorio excéntrico, alejado de los núcleos administrativos y de poder de la época, un lugar donde asentarse y prosperar ante la superpoblación y falta de suficientes alimentos al otro lado de las montañas. Sin embargo, era un territorio expuesto y peligroso.

La repoblación de esta zona obedece a la necesidad de dominar la ruta que comunicaba las principales ciudades del valle de Ebro en manos musulmanas, Tudela y Zaragoza, con Asturias por las Conchas de Haro y el famoso desfiladero de Pancorbo, puntos de alto valor estratégico que permitían el paso entre la meseta norte y el valle del Ebro. Una ruta que, como hemos dicho, era peligrosa para sus habitantes por las continuas incursiones musulmanas que entraban por ese territorio camino a los principales núcleos de poder del reino asturiano. Sin embargo, gracias a ese sistema tan tupido de fortalezas, la repoblación asturiana avanzó muy poco a poco en un impulso repoblador que saltó el valle del Mena hacia Villarcayo, Orduña y la zona de la comarca de la Montaña Palentina donde el conde Munio Núñez y su mujer Argilo el 13 de octubre del 824 otorgaron fuero a los cinco vecinos recién llegados que vinieron a poblar la nueva localidad de Brañosera. Gracias a este documento, Brañosera se convirtió en el municipio más antiguo de España.

> In Dei nomine. Ego Monnio Nunniz et uxor mea Argilo paradisum querendo et mercede accipiendo inter ossibus et venationes facimus populatione et adducimus ad populando Valero et Felix, Zonio et Christuebalo et Cerbello atque vniversa sua genealogia et damus vobis ad populandum illum locum qui dicitur Brania Ossaria [...].
>
> *Fuero de Brañosera*

Brañosera

De unos cuantos años antes, del 816, tenemos la primera referencia a un poder condal en Castilla, el conde Gundesindo, quien hizo donación al monasterio de San Vicente de Fistoles en Esles (Cantabria) de varios lugares en tierras de Castilla. La existencia de un conde castellano no significaba que fuese un poder unificado, sino que al mismo tiempo varios condes iban a coexistir y cada uno de ellos con su propio programa expansivo de repoblación y conquista, aunque siempre supeditados a los dictados de la monarquía asturiana.

A partir de la segunda mitad del siglo IX apareció en la documentación un conde Rodrigo (852-873) quien repoblará Amaya, la antigua capital del ducado de Cantabria «In era dccclxlviii [año 860] populauit Rudericus commes Amaya (…)» (*Annales castellanos primeros*), un conde que tuvo la fuerza suficiente como para intervenir con sus gentes de armas en las guerras de su rey contra los musulmanes y como para defender la candidatura de un joven Alfonso III al trono asturiano frente al

usurpador Fruela Bermúdez, conde de Lugo. Durante los más de veinte años en que lo tenemos documentado como conde castellano, Rodrigo combatió a los musulmanes en la batalla (derrota) de la Morcuera, levantará fortalezas, buscó repobladores para su territorio y otorgó mercedes y tierras como si del propio rey se tratase.

La misma capacidad de decisión tuvo su hijo y sucesor Diego Rodríguez Porcelos (873-885), conde «por la gracia de Dios», no por la autoridad de su monarca. Durante su gobierno la Castilla expansiva llevó su frontera hasta la Bureba y el desfiladero de Pancorbo, donde resistió un ataque musulmán en el 882, y por el sur la ribera del Arlanza, donde fundará la ciudad de Burgos en 884 «Era DCCCCXXII [año 884]. Populavit Didacus comes Burgos mandato Adephonsis regis» (*Annales Compostelanos*).

Pese a todo el poder que acumularon padre e hijo, a la muerte de Diego Rodríguez Porcelos en el 885 ninguno de sus descendientes le sucedió en el condado y volvieron a aparecer diversos condes en Castilla gobernando al mismo tiempo. En estos años, y pese a que cada conde tuvo políticas diferentes, todos ellos siguieron con la política expansiva repoblando territorios interiores y avanzando en la Reconquista que, por estos años de finales del siglo IX y principios del X, llegaría finalmente hasta la línea del Duero con la repoblación de Clunia, Osma y San Esteban de Gormaz. Eran los tiempos del Alfonso III el Magno.

La Castilla de Fernán González

Estonces era Castilla un pequeño rincón,
Era de castellanos Montes de Oca mojón,
E de la otra parte Fitero el fondón,
Moros tenían a Carazo en aquella sazón.

Estonces era Castilla toda una alcaldía,

Magüer que era pobre e de poca valía;
Nunca de buenos homes fue Castilla vacía,
De cuáles ellos fueron paresce hoy en día.

Poema de Fernán González

Fernán González (931-944 —conde de Castilla y Burgos— y 945-970 —conde de Castilla, Burgos, Álva, Lantarón y Cerezo—) pertenecía a una importante familia condal castellana, su padre era el conde Gonzalo Fernández, repoblador de Haza, Clunia y San Esteban de Gormaz y su bisabuelo fue el famoso Munio Nuñez, señor de Brañosera. En el 929 tenemos la primera referencia suya como conde de Lara, sede principal de los dominios de su padre, y tres años más tarde aparece ya mencionado como conde de Castilla, probablemente nombrado por Ramiro II de León (quien subió al trono en diciembre del 931) y quien se convertirá en cuñado de Fernán González al casar ambos con hijas de Sancho I Garcés de Pamplona.

Fernán González sirvió fielmente con sus tropas en las campañas militares de Ramiro II, quien en el 932 atacó Madrid:

> Ramiro, reinando seguro, tomó consejo con todos los magnates de su reino sobre cómo invadiría la tierra de los caldeos; y reunido ejército, avanzando a la ciudad que se llama Madrid, destrozó sus muros e hizo grandísimos estragos, ayudando la clemencia del Señor; volvió a su casa con victoria en paz
>
> *Cronica Sampiro*

Fernán González. Alcázar de Segovia. Foto: autor.

Pero fueron los tiempos en que Abderramán III se estaba asentando como califa cordobés y no podía permitir, como ya mencionamos en el capítulo correspondiente, que los reyes cristianos —especialmente el leonés— desestabilizasen al-Ándalus. Fernán González fue parte fundamental de la estrategia leonesa para frenar las acometidas califales y, como no podía ser de otra forma, fue pieza clave en la gran victoria de Simancas del 939.

Tras abandonar Abderramán III su política agresiva contra el reino leonés, Fernán González siguió aplicando la tradicional política castellana expansiva ya sobrepasando el Duero, repoblando tierras tan al sur como Sepúlveda, Riaza y Fresno de Cantespino, todas ellas localidades situadas en las estribaciones de la sierra de Somosierra, en la Cordillera Central y todas ellas controlando los pasos de montaña en la región.

Castilla en tiempos de Fernán González según G. Martínez Díez

En estos tiempos, Castilla es ya un territorio que abarcaba desde la costa cantábrica, al norte, hasta Somosierra, al sur, y desde el río Pisuerga hasta los límites orientales del condado de Álava ya fronterizos con el reino de Pamplona, un inmenso territorio que no reconocía más señor que a él. La crisis dinástica producida en León a la muerte repentina de Ramiro II fue aprovechada por Fernán González para consolidar su poder personal y, pese a seguir dependiendo de la autoridad y dictados del monarca de León, sentó las bases de una Castilla cada vez más autónoma y pendiente de sus propios asuntos.

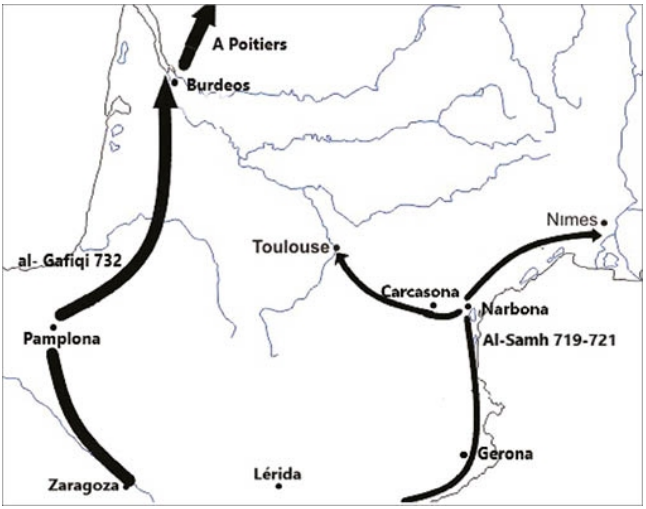
Su hijo y sucesor en el condado de Castilla, García Fernández (970-995) tuvo que lidiar contra las acometidas de Almanzor para conseguir mantener todo el patrimonio que su padre le había dejado.

El foco pirenaico. Defensa sur del reino franco

Tras los primeros momentos de la conquista, los musulmanes se hicieron con el control de todos los pasos pirenaicos que conectaban Hispania con la Galia, y a través de ellos invadieron en diversas campañas de los años veinte y treinta del siglo VIII las tierras de los francos de la Narbonense y Aquitania hasta ser frenados en Poitiers en el 732. Pese a la ocupación de los núcleos principales de la región, lo escabroso del terreno permitía lugares recónditos donde comunidades nativas pudieron seguir manteniendo con una cierta autonomía su ritmo de vida tradicional.

Al igual que en la cordillera Cantábrica, no debemos buscar en ese concepto de tradicional lo que investigadores del pasado han querido encontrar, comunidades que siguieran manteniendo costumbres ancestrales prerromanas de vida cuasi primitiva, con lengua propia —en el caso de los vascones— y con comportamientos tribales. Sí

serían gentes aisladas, con una economía pobre propia de la orografía montañosa en la que se encuentran, con escaso contacto con el mundo urbano, con una vida dura de subsistencia, pero no por ello creemos que no estuviesen romanizados, pues hay que tener en cuenta que tanto a un lado como al otro de los Pirineos se encuentran ciudades romanas de tiempos previos al cambio de era como Burdeos, Toulouse o Narbona al norte y Pamplona, Huesca y Gerona al sur del sistema montañoso. Son muchos siglos hasta llegar a ese año 711 para que incluso en los valles más recónditos no hubiese entrado ni el cristianismo ni los modos de vida de la civilización romana y visigoda.



Invasión del territorio franco por Al-Samh (719-721) y por al-Gafiqi (732), que le condujo a la derrota de Poitiers

Tras la caída del valle de Ebro en el 714, los musulmanes pronto se fijaron en la conquista de lo que restaba del reino visigodo al este peninsular, cuya conquista fue completada al final de la década e incluso tropas musulmanas consiguieron entrar en territorio franco con la misma facilidad que lo habían hecho en territorio visigodo. En el 719-720 Narbona cayó en poder musulmán y en los años siguientes conquistaron toda la Septimania con sus diócesis de Narbona, Elna, Carcasona, Béziers, Agde, Maguelone, Lodève y Nimes, ya en el Ródano.

Del lado franco, el encargado de intentar parar la acometida fue el duque de Aquitania Odón I, llamado el Grande, quien derrotó a los musulmanes frente a su capital Toulouse en el 721, en esta batalla murió el mismísimo emir Al-Samh (719-721), pero sus intentos de frenar la expansión musulmana fueron insuficientes y años más tarde, en el 725, una *razzia* logró entrar en territorio borgoñón asolando Autun y otras ciudades. Finalmente, Odón se rindió a la realidad y pactó con los invasores casando a su hija Lampegia con el bereber gobernador de la Cerdaña Uthman ibn Naissa, llamado Munuza. Por cierto, un personaje con idéntico nombre que aquel que forzó a la hermana de Pelayo en Asturias, ¿se trata de mismo? Y ya que este personaje como gobernador de Cerdaña está documentado, ¿acaso la historia de la hermana de Pelayo tiene elementos inventados?

El matrimonio de su hija con el bereber no calmó las ansias expansivas musulmanas que siguieron sus correrías por el Ródano y también en dirección a Burdeos, en el 732, arrasando toda la Aquitania a su paso. Odón se vio obligado a pedir ayuda a su viejo enemigo Carlos Martel, mayordomo de palacio de Teodorico IV (721-727) y a la sazón el verdadero gobernante del reino franco y, reunidos ambos ejércitos, consiguieron derrotar a las tropas invasoras en Poitiers.

> Eudon llamó en su ayuda a los sarracenos, los cuales vinieron con su rey Abd al-Rahmân, cruzaron el Garona, llegaron hasta Burdeos, devastándola por completo y

prendiendo fuego a las iglesias, e incendiaron la basílica de San Hilario en Poitiers […]. Carlos [Martel], con la ayuda de Dios, aplastó a la infinita multitud de los sarracenos al mismo tiempo que a su rey y regresó triunfante con sus enemigos vencidos.

Annales Laurissenses minores

Batalla de Poitiers de Charles de Steuben, 1837; en la Galería de las batallas del Palacio de Versalles

El ducado de Aquitania de Odón nunca recuperó su independencia. Carlos Martel lo sometió a vasallaje y, aunque los hijos de Odón, Hunaldo I y Hatton de Aquitania, sí sucedieron a su padre en el ducado. Poco después, en el 769, tras una rebelión fallida contra el recién ascendido al trono Carlomagno, el ducado pasó al control carolingio.

La batalla de Poitiers del 732, no supuso el freno a la expansión musulmana por Europa pues, aunque se les cerró el paso por Aquitania, su posición en la Narbonense era fuerte y por esa región centraron sus intentos expansivos en los años siguientes. En el 734 reiniciaron las hostilidades y conquistaron Aviñón y Arlés controlando gran parte de las ricas tierras del valle del Ródano. La reacción franca no se hizo esperar y a partir del 737 iniciaron una serie de campañas al mando de Childeberto, hermano de Carlos Martel, con el objetivo de recuperar esos territorios y expulsar a los musulmanes al otro lado de los Pirineos. La derrota musulmana cerca de la laguna de Berre, en el 737, bloqueó una futura expansión de los musulmanes por el territorio, lo que les confinó a la región de Narbona, ciudad que cayó en manos de Pipino el Breve en 759.

Asentado ya el poder franco de un lado al otro del norte de los Pirineos, comenzaron a poner sus ojos sobre la cordillera montañosa con un doble objetivo, expandir sus territorios y crear una frontera militarmente fiable, y así evitar hipotéticas entradas de ejércitos musulmanes en territorio franco, como había estado sucediendo durante toda la primera mitad de siglo.

Detenidos todos los intentos musulmanes de extenderse por Europa y tras estas primeras vertiginosas décadas, rápidamente se van a empezar a conformar tres áreas diferentes que darán lugar pasado el tiempo a las tres grandes entidades políticas medievales de la región. El reino de Pamplona, el condado de Aragón, y la Marca Hispánica como antecesora de los condados catalanes.

El reino de Pamplona

Al sur del ducado de Aquitania surgió durante el siglo VII el ducado de Vasconia o Gascuña, Dux Wasconiae, en un territorio comprendido entre el Garona y los Pirineos, sin que estos fuesen forzosamente la frontera, sino que parece ser que se extendía por las tierras que hoy en día conocemos como País Vasco, Navarra y Alto Aragón. Sin embargo, en los tiempos de Odón I de Aquitania, el ducado de Vasconia se hallaba bajo la autoridad ducal aquitana como condado dependiente sometido a vasallaje. Sin embargo, una de las medidas que Carlomagno tomó tras su victoria frente a la rebelión aquitana fue dividir de nuevo ambos territorios con el mismo rango ducal. El nuevo duque de Vasconia tenía como misión principal proteger el flanco sur carolingio frente a potenciales ataques musulmanes desde la península ibérica. Pronto tendría ocasión de mostrar su fidelidad a Carlomagno en la campaña contra Zaragoza.

Roncesvalles

La campaña de Carlomagno contra Zaragoza en el 778 que terminó con la derrota de Roncesvalles, temática de la *Canción de Roldán*, tiene como origen las desavenencias de los gobernadores musulmanes de las regiones del Ebro con el emir cordobés. El gobernador de Barcelona y Gerona, Sulaymân ibn al-A'râbî buscó el apoyo del rey franco yendo hasta Sajonia y obteniendo el compromiso de Carlomagno de apoyo militar para su rebelión.

En la primavera del 778, el soberano franco marchó hacia Hispania dividiendo su ejército en dos columnas, una en dirección a Barcelona y la segunda comandada por él mismo que cruzaría los Pirineos por las tierras del duque Lupo II de Vasconia a través del paso de Roncesvalles, hasta Pamplona y Zaragoza, su objetivo final. La férrea defensa musulmana, así como noticias de la rebelión de los sajones hizo que Carlomagno levantase el sitio de Zaragoza y se retirase por donde había venido (Roncesvalles) no sin antes asolar Pamplona. En algún punto indeterminado del paso de montaña, la retaguardia franca con los prisioneros y el botín fue atacada por los montañeses (con ayuda zaragozana) quienes derrotaron a los francos recuperando el botín perdido.

> [Carlomagno] Atravesó el desfiladero de los Pirineos, aceptó la rendición de todas las fortalezas y castillos que asaltaron y volvió con el ejército sano y salvo si se exceptúa que, a su regreso, tuvo ocasión de experimentar súbitamente la perfidia vascona en las mismas cumbres de los Pirineos. En efecto, cuando el ejército avanzaba en larga columna, a lo que obligaba el desfiladero, los vascones, emboscados en lo alto de los montes —pues este es un lugar idóneo para preparar emboscadas dada la espesura de sus numerosos bosques— se precipitaron sobre los carruajes que marchaban en último lugar y sobre los que protegían el grueso del ejército cubriendo la retaguardia y los arrojaron al fondo del valle. Una vez entablado el combate, mataron a todos sin excepción y, después de saquear los bagajes, se dispersaron con gran rapidez al amparo de la noche que ya empezaba a caer.
>
> *Vita Karoli*

La Chanson de Roland, una de las principales obras literarias de la Edad Media, narra la derrota franca en Roncesvalles. Ilustración del Cantar (siglo XV).

La derrota de Roncesvalles tuvo graves consecuencias en la política franca. En primer lugar. Carlomagno acusará a Lupo II de Vasconia de traición, y lo pagará con su vida. Su ducado quedará desmembrado en condados menores a cargo de hombres de la tierra de demostrada confianza al rey, no a otros nobles más poderosos. Surgen así los condados de Toulouse, Fezensac y Burdeos, entidades menores que difícilmente podrían hacer frente al poder carolingio, con la misión de mirar más hacia lo que sucedía en Hispania que hacia la política interna de su propio reino.

Los primeros reyes de Pamplona

Es en ese período de finales del siglo VIII cuando empezaron a surgir los primeros líderes nativos en territorio navarro, aquellos que conformarían las dinastías Arista y Jimena. Sin embargo, antes que estas familias, las crónicas nos hablan de un Velasco y un García, personajes vagamente referenciados en estos tiempos oscuros, pero que parecen haber sido las cabezas visibles de la resistencia cristiana en territorio pamplonés.

Volviendo a los Arista y a los Jimena, muy pocos datos disponemos de los orígenes, en el siglo IX, de ambas dinastías pamplonesas, información escasa y fragmentaria que plantea muchas dudas. Estudios modernos plantean que ambas familias provienen de un mismo tronco común y que además se emparentarían con la familia muladí (conversos al islam) de los Banu Qasi, señores desde tiempos visigodos del valle del Ebro medio, con Tudela como uno de sus principales baluartes. De este modo se explicaría que al retirarse a un convento Fortún I Garcés (c. 882-905) en el 905, la dinastía Jimena representada por Sancho I Garcés (905-925) pudo tomar las riendas del poder en una transición sin ningún atisbo, aparente, de crisis dinástica.

Íñigo Arista (c. 810-851), para poder convertirse en el primer monarca del reino de Pamplona, debió apoyarse en los Banu Qasi, que a la sazón eran familiares suyos, al casar su propia madre con el señor de Tudela y dar a luz a Musa ibn Musa, medio hermano de Íñigo y futuro valí de Tudela heredando a su padre. Este Musa fue el personaje más influyente en la Marca Superior en su tiempo.

Busto de Musa ibn Musa, Tudela (Navarra).

Con el apoyo de su medio hermano musulmán, y con la inestimable ayuda del conde García Galíndez de Aragón (820-833), pudo hacerse con el control de Pamplona y de la Alta Navarra venciendo al partido procarolingio. Su reinado estuvo marcado, en una primera etapa, por sus esfuerzos de independencia del poder carolingio a cuyos representantes venció en la llamada segunda batalla de Roncesvalles del 824. A partir de esta fecha, en una segunda etapa, sus esfuerzos se van a centrar en mantener su alianza con sus parientes Banu Qasi, alianza que le llevaría a apoyar a la familia en su revuelta contra el emir Abderramán II, contra el que fue derrotado en el 843 y Pamplona nuevamente saqueada.

La derrota obligó a Íñigo Arista a someterse a Córdoba y firmar compromisos de lealtad y de protección de los pasos pirenaicos a favor del emirato. Sus sucesores García Íñiguez (851/852-881/882) y Fortún I Garcés seguirán manteniendo, pese a las crecientes dificultades, un delicado equilibrio entre su consideración como príncipes cristianos con su lealtad a al-Ándalus.

Tras la subida al trono de Sancho I Garcés, primer rey de la dinastía Jimena, en el 905, las relaciones de Pamplona con Córdoba cambian radicalmente. Se rompió con el vasallaje impuesto durante la anterior dinastía y se inició una política expansiva con la ocupación de los territorios aledaños al Ebro de Nájera a Calahorra. Pese a importantes derrotas como en la batalla de Valdejunquera del 920 o el ataque y destrucción de Pamplona en el 924, Sancho I Garcés consiguió crear un reino de tamaño considerable, abarcaba, de norte a sur, desde las fronteras con Castilla hasta Sobrarbe y Ribagorza de oeste a este y desde los Pirineos hasta el Ebro, gracias a la conquista de Nájera. Para mantener su reino, desplegó una importante política matrimonial con sus vecinos y una serie de actos de sumisión al recién creado califato, como los protagonizados por la reina Toda Aznárez en 934. Toda —viuda de Sancho Garcés, madre de García Sánchez, rey de Nájera-Pamplona (925-970) y tía de Abderramán III— se presentó ante su sobrino arrodillándose ante él en acto de vasallaje para evitar que en reino de Pamplona fuese arrasado nuevamente.

> En la Era 943 [año 905], Sancio Garseano [Sancho I Garcés] tomó en Pampilona el nombre de rey. Señalóse por su veneración a la fe de Cristo, y fue piadoso y

compasivo con todos los fieles y oprimidos católicos. ¿Qué mucho, si fue excelente en todos sus hechos? Batallador con los ismaelitas enemigos, hizo en sus tierras repetidos estragos. Dio principio por Cantabria, y desde la ciudad de Nájera hasta la de Tudela les tomó todos los castillos. Poseyó la tierra que dicen Degensem con todas sus ciudades. También sometió a sus leyes a la fuerte Pampilona, y se apoderó de todas las fortalezas del territorio aragonés. Después de expulsados los enemigos, murió violentamente el año vigésimo de su reinado. Fue sepultado en el pórtico de San Esteban, y reina con Cristo en el Cielo.

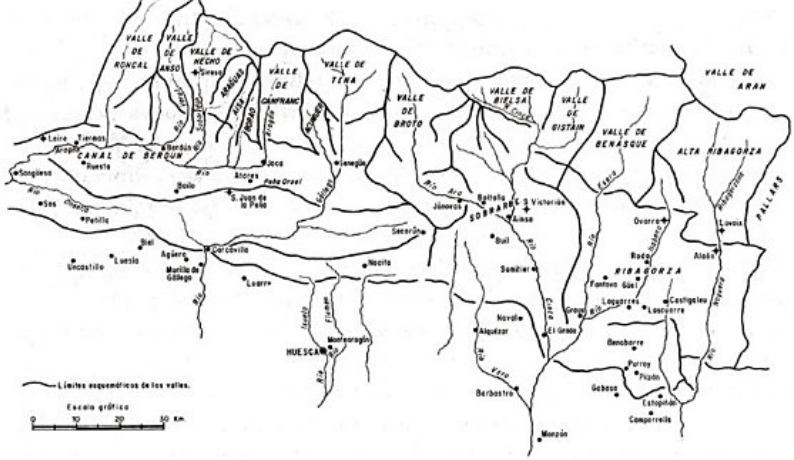
Su hijo Garsea [García I Sanchez] reinó cuarenta años; fue benigno y ganó muchos triunfos a los sarracenos, y así murió. Su sepulcro está en el Castillo de San Esteban.

Sucediéronle en el Reino sus hijos Sancio [Sancho II Garcés] y Ranimiro [Ramiro Garcés rey de Viguera], a los que Dios omnipotente conserve por mucho espacio de años. Amén.

Corriendo la presente Era 1014 [año 976]

Crónica albeldense

Todas las ansias ofensivas mostradas por la dinastía Jimena quedaron así apagadas. Salvo apoyos puntuales en diversas campañas a sus parientes y vecinos del reino de León, como en la batalla de Simancas (939), en los ataques fracasados contra Gormaz en el 975 y Torrevicente en el 981, o escaramuzas de diversa entidad en sus fronteras, el reino de Pamplona se mantendrá en una posición defensiva, que sería lo que a la postre lo apartará de la carrera por ampliar su territorio a costa de los musulmanes, como sí harían los reinos vecinos mucho más agresivos.



El núcleo de resistencia Aragonés (según Lacarra).

El Condado de Aragón

El sector central de los Pirineos no recibió tanta atención por parte de los emperadores carolingios, pues la cercanía de núcleos urbanos musulmanes tan fuertes como Huesca y, principalmente, Zaragoza hacían que cualquier ataque carolingio por este sector fuese muy complicado. Por ello, gracias a la aplicación de la política de pequeños condados delineada por Carlomagno, al mando de personajes afines al emperador, se empezó a controlar y repoblar esta región.

A principios del siglo IX, los denominados *Annales Regni Francorum* mencionaron a un conde llamado Aureolo, probable miembro de la familia de los condes de Perigueux, que residía en el otro lado de los Pirineos frente a Huesca y Zaragoza y gobernaba unos territorios que se cree que correspondían con el originario núcleo del condado de Aragón (los valles de Ansó, Hecho y Aragón). La misión principal de este conde era velar por las comunicaciones entre Hispania y el Imperio franco, lo que suponía el mantenimiento de los puertos de montaña abiertos, sin problemas y siempre aptos para el comercio. Sin embargo, a su muerte en el 809, se produjo un breve período en el que los musulmanes conquistarán de nuevo ese territorio, hasta que entorno al 815 volvió a ser recuperado, ya definitivamente, por los francos, a cuyo mando pusieron a otro fiel servidor del Imperio, Aznar Galíndez (809-820).

Son tiempos difíciles para Aragón. El pequeño condado se encuentra atrapado entre tres grandes poderes que le rodean: por el norte los carolingios, por el oeste el naciente reino de Pamplona que ya comenzaba a asentarse y por el sur la Marca Superior gobernada por los Banu Qasi. Solamente el este les dio un respiro y los sucesores de Aznar Galíndez pudieron incorporar al patrimonio familiar los condados de Urgel, Cerdaña, Pallars y Ribagorza (estos dos últimos se perderán, siendo retomados por los condes de Toulouse-Tolosa). Al desaparecer la rama masculina de la familia, el condado cayó en las manos de Andregoto Galíndez (922-943), quien, por acuerdo matrimonial, se casó con García I Sánchez de Pamplona, por lo que el condado pasó a formar parte del reino pamplonés.

La Marca Hispánica

Gracias a las victorias de Pipino el Breve, su hijo y heredero Carlomagno pudo asegurar la frontera pirenaica contra el islam y al tiempo iniciar una serie de campañas militares que se desarrolló durante todo su reinado, la más famosa es del 778 contra Zaragoza, que acabaría con la derrota de Roncesvalles de la que hemos hablado anteriormente.

La derrota supuso la concentración de los esfuerzos francos, no ya en toda el área pirenaica, sino principalmente en la zona de la Septimania y Cataluña. En el 785 Gerona volvía a poder franco y en el 801 caía, tras varios meses de asedio, la ciudad de Barcelona.

> Mientras que El-H'akam estaba ocupado en las disensiones con sus tíos, los francos, aprovechando la ocasión, penetraron en el territorio musulmán y se apoderaron de Barcelona en 185 (el 19 de enero de 801); se establecieron allí y llevaron a sus compatriotas, mientras que las tropas musulmanas debieron retirarse.
>
> *Ibn al-Athîr*

La toma de Barcelona dio renovados impulsos a Carlomagno para ampliar sus conquistas en Hispania, hubo diversas campañas dirigidas por su heredero Luis I el Piadoso (Ludovico Pio) contra Huesca, Lérida y principalmente siguiendo la vía Augusta, contra Tarragona y Tortosa. A partir del 813, el nuevo emperador decide adoptar una política diferente de acercamiento diplomático con Córdoba que buscase una tregua y la aceptación de la demarcación fronteriza existente, permitiendo tanto a francos como a cordobeses centrar sus esfuerzos en sofocar los diversos conatos de rebelión interna que tanto unos como otros sufrían. Esta tregua se mantuvo durante gran parte del siglo, y aunque hubo acciones militares de ambos bandos en diversos momentos como el ataque de condes catalanes al valle del Segre en 822, la rebelión de Aizón del 826-827 apoyada por los cordobeses que llegaron a asediar Barcelona sin éxito, o las campañas de Abderramán II en el 842, 850 y 852 contra la Marca Hispánica llegando hasta Narbona, el *status quo* no cambió pues todas las expediciones militares tuvieron como objetivo el saqueo no el incremento territorial.

A la muerte de Carlos II el Calvo en el 877, el Imperio carolingio ya inmerso en la crisis que le conduciría hacia su irremediable final, comenzó a despreocuparse de los sucesos ibéricos y dejó la dirección de la política, respecto a la Marca Hispánica y Córdoba, a los propios condes de la Marca, quienes siempre con un ojo puesto en los

sucesos del otro lado de los Pirineos y el otro en los gobernadores de las diversas ciudades musulmanas de la Marca Superior intentarán afianzarse en el poder creando lazos a ambos lados para asegurar a sus propias dinastías.

El nacimiento de los condados catalanes

Las campañas militares de Carlomagno terminaron con la conquista de gran parte de la Cataluña norte hasta el Llobregat. Se buscaba consolidar el flanco sur del Imperio carolingio aplicándose la misma política que había utilizado en toda la franja pirenaica, es decir, subdividiendo la Marca Hispánica entre los diversos nobles de origen godo que habían mostrado fidelidad al monarca en los años precedentes.

Condados catalanes, siglos IX-X

Entre la primitiva nobleza condal destacan nombres como el de Borrell de Osona (muerto antes del 820). quien recibió la gobernación de los condados de Osona, Urgel y Cerdaña, unos títulos creados para él por su fidelidad y apoyo militar en diversas campañas o, el de Bera, hijo de conde de Toulouse, y por tanto franco, primer conde de Barcelona, conde de Gerona y Besalú. Con todo, el más famoso de todos ellos fue, por su importancia y por su significado, Wifredo el Velloso, hijo de Sunifredo de Urgel, nombrado sucesivamente conde de Urgel y de Cerdaña (868/870), de Barcelona y de Gerona (878) y de Osona (886). Fue en su tiempo (segunda mitad del siglo IX, pues murió en el 898) el conde más importante de toda la Marca.

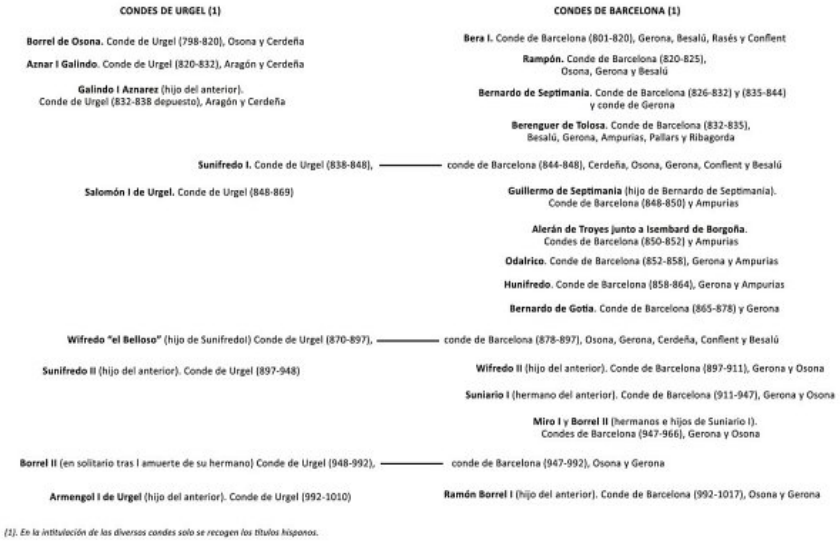
Wifredo el Belloso, miniatura de un manuscrito del monasterio de Poblet.

La época de Wifredo vino marcada por los tiempos convulsos que llevaron a la desaparición del imperio de Carlomagno. La lejanía de sus territorios de los centros de poder carolingios, así como su carácter de fronterizos frente al enemigo musulmán, le permitió desarrollar por primera vez unas políticas propias independientes de los dictados imperiales. El ejemplo más claro de lo que decimos es que Wifredo sería el último conde nombrado por los francos. Los condes debían ser sancionados en su puesto por el emperador, quien nombraba y deponía condes según su criterio, por lo que no podía hablarse de una pura sucesión dinástica en los condados, pues siempre el emperador disponía de la última palabra, lo que los convertía en poco más que simples funcionarios. Sin embargo, la incapacidad de Carlos III el Gordo de atajar las rebeliones internas y de detener las invasiones vikingas (que llegaron a asediar París entre 885-886) provocó, tras su deposición en el 887, el colapso total. Lo que en otros tiempos llegó a ser considerado como el imperio sucesor del Imperio romano, acabó dividiéndose en diversos reinos menores. Esta situación de fragmentación del Imperio permitió a los condes catalanes nombrar directamente a sus herederos sin necesidad de sanción alguna. Así hizo Wifredo, lo que dio origen a la casa de los condes de Barcelona.

> Conocemos por relato de los antiguos que había existido un caballero de nombre Guifré, oriundo de la villa que llaman Arriá […]. Este caballero, muy célebre en virtud, armas y consejo, recibió por su probidad el condado de Barcelona de manos del rey de los francos. Y cuando todavía allí permanecía [se encontraba en Francia], le llegó la noticia de que los sarracenos habían venido a su patria y, a la vez, la habían invadido y retenido casi toda. En consecuencia, notificando también él mismo esto al rey, pidió su ayuda para combatirlos. Pero el rey, impedido por otros asuntos, no pudo prestarle auxilio. Sin embargo, añadió esto a su petición; que si el propio Guifré por sí mismo, en unión de los suyos, consiguiera expulsar a los agarenos de los mencionados confines, la honor de Barcelona pasaría perpetuamente a su dominio y al de todos sus descendientes; pues antes que él a nadie le había sido dado el condado por sucesión hereditaria, sino que el rey de los francos lo daba a quien quería y por el tiempo que quería. […]. De este modo, la honor barcelonesa pasó de la potestad real a las manos de nuestros condes de Barcelona
>
> *Gesta Comitum Barcinonensium*

Respecto a al-Ándalus, seguía vigente las treguas que se habían ido firmado a lo largo del siglo, lo cual le permitió a Wilfredo ocupar y repoblar los territorios de la Cataluña interior (las comarcas de Osona y Berga), conectando entre sí todos los

territorios bajo su dominio En los decenios siguientes, se realizaron múltiples *razzias* militares desde ambos lados, en una de ellas morirá por las heridas recibidas el propio Wifredo, cuando se enfrentó con el señor de Lérida Lubb ibn Muhammad de la familia de los Banu Qasi.



Ninguno de sus sucesores consiguió ampliar su territorio, todos los intentos que se lanzaron contra Tarragona fueron baldíos, el río Llobregat quedó como una especie de frontera, aunque realmente el sur de dicho río hasta la comarca tarraconense era una gran tierra de nadie. Las regiones al norte eran las que serían conocidas como Cataluña Vieja, mientras que las del sur, que no serían conquistadas hasta cien años después, serían la llamada Cataluña Nueva.

Almanzor

El canto de cisne de la primacía musulmana se produce con las campañas del caudillo Muhammad ben Abī ‘Amir quien recibirá el título de al Mansur tras la campaña del 980, españolizado como Almanzor, nombre por el que ha pasado a la posteridad.

Muhammad ben Abī ‘Amir nació en el 938 en la localidad de Torrox (Málaga), en una familia ilustrada de jurisconsultos entre cuyos antepasados se encontraba un árabe yemení, que habría llegado a la península en tiempos de la conquista. Siguiendo la tradición familiar y pese a lo que pudiera parecer, habida cuenta su fama posterior, su formación no fue militar, sino en derecho islámico. Gracias a su capacidad como hombre de leyes, poco a poco pudo introducirse en la corte califal de al-Hakam II (961-976). Tras la muerte del califa, maniobró a favor de Hisham II (que gobernó de 976 al 1009, en su minoría de edad, y del 1010 al 1011) aún niño, de quien era administrador. Una vez Hisham II se encontró asegurado en el trono, fue nombrado visir y se convirtió en uno de los hombres más poderosos del califato. El año siguiente (977) nuestro personaje se pondría al mando del ejército, por primera vez, para atacar a los enemigos norteños que tanto daño habían causado y tan osados se mostraban atacando al-Ándalus.

Almanzor de Francisco de Zurbarán. Colección particular.

Campañas militares

Almanzor había alcanzado el máximo rango posible en la corte califal, pero no tenía experiencia militar, de modo que para sus primeras campañas se apoyará en el gobernador de la Marca Media y doble visir Galib, quien poco después se convertiría en su suegro y con quien se acabaría enfrentado en su lucha por el poder total en Córdoba. Tras la derrota y muerte de Galib, nadie ya le haría sombra y el califa se convertiría tan solo una figura representativa.

> Durante toda su vida al-Manşūr b. Abī no dejó nunca de atacar a los cristianos, asolar su país y saquear sus bienes, tanto los adquiridos como los heredados, hasta el punto de que llegaron a temerle como a la muerte y se tuvieron que contentar con las cosas más viles para su religión. Combatiendo contra ellos llevó hazañas memorables y batallas gloriosas.
>
> *Dikr Bilād al-Andalus*
> Ibn Hayyān

La base del poder de Almanzor residió en las continuas campañas militares desarrolladas desde el año 977 hasta su muerte en 1002. A lo largo de estos años realizó cincuenta y seis campañas militares, cincuenta y dos de ellas contra los cristianos.

Ataque a al-Hamma (Los Baños)	¿Baños de Montemayor (Cáceres)?	
	24/04/1 17/05/977	

Ataque a Quwil.r (Cuéllar-Segovia).

2.ª Campaña

23/05 a 26/06 (977)

Ataque a Salamanca (primero) y los castillos de [illegible] y Zanbaq (en el valle del Tormes).

3.ª Campaña

[illegible] (977)

Ataque a al-Daliya y al-Fabra (lugares desconocidos que se encontrarían en territorio barcelonés [la primera] y en territorio riojano [la segunda]).

[illegible] a 06/08 (978)

4.ª Campaña

04/10 a 05/11 (978)

5.ª Campaña

Ataque a Ledesma (primera).

6.ª Campaña

01/05 a 28/05 (979)

Ataque a Ledesma (Salamanca) (segunda) y Zamora (primero).

7.ª Campaña

28/07 a 11/08 (979)

Ataque a Sepúlveda (Segovia) (primero).

8.ª Campaña

[illegible] (979) [illegible] 980

Almanzor acompaña hasta Algeciras a las tropas destinadas al Magreb.

9.ª Campaña

02/04 a [illegible] (980)

La Campaña de la Traición. Ataque a Atienza (Guadalajara). Ruptura con Galib.

10.ª Campaña

30/10 a [illegible] (980)

Ataque a Almunia ¿Armuña-Segovia; Almonacid de Zorita-Guadalajara; Almunia de Doña Godina-Zaragoza?

09/02 a 08/03 (981)

Ataque a Qulbalis (Canales-Toledo).

11.ª Campaña

31/03 a 16/04 (981)

12.ª Campaña

Campaña de los Mallos. Galib derrota a Almanzor.

17/05 a 27/07 (981)

Campaña de la Victoria. Muerte de Galib y de Ramiro Garcés de Viguera. Victoria en Calatayud (Zaragoza) y Atienza (Guadalajara).

13.ª Campaña

24/08 a 15/09 (981)

14.ª Campaña

Ataque a Zamora (segundo).

15.ª Campaña

29/10 a 22/11 (981)

Ataque a Tar.nkusa y B.b.s.r (Trancoso y Viseu-Portugal) (primero)

16.ª Campaña

01/06 a [illegible] (982)

Campaña de las Tres Naciones. Ataque a Qastiliya (primero) (desconocido en La Rioja), Munt Baliq/Fariq ¿Llinars del Vallès-Barcelona? y Gerona.

17.ª Campaña

20/[illegible] a 27/10 (982)

Ataque a Toro (primero), Zamora (?) y León (primero).

18.ª Campaña

16/[illegible] a 17/07 (983)

Ataque a Simancas (Valladolid).

19.ª Campaña

[illegible] (983)

Ataque a Salamanca (segundo).

12/[illegible] a [illegible]/12 (983)

Ataque a Sacramenia (Segovia).

20.ª Campaña

21.ª Campaña

18/02 a [illegible]/03 (984)

Ataque a Zamora (tercero).

22.ª Campaña

25/[illegible] (984)

Ataque a Sepúlveda (segundo).

23.ª Campaña

05/[illegible] a [illegible]/07 (985)

Ataque a Barcelona (primero).

24.ª Campaña

Agosto (985)

Campaña de Algeciras. Se trata de la expedición que Almanzor al mando de su primo ʼAskaliiga para someter a al-Hasan b. Guennün y que él mismo condujo hasta Algeciras.

25.ª Campaña

[illegible] (986)

Campaña de las Ciudades: Zamora (cuarto), Salamanca (tercero), León (primero) y Alba de Tormes (Salamanca).

26.ª Campaña

[illegible] (986)

Campaña contra Conimbriga (Condeixa-a-Velha) y Coimbra (primero) (Portugal.)

27.ª Campaña

[illegible] (987)

Ataque a Coimbra (segundo) (Portugal).

28.ª Campaña

[illegible] (987)

Nuevo ataque a Coimbra (tercero) (Portugal).

29.ª Campaña

[illegible] (987)

Ataque a Burtil o Burtiyal (Portillo-Valladolid) (primero).

30.ª Campaña

[illegible] (988)

Ataque a Zamora (quinto) y Toro (Zamora) (primero).

Agosto (988)

Ataque a Astorga (León) (primero).

31.ª Campaña

32.ª Campaña

[illegible] (989)

Ataque a Burtil o Burtiyal (Portillo-Valladolid) (segundo).

(989)

Ataque a Toro (Zamora) (segundo).

33.ª Campaña

34.ª Campaña

[illegible] (990)

Ataque a Osma y Alcubilla (Soria).

[illegible]

Ataque a B.b.s.r (Viseu-Portugal) (segundo) y Montemayor (Montemor o Velho-Portugal) (primero).

36.ª Campaña

Mayo (992)

Ataque contra Bun.s, Tayira, Qusayr [illegible] Nájera [illegible] Cenicero?-La Rioja) y Qastiliya (La Rioja) (segundo).

37.ª Campaña

Primavera (992)

Ataque a Vasconia y [illegible] Gallia/Francia?).

38.ª Campaña

[illegible]

Campaña de Al-Marakib [illegible]. Campaña desconocida.

39.ª Campaña

[illegible] (993)

Ataque a San Esteban de Gormaz (primero) (Soria).

40.ª Campaña

Otoño (993)

Campaña de Al-[illegible]. Campaña desconocida.

Ataque a San Esteban de Gormaz (Soria) (segundo).	**41.ª Campaña**	Ataque a Pamplona (primero) y Clunia (Burgos).
Ataque a Astorga (segundo).	**42.ª Campaña**	Ataque a Pamplona (segundo).
Ataque a Qalonyra (tercero).	**43.ª Campaña**	Ataque a Qalonyra (tercero).
Se desconoce hacia dónde apuntó esta campaña. Aunque se cree que hacia la Tierra de Campos palentina.	**44.ª Campaña**	Ataque a Qalonyra (tercero).
Ataque a San Esteban de Gormaz (Valladolid).	**45.ª Campaña**	Ataque a San Esteban de Gormaz (Valladolid).
Ataque a Agoncia (Portugal).	**46.ª Campaña**	Ataque a Agoncia (Portugal).
Ataque a Astorga (tercero).	**47.ª Campaña**	Ataque a Astorga (tercero).
Ataque a Santiago de Compostela (La Coruña).	**48.ª Campaña**	Ataque a Santiago de Compostela (La Coruña).
Nuevamente Almanzor acompaña a un ejército para ayudar a Wādih contra Ziri b. Atiyya en el Magreb.	**49.ª Campaña**	Nuevamente Almanzor acompaña a un ejército para ayudar a Wādih contra Ziri b. Atiyya en el Magreb.
Ataque a condado de Pallars (Lérida).	**50.ª Campaña**	Ataque a condado de Pallars (Lérida).
Ataque a Pla del Valles y Manresa (Barcelona).	**51.ª Campaña**	Ataque a Pla del Valles y Manresa (Barcelona).
Batalla de Cervera (Barcelona).	**52.ª Campaña**	Batalla de Cervera (Barcelona).
Ataque a Montemayor (segundo).	**53.ª Campaña**	Ataque a Montemayor (segundo).
Ataque a Pamplona (tercero).	**54.ª Campaña**	Ataque a Pamplona (tercero).
Campaña Bab.s ¿Baños-La Rioja? ¿Castillo de Bayas en Miranda de Ebro-Burgos?	**55.ª Campaña**	Campaña Bab.s ¿Baños-La Rioja? ¿Castillo de Bayas en Miranda de Ebro-Burgos?
Campaña de Canales y el Monasterio de la Cogolla? Almanzor muere en Medinacelli.	**56.ª Campaña**	Campaña de Canales y el Monasterio de la Cogolla? Almanzor muere en Medinacelli.

Algunas de las localidades atacadas por Almanzor. En cursiva las principales fortalezas musulmanas cerca de la frontera con el territorio cristiano.

Pese a la espectacularidad de su número, fueron campañas de corta duración con objetivos claros. No buscaban tanto acabar con el enemigo como la toma rápida y al menor coste posible de un importante botín en oro, ganado y esclavos que encumbrase su nombre a cada regreso a Córdoba. Almanzor no intentó ocupar el territorio enemigo sometiéndolo a la autoridad califal e incorporándolo a al-Ándalus, tan solo se conformó con repoblar ciertos territorios de las fronteras y dejar seguramente en las ciudades conquistadas una guarnición, como por ejemplo los casos conocidos de Barcelona en el 985 y Zamora en el 999, que sirviese como punto logístico avanzado para futuras campañas. La lejanía de sus bases seguras y la retomada presión cristiana a la muerte de Almanzor obligaron a los musulmanes a abandonar todas esas posiciones, que fueron recuperadas rápidamente por los cristianos, al menos las del norte del Duero. Las del sur de dicho río quedarán yermas y desprotegidas hasta que Alfonso VI de León no conquiste la capital de la Marca Media, la vieja capital visigoda de Toledo en 1085. Solo entonces todos los territorios

entre el Duero y el Sistema Central pudieron ser repoblados, pero siempre atendiendo al criterio de máxima seguridad por si llegase un nuevo Almanzor por el horizonte.

Sus campañas contra los cristianos se van a desarrollar en todos los frentes y contra todos ellos, desde el territorio lusitano de Coimbra y Montemor-o-Velho hasta Gerona, incluso parece que combatió contra enemigos ultrapirenaicos en la trigésimo séptima campaña de primavera-verano del 992. Con todo, va a focalizar gran parte de sus esfuerzos sobre el reino leonés y el condado de Castilla, bisagra de unión entre los dos principales reinos cristianos peninsulares, León y Pamplona.

Ataques a Barcelona (985) y a la tumba del apóstol Santiago (997)

De entre todas las campañas realizadas por Almanzor quizás las más espectaculares fueron la de Barcelona en el 985 y contra la tumba del Apóstol en el 997, que se saldaron con sendas victorias y un botín muy cuantioso.

La campaña contra Barcelona comenzó el 5 de mayo y, avanzando por la costa mediterránea con el soporte de una flota, llegó a Tarragona, última plaza en manos musulmanas. Allí se incorporaron los contingentes militares de la Marca Superior. El conde de Barcelona, Borrel II, fue incapaz de detener el ataque de Almanzor. Fue contundentemente derrotado en la batalla de Rovirans en las cercanías de Tarrasa y dejó el camino abierto para que las tropas musulmanas se presentasen frente a las murallas de Barcelona el 1 de julio. Hasta el día 6, momento en que se produjo el asalto final, la ciudad fue sometida a un intenso bombardeo desde las naves, mientras que desde tierra lanzaban cabezas de cristianos para minar la moral de los defensores. El día 7 de julio Almanzor entró en Barcelona, quemó la ciudad y arrasó sus lugares de culto. De regreso a Córdoba con un cuantioso botín, saqueó diversos monasterios que encontró en su camino. El 23 de julio, tras ochenta días de exitosa campaña, Almanzor regresó a Córdoba.

> La vigesimotercera campaña es la de Barcelona; acampó ante ella, la asedió e instaló ante ella los almajeneques, que arrojaban cabezas de cristianos (al-rūm) en lugar de piedras. Se estuvieron lanzando cabezas cada día sobre ella [Barcelona] mil cabezas hasta que la conquistó por la fuerza. Cautivó 70 000 personas entre mujeres y niños.
>
> *Dikr Bilād al-Andalus*
> Ibn Hayyān

La campaña contra Compostela fue probablemente la más ambiciosa de todas, pues no solo se trata el mayor ataque en profundidad en territorio cristiano, sino además supuso un ataque a su corazón espiritual. La campaña se inició el 3 de julio de 997 y avanzó por territorio lusitano hacia Viseu y la desembocadura del Duero en Oporto, para posteriormente subir hacia Braga y, tras cruzar el Miño, llegar a la tumba del apostol el 10 de agosto acompañado por algunos nobles leoneses rebeldes a Vermudo II el Gotoso. El lugar, que a diferencia de lo que había pasado en Barcelona se encontraba vacío, pues la población había huido ante la llegada de las tropas musulmanas, igualmente fue sometido a saqueo por espacio de una semana y posteriormente incendiado; solo se salvó el sepulcro del apostol gracias a un misterioso anciano, tal como cuenta el cronista Ibn Idari en su *Al Bayān al-Mugrib*: «¿Por qué estás ahí? A lo que respondió el monje: Para honrar a Santiago. El amirí ordenó que se respetase el sepulcro y dejasen tranquilo al monje».

El botín fue impresionante al ser la tumba del apostol, un lugar ya muy frecuentado por las peregrinaciones. Entre los trofeos más preciados se encontrarán unos cuatro mil cautivos, las campanas del santuario que se destinarán a alumbrar la mezquita cordobesa y las puertas de la ciudad, cuya madera se utilizará para el artesonado de la ampliación de la mezquita patrocinada por el caudillo musulmán.

> […] et quando llego a la marisma astrago la cibdad et la eglesia de Sant Yague, et quemola; et no catando al, entro en aquel logar do yazie el cuerpo de sant Yague apostol pora crebantar el su monumento; mas fue y muy mal espantado por un grand rayo que firio cerca dell. Pero con tod esto tomo las campanas menores, et leuolas consigo por sennal del uencimiento que auie fecho, et pusolas por lampadas en la mezquita de Cordoua, et estudieron y luengo tiempo después.
>
> *Primera Crónica General*

El reino de León y su condado de Castilla habían realizado un importante esfuerzo a lo largo del siglo x. Se había ocupado toda la meseta norte repoblando y fortificando núcleos de población hasta las estribaciones del Sistema Central, controlando los pasos de montaña y así evitar cualquier ataque musulmán en el mismo momento en que entrase en su territorio. Al tiempo, todas estas localidades permitían a los ejércitos cristianos poder acercarse más al territorio andalusí y penetrar con profundidad en sus ataques.

Todas las campañas que lanzó Almanzor y el mantenimiento de un ejército en continuo estado de alerta, solo se pudieron realizar gracias a las reformas militares que ya se apuntaban en tiempos de Abderramán III. Las levas temporales fueron sustituidas por la creación de un ejército profesional, formado principalmente por bereberes africanos en un flujo continuo que en ocasiones incluía grupos tribales completos (como los Banu Birzal del sur de Argelia o los Banu Ifran) o por los denominados *siqlabíes*, soldados provenientes de territorio cristiano especialmente de Europa central y oriental. La creación e importancia de esta nueva élite guerrera aumentó a lo largo del tiempo conformando a la larga un grupo de poder que comenzará a controlar también los goznes políticos administrativos del Estado Omeya. La situación creará un fuerte malestar entre la población andalusí que precipitaría, a partir de 1009, el final del califato con una sucesión de califas apoyados por estos grupos de poder hasta 1031, cuando Hisham III fue derrocado, con lo que se inició el período conocido como reinos taifas.

La vuelta de Almanzor, enfermo y vencido de la batalla de Calatanazor de José María Rodríguez de Losada, en Real Círculo de la Amistad de Córdoba

Iniciada ya su última campaña en tierras castellanas, Almanzor, ya enfermo o vencido en la batalla en Calatañazor de cuya existencia se duda, se resintió y sus tropas se retiraron hasta la plaza fuerte de Medinaceli. Probablemente durante la retirada o ya en Medinacelli a los sesenta y cinco años de edad, Almanzor murió el 9 de agosto de 1002:

> Fue enterrado en Medinaceli bajo el polvo que había recogido durante sus campañas, pues cada vez que salía de expedición, sacudía todas las tardes sus ropas sobre un tapete de cuero e iba reuniendo todo el polco que caía. Cuando murió lo cubrieron con ese polvo.

Dikr Bilād al-Andalus
Ibn Hayyān

Su hijo y heredero Abd al-Malik al-Muzzafar mantuvo la política de presión sobre los territorios cristianos hasta su temprana muerte en 1008 con treinta y tres años, quizás envenenado por su propio hermanastro y sucesor ʿAbd al-Raḥmān ibn Sanchul (Abderramán Sanchuelo) para ocupar su lugar. Este personaje sería decapitado al año siguiente como consecuencia de una revuelta civil contra la dictadura amirí de la familia de Almanzor.

Lo peor había ya pasado para los territorios cristianos. No es de extrañar que los cronistas cristianos viesen en la muerte de Almanzor un sentimiento de alivio y de castigo divino:

> […] después de muchos horribles estragos de los cristianos, sorprendido Almanzor por el demonio que en vida lo poseyera en Medinaceli, grandísima ciudad, fue sepultado en el infierno

Crónica silense

4

La península en los siglos XI y XII

La desintegración del califato. Cambian las tornas

Las campañas de Almanzor y de su hijo no tuvieron seguimiento posterior por ningún otro caudillo. A partir del año 1009, el califato entró en una rápida explosión interna en el que los diversos grupos de presión intentaron hacer valer su parcela de poder, especialmente los bereberes que tan privilegiados habían sido durante los tiempos de Almanzor. Estos grupos de poder llamaron en su apoyo a los reinos cristianos, quienes se tomaron una pequeña venganza de los sinsabores de las décadas anteriores atacando Córdoba, con lo que crearon todavía un mayor malestar y estado de caos y confusión.

Los diversos intentos de recomponer el califato caerán uno tras otro en saco roto y ninguno de los que se postularon como califas consiguió afianzarse en el trono el tiempo suficiente como para ser reconocido. Finalmente, en 1031, los notables de Córdoba decidieron abolir el califato y asumir la patente realidad de una multitud de reinos independientes entre sí, los llamados reinos de taifas, en el solar de lo que fue el estado fundado por Abderramán III.

Probable representación de Hisham II. Arqueta de Leyre. Museo de Navarra.

A la caída del califato surgirán hasta treinta y dos taifas con distinta existencia y tamaño dentro del territorio andalusí. Muchas de ellas fueron conquistadas e incluidas en taifas mayores, las cuales sobrevivieron todo ese período hasta su ocupación por los almorávides a finales del siglo XI. A todas estas taifas se las conoce como las primeras taifas.

Las más importantes fueron:

- La taifa de Sevilla, que había conquistado a las taifas menores de Algeciras, Arcos de la Frontera, Carmona, Córdoba, Huelva, Morón, Niebla, Ronda, Santa María del Algarve y Silves (estas dos últimas en Portugal). La taifa sevillana fue la más poderosa al oeste peninsular.
- La taifa de Zaragoza, que incluía a las conquistadas taifas de Calatayud, Denia, Tortosa y Tudela. Ocupó toda la demarcación de la Marca Superior desde el valle medio del Ebro hasta su desembocadura.
- La taifa de Badajoz, que había conquistado la taifa de Lisboa, siendo como en tiempos califales la única fronteriza con el reino de León en el occidente peninsular.
- La taifa de Toledo, que ocupaba tanto el centro peninsular como la costa levantina al haber conquistado la taifa de Valencia quien, a su vez, se había hecho con las taifas menores de Molina, Murcia y Segorbe.
- Junto con estas taifas poderosas, había otras de menor tamaño como las de Almería, Alpuente, Mallorca, Granada, Lorca, Málaga, Mértola (en Portugal) y Sagunto.

La desaparición del califato no supuso la, por otro lado, lógica reacción cristiana. Los reinos cristianos habían sufrido durante más de treinta años los ataques de Almanzor y su hijo Abd al-Malik y bastante tenían con recomponerse y recuperar todo el territorio perdido durante esos aciagos años, de modo que simplemente pensaban convivir con los reinos taifas del mismo modo que habían convivido en tiempos anteriores con el poder unificado del emirato o del califato. Sin embargo, pronto descubrieron lo débiles que eran los reinos taifas y lo fácil que era manipularlos a su favor, por lo que les exigieron fuertes tributos (parias) por su

protección.

Este cambio de las tornas fue posible por la propia debilidad intrínseca a los reinos taifas. Al no existir unas fronteras definidas, cada reino se lanzó a la conquista de todos los territorios cercanos para así agrandar sus dominios, manteniendo un estado de guerra constante entre sí que consumía gran parte de sus recursos materiales y humanos. De este modo, es fácil entender que con el tiempo buscaran el amparo de los diferentes poderes cristianos para que les apoyasen en sus pretensiones expansivas y, en el caso de las taifas fronterizas, tener el flanco norte pacificado para poder así dedicarse a expandir su territorio a costa de otros reinos taifas más débiles.

La paz con las taifas fronterizas de Toledo y Zaragoza, así como la llegada de una ingente cantidad de dinero en calidad de parias, permitió a los cristianos recuperarse muy rápidamente y rearmarse para subsiguientes campañas que culminaron con la toma de Toledo, capital del que fue el reino visigodo y punto neurálgico de los musulmanes en el sector central peninsular.

Esta época surgirá también la figura del Cid, prototipo del guerrero medieval, y el embrión de otro reino peninsular, Portugal.

Sancho III el Mayor

El gran rey de la primera mitad del siglo XI fue el pamplonés Sancho III Garcés, llamado el Mayor (1004-1035). Su subida al trono en minoría de edad se produjo tras la muerte de su padre García II Sánchez (994-1000) en torno al año 1000, unos momentos difíciles para el reino pamplonés que había sufrido el año antes el ataque de Almanzor, ataque que se repetirá en 1001.

Su papel será fundamental para la entrada de aires europeizantes a la península ibérica. Hasta ese momento, la península había vivido, por su propia dinámica histórica, mucho más preocupada con sus vecinos musulmanes del sur que con los hechos del otro lado de los Pirineos. Pues bien, Sancho III abrió las puertas a todos esos influjos extranjeros que ya bullían en la Europa cristiana y que serían fundamentales para la definición de los reinos cristianos peninsulares a partir de este momento. Especialmente importante fue su decidido apoyo e impulso de la ruta jacobea, a la llegada de la orden cluniacense y, artísticamente, a la introducción en tierras hispanas del románico.

La hegemonía de Sancho III no se basó en la ampliación de su territorio a costa del caos al final del califato tras 1009, sino en base a la herencia recibida y, principalmente, a su matrimonio con Mayor de Castilla, hermana del conde García Sánchez de Castilla (1017-1028). El castellano fue asesinado junto a la iglesia de San Juan Bautista de León cuando fue a la corte a conocer a su prometida, la hermana de Bermudo III (1028-1037). En ese momento, el monarca pamplonés asumió en nombre de su esposa, hermana y heredera del fallecido los derechos sobre el condado de Castilla. De esta forma y debido al magnicidio, Castilla completó el proceso de separación del reino de León ya muy evidente cien años atrás en tiempos de Fernán González, pero para caer en la órbita pamplonesa.

Si por occidente los dominios de Sancho llegaron hasta tierras palentinas gracias a la incorporación del condado de Cea (1030), que pertenecía a la familia de su madre doña Jimena Fernández, por oriente sus dominios en la zona pirenaica se extendieron hasta los condados de Sobrarbe y Ribagorza ocupados en 1018. Con todo, no todos los territorios por él administrados tenían la misma consideración jurídica, y a la hora de hacer sus mandas testamentarias esas diferencias se mostraron de forma clara y notable, pero a la larga crearon tres de los grandes reinos medievales de los siguientes siglos: Navarra, Aragón y Castilla. A su heredero García III Sánchez de Nájera-Pamplona (1035-1054), le entregó el reino pamplonés acrecentado por buena parte del condado de Castilla (toda su zona oriental); a Fernando, su segundogénito, le entregó el condado de Castilla; a Ramiro, su hijo natural, le entregó el condado de

Aragón que formaba parte del reino de Pamplona desde el primer tercio del siglo x; finalmente a Gonzalo, su hijo menor legítimo, le entregó Sobrarbe y Ribagorza. Todos estos territorios de menor entidad quedarían sometidos por pactos de vasallaje y fidelidad al reino titular de García III Sánchez.

Sancho III el Mayor de Pamplona. Genealogía dos Reis de Portugal de Antonio de Holanda, 1530-1534; Lisboa

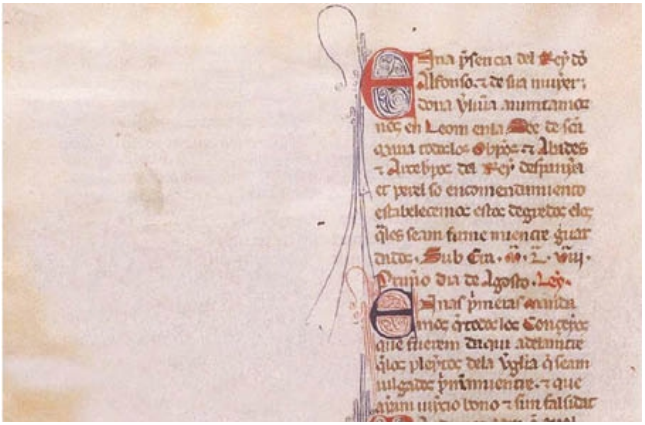
> Mereció también disfrutar largo tiempo y, con felicidad de la compañía de sus hijos, entre quienes en vida el padre benignamente dividió el reino; a García, primogénito, puso al frente de los pamploneses; la belicosa Castilla recibió por gobernante a Fernando por orden de su padre, y dio a Ramiro, a quien tuvo de una concubina, Aragón, como partícula de su reino, separadamente; a saber, para que no fuese visto entre los hermanos como heredero del reino, ya que les era desigual por linaje materno [Gonzalo solo aparece mencionado en la documentación a partir del siglo XIV].
>
> *Historia silense*

Tal proyecto se frustrará unos años después cuando tanto Fernando, conde de Castilla, y Ramiro de Aragón muestren sus intenciones de separarse de la órbita pamplonesa. Ambos hermanastros marcarán sus propias estrategias que, a la postre, les llevarían a declararse reyes de sus respectivos territorios.

León y Castilla

Las campañas de Almanzor y Abd al-Malik se habían concentrado principalmente en doblegar al poderoso reino leonés que desde sus posiciones avanzadas junto al Sistema Central amenazaban territorio andalusí. De las cincuenta y seis campañas de Almanzor tan solo una decena de ellas no tuvo como objetivo el reino de León o al ejército leonés como participante.

Este continuo acoso provocó una importante pérdida territorial y gran parte de las posesiones al otro lado del Duero, ganadas con esfuerzo a lo largo del siglo x, se perdieron. Políticamente, el reino de León también se encontraba en una encrucijada por el difícil gobierno de Bermudo II (985-999), que solo pudo ser reconducido durante el reinado de Alfonso V (999-1028) gracias a su debilidad a finales del califato, y pudo reconstruir sus dominios y comenzar a recuperar plazas perdidas. Fue durante su reinado cuando se otorgó el Fuero de León de 1017, con jurisdicción en todo el reino leonés.



Detalle de un facsímil del Fuero de León. Fuente: Diario de León.

El mismo año de la muerte de Alfonso V (1028), se produjo un hecho fundamental, la ya mencionada muerte del conde de Castilla García Sánchez y la separación de Castilla del reino de León. Castilla pasó al control del pamplonés Sancho III. Fernando, su segundogénito, lo recibió en herencia y lo regió desde entonces con el título de conde sometido —teóricamente— a la autoridad leonesa, como siempre había sido, pero al tiempo cuidando los intereses del reino de Pamplona.

Fernando I

Fernando era todavía adolescente cuando su padre le otorgó Castilla en 1029, un condado que solo a la muerte de Sancho III el Mayor en 1035 pudo considerar como propio. Sin embargo, no era la Castilla condal completa, pues la parte oriental de Álava y parte de la Castilla originaria quedaron incluidas dentro de la herencia de su hermano García III Sánchez.

Los primeros pasos antes de lanzarse a recuperar las perdidas tierras al sur del Duero fueron los de afianzarse en el poder de Castilla, pero su primera y principal oportunidad le vino del lado leonés. La disputa por el condado de Cea provocó el enfrentamiento con su cuñado Bermudo III —se había casado unos años antes con la infanta doña Sancha, hermana del rey leonés— en la batalla de Tamarón (1037), que terminó con la victoria castellana y la muerte del rey leonés. Al ser doña Sancha la única heredera del trono, Fernando pudo entronizarse como rey de León (1037-1065).

Con la disponibilidad de todos los recursos que le proporcionaba el reino leonés, comenzó a poner en tela de juicio la autoridad de su hermano García III Sánchez en los territorios castellanos que el padre había incorporado al reino de Pamplona. García salió al encuentro de su hermano Fernando encontrándose en Atapuerca (1054) donde se libró una decisiva batalla en la que, como había sucedido en Tamarón, el rey oponente murió y Fernando pudo extender sus dominios hasta la orilla derecha del Ebro.

Fernando I. Libro de las Estampas (fines del siglo xii- principios siglo xiii). Catedral de León.

Aseguradas las fronteras, Fernando se empeñará en la última parte de su reinado en una serie de campañas en los tres extremos de su unificado reino. En el este, recuperó entre el 1060 y el 1061 plazas sorianas tan emblemáticas para Castilla como Berlanga y San Esteban de Gormaz, lo que le llevará a enfrentarse al rey taifa de Zaragoza que para mantener la paz pagará las famosas parias. En el centro, retomará el control del sur del Duero, conquistando algunas plazas al otro lado del Sistema Central como Guadalajara, Alcalá de Henares o Madrid y obligando al taifa toledano a someterse a vasallaje y al pago de parias. Finalmente, en el oeste —actualmente Portugal— en una serie de exitosas campañas ocupó las ciudades de Lamego (1057), Viseu (1058) ante cuyas murallas había muerto en 1028 el rey leonés Alfonso V y, la más importante de todas, Coimbra en 1064.

> El rey Fernando, ayudado con divinal ayuda, aquexose a Coymbra y, puesto las tiendas, acostose sobre ella. Oyó el Señor los ruegos del rey Fernando, y como él pelease cabo Coymbra con el material cuchillo, (de) Sanctiago, apóstol de Christo, rogando a Señor, pugnava en el çielo por él; y como por algunos espaçios de tiempo, dentro de los muros de Coymbra tuvieseençerrados los moros, (y) puestas en derredor las artes y carneros [los arietes de asedio], auia quebrado el muro de la çibdad (con carñeros); y veyendolo los barbaros, ynbiaron mensajeros suplicando al rey Fernando que otorgase la vida tan solamente a los moros y tomase la çibdad con toda su substançia; mas el rey Fernando consentio, y echados los moros fuera de la ciudad, en vn dia domingo hora de terçia tomó la cibdad.
>
> *Crónica de España*
> Lucas obispo de Tuy

Grabado de la ciudad de Coimbra (siglo XVIII)

Ante todos estos acontecimientos y campañas exitosas, al-Mutadid de Sevilla en 1063 prestó juramento de vasallaje a Fernando I a cambio del consabido tributo anual y la entrega de los restos de san Isidoro de Sevilla. Para albergar los restos del santo sevillano, el rey erigió la iglesia, posteriormente Real Colegiata de San Isidoro intramuros de León, lugar que también convirtió en panteón real.

Toledo, 1085

Fernando I dividió a su muerte su poderoso reino entre sus hijos, tal y como había hecho su propio padre. Al primogénito Sancho II le dio Castilla, no ya como condado, sino como reino; a Alfonso VI le dio el reino de León y a García I, el menor, le dio una Galicia desgajada de León y elevada como en el caso castellano a la categoría de reino. Las disputas entre hermanos no tardaron en empezar, García pronto fue eliminado de la lucha por el trono y encerrado por sus hermanos en el castillo de Luna, en León, donde moriría en 1090; Sancho consiguió vencer a Alfonso en Golpejera en 1072 y logró coronarse rey de León, pero moriría en octubre de ese mismo año en el cerco de Zamora. La desaparición de sus dos hermanos dejó a Alfonso VI como único rey del, nuevamente unificado, reino de León y Castilla.

Durante esos diez meses pasados entre la batalla de Golpejera y la muerte de Sancho, Alfonso pudo refugiarse en Toledo tras haber conseguido huir del castillo de Burgos. La taifa toledana era tributaria de León y su rey al-Ma'mūn acogió al desterrado y a sus acompañantes con generosa hospitalidad. Según las crónicas, la breve estancia de Alfonso en Toledo tuvo una enorme importancia para la futura conquista de la ciudad trece años después, ya que Alfonso pudo conocer de primera mano y desde dentro, los puntos fuertes y débiles de la hasta entonces inexpugnable ciudad.

Su regreso a León como heredero único de su padre supuso el mantenimiento del sistema de parias, que cada vez eran más gravosas y exigentes, y una estrategia de desgaste de las taifas mediante la explotación en beneficio propio de los conflictos internos entre ellas. Gracias a esta estrategia político-económica, pudo avanzar las líneas de su reino hasta la cuenca del Tajo sin casi exponerse para acercarse a Toledo, capital del reino de su amigo y vasallo al-Ma'mūn. A la muerte del rey musulmán, la taifa se sumió en una profunda crisis que su sucesor al-Qādir no supo atajar y las taifas vecinas de Zaragoza y Sevilla se apropiaron de territorios toledanos, mientras que Valencia recuperó su anterior independencia. La situación dentro de Toledo tampoco era fácil y diversas facciones se enfrentaban entre sí y la presión ejercida por Alfonso VI no favorecía en nada la situación. Al-Qādir fue depuesto y desde Cuenca pidió ayuda a Alfonso, quien aprovechó la ocasión para —escudándose en la ayuda a su vasallo— incorporar nuevas tierras a sus dominios como Escalona, Maqueda,

Zorita, Canturias y Canales. Finalmente, asfixiada desde fuera y con un importante clima de inseguridad dentro, Toledo se entregó el 6 de mayo de 1085 con el compromiso pactado de que se respetarían la vida y las propiedades de todos aquellos que se quedasen a cambio de un impuesto de capitulación. Al-Qādir se retiró con la ayuda del ejército leonés a gobernar Valencia, donde moriría en 1092.

> Cuando Al-Qādir se persuadió que no tenía capacidad para protegerse y que no le era posible defenderse de ellos, escribió a Alfonso, cediéndole Toledo y sus distritos, para que le ayudase a la toma de Valencia y a la de sus dependencias.
>
> Alfonso vino volando hacia ella [Toledo] y llegó marchando día y noche, y, cuando hubo llegado, [Al-Qādir] entrególe la ciudad, quedando en ella las gentes y los niños, después que le hubo impuesto como condición que garantizaría la seguridad de aquellos musulmanes que quedasen en ella, para ellos mismos, para sus bienes y para sus hijos, y que quien de ellos quisiera partir, él no se lo impediría, y quien quisiere permanecer, no le obligaría sino al pago de la ŷizya [se refiere a la tasa que pagaban los cristianos asentados en tierra islámica según la ley musulmana] con arreglo al número de personas que tuviese [su familia].
>
> *Historia de al-Ándalus*
> Ibn Al-Kardabūs

La ciudad de Toledo se entrega a Alfonso VI. Azulejos de la plaza de España de Sevilla.
Foto: Autor.

La toma de Toledo en mayo de 1085 añadió un elemento inédito y desconocido, era la primera vez que una ciudad musulmana importante caía en manos cristianas, pero no una ciudad cualquiera. Toledo era un símbolo al ser la antigua capital de los visigodos y caía intacta, sin defenderse. Al tiempo, era la capital de una de las marcas defensivas del califato —posteriormente convertida en capital de un reino taifa— con un gran territorio circundante dependiente de ella y desde donde habían lanzado continuos ataques a la meseta norte. Ahora, tras la caída de Toledo los ataques musulmanes nunca más llegarían a la meseta norte y serán los cristianos quienes amenazarán desde sus nuevas posiciones en la meseta sur, moviendo la frontera hasta Sierra Morena con una «tierra de nadie» en disputa por toda La Mancha. De una u otra forma, tanto cristianos como musulmanes se dieron cuenta de que algo importante había pasado y de que la iniciativa había basculado del lado musulmán al lado cristiano.

Tras la conquista de Toledo «tomó el título de emperador, que es en la lengua de ellos Amīr al Mu'minīn ['príncipe de los creyentes'] y empezó a titularse en los documentos que procedían de él, Emperador de las dos Religiones» (Ibn Al-Kardabūs).

El Cid

No podemos hablar de los tiempos de Alfonso VI de León y Castilla sin mencionar a Rodrigo Díaz de Vivar, llamado el Cid Campeador, el gran héroe medieval hispano, epítome de la Reconquista, cuya vida fue romanceada y escrita en el *Cantar de mio Cid*, obra imprescindible del medievo hispano.

Rodrigo Díaz había nacido en Vivar, cerca de Burgos, hacia 1043-1048 en una familia noble, lo que le permitió entrar al servicio del también joven Sancho II de Castilla (1065-1072), hijo de Fernando I, acompañándole en su conquista del reino leonés. La muerte de su rey, asesinado según la tradición, bajo las murallas de Zamora por Bellido Dolfos, no supuso su caída en desgracia a la subida al trono de Alfonso VI. Al contrario, el nuevo rey supo ver en Rodrigo un potencial leal servidor a la corona.

El *Cantar de Mío Cid* y el romancero nos muestran una visión contraria a estos hechos. Rodrigo, en nombre de los caballeros castellanos, habría hecho jurar al rey públicamente en Santa Gadea en Burgos, que no tuvo nada que ver ni sabía nada con la muerte de su hermano. Tras el juramento, el rey airado mandaría a Rodrigo al destierro. En este punto comenzó la inmortal leyenda del Cid.

En santa Águeda de Burgos,
do juran los hijosdalgo,
le toman jura a Alfonso
por la muerte de su hermano;
tomábasela el buen Cid,
ese buen Cid castellano,
sobre un cerrojo de hierro
y una ballesta de palo
y con unos evangelios
y un crucifijo en la mano.
Las palabras son tan fuertes
que al buen rey ponen espanto.
—Villanos te maten, Alfonso,
villanos, que no hidalgos,
de las Asturias de Oviedo,
que no sean castellanos;
mátente con aguijadas,
no con lanzas ni con dardos;
con cuchillos cachicuernos,
no con puñales dorados;
abarcas traigan calzadas,
que no zapatos con lazo;
capas traigan aguaderas,
no de contray ni frisado;
con camisones de estopa,
no de holanda ni labrados;
caballeros vengan en burras,
que no en mulas ni en caballos;
frenos traigan de cordel,
que no cueros fogueados.
Mátente por las aradas,

que no en villas ni en poblado,
sáquente el corazón
por el siniestro costado,
si no dijeres la verdad
de lo que te fuere preguntando,
si fuiste, o consentiste
en la muerte de tu hermano.
Las juras eran tan fuertes
que el rey no las ha otorgado.
Allí habló un caballero
que del rey es más privado:
—Haced la jura, buen rey,

no tengáis de eso cuidado,
que nunca fue rey traidor,
ni papa descomulgado.
Jurado había el rey
que en tal nunca se ha hallado;
pero allí hablara el rey
malamente y enojado:
—Muy mal me conjuras, Cid,
Cid, muy mal me has conjurado,
mas hoy me tomas la jura,
mañana me besarás la mano.
—Por besar mano de rey
no me tengo por honrado,
porque la besó mi padre
me tengo por afrentado.
—Vete de mis tierras, Cid,
mal caballero probado,
y no vengas más a ellas
dende este día en un año.
—Pláceme, dijo el buen Cid,
pláceme, dijo, de grado,
por ser la primera cosa
que mandas en tu reinado.
Tú me destierras por uno,
yo me destierro por cuatro.
Ya se parte el buen Cid,
sin al rey besar la mano,
con trescientos caballeros,
todos eran hijosdalgo;
todos son hombres mancebos,
ninguno no había cano;
todos llevan lanza en puño
y el hierro acicalado,

y llevan sendas adargas
con borlas de colorado.
Mas no le faltó al buen Cid
adonde asentar su campo.

Romance de la Jura de Santa Gadea

Jura del rey Alfonso VI en Santa Gadea de Marcos Hiráldez Acosta en el Palacio del Senado de España

La realidad, como hemos dicho, dista mucho de esta visión literaria. Rodrigo mantuvo unas excelentes relaciones con su monarca durante los primeros años de reinado y solamente encontramos los primeros problemas entre ellos en 1081 cuando, según la opinión de Alfonso VI, Rodrigo se extralimitó en el uso de la fuerza en las retaliaciones contra el reino de Toledo tras una incursión musulmana a las tierras de Gormaz y Medinacelli. Como castigo, el rey mandaría por primera vez al destierro a Rodrigo, quien entraría al servicio de la taifa de Zaragoza, que también —como otras tantas taifas— pagaban las parias y se declaraba vasalla de Alfonso. Durante su estancia en Zaragoza, combatió indistintamente contra otros musulmanes o contra otros señores cristianos como el rey de Aragón Sancho Ramírez o el conde de Barcelona Berenguer Ramón II. Este último cayó prisionero de Rodrigo en la batalla de Almenar (1082). Tras la batalla de Morella o de Olocau de 1084, contra otra coalición del rey taifa de Lérida junto al rey de Aragón Sancho Ramírez, batalla en la que cayeron presos muchos notables aragoneses, se cree que Rodrigo recibió el apelativo con el que ha pasado a la historia, *sīdī* (señor), en romance Cid.

En Zaragoza el Cid residió con su gente hasta 1086. Alfonso VI, quien había levantado en 1083 la orden de destierro, reintegró a Rodrigo su posición en la Corte con la designación de gobernador de diversas fortalezas castellanas. La estancia castellana de Rodrigo terminó el 1088, cuando una petición de al-Qādir desde Valencia le puso al frente de una expedición en su ayuda contra los reyes de Lérida, Tortosa y Denia, y Berenguer Ramón II, conde de Barcelona. Rodrigo Díaz, el Cid, se estableció en Valencia, desde donde, con la dejadez de un débil al-Qādir, se convirtió en el verdadero rector del reino y sometió a parias a todos los territorios levantinos, desde Lérida al norte, Albarracín al oeste o Denia al sur.

Durante la expedición, un nuevo desencuentro con el rey por causa del ataque almorávide a la fortaleza de Aledo en 1088 (hablaremos de ello más adelante) le valió el segundo destierro, que sería revocado en 1092 con una reconciliación ya definitiva. Durante este segundo destierro, el Cid actuó de forma independiente liberado de toda atadura respecto a su rey y tomando sus propias decisiones político-militares. En este período se produjo una nueva derrota barcelonesa en la batalla de Tébar, en la que Berenguer Ramón cayo de nuevo prisionero y Rodrigo ganará la segunda de sus famosas espadas, la Colada.

El Cid volvió a finales de 1092 a tierras valencianas tras el asesinato de al-Qādir a manos de los partidarios de los almorávides. Estos defendieron la ciudad hasta junio de 1094, cuando el Cid entró victorioso en Valencia.

> El cerco puesto a Valencia, nueve meses dura ya;
> cuando el décimo llegó, hubiéronse de entregar.
> Grandes son los alborozos que corren por el lugar,
> cuando el Cid ganó Valencia y al fin entró en la ciudad.
> Los que llegaron a pie, ya sobre caballo van;
> el oro y la plata, ¿quién era capaz de contar?
> Todos eran ricos cuantos entraron en la ciudad.
> Mío Cid la quinta parte de botín mandó tomar;
> en monedas acuñadas treinta mil marcos le dan,
> y de las otras riquezas, ¿quién las podría contar?
> ¡Qué alegre está mío Cid con cuantos con él están,
> cuando en lo alto del Alcázar vieron su enseña ondear!
>
> *Cantar de Mío Cid*

Se va ensanchando Castilla de Marceliano Santa María, en el ayuntamiento de Burgos

Rodrigo creó una especie de estado cruzado en el levante peninsular, en el que se intintuló como *prínceps* (príncipe), en continua lucha contra el poder almorávide y creando lazos de amistad con los territorios cristianos vecinos de Aragón de Pedro I (1094-1104) y el condado de Barcelona de Ramón Berenguer III (1097-1131), quien en 1003 se casaría con María Rodríguez, hija del Cid.

En los últimos años de vida, el Cid tuvo que sufrir la amargura de la muerte de su hijo y heredero Diego Rodríguez, quien moriría en la derrota cristiana de Consuegra (1097), pero consiguió mantener Valencia con relativa calma. A mediados de 1099 (mayo o julio según diversos historiadores) el Cid murió y dejó a su viuda Jimena como señora de Valencia. Doña Jimena consiguió mantener los dominios hasta 1101, cuando los almorávides focalizaron todos sus esfuerzos sobre Valencia. Ni el apoyo de un ejército leonés que acudió en su ayuda pudo evitar que la situación fuese inviable y se decidió por abandonar la ciudad a los musulmanes:

> El rey [Alfonso VI], considerando que ninguno de los suyos podía gobernar la ciudad y defenderla de los sarracenos por estar muy alejada de su reino, llevó con él a Castilla a la mujer de Rodrigo con el cuerpo de su marido y a todos los cristianos que estaban allí con sus riquezas y bienes.
>
> *Historia Roderici*

Tras el abandono de Valencia por parte de los cristianos, las tropas del general almorávide Mazdali ibn Banluka entraron en la ciudad el 5 de mayo de 1102.

La presión almorávide sobre Toledo

El gran éxito de Alfonso VI con la conquista de Toledo había hecho avanzar la frontera del reino más allá de las capacidades del reino leonés. Recordemos que escasamente cincuenta años atrás León y Castilla aún se estaban recuperando de las incursiones de Almanzor y que solo la reunificación en manos de Fernando I y la llegada de los tributos de las taifas permitieron reconstruir el reino de León e iniciar la reconquista del terreno perdido. El salto que supuso la toma de Toledo había dejado una importante tierra de nadie entre el Duero y la cuenca del Tajo que había que repoblar lo antes posible. Toledo y su tierra se encontraba demasiado lejos y era necesario dar continuidad al territorio y poder apoyarla desde bases seguras y lo más avanzadas posible. Es el momento de la repoblación de las principales ciudades castellanas al sur del Duero, como Sepúlveda (famosa por sus fueros) o Segovia, Ávila, y Salamanca, localidades estas últimas repobladas por Raimundo de Borgoña, yerno de Alfonso VI y padre del futuro Alfonso VII.

> Quando el conde don Remondo, por mandado del rrey don Alfonso que ganó a Toledo, que era su suegro, ouo de poblar a Auila, en la primera puebla vinieron gran compaña de buenos omnes de Cinco Villas e de Lara e algunos de Coualeda.
>
> *Crónica de Ávila*

La toma de Toledo asustó al resto de las taifas. La ciudad era la llave de la meseta sur y el acceso más directo hacia el corazón de al-Ándalus, lo que permitiría conquistar nuevas plazas avanzadas desde Guadalajara a Talavera con cierta comodidad pues, como dice Ibn al-Kardabūs de Alfonso VI «no existía en la Península quien osase atacar al más ruin de sus perros». Con todo, más que lo que suponía el peligro militar, era la sensación de estar siendo sometidos a extorsión por parte de Alfonso VI, quien no hacía más que solicitar cada vez tributos más altos a cambio de una supuesta protección. Las parias solo servían para aumentar el poderío del enemigo y empobrecer a la población de la taifa, provocando, como en el caso toledano, una rebelión contra sus señores.

Cansados de la situación, diversas taifas con al-Mu'tamid de Sevilla a la cabeza solicitaron la ayuda de los almorávides para con su apoyo frenar a los osados cristianos. Él ya había colaborado con ellos apoyándoles con su flota en la conquista de Ceuta en 1083:

> Volvió Yūsuf ibn Tāšhufīn a Marrakush […] y allí recibió una carta de Al-Mu`tamid ibn Abbad informándole de la situación de al-Ándalus y del estado a que había llegado, al apoderarse el enemigo de la mayor parte de sus fronteras, y le pedía que socorriera y ayudase. […]. Este año se puso en marcha Alfonso con un ejército innumerable de cristianos, de francos, vascones, gallegos y cruzó al-Ándalus, deteniéndose ante cada una de sus ciudades, devastando, arruinando, matando y cautivando, para ir luego a otra. […]. Se apoderó de la ciudad de Toledo el año 1085. Cuando los emires de al-Ándalus vieron esto, convinieron en que pasase el estrecho Yūsuf ibn Tāšhufīn, y le escribieron todos pidiéndole ahincadamente socorro y que impidiese al enemigo ahogar a al-Ándalus; que ellos serían con él una sola mano en la guerra santa contra los infieles.

El Imperio almorávide se forjó a lo largo del siglo XI en el norte de África. En origen procedían de una tribu bereber llamada *sinhaya'*, 'la tribu de los hombres velados', que se habían asentado en Mauritania. Las gentes de esta tribu, así como otras muchas, fueron influenciadas por las prédicas de Abdallah ben Yasin al-Jazulu desde 1039 de un islam más rigorista que el que habían practicado, basado en tres premisas muy sencillas: el reconocimiento de la supremacía espiritual de Bagdad, la reavivación de la ortodoxia malekí (una de las cuatro escuelas del derecho del islam sunní) frente a la tibieza de algunos gobernantes islámicos y la creación de un potente aparato militar. En base a las enseñanzas de Abdallah ben Yasin adoptaron el nombre de almorávides, que, aunque se desconoce su significado concreto, parece tener relación con los términos perseverancia, tesón y constancia.

Rápidamente un contingente militar almorávide desembarcó en Algeciras y avanzó hacia el norte, donde fue recibido con gran entusiasmo por la población local que veían en sus integrantes a los hermanos que llegaban para salvarlos de la amenaza cristiana. En su camino al norte, el ejército almorávide fue aumentando sus efectivos gracias a los refuerzos llegados de las taifas de Granada, Sevilla, Almería y Badajoz y fue cerca de esta localidad donde se entabló la batalla de Zalaca/Sagrajas (se puede encontrar con ambas grafías) en 1086, vencida por la coalición islámica frente a otra coalición de los leoneses y castellanos de Alfonso VI y los aragoneses de Sancho Ramírez (1063-1094). La derrota de Zalaca/Sagrajas a la larga no supuso un cambio sustantivo en la geopolítica peninsular, pese a que fue una importante derrota que obligó a Alfonso VI a frenar sus ansias expansivas para proteger la recién adquirida Toledo, lo que marcó un antes y después en su reinado. Hasta esa fecha Alfonso VI había actuado con aplastante superioridad, que llegaba a la evidente extorsión, frente a unas taifas acobardadas; a partir de esta derrota, el resto de su reinado sería una lucha de poder a poder con el Imperio almorávide, una guerra de desgaste en la que León llevó la peor parte, pero que al tiempo consiguió mantener la línea defensiva del Tajo casi intacta, lo que a la larga, junto con otra serie de factores que analizaremos, sería una de las causas del descontento de la población andalusí con los norteafricanos.

Tras la victoria de Zalaca/Sagrajas, Yūsuf Ibn Tāšhufīn y sus almorávides se retiraron a sus posesiones africanas a atender otros asuntos, dejando nuevamente a los reyes taifas lidiar con el derrotado Alfonso. Los reyes taifas no supieron aprovechar la oportunidad que les brindaba la derrota cristiana y no emprendieron ninguna campaña para recuperar alguna plaza perdida, lo que dio un respiro necesario a los leoneses.

Las continuas rencillas entre los reyes taifas, junto con su incapacidad para recuperar la iniciativa frente a Alfonso VI, obligó a Ibn Tāšhufīn a regresar a la península en una segunda expedición (1088) fracasada al no conquistar la fortaleza de Aledo (Murcia) en manos del castellano García Jiménez. El emir almorávide aprendió de esta derrota que para lograr sus propósitos era necesaria la eliminación de todas las taifas, que se deberían integrar en el Imperio almorávide. Los reinos taifas, conocedores de las intenciones de almorávides, se debatieron en un dilema, o continuaban pagando parias a los estados cristianos que podía llegar a situaciones insostenibles como bien sabían, o el sometimiento al fanatismo almorávide. Algunas taifas como Granada y Córdoba se entregaron sin problemas, otras como Sevilla se opusieron y al-Mu'tamid, aquel que negoció la llegada de los almorávides, fue desterrado al norte de África.

Combate entre cristianos y musulmanes de Guillermo de Tiro. Imagen sacada de *Historia de Ultramar* (siglo XIV), en la Biblioteca Nacional de Francia.

En 1097 Alfonso VI intentará ocupar Zaragoza lo que obligó a intervenir de nuevo al ejército almorávide, que avanzó en dirección a Toledo y obligó a los cristianos a abandonar el cerco zaragozano y a acudir rápidamente a proteger su ciudad. Ambos ejércitos se encontraron en la localidad de Consuegra, donde nuevamente Ibn Tāšhufīn derrotó en agosto de una forma contundente a los leoneses y castellanos. Como curiosidad, en esta batalla murió el hijo del Cid, Diego Rodríguez, como hemos mencionado anteriormente.

Sin embargo, nuevamente los almorávides no quisieron o supieron sacar provecho de la victoria y Toledo quedó a salvo, lo que permitió a Alfonso VI recuperarse pese a las importantes bajas y volver a recomponer sus filas, en espera de una nueva oportunidad y con pequeñas victorias como la conquista y ocupación de la fortaleza de Medinaceli y su comarca, cerrando la puerta de acceso a Castilla y Toledo desde Zaragoza. El inicio del nuevo siglo tampoco fue favorable a las armas leonesas, pues Alfonso no pudo socorrer al Cid en Valencia y la ciudad se perdió, y pocos años después (1106) fue nuevamente derrotado en Salatrices donde fue herido en una pierna.

Litografía de *Historia de España Ilustrada* (1875) de Rafael del Castillo que muestra el momento clave de la batalla de Uclés, la protección del conde García Ordoñez del infante de Castilla, Sancho Alfónsez

Una nueva concentración del ejército almorávide al mando de su nuevo emir ‘Alī ibn Yūsuf ibn Tāšhufīn (1106-1143) marchó al norte en dirección a Toledo, pero esta vez Alfonso VI no pudo capitanear a su ejército debido a su avanzada edad (66 o 67 años) y a la herida recibida en Salatrices. En su lugar puso al frente del ejército a su único hijo varón y heredero, Sancho Alfónsez, un adolescente de unos 15 años, acompañado por militares experimentados como García Ordoñez. El encuentro de ambos ejércitos en Uclés fue la derrota más dolorosa del ejército alfonsí, las pérdidas humanas fueron muy importantes, se perdieron localidades como la propia Uclés, Ocaña y Cuenca, que dejaron por primera vez completamente expuesta a Toledo; pero lo más importante para Alfonso VI fue la muerte de su hijo Sancho.

> Pero el rey Alfonso, como estaba impedido por la edad y el estado que he dicho, envió al conde García [Ordoñez] con su propio hijo Sancho […] y una vez dispuestos ambos ejércitos en formación de combate comenzó la batalla, y fue voluntad del Señor que un flanco de los cristianos comenzara a ceder ante el empuje de los árabes, haciéndose especialmente delicada la situación en la posición que ocupaban el conde y el infante; y como fuera gravemente herido el caballo que montaba el infante Sancho, dijo [este] al conde; «Ayo, ayo, han herido el caballo que monto». Le contestó el conde: «No te muevas, porque si no te herirán a ti». Y al punto se desplomó el caballo que había sido alcanzado y, al arrastrar consigo al hijo del rey, se apeó el conde y parapetó como pudo al niño entre él y su escudo, mientras la muerte le apremiaba por todas partes. Él, valiente como era, no solo protegía al niño con el escudo, sino que repelía los ataques que llovían de todos lados, pero, al serle cercenado un pie de un tajo, no pudo aguantar más y cayó sobre el niño para morir antes que el niño. […] Se perdieron entonces Cuenca, Amasatrigo, Huete, Uclés, Oreja, Ocaña y Consuegra.

Historia de los hechos de España
Rodrigo Jiménez de Rada

Pese a que los almorávides obtuvieron estas grandes cuatro victorias frente a leoneses, no pudieron evitar que en las zonas más excéntricas de al-Ándalus los cristianos sí consiguiesen importantes victorias. La ocupación de Valencia por el Cid en 1094, aunque como hemos dicho se perdió en 1102, la entrada en Zaragoza por Alfonso I de Aragón en 1118 y la posterior toma del Valle del Ebro o la reconquista del valle inferior del Tajo por Portugal, un nuevo reino que surgirá a finales del primer tercio del siglo XII.

Las pérdidas territoriales, junto con el descontento de la población hispanomusulmana, que no aceptaba de buen grado tanta intransigencia religiosa como propugnaban los almorávides y, sobre todo, la aparición de un nuevo movimiento religioso militar en el Magreb a partir de 1120 (los almohades), crearon un fuerte malestar que llevó a la rebelión abierta. Los gobernadores almorávides en al-Ándalus fueron incapaces de sofocar las continuas sublevaciones de sus descontentos súbditos, es más, muchas veces ellos mismos lideraron las revueltas contra el poder central, y en un movimiento que recordaba la aparición de los reinos de taifas un siglo atrás, comenzaron a desobedecer a su emir y a buscar el apoyo de los reinos cristianos para sustentarse en el poder.

Este momento de crisis almorávide vino a coincidir con el reinado de Urraca de León y Castilla (1109-1126), cuyo reinado estuvo más vinculado a los problemas internos del reino (movimientos secesionistas en Portugal y su malogrado matrimonio con Alfonso I el Batallador de Aragón) que a la defensa y ampliación del reino. En este espacio, los hombres de frontera, caudillos militares dedicados en exclusiva a la defensa de una franja de terreno siempre amenazada, fueron los que lleven el peso de las operaciones. Entre ellos destacó el famoso Álvar Fáñez, uno de los lugartenientes de Rodrigo Díaz tan alabado como «esforzado caballero» en el *Cantar de Mío Cid* y enemigo mortal de los musulmanes «[…] e hicieron desaparecer a Álvar Fáñez, maldígale Dios, muerto y destrozado. Dios puso su alma en el fuego del infierno» (Ibn al-Kardabūs), o Munio Alfonso un par de décadas después (murió en 1143).

El rey leonés Alfonso VII (1126-1157) se hizo coronar como *Imperator totius Hispaniae*, siguiendo la estela de su abuelo Alfonso VI. Durante su reinado, León aprovechará la situación para recuperar la iniciativa y avanzar la frontera hasta el valle del Jabalón (Ciudad Real) y ocupar Coria. Especialmente señalada será la conquista de la plaza fortificada de Calatrava, que se convertirá en 1158 la sede de la orden militar del mismo nombre.

No fueron estas las únicas zonas ocupadas por Alfonso VII pues sus campañas militares llevaron a sus ejércitos a conquistar —si bien temporalmente— Jaén, Córdoba y, especialmente por la lejanía de bases leonesas seguras y la impresión que causó entre sus contemporáneos, la ciudad mediterránea de Almería, con la ayuda de Pamplona, del condado de Barcelona y de una flota genovesa:

> Y avanzando desde allí [desde Baeza], llegó a una ciudad costera que se llama Almería; y cuando ya llevaba allí algún tiempo, se presentaron el conde Ramón de Barcelona y naves de Génova, y con su leal concurso durante el asalto conquisto e hizo suya la ciudad [octubre de 1147].
>
> *Historia de los hechos de España*
> Rodrigo Jiménez de Rada

Tras una década de ocupación, se perderá dicha plaza. Problemas muy similares a los que llevaron a abandonar Valencia a principios de siglo serán las causas fundamentales de tal hecho.

Grabado de Almería en 1870 desde el Mediterráneo. Se observa perfectamente la Alcazaba mandada construir por Abderramán III y conquistada por las tropas de Alfonso VII de León.

A principios de ese mismo año de 1147, los almohades conquistarán Marrakech y al año siguiente se apoderarán de Ceuta y Tánger, poniendo fin al Imperio almorávide. En al-Ándalus, el vacío de poder que dejó la caída de los almorávides provocó una nueva disgregación, creándose las denominadas segundas taifas con una vida bastante breve, pues el Imperio almohade ya había puesto sus ojos a este lado del Estrecho.

La división de la Corona. Estrategias diferentes

Alfonso VII, al igual que había hecho su antepasado Fernando I, dividió el reino entre sus dos hijos: a Sancho, su hijo mayor, le entregó Castilla, mientras que su hijo menor Fernando sucedió a su padre como rey de León «y primero que muriese, partio su imperio a [sus] dos fijos, esa saber, a Sancho y Fernando; y dio a Sancho a Castilla la guerrera, y a Hernando la fiel Leon y Galizia» (Lucas de Tuy, *Chronicon Mundi*). La división de ambos reinos quedó fijada por el tratado de Sahagún de 1158, con una frontera castellana que cruzaba de norte a sur Tierra de Campos desde Sahagún y Urueña a Medina del Campo y todo el territorio abulense; desde allí el limite divisorio se fijaba en la Vía de la Plata, mientras que en el norte, el Deva separaría ambos reinos. León mantuvo como área de expansión la denominada Extremadura leonesa (Cáceres y Badajoz), mientras que Castilla retendría el reino de Toledo.

Sancho III de Castilla

Fernando II de León

Libro de Retratos de los Reyes de España, de Hernando de Ávila

¿Qué motivó a Alfonso VII a dividir su reino?, ¿no se había aprendido nada de la guerra civil provocada por el testamento de Fernando I entre sus hijos Sancho II de Castilla, Alfonso VI de León y García I de Galicia? Con esa premisa, parece difícil comprender cómo el emperador se decidió por dividir su reino entre sus hijos, debilitar ambos y crear futuras fricciones entre los hermanos, pero hemos de entender que los monarcas medievales consideraban sus reinos como propiedad privada que podían dividir y repartir a su arbitrio sin pedir cuentas a nadie.

Para lo que a nosotros nos interesa, entre 1157 y 1212 —años pasados entre la separación de los reinos y la batalla de las Navas de Tolosa— el proceso reconquistador se ve sensiblemente ralentizado, tanto por la separación de ambos reinos, como por presión almohade de la que hablaremos posteriormente.

La Extremadura leonesa. El camino a Mérida

El Tratado de Sahagún de 1158 no solo había dividido el reino en dos, sino también sus áreas de influencia y expansión y, aunque muy prontamente quedó en papel mojado, sí muestra una intención ofensiva de continuar atacando a los musulmanes, cada uno en su respectivo sector, con unas previsiones absolutamente optimistas. A León, según el tratado, le correspondía desde Niebla (en Huelva) y Lisboa a Montánchez, Mérida, Badajoz, Évora, Mértola, Silves y Carstula (Alcacer do Sal, Portugal) con su reino hasta Lisboa. Tendría además la mitad de la población de Sevilla, la mitad de sus rentas y todos los castillos desde el río Guadalquivir hasta Niebla. A Sancho III todo lo restante. Aunque el tratado divide el territorio de forma equitativa entre ambos reinos, sin embargo, el tratado adolece de un gran inconveniente, los hermanos habían excluido a su primo Alfonso Enríquez de Portugal del reparto de las tierras del sur. Unas tierras que, por lo menos en lo que respecta a León, se encontraban en la misma área de interés e influencia de Portugal, lo que llevará a León a estar siempre vigilante de ambos vecinos. El tema fronterizo y las áreas de influencia fueron revisados en el Tratado de Medina de Rioseco de 1181 y en el de Tordehumos de 1194.

Pese a las expectativas creadas, León será en este período un reino que vive encajonado entre otras dos realidades políticas que intentarán siempre socavar su autoridad y bloquear su acceso a la Vía de la Plata, y por tanto a al-Ándalus y a la expansión territorial.

Por su flanco occidental, el naciente reino de Portugal, encabezado por Alfonso Henriques primo hermano del difunto Alfonso VII, aprovechará la nueva realidad política de un León debilitado (no como en tiempos del emperador) para consolidar su independencia, realizar sus propias conquistas e intentar ocupar tanto territorio cercano a León con el objetivo, que ya hemos señalado, de bloquear territorialmente su acceso a la expansión territorial al sur.

Por su flanco oriental, encontramos al reino de Castilla, una Castilla que durante bastantes años no daría grandes problemas a León debido a la inesperada muerte de su titular Sancho III y la minoría de edad del posteriormente muy belicoso Alfonso VIII (1158-1214). Hasta que no terminase la minoría del monarca en 1170, León atacaría Castilla continuamente e incluso llegaría a ocupar Toledo durante una serie de años, pero posteriormente Castilla también intentaría bloquear el acceso leonés al sur y ocuparía alguna de las principales plazas de la Vía de la Plata.

El control de la Vía de la Plata siempre fue uno de los objetivos tanto de musulmanes como de cristianos. Gracias a ella, el acceso a ambos lados del Sistema Central y a las ricas tierras de Mérida y Córdoba o a las cristianas Zamora y Salamanca se podía hacer con facilidad causando estragos en el corazón de las tierras enemigas; por ello, León intentó múltiples veces ocupar la vía en la zona de la sierra y otras tantas había sido rechazado. Por otro lado, en el sector toledano será donde se cosecharán los grandes éxitos, por lo que el avance por la Vía de la Plata quedó relegado a un segundo lugar. Ahora, tras la división de los reinos, para León se convirtió en prioritario y sobre él volcarán todos sus esfuerzos.

Fernando II (1157-1188) tras controlar los asuntos castellanos de su sobrino Alfonso VIII, tuvo que lidiar, como ya señalamos, con Portugal y como medida de bloqueo repobló las tierras que hoy componen la provincia de Salamanca que, pese a ser reconquistada mucho tiempo atrás, aún no había sido repoblada en su totalidad. Fue en este momento cuando se repobló y se dotó de fuero a Ciudad Rodrigo (1161):

La Extremadura leonesa (siglo XII-XIII)

> En pocas ocasiones estuvo el rey Fernando en paz con el rey de Portugal a pesar de ser su yerno; a ello se debió el que, por consejo de un criado que había escapado dolido contra el rey de Portugal, repoblara un lugar idóneo llamado Ciudad Rodrigo, desde el que inflingió graves daños a Portugal.
>
> *Historia de los hechos de España*
> Rodrigo Jiménez de Rada

Durante su reinado, León apenas avanzará sus líneas y, salvo puntuales cabalgadas y ocupaciones temporales de algunas ciudades extremeñas, no intervendrá al otro lado de la sierra. Diferente fue la coalición que formó con los almohades para expulsar de la Vía de la Plata al portugués Geraldo Geraldes —conocido como Geraldo Sempavor (sin miedo)— de Extremadura quien conquistó las fortalezas de Trujillo, Cáceres, Montánchez y Santa Cruz de la Sierra entre 1165-1166, hasta que finalmente, en 1169, el portugués fue derrotado por la dicha alianza ante las murallas de Badajoz. En este caso Fernando II estaba protegiendo los futuros derechos de conquista leonesa, aunque no fuesen realizables durante su reinado.

Su hijo Alfonso IX (1188-1230) inició su reinado con un hito del parlamentarismo, la convocatoria de las Cortes de León en primavera de 1188, para las cuales el rey convocó tanto a los notables eclesiásticos y laicos del reino como a los representantes de las ciudades:

> En el nombre de Dios. Yo don Alfonso, rey de León y de Galicia, habiendo celebrado curia en León, con el arzobispo y los obispos y los magnates de mi reino y con los ciudadanos elegidos de cada una de las ciudades, establecí y confirmé bajo juramento que a todos los de mi reino, tanto clérigos como laicos, les respetaría las buenas costumbres que tienen establecidas por mis antecesores.

León consiguió crear unas fronteras sólidas con Portugal que en gran medida son las mismas que tenemos hoy en día, salvo pequeños reajustes fronterizos. No ocurrió lo mismo con Castilla, como era previsible, al dividirse ambos reinos las relaciones familiares dejaron de existir en el momento en que ambos hermanos fueron nombrados reyes; ahora, la siguiente generación familiar —los dos Alfonsos eran primos— tenía aún menos lazos de afinidad que sus padres y ambos reinos se miraron siempre de reojo como un foco de hostilidad continuo. Ambos reinos entraron en una guerra, no tan fría, permanente que tuvo en la Vía de la Plata su clara expresión. Como ejemplo, los intentos castellanos de bloquear el acceso leonés a las tierras extremeñas, con el señorío de Fernando Rodríguez de Castro el Castellano (muerto en 1185) en Trujillo como baluarte de Alfonso VIII dentro de la vía, obligando al leonés a buscar nuevos accesos al sur. Alfonso IX como represalia pactó con los almohades y negó su apoyo a su primo en las dos grandes campañas que el Castellano emprendería contra los africanos, Alarcos y las Navas de Tolosa.

Alfonso IX de León. Tumbo de la catedral de Santiago.

Tras muchos años de desencuentros, ambos reyes se citaron en la localidad vallisoletana de Tordehumos en 1194, donde firmaron el tratado ya mencionado y, junto con temas fronterizos y de expansión territorial, se acordó un matrimonio que a la larga sería fundamental, el de una hija de Alfonso VIII —Berenguela de Castilla— con Alfonso IX. De este controvertido matrimonio (ambos contrayentes era primos segundos) nació el rey que uniría de nuevo, y ya de forma definitiva, el destino de ambos reinos, el infante Fernando, futuro Fernando III.

Pese a tantos acuerdos y tratados, solo la muerte de Alfonso VIII en 1214 dio a León la oportunidad esperada para focalizar sus recursos económicos en la conquista territorial. En los últimos años de su vida y tras varias intentonas, conseguirá conquistar las tan ansiadas ciudades extremeñas de Cáceres (1229), Badajoz (1230) y la gran metrópoli hispanorromana de Mérida (1230).

No podemos terminar de hablar de Alfonso IX sin mencionar que en 1218 otorgó la categoría de Estudio General (universidad) a la escuela catedralicia de Salamanca. La universidad salmantina nació con una clara vinculación a los estudios jurídicos y por ella a lo largo de sus ochocientos años de existencia pasaron nombres

fundamentales en la historia de España. Es la universidad más antigua de las que existen actualmente en la península ibérica: «Este [Alfonso IX], por consejo saludable, llamó maestros muy sabios en las sanctas escripturas y establesçio que se fiziessen escuelas en Salamanca […]» (Lucas de Tuy, *Chronicon Mundi*).

Cuando Alfonso IX murió en 1230, su hijo habido con Berenguela de Castilla, Fernando, que ya era rey de Castilla desde 1217, se coronó rey también rey de León.

Castilla: La presión almohade en La Mancha

El reino de Castilla en este período entre 1157 y 1230 nació lastrado por la repentina muerte de su rey Sancho III en 1158 y la minoría de edad de Alfonso VIII (hasta 1170). Fueron años difíciles para el reino castellano por su división entre diversas facciones, por la omnipresencia de su tío Fernando II de León intentando sacar ventaja propia de la situación y por la presión de los almohades instalados en al-Ándalus.

Respecto a sus relaciones con León, Alfonso VIII inició una política muy agresiva con en doble propósito de recuperar las plazas que el leonés había arrebatado a Castilla durante su minoría de edad y, mucho más importante, bloquear a León el acceso a las tierras musulmanas, para lo que ocupó la Vía de la Plata, fundó nuevas villas como Béjar (1208-1209) o Plasencia (1186) y recibió el vasallaje de las tierras del señorío de Trujillo en manos Fernando Rodríguez de Castro y sus herederos.

Ilustración representando a la reina Leonor Plantagenet (izquierda) y al rey Alfonso VIII (a su derecha). Tumbo menor de Castilla (fines del siglo XII- principios del siglo XIII)

Al tiempo que se enredaba en el control de la Vía de la Plata y en el bloqueo a León, tenía que hacer frente, como ya hemos dicho, al Imperio almohade que desde tiempos de su abuelo controlaba el territorio andalusí tras acabar con las

denominadas segundas taifas.

> El fundador del movimiento almohade fue Abu-Abdallah ibn Tumart, quien, imbuido de un fuerte deseo reformador, fundó el movimiento de los unitarios (*al-muahidun*), para lo cual agrupó un conjunto de tribus bereberes del Alto Atlas dirigido por la tribu de los masmuda. Desde sus bases en el Atlas plantaron cara a los almorávides con quienes tenían diferencias doctrinales y de interpretación de los escritos sagrados. Mientras que los almorávides eran muy literales a la palabra escrita, los almohades proponían una visión más espiritual y alegórica.
>
> Tras ocupar gran parte del Imperio almorávide norteafricano, los almohades cruzaron el Estrecho en 1146 y entraron por Tarifa y Algeciras para, apoyándose en parte de la oligarquía local, acabar con los últimos restos del imperio almorávide. Sin embargo, no fueron bien recibidos por la población andalusí, que opuso una férrea resistencia a los nuevos ocupantes. Tal resistencia provocó que ocupación de al-Ándalus fuera una ardua tarea para los invasores que les tuvo ocupados durante más de 25 años. Finalmente, en 1172, la última taifa que resistía, la de Murcia, que había sido gobernada hasta su muerte por Ibn Mardānīš —el llamado rey Lobo por las crónicas cristianas—, un fiel aliado de los reyes castellanos, cayó en manos del califa Abū Ya'qūb Yūsuf I (1163-1184).

Tras la conquista de Toledo y los intentos de recuperación de la ciudad por parte de los almorávides, en la meseta sur se fue creando un entramado de villas y puntos fortificados como una red defensiva que protegía la ciudad y que, al tiempo, se adentraba en territorio sur meseteño:

> Honrra deue el Rey fazer a su tierra, e señaladamente en mandar cercar las Cibdades, e las Villas, e los Castillos de buenos muros, e de buenas torres: ca esto la faze ser mas honrrada, e mas noble, e mas apuesta. E demas, es grand segurança, e grand amparamiento de todos comunalmente, para en todo tiempo. E otrosi la deue honrrar de su palabra, alabando las bondades della.
>
> *Las siete partidas, partida II, titulo XI, ley II*
> Alfonso X el Sabio

Esta tupida red no estaba pensada para detener al enemigo y bloquear su acceso a Toledo, pues por su tamaño ninguna de ellas tendría la más mínima oportunidad contra el ejército almorávide (o almohade). Su misión, por el contrario, era entorpecer al máximo cualquier ataque con la mínima exposición posible cualquier ataque enemigo. Gran parte de esta red de castillos y fortalezas estuvieron en manos de las órdenes militares que desde mediados de siglo se habían establecido a lo largo de la península ibérica.

Los almohades también intentarán tomar ventaja de la minoría de edad del rey y de sus primeros años de reinado (la regencia terminó cuando tenía tan solo 14 años de edad). En 1172, el califa almohade Yūsuf I con su ejército avanzó en dirección norte devastando pequeñas guarniciones fronterizas castellanas y girando hacia el este atacó la localidad de Huete (Cuenca), puesto fortificado fronterizo castellano que consiguió resistir el asedio gracias a los fuertes muros de su castillo y a la providencial llegada del ejército real. Tras esta campaña fallida, los almohades realizaron pequeñas entradas en territorio castellano, pero sin evitar que Castilla se rearmase en torno a su rey para las campañas que este ya tenía en mente.

Una de sus primeras campañas contra los musulmanes le llevó a la región del alto Júcar donde conquistó, con la ayuda de Alfonso II de Aragón, la plaza de Cuenca en 1177

> Seguidamente, confortado por la virtud del Altísimo, tornó su poder contra los infieles para luchar por la fe. Con su poderosa mano los aniquiló […], prendió fuego a las ciudades y taló los vergeles de sus retiros; cubrió la tierra con su temor y sitió a los árabes con su llegada; destruyó las guaridas de los emboscados y las fronteras de la fe ensanchó; asedió Cuenca, bastión de los árabes, y con muchos trabajos los estrechó […]. La consiguió tras muchos trabajos y la convirtió en ciudad regia.

Historia de los hechos de España
Rodrigo Jiménez de Rada

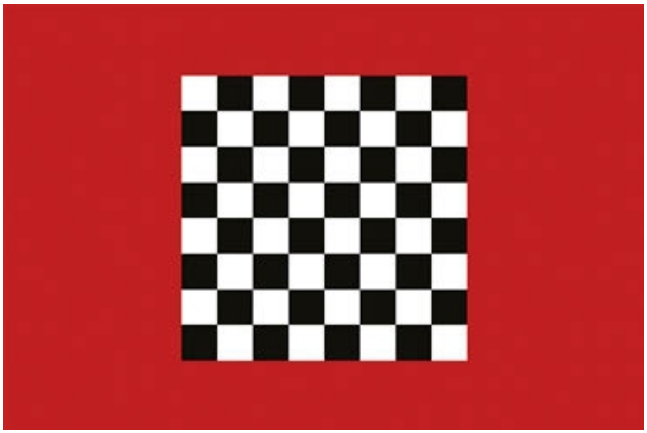
La conquista de Cuenca era la primera victoria que realmente se podía considerar como tal desde la conquista de Almería en tiempos de su abuelo Alfonso VII treinta años atrás. Unos años más tarde conquistará Alarcón en 1183, a unos ochenta kilómetros al sur de la ciudad conquense.

Con estas conquistas, Alfonso VIII alcanzaba un doble propósito: por un lado avanzar en la reconquista del territorio manchego, mientras que por el otro lado bloqueaba a un Aragón que una vez desembarazado de la losa que suponía Zaragoza, tras su conquista en 1118 —hablaremos de ella posteriormente al tratar de Aragón— por Alfonso I el Batallador, se había lanzado a la reconquista del Bajo Aragón amenazando las áreas de expansión castellanas según los tratados que los reyes de ambos reinos habían firmado años atrás. Así, desde Cuenca y Alarcón, Castilla disponía de bases fortificadas suficientemente avanzadas como para poder hostigar y, eventualmente, conquistar la costa levantina.

Las campañas de los años 80 y 90 del siglo XII que permitieron a los cristianos adentrarse al sur de Sierra Morena por las comarcas de Sevilla (Setefilla) y Córdoba:

> Envió pues el rey de Castilla al arzobispo toledano don Martín [...]. Llevó consigo el arzobispo hombres generosos y valientes y una multitud de soldados y hombres de a pie, con los que devastó gran parte de la tierra de moros de aquende el expoliándola de muchas riquezas y de una infinitud de vacas, ganados y jumentos»
>
> *Crónica latina de los reyes de Castilla*

Provocaron que el califa almohade Abū Yūsuf Ya'qūb al-Mansūr (1184-1199) desembarcara en la Península al mando de un fuerte ejército que se enfrentará con los castellanos de Alfonso VIII junto al castillo de Alarcos (Ciudad Real), a orillas del Guadiana el 19 de julio de 1195.



Bandera del califato almohade

La batalla de Alarcos será una muy dolorosa derrota de Alfonso VIII, en la que las órdenes militares, especialmente la de Calatrava, se llevarán la peor parte, sobre todo tras el ataque almohade al convento sede de la orden donde muchos supervivientes de la batalla serán degollados. Aunque las pérdidas cristianas realmente no fueron muy numerosas, más bien al contrario, pues murieron más musulmanes que cristianos —unos dos mil cristianos por cuatro mil por parte musulmana—, sí supuso un fuerte retroceso en las aspiraciones conquistadoras de Alfonso VIII.

Territorialmente, numerosas localidades fueron devastadas y conquistadas tras la batalla, como Torre de Guadalerza, Malagón, Benavente, Calatrava, Alarcos y Caracuel, todas ellas en el entorno de Ciudad Real. En los años siguientes también se perderán localidades tan importantes como Montánchez, Plasencia o Trujillo, que solo serían reconquistadas en tiempos de Fernando III, y las tierras de Toledo y Madrid serán devastadas.

La noticia de la derrota corrió por toda Europa, los cristianos hispanos difundieron la noticia, que incluso llegó al Capítulo General de Cister, y unos monjes ingleses exageraron la derrota informando que un ejército africano de seiscientos mil guerreros se disponía a atacar Europa. Incluso Ricardo I Corazón de León, cuñado de Alfonso VIII, y Felipe II de Francia, ambos protagonistas de la Tercera Cruzada, pensaron durante un tiempo entrar en la Península al frente de sus ejércitos y detener a los almohades.

Durante los siguientes dieciséis años, Alfonso VIII estará de nuevo enfrentado a los reinos vecinos, quienes aprovecharán la debilidad castellana, gracias a la derrota de Alarcos, para reajustar las fronteras entre los reinos a su favor, como ejemplo, el Rincón de Ademuz (Valencia) tomada por Pedro II de Aragón en 1210. Serán años que Alfonso VIII aprovechará para rearmarse, recuperar algunas plazas y replantear la estrategia militar que le llevará a la gran victoria de las Navas de Tolosa de 1212. Pero antes de tratar de esa batalla, no podemos sino recordar que Alfonso VIII fue el fundador, en la ciudad de Palencia, del primer centros de Estudios Generales —universidad— que existió en la península ibérica en una fecha entre 1208 y 1212 (equiparable por antigüedad a la universidad de Cambridge y, por tanto, una de las más antiguas del continente europeo) donde, como en el caso salmantino, ya existía una previa escuela catedralicia de cierta importancia y renombre. Antes de final de siglo, los estudios palentinos languidecieron y terminaron por desaparecer.

> Y para que el ramillete de sus obras de caridad, que recayeron sobre él por obra del Espíritu Santo, no careciera de flor alguna, hizo buscar a los sabios de las Galias e Italia para que el culto del saber nunca faltara en su reino, y reunió en Palencia a los maestros de todas las materias, a los que concedió amplias remuneraciones para que el saber de cualquier materia fluyera como el maná en la boca de todo el que deseara aprender.
>
> *Historia de los hechos de España*
> Rodrigo Jiménez de Rada

Las Navas de Tolosa

Alfonso VIII, que había aprendido una dolorosa lección en Alarcos, aprovechó los años siguientes a la derrota hasta 1212 de forma inteligente. Castilla había establecido potentes alianzas nacionales y, sobre todo, europeas. El entusiasmo del papa Inocencio III fue total cuando Alfonso VIII decidió plantar nuevamente cara a los almohades. En mayo ordenó celebrar rogativas en Roma por el éxito de la cruzada hispana. De esta forma, lo que no era mucho más de lo que iba a ser, una más de las batallas de la Edad Media peninsular, se convirtió en una cruzada de la cristiandad contra el poderío musulmán que intentaba someterla.

Bajo un doble discurso propagandístico, Castilla interpretó correctamente el apoyo papal: Alfonso VIII había sido encumbrado como el principal de los reyes ibéricos a cuya llamada debían acudir León, Navarra, Aragón y Portugal; al tiempo, Alfonso VIII proyectaba esa imagen de liderazgo de cruzada, tal como habían hecho anteriormente los reyes de Francia o su propio cuñado, el rey Ricardo Corazón de León de Inglaterra. Gracias a ese apoyo papal y la buena gestión propagandística castellana, se logró reunir un ejército de unos doce mil hombres de los que alrededor de cuatro mil serían caballeros.

Alfonso VIII conformó su ejército primeramente con su guardia personal,

reforzada con las levas de las ciudades y villas castellanas y las fuerzas de los principales nobles, que acudieron todos a la llamada de su rey. De los reinos vecinos tan solo Navarra y Aragón acudieron. El caso de Sancho VII el Fuerte es destacable por inesperado, debido a las malas relaciones con Alfonso VIII que solo la intervención papal pudo, si no solucionar, sí aplazar hasta después de la campaña. León y Portugal declinaron acudir a la llamada de cruzada por las malas relaciones que mantenían con Castilla, aunque no impidieron que cualquier caballero o soldado a título individual acudiese a la guerra.

A estas tropas hay que añadir otros dos contingentes altamente motivados para esta campaña: por un lado, las tropas de las órdenes militares, muy profesionales y altamente especializadas en la guerra y, en segundo lugar, los cruzados llegados desde el otro lado de los Pirineos, principalmente desde Francia:

> Comenzaron a llegar también nobles de la zona de las Galias, el arzobispo de Burdeos y el obispo de Nantes y muchos barones de esa misma zona y de Italia. Acudieron también simples caballeros y, sobre todo un número incalculable de gentes de a pie.
>
> *Historia de los hechos de España*
> Rodrigo Jiménez de Rada

El triunfo de la Santa Cruz. Marcelinano Santa María. Museo de Marceliano Santa Maria, Burgos.

Por su parte, el califa almohade al-Nāsir (llamado Miramamolín por los cristianos) logró reunir un ejército que duplicaba ampliamente en número al contingente cristiano (se habla de unos treinta mil guerreros almohades), y fue él quien involuntariamente decidió tanto el lugar como el año 1212 al desembarcar el año anterior de 1211 con su ejército en al-Ándalus y avanzar hacia el norte a conquistar el castillo de Salvatierra (Ciudad Real), que había caído por sorpresa unos años antes en manos de la orden de Calatrava. La caída de Salvatierra supuso un gran golpe y la aceleración de los planes de Alfonso VIII quien, finalmente, en mayo de 1212 se puso en marcha desde Toledo dispuesto a enfrentarse con las tropas almohades, y recuperó por el camino todas aquellas plazas perdidas años atrás.

El encuentro ocurrió el 16 de julio de 1212 justo al otro lado de Sierra Morena, junto la actual localidad de Santa Elena (Jaén), en el lugar conocido como Llanos de la Losa o Navas de Tolosa y se resolvió, como ya todos sabemos, con una importante victoria cristiana. Así lo cuenta el arzobispo toledano Jiménez de Rada:

> Y no siendo capaz de soportar por más tiempo el peligro de las primeras líneas,

apresurado el paso, las enseñas de los estandartes llegaron jubilosamente hasta el palenque de los agarenos [los musulmanes] por disposición del Señor […]. A su llegada, aquella magnifica formación e incontable turbamula, que había entonces aguantado casi sin moverse y había resultado dura para los nuestros, echó a correr abatida por las espadas, ahuyentada por las lanzas, vencida por los golpes. También entonces el rey de los agarenos, a ruegos de su hermano, que se llamaba Zeyt Avozecri, recurrió a la huida a lomos de una montura entrepelada y llegó hasta Baeza acompañado en el peligro por cuatro jinetes, y al preguntarle los de allí qué podían hacer, se cuenta que contestó: «No puedo velar ni por mí ni por vosotros; quedad con Dios». Y tras cambiar de montura llegó a Jaén esa noche.

Historia de los hechos de España
Rodrigo Jiménez de Rada

El relato musulmán profundiza en los detalles acusando a los andalusíes de deserción ante el enemigo lo cual hizo que la batalla se decantase del lado cristiano:

La causa principal de este desastre fueron las discordias de los mismos almohades, porque, según un decreto del sultán Ya'qūb Abū Yūsuf, debían recibir donativos cada cuatro meses y nunca les hablan faltado; pero en tiempo de al-Nāsir se retardaban mucho tales liberalidades y. sobre todo en esto expedición, ellos lo achacaron a los visires; así que salieron de muy mal talante. He oído que muchos de ellos no desenvainaron sus espadas ni aprestaron sus lanzas, ni hicieron prevención alguna para la batalla, sino gua se desbandaron a la primera acometida de los francos.

Mu`yib
Al-Marrākusī

La desorganizada huida de los aliados de los almohades se tradujo en un desastre total:

Al-Nāsir siempre sentado en su escudo en el umbral de su tienda, gritó: «La verdad está en Dios, y la mentira está en Satanás», y él se mantuvo en calma hasta el momento incluso donde los cristianos podrían alcanzarlo, después de haber exterminado a los diez mil negros y más que lo rodeaban. Un árabe, montado en una yegua, corrió a él y leyó:«¡Oh emir de los musulmanes! ¿Hasta cuándo te quedarás allí? ¿No ves que los decretos y la voluntad de Dios se cumplen, y que los musulmanes están todos muertos?» —El Emir se puso de pie para montar en el magnífico caballo que tenía delante de él, pero el árabe, habiendo saltado de su yegua, le dijo: «Súbete [a la yegua], para que no vayas más allá, ni te expongas, y Dios te ayudará a salvarte; porque ahora no hay esperanza sino en tu propia salvación». Al-Nāsir cambió su caballo por esta yegua, y partió sin escolta; mientras que el árabe, a la cabeza de una tropa de negros, persiguió a los cristianos, que continuaron masacrando a los musulmanes hasta la noche. Todos perecieron hasta el final; a lo sumo, ¡si escapaba uno de cada mil! Los heraldos de Alfonso gritaban por todas partes, en el nombre del maldito, para no hacer prisioneros y masacrar a todos, advirtiendo que quien haga un prisionero morirá con él.

Rawd al-Qirtas
Ibn Abi Zar

El botín cogido al enemigo fue fastuoso, las crónicas hablan de abundante oro, plata, ricos vestidos, atalajes de seda, ornamentos y otros objetos de gran valor. Entre los objetos, según cuentan las tradiciones, se encontrarían las cadenas que adornan el escudo de Navarra y el denominado pendón de las Navas.

El botín de las Navas de Tolosa

Muchos fueron los objetos de gran valor ganados por los cristianos, pero por la trascendencia que la tradición les ha dado, dos de ellos han pasado a la Historia como símbolos de la victoria cristiana.

Las cadenas del escudo de Navarra

Se trata de una tradición bastante posterior a los hechos acaecidos. Según aquella, el rey Sancho VII sustituyó el águila de su escudo por las cadenas, que él mismo había cortado del palenque de al-Nāsir y que se había llevado a Navarra como botín de guerra. Las crónicas de la época no mencionan las cadenas en ningún momento. La primera referencia data del último tercio del siglo XIII, momento en el que se comenzó a dar carta de autenticidad a la historia de las cadenas, versión posteriormente continuada sin mayor prueba por el obispo de Bayona García de Euguí: «Este rey don Sancho ganó allí las cadenas et tiendas que son oy en Nabarra et mucho mas» y, principalmente por el Carlos, el príncipe de Viana, en su *Crónica de los Reyes de Navarra* de 1454: «E el rey de Navarra tomó el dicho cadenado de los camellos é las tiendas, é conquistó las cadenas por armas, é asentólas sobre las ariestas con un punto de sinople».

Investigaciones modernas confirman que el uso heráldico de las cadenas nada tiene que ver con las Navas de Tolosa, provienen de los tiempos del sucesor y sobrino de Sancho VII, el conde Teobaldo IV de Champaña, primero de su nombre en Navarra. El escudo de Teobaldo mostraría esa dualidad al dividirse a la mitad, en cuyo lado izquierdo se representaba Navarra, mientras que en el derecho su condado de Champaña. Para dar un mayor lustre y lujo a su escudo, se colocó sobre ambas mitades una bloca o refuerzo del escudo decorada con botoncillos circulares y con umbo central, todo en color dorado, un tono que resalta sobre el rojo (gules) del escudo navarro. En poco tiempo lo que inicialmente había sido un simple adorno pasó a ser parte de las armas de los reyes navarros y posteriormente, solo a finales del siglo XIV, convertidos esos botoncillos en eslabones de cadenas.

Libro de Armería del Reino de Navarra (1575)

Pese a descartarse la visión heráldica de las cadenas, sin embargo, sí se conservan cuatro tramos de cadenas que se atribuyen a este hecho y acción histórica. Dos de ellos se encuentran en la Real Colegiata de Roncesvalles a los pies de la tumba de Sancho VII, un tercero se encuentra al lado del altar de la catedral de Tudela y el cuarto en el actual palacio de Navarra, sede del gobierno foral, trasladadas aquí desde el monasterio de Irache tras su desamortización.

El pendón de las Navas de Tolosa

Conservado en el monasterio de las Huelgas de Burgos, se trata de un tapiz considerado parte de la impresionante tienda de campaña de al-Nāsir.

Pendón de las Navas. Monasterio de las Huelgas, Burgos.

Se trata de un tapiz de 3,30x2,20 metros, tejido con hilos de plata y seda multicolor con una gran perfección y fantasía en sus elementos decorativos. Como motivo central una pequeña estrella de ocho puntas que sirve de eje para otras dos estrellas en amplitud creciente, dentro de una corona de círculos y estrellas. Este conjunto queda encerrado en un cuadrado con cuatro estrellas en sus ángulos. Aparte de la fina y delicada decoración que incluye tres leones rampantes, los cuatro lados llevan inscripciones de textos del Corán de alabanzas a Alá.

Pese a su inestimable valor artístico e histórico, no parece que perteneciese a la tienda del califa almohade ni que hubiese sido conquistado en las Navas de Tolosa, sino que se trataría de un regalo a las Huelgas de Burgos por parte de Fernando III tras alguna de sus campañas andaluzas. Ello no le quita ningún valor artístico, pues es una pieza excepcional.

Cada año, en la festividad del Curpillos, fiesta que se remonta a la victoria de las Navas (viernes siguiente a la fiesta del Corpus), la máxima autoridad militar de la ciudad tremola una réplica (el original por su antigüedad hay que protegerlo), de este pendón ante la Custodia del Sacramento y es portada en procesión.

La victoria cristiana tuvo una amplia repercusión por toda Europa y un sinfín de consecuencias tanto en el campo cristiano como en el almohade. Para los autores cristianos, las Navas de Tolosa se convirtieron en la gran batalla peninsular, con una amplia divulgación por toda Europa, a la cual acudía buena parte de la nobleza como recurso para demostrar la valentía de sus antepasados. Territorialmente, Castilla pudo ocupar por fin, gracias también a la toma de Alcaraz en 1213, toda la meseta sur y ubicó sus posiciones más avanzadas en Sierra Morena con la fortaleza de Calatrava la Nueva como baluarte sobre el cual pivotarían el resto de castillos.

En el campo almohade, la derrota supuso, de entrada, la desintegración del sistema defensivo almohade de la frontera norte de Jaén, que cayó en manos cristianas en los días siguientes a la victoria, Baeza fue quemada y saqueada, Úbeda se rindió para evitar una masacre por parte de los envalentonados cruzados. Tan solo una enfermedad infecciosa, probablemente disentería, obligó a los cristianos a abandonar la campaña cuando tenían toda Andalucía abierta a sus pies. La derrota también supuso la caída en desgracia del califa al-Nāsir, quien abdicó en 1213 en su hijo Yusuf al-Mustānsir, y murió al poco tiempo probablemente envenenado por sus propios cortesanos. Al-Mustānsir se vio obligado a firmar treguas con los castellanos muy favorables para estos últimos. A su muerte en 1224, el poder almohade en la península había prácticamente desaparecido, los gobernadores andalusíes se afianzaron en sus provincias sin acatar ya la autoridad califal y serán el germen de las terceras, y últimas, taifas. Unos reinos muy debilitados que ya nada tenían que ver

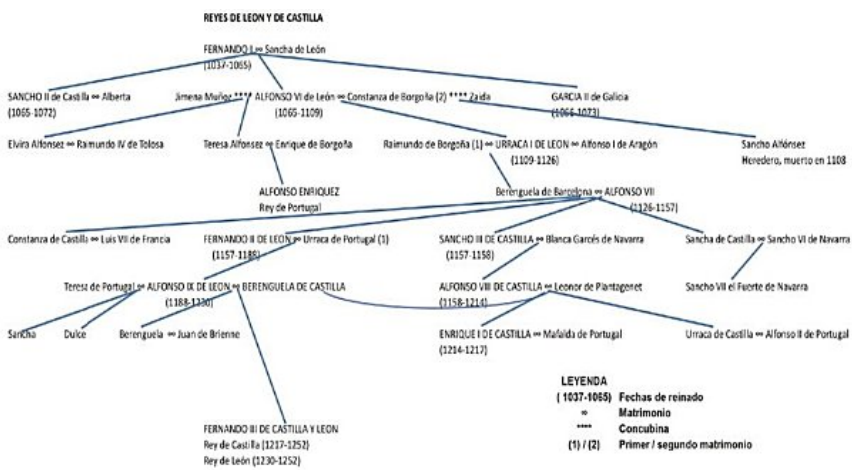
con las primeras taifas herederas del califato y que pronto irán cayendo como fichas de dominó en manos cristianas.

Estas disensiones y sucesión de califas llevaron al rápido final del Imperio almohade en la península ibérica en torno a 1228. Un momento que vino a coincidir con la unificación de Castilla y León con Fernando III como rey único (1230).

En cuanto a Alfonso VIII, ya completada la misión que le había obsesionado en vida, murió en 1214 dejando a un niño de diez años llamado Enrique I como único heredero varón a su trono.

Don Sancho que fue llamado el deseado
Fue Rey después deste mas poco duró
tras quien don Femando su hermano reyno
y luego otro Rey don Alfonso llamado
aquel que en Alarcos fue desbaratado
Y hizo después una cosa famosa
quando venció las Navas de Tolosa
el qual en las Huelgas esta soterrado

Las siete edades del mundo
Pablo de Santa María



Nace un nuevo reino: Portugal

Pese a las numerosas relaciones maritales y concubinas que el rey Alfonso VI de León mantuvo durante su vida, tan solo tuvo un hijo varón que superase la difícil edad de la infancia, el que murió en Uclés, y el resto fueron mujeres. Dos de ellas se casaron con nobles borgoñones primos hermanos entre sí que habían llegado a la península llamados por la oportunidad de hacer fortuna al calor de la corte leonesa de Constanza de Borgoña, tía de ambos y esposa de Alfonso VI.

Los dos primos hicieron en León buenos matrimonios: Enrique de Borgoña casará con Teresa Alfónsez, hija legitimada del rey, quien recibirá el condado portucalense

como dote; Raimundo de Borgoña, por su parte, se casó con Urraca Alfónsez, quien, debido a la muerte de su hermanastro Sancho en Uclés, se convirtió en Urraca I, reina de León y Castilla.

El territorio que hoy en día conocemos como Portugal ya había sido objeto de reconquista por parte de los primeros reyes asturianos. Alfonso I, como dijimos en su momento, había atacado ciudades como Braga, Viseu o Chaves que, desde ya esos primeros tiempos, empezaron a entrar en la órbita de la monarquía astur. A finales del siglo XI, la reconquista de territorio había llegado al sur de Coimbra (recuperada en tiempos de Fernando I de León) y conformaba un amplio dominio que, con ciertas correcciones territoriales, que se producirían a lo largo de los siglos siguientes, correspondería con todo el actual norte del Duero portugués hasta sus fronteras con España y una franja costera que llegaría hasta el sur de Coimbra; por el este se creaba una especie de tierra de nadie de difícil delimitación entre el Duero al norte y la Sierra de la Estrella hasta casi las puertas de la ciudad de Salamanca, que era disputada con la taifa de Badajoz. Pues bien, todo este territorio, algo excéntrico para los intereses estratégicos leoneses (recordemos que a inicios del siglo XII el objetivo es la defensa de Toledo y sus tierras aledañas), sería lo que Teresa recibiese en 1095 como dote tras su matrimonio con Enrique de Borgoña en 1093.

Enrique de Borgoña y su esposa Teresa Alfónsez en *Genealogía dos Reis de Portugal* de Antonio de Holanda, 1530-1534, en Lisboa

El objetivo de Alfonso VI no era otro que gobernasen el territorio en su nombre y siguiendo los dictados del monarca leonés, pero la muerte del heredero y la difícil situación hereditaria creada, que elevó al trono a Urraca, favorecieron una tendencia políticamente centrífuga en el condado inteligentemente canalizada por Enrique y Teresa. Ambos aprovecharon los problemas entre Alfonso I de Aragón y Urraca I de León (matrimonio que acabó declarándose nulo por la consanguinidad entre ambos) que se convirtieron en guerra abierta entre ambos reinos. Teresa, ya viuda de Enrique desde 1112, comenzará a intitularse como reina de Portugal desde 1121, sometida —al menos teóricamente— al imperio de su hermanastra Urraca con quien entrará en guerra abierta ante los intentos de Teresa de legitimarse con apoyo de parte de la nobleza gallega. Las ambiciones de Teresa la acabarán llevando a enfrentarse a su hijo Alfonso Enríquez en la batalla de San Mamede de 1128 en la que vencerá el

joven príncipe expulsando a su madre del poder:

> El Príncipe Don Alfonso entonces apresó a su madre y ella, viéndose así presa, dice «Hijo D. Alfonso me has hecho presa y me desheredas de esta tierra y honra que me dejó mi padre, y me has quitado a mi marido [ella tenía una nueva pareja], a Dios ruego que preso seáis vos así como yo me veo, y porque me encadenaste las piernas que os ayudaron a venir al mundo, y a criar con muchos dolores en mi vientre, y fuera de él, con hierros sean las vuestras partidas, a Dios le plazca que así sea».
>
> *Chronica de El-Rei D. Affonso Henriques*
> Duarte Galvao

Alfonso Enríquez (1139-1185)

Son los nuevos tiempos de los primos Alfonso, ambos casi de la misma edad y que habían llegado al poder casi al mismo tiempo. Ambos reprodujeron, sin embargo, las mismas disputas de sus predecesoras, aunque sin llegar a la guerra abierta, ya que en 1137 firmaron el llamado Tratado de Tuy por el que Alfonso VII reconocía a su primo un alto grado de autonomía en su territorio bajo, nuevamente la misma fórmula que sucedió con sus madres, la autoridad superior del rey leonés. Pocos años más tarde, a 5 de octubre de 1143 se firmó entre ambos un nuevo tratado, el llamado Tratado de Zamora, considerado el momento en que de forma efectiva se consiguió la independencia de Portugal. Fue a partir de esta fecha cuando, de forma decidida, la nueva realidad portuguesa se lanzó rápidamente a conquistar territorio a los musulmanes en un proceso que duró, más o menos, un siglo y medio hasta que los pendones portugueses llegaron a las costas del Algarve.

La reconquista en el territorio portugués, a diferencia de lo que sucede en los otros sectores peninsulares, va a realizarse en completa independencia, es decir, sin ayuda de los otros reinos. Apenas, y temporalmente, Fernando II de León acudirá a la llamada de Alfonso Enríquez (su suegro) para ayudarle a romper el cerco de Santarem al que le había sometido los musulmanes.

La primera fecha clave es la fundación del castillo de Leiria al sur de Coimbra en 1135 seguida casi inmediatamente por la victoria, ampliamente magnificada por su contenido escatológico, de Ourique contra los almorávides.

El Milagro de Ourique

Como otras tantas veces en la historia militar hispana, la intervención divina iba a ser fundamental para conseguir una victoria improbable ante los musulmanes.

La leyenda del milagro de Ourique cuenta cómo antes de la batalla, Alfonso Enríquez, recogido ya en su tienda, recibe la visita de un ermitaño de una ermita cercana que le dice:

> Príncipe D. Alfonso, Dios te manda decir a través de mí que, debido a la gran voluntad y deseo que tienes de servirle, que quiere que estés alegre y esforzado, Él te hará vencer mañana al rey Ismar, y todos sus grandes poderes, y más te manda decir por mí que cuando oigas tañir una campanita que está en la ermita salgas fuera [de la tienda], y Él se te aparecerá en el cielo, así como padeció por los pecadores
>
> *Chronica de El-Rei D. Affonso Henriques*

Duarte Galvão

O milagre de Ourique de Domingos Sequeira, 1793, en el Castillo d'Eu, Francia

Una hora antes de la mañana, la campana sonó y el príncipe vio en el cielo a un Jesús crucificado que confirmaba las palabras del ermitaño. Gracias a esa visión y a la confirmación de la victoria, Alfonso Enríquez y sus tropas, aunque menores en número, fueron capaces de derrotar a los almorávides.

Una segunda leyenda al respecto de la victoria de Ourique refiere como, en memoria de esta victoria y como manera de dar gracias a Dios por su ayuda, mandó Alfonso Enríquez incluir en sus armas, cinco escudos azules (llamados quinas) que simbolizan a los cinco reyes musulmanes derrotados en la batalla, escudos dispuestos en cruz para recordar la cruz de Cristo y, sobre cada uno de ellos, habría mandado pintar cinco puntos (bezantes) en plata dentro de cada escudo que representarían las cinco llagas de Cristo, con un número total de veinticinco que, por el valor doble que se le concedería al escudo central, sumarían treinta. Es decir, las famosas treinta monedas por las cuales fue vendido Cristo por Judas (en realidad los puntos originales de tiempos de Alfonso Enríquez eran diez por cada escudo).

La batalla de Ourique (25 de julio 1139) se produjo durante una de las incursiones cristianas lideradas por Alfonso Enríquez en territorio musulmán en búsqueda de botín, uno de los tantos estacionales ataques cristianos que se llevaban produciendo desde los inicios de la Reconquista. De forma, al parecer, inesperada, un ejército almorávide de mayor número le salió al paso y fue derrotado contundentemente según las crónicas. Tras ella, y según la tradición recogida en las crónicas, Alfonso fue reconocido como rey:

> [Tras el discurso de Alfonso Henriques] Respondieron todos ellos [el ejército] «Señor, ojala agrade a Dios que así sea, y no menos esperamos de su gracia, pues para que él sea mejor servido por vos, y también de nosotros mismos y de todos los otros de aquí en adelante, es muy necesario que os proclamemos como Rey, y no debe haber ni una sola voluntad vuestra cambiar la de todos de los que tanto lo pedimos y deseamos». El príncipe, viéndose tan cercano a ellos, les dijo que hiciesen lo que bien les pareciese. Entonces todos le proclamaron por rey, gritando con gran placer y alegría: «Real, Real, por el rey D. Alfonso Henriquez de Portugal». Año de Cristo de mil ciento treinta y nueve.
>
> *Chronica de El-Rei D. Affonso Henriques*
> Duarte Galvao

En los años siguientes, el ya rey Alfonso I se asomó finalmente al valle del Tajo y asedió y conquistó el conjunto de fortalezas que conformaban el lado norte del río, entre ellas y especialmente por el significado que tendría, la ciudad de Lisboa. Para sus campañas en torno al Tajo, Alfonso contó con la ayuda inestimable de las órdenes militares, especialmente los templarios del maestre Gualdim Pais, y la armada

cruzada que desde puertos del norte de Europa (Flandes, Francia e Inglaterra) se dirigían a Tierra Santa formando parte de lo que llamamos Segunda Cruzada.

El gran objetivo del siguiente decenio sería la toma de Lisboa. La región lisboeta, circunvalada por el Tajo al sur y al este, el océano al oeste y la escarpada sierra de Sintra al norte, suponía un reto muy importante y arriesgado, aunque el premio final, el puerto de Lisboa, era una recompensa muy importante. Los primeros intentos de conquistar la ciudad se produjeron en 1137, pero será tan solo tras la conquista de Santarem (1147), ciudad fuerte que protegía el norte del estuario del Tajo, cuando la ciudad de Lisboa ya aislada por tierra, quede a merced de los cristianos.

Mientras se estaba iniciando el asedio lisboeta, la tradición, sin ningún apoyo documental, señala que Alfonso Enríquez tuvo que hacer frente a un ejército musulmán que intentaba aflojar el cerco de Lisboa junto al puente romano de Sacavem. Una nueva victoria portuguesa.

El asedio de la ciudad de Lisboa comenzó el 28 de junio de 1147 y se desarrolló durante cuatro meses, hasta el 25 de octubre fecha de la toma de la ciudad, y no hubiera sido posible sin la inestimable ayuda de una armada cruzada. Convencidos los cruzados en apoyar a Alfonso Enríquez por el obispo de Oporto, hicieron un alto en su viaje para esta empresa. Uno de estos cruzados, un tal Osberno, dejó escrito un diario o crónica de tales hechos. Así relata la conquista de la ciudad:

> Yendo al frente el arzobispo [de Braga] y los obispos con la bandera de la cruz del Señor, entraron después de nuestros jefes, juntamente con el rey y con los que para eso habían sido escogidos [no todos los cruzados pudieron participar en el acto de entrada en la ciudad]. ¡Cuán grande fue la alegría de todos!, ¡qué gran gloria la nuestra!, ¡cuántas lágrimas de júbilo y piedad cuando, en loa y honra de Dios y de la Santísima Virgen María, el estandarte de la cruz redentora fue visto por todos, colocado en lo más alto del castillo, en señal de sumisión de la ciudad, cantando el arzobispo y los obispos con el clero y todos los demás, bañados en lágrimas y con gran júbilo Te Deum laudamus con el Asperges me y otras oraciones devotas!
>
> *Crónica de la toma de Lisboa*
> Osberno

Inmediatamente después cayó el castillo aún más rocoso y defensivo, de Sintra.

El control de Lisboa, sin el control de la otra ribera del Tajo, era apenas la posesión de la mitad de las ventajas que el estuario y su excelente posición geográfica podían ofrecer. Por ello, tras proteger su retaguardia, en los años siguientes el rey portugués se puso como objetivo el control de Almada y Palmela, conquistadas ese mismo año de 1147 y finalmente Setúbal que, pese a encontrarse muy cerca de Palmela, no cayó en manos portuguesas hasta que la más potente fortaleza de Alcazer do Sal en 1158 fue tomada. Setúbal se perdió en 1198 y fue retomada definitivamente por Alfonso II de Portugal en 1217 en el contexto de la decadencia almohade tras la derrota de las Navas de Tolosa.

Asegurado todo el valle del Tajo hasta su desembocadura, Alfonso I fijó sus ojos en las tierras del interior. La división del reino de Alfonso VII había provocado que el nuevo rey de León, atrapado entre sus dos vecinos poco amistosos, repoblase y fortificase los extremos de su reino en zonas, como Ciudad Rodrigo, donde antes no se hubieran fijado. La respuesta portuguesa fue la de atacar Galicia y la zona salmantina y, para lo que a este libro le atañe, intentar bloquear el acceso leonés a las tierras musulmanas ocupando las plazas musulmanas que, según el Tratado de Sahagún de 1158, pertenecían al área de influencia leonesa. Para esta misión contó con la ayuda de un personaje ya mencionado llamado Geraldo Geraldes, apodado Sempavor (‘sin miedo’), un caudillo militar aventurero, un soldado de fortuna, que se ofreció para liderar las tropas.

En 1165 Geraldo conquistará Évora en un asalto nocturno:

> El perro Giraldo caminaba en noches lluviosas y muy oscuras, de fuerte viento y

nieve, hacia las ciudades. Había preparado sus instrumentos de escalas de madera muy largas, que sobrepasaban los muros de las ciudades, y aplicaba aquellas escalas al costado de una torre y subía por ellas en persona, el primero, hasta lo alto de la torre y cogía al centinela y le decía: «Grita como es tu costumbre», para que no lo descubriera la gente. Cuando se había completado la subida de su miserable grupo a lo más alto del muro de la ciudad, gritaban en su lengua con un gran alarido execrable, y entraban en la ciudad y combatían al que encontraban y lo robaban, y cogían a todos los que había en ella cautivos y prisioneros.

Al Mann bil-imama
Ibn Sahin al-Sala

Ese mismo año conquistará Trujillo y Cáceres, y al año siguiente Montánchez y Serpa (en Portugal). De esta forma Geraldo se convirtió en señor de un gran territorio en nombre de su rey y todo un personaje a tener en cuenta en la frontera caliente que en la segunda mitad del siglo XII era la Extremadura leonesa. En 1169, Geraldo inició su campaña más ambiciosa, la toma de la capital taifal de Badajoz, pero la empresa era tan grande que para llevarla a cabo de forma exitosa necesitó la ayuda del propio monarca.

Fernando II de León, para evitar la presencia portuguesa de forma estable y casi definitiva en las áreas que según el tratado de Sahagún le pertenecían, pactó con los almohades para expulsar a los portugueses de Badajoz y recuperar un *status quo* que beneficiase tanto a leoneses como almohades y que alejase el peligro portugués.

Badajoz supuso un absoluto desastre para las armas portuguesas: tanto Geraldo como Alfonso Enríquez, que se encontraba herido, cayeron presos de Fernando II.

[…] por un lado escondido, que no conocieron los cristianos, compañeros de Ibn al Rinch [Alfonso Enríquez] y cuando se convencieron de la llegada de Fernando, el Baboso, [Fernando II de León] y de la persistencia de la guerra en él e Ibn al-Rink, abrieron este agujero y salieron todos por él a la puerta próxima de las puertas de la ciudad y la abrieron y metieron por ella el ejército de Fernando […] y lucharon en el interior de la ciudad con los cristianos; y los almohades sitiados ayudaron a los compañeros de Fernando […] y huyó Ibn al-Rink fugitivo y vencido, y cuando quiso salir por la puerta de la ciudad de Badajoz, inquieto y presa del miedo violento, estaba la barra de la puerta de la ciudad atravesada […] y se apresuró el maldito Ibn- al-Rink en la salida, y en la prisa por huir y abrirse camino, rompió la barra de la puerta su muslo derecho, y cayó en el sitio desvanecido, y lo transportaron los infieles, sus compañeros, al lugar conocido por Caya, en las cercanías de Badajoz, y lo siguieron los caídes de Fernando, el Baboso, ya mencionado; lo condujeron preso ante él.

Al Mann bil-imama
Ibn Sahin al-Sala

Alfonso I fue obligado, a cambio de su libertad, a firmar un tratado de paz en Pontevedra por el que fue obligado a devolver todas las plazas conquistadas por Geraldo. Algunas de ellas, las situadas en el entorno de Trujillo, pasaron a manos del, por entonces, servidor de Fernando II, Fernando Rodríguez de Castro el Castellano, cuyo hijo se las entregaría a Alfonso VIII de Castilla.

Geraldo no cejó en su empeño contra Badajoz y, pese a perder las fortalezas extremeñas, conservó la de Évora, desde la cual acosaría durante los años siguientes a la ciudad pacense hasta que el rey portugués firmase treguas con los almohades y Geraldo se quedase sin trabajo. Irónicamente, Geraldo Sempavor acabó con sus tropas al servicio de Yusuf I y finalmente exiliado y ejecutado en el norte de África.

Tras la muerte de Alfonso Enríquez en 1185, su hijo Sancho I (1185-1211) le sucedió. Su reinado vino a coincidir con el momento de mayor poder del Imperio almohade y la derrota castellana de Alarcos, por ello, en vez de embarcarse en grandes conquistas militares como hizo su padre, dedicó gran parte de su reinado a repoblar y organizar todas las tierras de su reino y tan solo se produjeron diversas

internadas almohades por las tierras alentejanas que intentaron recuperar el terreno perdido reocupando Alcazer do Sal y Beja. Del lado cristiano, las únicas campañas importantes fueron la de Silves (1181) y la de Alvor (1189), en este caso de nuevo, como sucedió en Lisboa, con ayuda cruzada.

> Después que la flota de los extranjeros llegase al puerto de mar más cercano a Sylves, y los capitanes, y hombres principales de ella desembarcasen a su gente, y asentase su cerco, el conde don Mendo […] los visitó con gran placer, y mucha humanidad diciéndoles palabras de esfuerzo, y deseada esperanza […]. De la qual cosa mucho agradó a los extranjeros que lo alabaron y aprobaron, porque eran hombres de buen corazón y de sus tierras venían ya ellos inclinados, y ofrecidos, por lo que todos juntos, y conformes en una voluntad en la buena ordenanza que entre sí practicaban, dieron luego un duro combate a la Ciudad en la que entraron por la fuerza en sus arrabales […].
>
> *Crónica de Sancho I*
> Rui de Pina

Ambas plazas, situadas en el Algarve a gran distancia de las tierras controladas por los portugueses, se perdieron casi inmediatamente.

El reino de Pamplona

García III Sánchez (1035-1054), conocido como «el de Nájera», hijo mayor de Sancho III de Pamplona, fue el designado por su padre y según las leyes del reino como el principal beneficiado en el reparto de la herencia paterna de acuerdo al testamento del difunto rey. Recibió el reino nuclear de Pamplona aumentado con importantes tierras castellanas, más el vasallaje de sus otros hermanos que recibieron tierras de mucha menor condición y título.

Mapa en el que vemos la herencia recibida por García III Sánchez. En negrita, algunas localidades del reino de Pamplona; en negrita mayúscula, las tierras que le dejará en testamento pertenecientes al condado de Castilla; en cursiva, las heredades de sus hermanos y, subrayado, las principales ciudades musulmanas del Ebro fronterizas con sus dominios.

El reino de García III Sánchez se extendía desde la bahía de Santander y en una línea incluyendo la Transmiera y los territorios del Mena, llegaría hasta las puertas de la ciudad burgalesa para girar hacia oriente incluyendo las tierras de Ezcaray y los Cameros hasta la ciudad de Calahorra, conquistada en 1045. Es decir, García Sánchez III disponía de un pasillo de expansión hacia el sur por las tierras del Sistema Ibérico soriano y por el este descendiendo el Ebro en búsqueda del ansiado premio que suponía la taifa de Zaragoza.

Pero, pese a la conquista de Calahorra, García III Sánchez no continuó la ofensiva contra los musulmanes, más bien al contrario, tanto él como su sucesor Sancho IV Garcés (1054-1076) se conformaron con cobrar parias al rey taifa de Zaragoza, de modo que la frontera del reino se mantuvo estable en Calahorra durante el reinado de ambos monarcas mientras que León y Castilla —como ya vimos— habían logrado recuperar todas las tierras perdidas en tiempos de Almanzor y llevado sus fronteras hasta el Sistema Central, tras lo que comenzaron a amenazar la estabilidad de la taifa de Toledo.

Monasterio Santa María la Real de Nájera (La Rioja), fundado por García III Sánchez que sirvió como su panteón real.

Fue el agresivo León el mayor de los problemas externos de Pamplona, la entrega de tantas tierras castellanas a García III Sánchez no gustó a su hermano Fernando, quien, al ocupar el trono leonés, se dedicó a recuperar las tierras castellanas en manos del pamplonés, lo que provocó una guerra abierta entre ambos hermanos que terminaó con la muerte del rey de Pamplona en la batalla de Atapuerca de 1054. Su sucesor, nombrado en el mismo campo de batalla, el ya mencionado Sancho IV Garcés, tampoco tendría un reinado fácil, ya que tuvo que soportar la continua ingerencia de su tío Fernando I de León en sus asuntos internos, al tiempo que pactó también con el taifa zaragozano ofreciendo a Al-Muqtadir ayuda militar a cambio de sus propias parias.

Sancho IV Garcés tendrá también un final violento: será asesinado por una conjura palaciega liderada por su propio hermano Ramón Garcés. La nobleza navarra no aceptará a su hijo García Sánchez, menor de edad, como nuevo monarca y apoyará la subida del aragonés Sancho Ramírez, primo del difunto, al trono, quien desde 1076 reinará conjuntamente las tierras de Aragón y de Pamplona.

La nueva crisis pamplonesa fue aprovechada por el leonés Alfonso VI para recuperar las últimas tierras castellanas que aún poseía Pamplona, anexionarse el señorío de Vizcaya y Guipúzcoa y las tierras riojanas hasta Calahorra: «En la era MCXIIII [año 1076] es asesinado [Sancho IV Garcés] en Peñalén por culpa de su hermano Ramón, y en esa misma era de MCXIIII vino Alfonso rey de León a Nájera y a Pamplona y las sometió a su poder» (*Códice de Roda*).Todo ello con la permisividad del nuevo monarca pamplonés.

Con este arriesgado movimiento, Alfonso VI de León bloqueó el acceso del reino de Pamplona a las tierras del sur. Pamplona quedaría entonces a merced de los designios de su nuevo monarca aragonés.

Durante más de medio siglo Pamplona y Aragón caminaron unidas hasta la muerte sin descendencia de Alfonso I el Batallador en 1134 y su problemático testamento, que dejaba ambos reinos a los templarios y a otras órdenes militares. Ni la nobleza de Aragón ni la de Pamplona respetaron el testamento: buscaron su propio camino y se separaron ambos reinos. El elegido para reinar sobre Pamplona será García V Ramírez, un nieto de García III Sánchez.

La separación no fue amistosa ni fácil: el conde de Barcelona Ramón Berenguer IV, casado con la heredera de Aragón, Petronila, no aceptó la separación de los reinos y se alió con Alfonso VII de León para desgajar y repartirse el reino de Pamplona. Ambos firmaron tres tratados casi consecutivos, el primero en Carrión en 1140, el segundo el de Tudilén en 1151 y el último en 1157 en Lérida para tal fin. El recelo entre ambos aliados y el no apoyo mutuo, especialmente leonés, en la internada aragonesa de 1141, impidió que dichos planes se materializasen y por tanto que el reino de Pamplona sobreviviese.

El reino que recibió García V Ramírez (1134-1150) ya no tenía acceso a las tierras musulmanas y su última anexión fue Tudela, conquistada en tiempos de Alfonso I en 1119 y que tras la división de los reinos quedó incorporada a Pamplona.

> Hallándose en el sitio de Zaragoza, los moros de Tudela insultaban a los sitiadores y traían vituallas a los sitiados por el Ebro, y de la parte de Castilla: y no pudiendo sufrirlo el Emperador envió contra Tudela al conde de Aiperche con seiscientos caballos. El Conde se escondió cerca de Tudela, en tanto que cien peones y sobre treinta caballos recorrían sus alrededores, acometiendo y matando a los hombres y ganados que encontraban; advertido lo cual por los sarracenos salieron según su costumbre y cayeron sobre ellos abandonando la población, excepto algunos pocos; y mientras se encarnizaban persiguiendo a los cristianos estaban bien lejos de sospechar la emboscada prevenida contra ellos. Aprovechando la ocasión, el Conde, salió de su escondite y sin ser notado entró en Tudela; y sin hallar resistencia se apoderó de la fortaleza y tomó las puertas de donde según regresaban los sarracenos, los mataban o hacían prisioneros sin que ninguno quedara libre. Grande alegría tuvo el Emperador cuando supo lo sucedido y como era piadoso y bueno concedió Tudela al Conde y a los suyos. [Esta crónica refiere que la conquista de Tudela es anterior a la de

Zaragoza, pero según reputados historiadores, fue al contrario]

Crónica de San Juan de la Peña

A partir de este momento, al no poder expandirse por el sur y sometido a fuertes presiones por sus vecinos castellanos y aragoneses, el reino de Pamplona —conocido como reino de Navarra desde el reinado de Sancho VI (1150-1194)— comenzó a vincularse con los poderes señoriales del otro lado de los Pirineos y abandonó, poco a poco, cualquier atisbo de influencia e interés sobre la política peninsular.

El reino de Aragón

El nacimiento del reino de Aragón también tuvo su origen en la ya comentada herencia de Sancho III el Mayor. El rey, queriendo beneficiar de alguna forma a Ramiro, su hijo mayor, aunque natural, le cedió el antiguo condado de Aragón para que lo gobernase en nombre propio y transmisible en herencia, pero siempre sometido a la autoridad superior de su hermano García III Sánchez, plasmado en un juramento entre ambos monarcas.

Pese a algunas desavenencias como la llamada «arrancada de Tafalla» (1043), una batalla en que Ramiro I (1035-1063) huyó frente al cadí de Zaragoza dejando solo a su medio hermano y rey de Pamplona frente al enemigo, las relaciones entre ambos fueron siempre cordiales e incluso familiares. Unas relaciones que siguieron cordiales incluso en los momentos de debilidad pamplonesa tras la batalla de Atapuerca de 1054. Unos años antes, en 1045, Ramiro se había anexionado los condados de Sobrarbe y Ribagorza a la muerte de su también medio hermano, el menor de todos ellos, Gonzalo.

El enemigo musulmán era, como siempre había sido, la taifa de Zaragoza y sus fortalezas satélites repartidas por el valle del Ebro (Tudela, Huesca, Barbastro, Lérida) hasta su desembocadura. Una red de fortalezas casi inexpugnables que obligarían cada una de ellas a llevar los recursos militares aragoneses al límite.

Ramiro I no tuvo éxito en sus campañas contra los musulmanes, aunque sí logró afianzar su control sobre los futuros derechos de conquista sobre el territorio de Barbastro, gracias a una inteligente política matrimonial con los condes de Urgel.

Para la campaña de Barbastro consiguió la difusión internacional de su proyecto gracias al apoyo del papa Alejandro II. Muchos franceses y borgoñones junto con un contingente papal fueron a la península ibérica en esta ocasión, la primera de las muchas en que ultrapirenaicos colaborarían de forma efectiva en la Reconquista cristiana. Sin embargo, el rey aragonés no verá culminado con éxito su propósito, pues murió en el asedio de la fortaleza de Graus en 1063. Poco después la ciudad de Barbastro cayó en manos del nuevo rey de Aragón Sancho Ramírez (1063-1094).

Las crónicas hablan que se consiguió un gran botín, pero se produjo una auténtica matanza entre los habitantes de la ciudad:

> Cayeron en manos de los cristianos, de las mujeres habitantes de Barbastro y de sus hijos, cerca de cien mil. Le correspondieron de estos en el lote de su maldito caudillo, cuatro mil, como parte que escogió de vírgenes de ocho a diez años; y regaló de ellas a su rey lo que quiso. Este maldito se llamaba el Poitavín, y se cuenta que le correspondieron en su lote, del botín de fardos de objetos preciosos, joyas y vestidos, quinientas cargas; y fue la catástrofe de esta ciudad mayor de lo que se puede describir, porque la situación los condujo a entregarse a causa de la sed.

Muerte de Sancho Ramírez de Aragón en el asedio de Huesca. Grabado decimonónico.

> Salieron de la ciudad y se agolparon en un llano de la tierra, y, cuando el tirano vio su multitud y su agrupación, temió que los cogiese la ira de defender sus vidas, y mandó que se cebase la espada en ellos, mientras los unos se miraban a los otros, hombres y mujeres. Se dice que fueron muertos aquel día unos seis mil de ellos.
>
> *Al-Bayān al-Mugrib*
> Ibn Idari

Nueve meses más tarde, los musulmanes de Zaragoza recuperaban una destrozada Barbastro que mantendrían en su poder hasta su definitiva incorporación al reino aragonés en 1101.

El nuevo rey aragonés dará un nuevo impulso a la Reconquista en el valle del Ebro y pondrá los cimientos que permitirán a sus sucesores poder controlar todo el valle. La segunda mitad de siglo XI y los primeros decenios del siguiente fueron fundamentales para el devenir de la región con dos bloques antagónicos enfrentados, por un lado, la coalición entre la taifa de Zaragoza y los leoneses de Alfonso VI y, por otro, Sancho Ramírez, quien desde 1076 era rey tanto de Aragón como de Pamplona. Zaragoza comenzaba a desestabilizarse de forma irremediable, pese a la amistad y vasallaje de Al-Muqtadir y Al-Mutamān, para quienes trabajó Rodrigo Díaz, el Cid. Alfonso VI a punto estuvo de conquistar la ciudad en 1086 y si no hubiera sido por el desembarco almorávide en la península que condujo al desastre cristiano de Zalaca/ Sagrajas del mismo año, lo habría conseguido.

El abandono del apoyo leonés a Zaragoza comenzó a decidir la contienda hacia el lado de los aragoneses quienes, debido a los problemas de Alfonso VI con los almorávides, podrán poner en marcha su estrategia de conquistar plazas fronterizas más pequeñas, y por tanto más fáciles de tomar, en torno a Zaragoza comenzando a cercarla. Durante los reinados de Sancho Ramírez y de su hijo Pedro I (1094-1104), los de Aragón lanzarán una serie de exitosas campañas militares que permiten ampliar el reino hacia el sur ocupando poblaciones importantes como Graus (1083), Monzón (1096), Barbastro (1101) y quizás la más importante de todas, la ciudad de Huesca en 1096, en cuyo cerco morirá Sancho Ramírez en 1094:

> Est rei don Remiro [Sancho Ramírez] ouo fillo al rei don Sancho d'Aragon qui fo muit bueno et muit leal et ouo mutas faziendas con moros e uenciolas, e pues cerco Vesca, que era de moros, e ferieronlo i de una saieta, e fizo iurar todos los ricos omnes et a so fillo Pedro Sanchez [Pedro I], e fiso ad el iurar que non descencase lo uilla tro a qui la prisiessen o que lo enleuantassen por fuerza.

Durante el asedio de Huesca, se producirá la famosa batalla de Alcoraz en la que Pedro I, sin aflojar el asedio de la ciudad, conseguirá vencer —con la ayuda de san Jorge— a un ejército zaragozano reforzado con contingentes leoneses llegados desde Nájera.

San Jorge y Aragón

La batalla de Alcoraz de 1096 fue la primera gran batalla ganada por los cristianos aragoneses y, por ende, fue divulgada ampliamente. La participación de san Jorge a favor de los aragoneses proviene del relato fantasioso de los hechos que se recogen en la *Crónica de San Juan de la Peña*:

> Et este día mismo fue la batalla de Antiochia del gran peregrinage; et un cavallero de Alemanna fue entramas las batallas de Anthiochía et de Aragón, que en la batalla de Anthiochía do andava apeado prisolo San Jorge en las ancas del cavallo; vencida aquella batalla, vinose San Jorge con el cavallero a la batalla de Huesca et vidieronlo visiblement con el cavallero en las ancas, et dexolo allí do oy en día es la eglesia de San Jorge de las Boqueras. El cavallero cuydó que toda era una batalla pero no conocía ni entendía ninguno de los de allí, et por razón que sabía gramática el cavallero, entendieron algunos en latín et recontó este miraglo. Et el rey con los christianos avieron grant plazer et fizieronle grant bien.

La batalla del Puig. En primer plano vemos a Jaime I y a su lado está un rubio san Jorge acuchillando a un moro. *Retablo de san Jorge* de Andrés Marzal de Sas, principios del siglo XV, en el Victoria and Albert Museum (Londres).

A partir del siglo XIII, se popularizó la protección de san Jorge sobre el reino de Aragón y se extendió por toda la corona, donde los milagros del santo se sucedieron en otras batallas, como en la conquista de Mallorca o en la batalla del Puig durante la conquista de Valencia, lo que representó para la Corona de Aragón lo mismo que Santiago para portugueses y castellano-leoneses.

Alfonso I el Batallador

Alfonso I (1104-1134), hermanastro y sucesor de Pedro I, será un rey complejo.

Extremadamente religioso, pasará todo su reinado dividido entre sus obligaciones como rey de Aragón, su interés por completar la obra reconquistadora de sus mayores y sus obligaciones con León derivadas de su matrimonio su reina Urraca.

Nada más subir al trono, Alfonso inició su reinado atacando casi simultáneamente por el territorio de Ejea de los Caballeros, Tauste y Sádaba (Huesca), y por Balaguer atendiendo a la solicitud de apoyo de los condes de Urgel que se encontraban enfrascados en su complicada conquista. En este sector leridano ocupará plazas menores como Tamarite y San Esteban de Litera (ambas localidades se perderán en 1134 y solo fueron recuperadas definitivamente años después).

Estatua de Alfonso I el Batallador, Zaragoza

En 1108 murió como consecuencia de la batalla de Uclés el heredero de Castilla Sancho, por tanto a Alfonso VI de León le tendría que suceder su hija Urraca, viuda ya de Raimundo de Borgoña, quien, retirada de la Corte, vivía en tierras gallegas criando a sus hijos. Alfonso VI, ante el peligro almorávide, pensó en Alfonso I de Aragón como candidato a la mano de su hija viuda, heredera al trono, un hombre fuerte que sabría capear esos malos momentos. El matrimonio, celebrado en el castillo de Monzón de Campos (Palencia) en otoño de 1109, nació con malos presagios, pues buena parte de la nobleza leonesa y gallega en torno al conde de Traba se negó a acatarlo, ya que en las actas matrimoniales el hijo de Urraca, Alfonso Raimúndez (futuro Alfonso VII), salía claramente perjudicado, pues quedaba apartado de la sucesión si su madre tuviese un hijo con el aragonés. Otra parte de la nobleza tampoco lo vio con buenos ojos por la pérdida de presencia en la Corte, pero, fundamentalmente, el mayor problema y el que a la postre provocó la separación de ambos monarcas fue la consanguineidad entre ellos (los dos eran biznietos de Sancho III el Mayor de Pamplona), lo que llevó al papa Pascual II a declarar roto el matrimonio bajo pena de excomunión (1112).

La conquista de Zaragoza

Los asuntos de León retendrán al rey aragonés varios años, pero ya en 1114 se encontraba en Aragón enfrascado en las maniobras de asedio de Zaragoza. La

empresa de Zaragoza adquirirá el rango de Cruzada (Concilio de Toulouse, 1118) y a ella acudieron muchos caballeros franceses, algunos de los cuales incluso habían estado en Tierra Santa.

Zaragoza es el perfecto equivalente de lo que fue Toledo para León y Castilla, la ciudad más importante de su zona fronteriza, de la cual salieron continuamente durante varios siglos expediciones de castigo que sometieron a sus vecinos cristianos a una gran presión. La toma de la ciudad no fue fácil. Antes de siquiera llegar a las murallas de la ciudad, los aragoneses debían conquistar suficientes plazas en el lado derecho del río Ebro, donde se encontraba el objetivo final, que permitiesen un acercamiento a la ciudad con seguridad al tiempo que pudiesen evitar cualquier intento de liberar la ciudad desde el sur. Unos años antes, en 1110, se había producido la batalla de Valtierra, un último intento de la dinastía taifa de Zaragoza de hacerse con el control de todo el reino y recuperar su prestigio militar. La derrota hudí provocó la caída de la familia y la sustitución de Abd al-Malik por un gobernador designado por los almorávides. Al tiempo, permitió a Alfonso I aproximarse un poco más a la capital taifal.

Solventado este primer gran problema, los cristianos tendrían que hacer frente a las murallas de la ciudad, por lo que serían necesarios torres de asedio y catapultas:

> Por fin, pensando que había llegado el momento de asestar el golpe decisivo, Alfonso envió mensajeros a la tierra de Afranya [Francia], convocando a todas las naciones cristianas de allí para ayudarle en su empresa; y las gentes de estos países, contestando a su llamada se congregaron bajo su estandarte como enjambres de langostas u hormigas. Pronto se encontró Alfonso a la cabeza de innumerables fuerzas, con las que acampó ante Zaragoza.
>
> *Nafh at-tib min gusn al-Andalus ar-ratib wa dikri waziriha Lisan Addin b. Al-Hatib*
> Al-Makkari

La Aljafería. Fuente: *www.turismodezaragoza.es*

El asedio formal de la ciudad comenzó en torno al 22 de mayo de 1118 mientras Alfonso I se encontraba atendiendo asuntos en Castilla. A los ocho días de iniciado el cerco de la ciudad, las tropas de Gastón de Bearn, uno de los vizcondes llegados a combatir en la Cruzada, ocupó el arrabal llamado de Altabh y todo el territorio extramuros salvo la Aljafería, fortaleza que cayó unos días después.

Pese a la llegada de refuerzos procedentes del sur al mando del gobernador de Granada Abd Allah ben Mazdali, el destino de la ciudad ya estaba decidido. El asedio fue largo, desde mayo a diciembre, y según las crónicas, muy duro tanto cristianos como para musulmanes. Para los de dentro, la situación se volvió realmente complicada.

¡Oh, almorávides!, hermanos nuestros en la fe de Alá, ¿acaso creéis que si le sucede a Saraqusta lo que inevitablemente parece amenazarla, vosotros podríais respirar tranquilos? O ¿acaso el resto de al-Ándalus podría encontrar algún medio de salvarse?, pues ¡no! Y ¡por Alá! que los infieles cristianos os arrojarán de ella, os sacarán casa por casa. Saraqusta, guárdela Alá, es el muro de contención de al-Ándalus, y abierto este portillo, seguidamente se abrirán todos los demás (…) De cualquier forma no te retrases ni un solo momento, piensa que la situación es muy angustiosa, ¡ayudadnos!, pues de lo contrario seréis responsables ante Alá de nuestras vidas, de las de nuestros hijos, y también de la suerte que corran nuestras haciendas.

Carta del gobernador de Zaragoza al emir almorávide

Finalmente el 11 de diciembre de 1118 la ciudad se rendía por hambre y el 18 del mismo mes, Alfonso I entró triunfante en la ciudad tras aceptar el acuerdo de capitulaciones de los sitiados

Mas quien de ellos quisiese quedarse bajo el pago de un tributo, permanecería de manera especial, y quien desease emigrar con lo que tuviese a donde quisiere del territorio, tendría un completo seguro, hasta que llegase al país del Islam; a condición que los cristianos habitasen en la ciudad y los musulmanes en el Arrabal de los Curtidores, y a condición de que el amo de todo cautivo que desde la ciudad se les escapase a los cristianos y se acogiese en el Islam, no tuviese ya opción sobre él ni hubiese objeción de su parte.

Historia de al-Andalus
Ibn Al-Kardabūs

Con Zaragoza se entregó todo su territorio circundante, dependiente en gran medida de la metrópolis zaragozana, Alfajarín, Fuentes de Ebro, Pina de Ebro, Magallón, Mallén, Cortes de Navarra y Belchite.

Las campañas de Alfonso I tras la toma de Zaragoza

La situación del resto de posiciones musulmanas en el entorno de Zaragoza que aún resistían se hizo insostenible. Tudela se rindió con pacto de capitulación a los dos meses de caer Zaragoza (febrero de 1119) y Tarazona fue también tomada ese mismo año, lo que permitió a los aragoneses avanzar hacia Calatayud y la Sierra del Moncayo para bloquear cualquier intento expansionista leonés en la región.

Alfonso I tuvo que suspender la campaña de Calatayud para hacer frente a un ejército almorávide que avanzaba hacia el Ebro. El encuentro de ambos ejército ocurrió en Cutanda (Teruel) en junio de 1120 y tuvo como resultado una completa derrota de los expedicionarios, en lo que será la gran victoria de Alfonso I en batalla campal:

Et esti emperador venció la grant batalla de Cuntada [Cutanda], en la quoal fue el compte Opiqueus bueno, que era allí con seycientos de cavallo, e murió allí el fillo de Amiramomelin con grandes gentes de moros que no avían compto, e por esto dizen que peor fue que la de Cuntada.

Crónica de San Juan de la Peña

Tras la desaparición del ejército de socorro, a los pocos días, tanto Calatayud como Daroca se entregaron y esto permitió a los aragoneses controlar la vía de comunicación entre el valle del Ebro al Levante por el Jiloca y el Huerva. En 1122, los aragoneses conquistaron Medinaceli y Sigüenza que años más tarde pasarían a manos castellanas.

Aragón en tiempos de Alfonso I el Batallador. En cursiva, algunas de las principales fortalezas musulmanas.

Levante y la salida al mar fueron el último gran objetivo del rey, y a ello dedicaría los finales diez años de su vida. Tres fueron las campañas militares que pondrá en marcha para tal fin, las tres concluirán en importantes fracasos. La primera de ella se dirigirá hacia Lérida, capital de la taifa homónima, como paso previo a la futura conquista de Tortosa. Sin embargo, el taifa ilerdense, precavido con las intenciones del aragonés, pidió ayuda a los condes francos y catalanes —especialmente al de Barcelona— y Alfonso I tuvo que retirarse.

La segunda campaña fue mucho más arriesgada, Alfonso I había mantenido una intensa correspondencia con los mozárabes de la zona granadina y juntos idearon un proyecto de rebelión militar que sería apoyado por un contingente armado proveniente de Aragón. Alfonso I se puso nuevamente al mando de su ejército (1125-1126) y tras conquistar las plazas del interior valenciano se dirigió hacia Granada. La intentona fracasará y tras varios meses de asolar la campiña andaluza regresará hacia Aragón con gran número de mozárabes.

Tras varios años ocupado en los asuntos castellanos, se produjo la tercera y última de sus campañas militares, el intento de conquistar Fraga (1133-1134) donde el rey resultó herido y como consecuencia de ello murió unos meses más tarde (1134):

> Huyó el maldito Alfonso I con un grupo muy pequeño, y llegó a Zaragoza con la mente entristecida y el juicio trastornado, avergonzándose ante los musulmanes que había en ella, y evitando hablarles. Luego salió para Huesca, donde permaneció trastornado muy pocos meses hasta que murió.

Nazm al-yumán
Ibn al-Qattān,

Alfonso I de Aragón había reinado treinta años y había pasado gran parte de ese tiempo luchando con gran éxito contra los enemigos de su reino. No es de extrañar, por tanto, que haya pasado a la historia con el apelativo de Alfonso I el Batallador.

El reino que legaba era más del triple de grande que aquel que recibió a la muerte de Pedro I y había pasado de ser poco más que un reino pirenaico de relativa importancia a un poder a tener en cuenta en la geopolítica peninsular. Sin embargo, enfrentaba tres grandes amenazas, dos de ellas derivadas de la rápida expansión producida en esos treinta años: Aragón no contaba con habitantes suficientes para repoblar todo ese inmenso territorio ni contaba con las necesarias fortalezas como para defenderlo. La tercera amenaza fue la más grave de todas, pues afectaba al futuro inmediato. Alfonso I había muerto sin descendencia, pero había dejado un testamento en el que entregaba todo su reino a las órdenes militares. La nobleza no aceptó el tratado y nombró al hermano de Alfonso I como nuevo rey de Aragón, Ramiro II, llamado el Monje, pues era un hombre de Iglesia que tuvo que dejar su vocación para ser coronado. Los nobles navarros aprovecharon la coyuntura y nombraron, como ya dijimos, su propio monarca, con lo que ambos reinos quedaron separados.

La unión del condado de Barcelona al reino de Aragón

Pese a su evidente falta de experiencia en temas políticos, Ramiro II (1134-1157) cumplirá ampliamente con la misión encomendada. Mantendrá el reino unido pese a diversas conjuras nobiliarias —la leyenda de la campana de Huesca—, conseguirá defender las fronteras del reino pese a diversas pérdidas territoriales en el sector levantino y, sobre todo, con su matrimonio con Inés de Poitou tendrá el ansiado heredero para la corona. El problema vendrá porque ese heredero es una niña, Petronila de Aragón, y la búsqueda de un marido adecuado para la heredera se convertirá en algo básico.

Representación de los esposos y de su hijo Alfonso II en un manuscrito del siglo xv

Tras desechar diversos candidatos como Alfonso VII de León, Ramiro II casará a su hija con tan solo un año de edad en 1137 con Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona, quien ya había cumplido los veintitrés:

> Y procuraron entonces porque no se juntase este reino con el de Castilla, que se tratase casamiento de la infanta aunque era tan niña, con don Ramón Berenguer conde de Barcelona que era un gran príncipe y por su persona muy valeroso. E intervino en esto un varón muy principal que era senescal de Cataluña y se decía Guillén Ramón que fue desterrado por el conde por cierta causa que Bernaldo Aclot —que compuso la historia de don Pedro el tercero en cuyo tiempo se escribió— dice que no quiere declararla. Y escribe que vino a Aragón en tiempo del emperador don Alonso y se halló con él en la batalla de Fraga. Y por su medio se concertó el matrimonio y volvió en la gracia del conde de Barcelona.
>
> *Anales de la Corona de Aragón*
> Jerónimo Zurita

Ramiro II seguiría siendo el rey de Aragón, Petronila su única heredera y Ramón Berenguer IV, tras someter su condado al vasallaje de Aragón, se convertiría en miembro de la familia real y príncipe de Aragón —actuando en muchos casos como regente—, pero nunca en rey. Los derechos dinásticos de Aragón pasaron de Petronila a su hijo Alfonso en 1164, quien reinó con el nombre de Alfonso II (1164-1196).

La unión de Barcelona y Aragón abría nuevos frentes frente al islam. Pese a ser príncipe de Aragón, Ramón Berenguer IV también era conde de Barcelona y pudo disponer de los ejércitos de ambos territorios a su antojo contra los enemigos tanto de uno como de otro territorio. Gracias a esta conjunción de fuerzas pudo en nombre de

Aragón recuperar plazas perdidas a la muerte de Alfonso I el Batallador y conquistar las últimas posesiones musulmanas en el valle del Ebro.

Recordemos que son los años del colapso definitivo del poder almorávide en al-Ándalus y del nacimiento de las segundas taifas, más pequeñas y por tanto más débiles que las primeras taifas del siglo anterior. La gran taifa de Zaragoza del siglo XI había desaparecido, la capital había sido tomada y las grandes ciudades de la taifa como Fraga, Lérida y Tortosa se habían unido y separado diversas veces debilitándose cada vez más hasta el punto de que se convirtieron en presa fácil para las ansias expansivas de Ramón Berenguer IV. Quien en los años 1144 a 1147 había realizado diversas entradas en territorio musulmán por el Levante apoyando la conquista de Almería en 1147 de Alfonso VII de León. En 1148 tomará Tortosa en el delta del Ebro y al año siguiente de 1149 Lérida y la problemática Fraga también caerán en su poder.

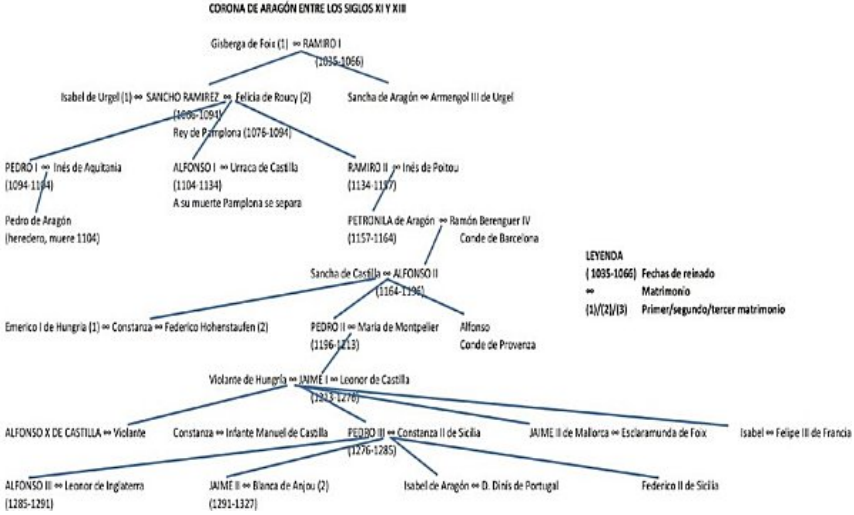
En estos años de la segunda mitad de siglo XII, Aragón firmará una serie de tratados con Alfonso VII de León y su nieto Alfonso VIII de Castilla: Carrión (1140), Tudilén —o Tudillén— (1151), Lérida (1157), Sahagún (1170), Cuenca (1177) y Cazorla (1179). En estos pactos, Aragón y León se reparten —como ya dijimos— el reino de Navarra pero, mucho más importante, comienzan a delimitar en igualdad de poder las áreas de expansión e influencia de cada reino en la zona levantina:

> Los anteriormente mencionados emperador y conde acuerdan y hacen convenio y concordia de la tierra de Hispania del modo que la tienen los sarracenos, y que el conde posea la ciudad de Valencia con toda su tierra que alcanza hasta el río Júcar y hasta el término del reino de Tortosa y que tenga al mismo tiempo la ciudad de Denia con todas sus pertenencias y con todo su dominio como en tiempo de los sarracenos los propios sarracenos tenían […] así mismo el anteriormente mencionado emperador dona al ya dicho conde concede por todos los medios la ciudad de Murcia y todo su reino excepto el castillo de Lorca, y el castillo de Bera con todos sus términos […].
>
> *Tratado de Tudilén*

Hasta principios del siglo XIV, con la llamada Sentencia Arbitral de Torrellas (1304) y el Tratado de Elche (1305), los límites de ambos reinos no fueron completamente delimitados.

Alfonso II continuó la actividad reconquistadora presionando a los musulmanes por dos territorios. Los objetivos fueron, en primer lugar, la reconquista de los últimos territorios del valle del Ebro, principalmente en el entorno de Tortosa, localidad recuperada por su padre Ramón Berenguer IV. En segundo lugar, el avance por el sur del territorio aragonés ocupando las tierras al noreste de la actual provincia turolense (Montalbán, Aliaga, Cantavieja) y Mora de Rubielos, punta de lanza de las posiciones aragonesas frente a la taifa de Valencia. La ciudad de Teruel fue fundada al calor de estas campañas de Alfonso II en 1171.

El caso de Albarracín es particular, gracias a su posición geográfica bastante aislada y su pequeño tamaño, había conseguido sobrevivir como taifa con entidad propia entre las tres grandes taifas de su entorno, Toledo, Zaragoza y Valencia. En esta segunda mitad del siglo XII, estaba sometida al dominio de Ibn Mardāniš, rey taifa que dominaba todo el levante peninsular desde el delta del Ebro hasta buena parte de las tierras de Almería y Granada, pero tanto la presión almohade desde el sur como la aragonesa al norte le hicieron confiar Albarracín a un vasallo de Sancho VI de Navarra, Pedro Ruiz de Azagra, para defender el territorio del expansionismo aragonés en 1168-1169. La muerte de Ibn Mardāniš en 1172 permitió a Pedro Ruiz de Azagra comenzar a gobernar la taifa de Albarracín de forma autónoma, independientemente de los dictados de ningún rey de su entorno, conformándose el llamado señorío de Albarracín que se mantendría autónomo hasta 1300, cuando tras derrotar al último titular del señorío en campo de batalla el rey aragonés Pedro III (1276-1285) conquistó Albarracín.



Los condados catalanes en los siglos XI y XII

A principios del siglo XI es ya claro que el condado más importante y pujante es el de Barcelona. Una hegemonía indiscutible en tiempos de Ramón Berenguer I quien, a lo largo de su tiempo, consiguió reunir buena parte de los demás condados bajo su mando. A su herencia de Barcelona y Gerona, territorios que gobernó desde 1035 hasta su muerte en 1076, incorporó Osona en 1054, Carcasona y Rasez (en Francia) desde 1067 y fue vizconde de Béziers y Agde desde 1069. Junto con el de Barcelona, el otro condado catalán de importancia es el de Urgel que desde finales del siglo X se independiza del condado barcelonés con una nueva dinastía, la de los Armengol.

La expansión de los condados a costa del territorio islámico se encontraba estancada en la línea de Llobregat. Desde sus baluartes en Zaragoza, Fraga, Lérida y Tortosa frenaban cualquier intento de expansión cristiana pero los acontecimientos del primer tercio del siglo con la caída del califato y el surgimiento de las primeras taifas permitió un cierto respiro que fue rápidamente aprovechado fundamentalmente por los condes de Urgel y en menor medida por el obispado de Urgel, el conde de Barcelona y un noble guerrero, vasallo de Armengol III (1038-1065), llamado Arnau Mir de Tost.

Beato de Urgel. En esta copia podemos ver a imagen de unos gruerreros.

Los primeros ataques contra las posiciones islámicas, especialmente contra la taifa de Lérida, lo marca la conquista de Guissona por parte de Eribaldo, obispo de Urgel en 1024. En la década de los 30 del siglo XI, aparecerá Arnau Mir de Tost de forma privada, aunque patrocinado por el conde Armengol III de Urgel y va a conquistar la fortaleza de Ager, que convertirá en cabeza de su señorío, un vizcondado que se extenderá por toda la comarca del Noguera Ribagorzana y el Guart.

> Arnal Mir ganó en Ribagorza grandes tierras de los moros y pretendió su señorío. Fundó la abadía de Ager.
>
> Murió sin hijos y tuvo dos hijas; y su sucesión. En el mismo tiempo hubo en las montañas de Ribagorza y Pallás un caballero que se decía Arnal Mir, hijo de Mir, que por su valor y esfuerzo grande hubo diversas victorias de los moros y los persiguió y echó de los lugares fuertes que tenían en las montañas de Pallás y ganó dellos muchos castillos, señaladamente el castillo de Ager que está en medio de un muy apacible valle cubierto de grandes arboledas y bosques y está en los confines del condado de Urgel entre dos ríos que se llamaban Noguera y Nogueruela y agora se dicen Noguera Pallaresa y Noguera Ribagorzana. Todo lo que se encierra entre estos ríos y por el mediodía desde el castillo de Santa Licinia y por el septentrión desde la cumbre de Montsec, o fue conquistado por este caballero de los moros o adquirido en patrimonio. Y en tiempo de Alexandre segundo en el octavo año del reinado del rey Filipo de Francia hijo del rey Enrico —que fue año de 1068— fundó la abadía de sant Pedro de Ager. Y fue señor de muchos castillos y villas en los condados de Urgel, Pallás y Ribagorza.
>
> *Anales de la Corona de Aragón*
> Jerónimo Zurita

Las conquistas urgelenses fueron continuadas por el regente del condado, el leonés Pedro Ansúrez, señor de Valladolid, en nombre de su nieto Armengol VI (1102-1154) con la conquista de Balaguer en 1105.

El último en incorporarse a la conquista fue el condado de Barcelona, no tanto debido a su interés de ampliar sus dominios como de bloquear la expansión del condado de Urgel. De este modo ocupó el territorio entre el Tárrega y Mollerusa mientras imponía el pago de tributos (parias) a las taifas de Lérida en 1046 y de Tortosa en 1052. Al tiempo apoyaba a sus aliados aragoneses en sus campañas contra la taifa de Zaragoza como en la cruzada de Barbastro de 1063. Tras esta agónica y fútil victoria consiguió consolidar su dominio sobre la baja Ribagorza, Tárrega y otros territorios al oeste, sin embargo, estas victorias no tuvieron continuidad por la franja costera, donde las tropas barcelonesas fracasaron en sus diversos intentos de conquistar la ciudad de Tarragona, fuertemente defendida por los defensores almorávides.

Nuevamente fue la crisis interna de los almorávides lo que permitió al condado barcelonés, regido por Ramón Berenguer III (1097-1131), desbloquear la situación y finalmente conquistar la ciudad tarraconense en 1116, donde reinstauró su arzobispado (1129-1130), a modo de independizar todos los obispados catalanes hispanos —especialmente Barcelona— del arzobispado de Narbona.

Ramón Berenguer III también combatió la piratería musulmana que desde las islas Baleares asolaba toda la costa mediterránea del golfo de León hasta la costa itálica. Bajo el amparo de una nueva cruzada, como sucedió en Barbastro, Ramón Berenguer III convocó a su armada que junto con contingentes de las repúblicas italianas de la Toscana (Lucca, Florencia, Pisa y Siena) y tropas papales desembarcarían en Ibiza en verano de 1114 con éxito. Posteriormente desembarcaron en Palma, llamada Mayorca en aquellos tiempos, ciudad que resistió varios meses de asedio pero que terminó capitulando en primavera de 1115. La conquista de las islas no fue consolidada, quizás nunca hubo intención de ello, y en 1117 las islas fueron

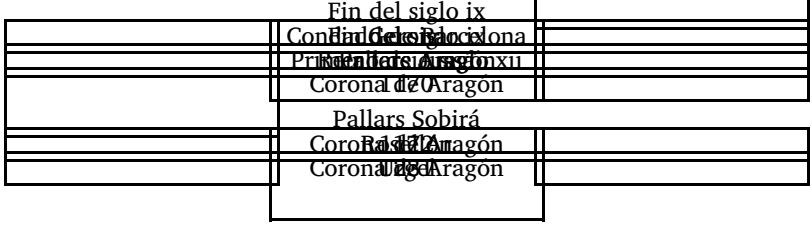
recuperadas por los almorávides. Una victoria efímera pero que puso en su órbita de influencia y expansión a las islas Baleares.

La conquista de Zaragoza abrió nuevas perspectivas para el condado barcelonés. La presión aragonesa y urgelesa provocó que el taifa de Lérida se apresurase a entrar en tratos con Ramón Berenguer III en 1120 al que, a cambio de protección y de ciertos derechos y propiedades, entregaría todos los territorios entre el Cinca y Tortosa. De esta forma más diplomatica que militar, Barcelona bloqueó la expansion del condado de Urgel hacia el sur y la salida al mar de Aragón Ebro abajo. Debido a esta política de alianzas y como ya mencionamos al tratar de las conquistas de Alfonso I el Batallador de Aragón, Lérida y Fraga se convertirán en los campos de batalla de ese momento con importantes derrotas de las armas aragonesas, incluso la muerte de su monarca a consecuencia de las heridas recibidas ante las murallas de Fraga (1134).

Estatua de Ramón Berenguer III en Barcelona

A la muerte de Ramón Berenguer III, su hijo Ramón Berenguer IV (1131-1162) continuó con la política expansionista de su padre apoyándose en su matrimonio con Petronila de Aragón, hecho que le abrió las puertas de una fuente muy importante de recursos, como era la aragonesa. Pudo así reconquistar casi todas las poblaciones del valle del Ebro, especialmente Tortosa en 1148 y Lérida al año siguiente, territorios que incorporó a su condado de Barcelona que, a su muerte, quedó incluido como uno de los títulos más de su hijo y heredero Alfonso, ya rey de Aragón y conde de Barcelona.

Los últimos dos condados catalanes que mantendrían aún una cierta autonomía hasta caer en la órbita aragonesa serían Urgel (hasta 1231) y Ampurias (hasta 1325).



CONDES DE URGEL

Geriberga/Guisla (2) ∞ Armengol I de Urgel ∞ Tedberga (1)
(992-1010)

Constanza de Besalú (2) ∞ Armengol II de Urgel ∞ Arsenda (1)
(1010-1038)

Armengol III de Urgel ∞ Adelaida de Besalú
(1038-1065)

Armengol IV de Urgel ∞ Lucia de Pallars
(1065-1092)

Armengol V de Urgel ∞ María Pérez
(1092-1102)

Armengol VI de Urgel ∞ Arsenda de Cabrera
Conde de Urgel (1102-1154) y señor de Valladolid

Armengol VII de Urgel ∞ Dulce de Foix
Conde de Urgel (1154-1184) y señor de Valladolid

Armengol VIII de Urgel ∞ Elvira Núñez de Lara
Conde de Urgel (1184-1209) y señor de Valladolid

Aurembiaix
Condesa de Urgel (1209-1231), muere sin descendencia

(1). En la intitulación de los diversos condes, sólo se recogen los títulos hispanos.

CONDES DE BARCELONA

Ramón Borrell I ∞ Ermesenda de Carcasona
Conde de Barcelona (992-1017), Osona y Gerona

Berenguer Ramón I ∞ Sancha de Castilla
Conde de Barcelona (1021-1035) tras la regencia de su madre, Osona y Gerona

Ramón Berenguer I ∞ Almodis de la Marca
Conde de Barcelona (1035-1076), Osona y Gerona

Ramón Berenguer II ∞ Mafalda de Apulia
Conde de Barcelona (1076-1082), Osona y Gerona. Gobernó junto a su hermano Berenguer Ramón II (1076-1097)

Dulce de Provenza (2) ∞ Ramón Berenguer III ∞ María Rodríguez (hija del Cid) (1)
Conde de Barcelona (1097-1131), Gerona, Osona y Besalú

Ramón Berenguer IV ∞ Petronila de Aragón
Conde de Barcelona (1131-1162) y Gerona, príncipe de Aragón y conde de Ribagorza

ALFONSO II DE ARAGÓN
El título de conde de Barcelona pasa a la casa de los reyes de Aragón

LEYENDA

(¿?-809)	**Fechas de gobierno**
∞	**Matrimonio**
(1)/(2)	**Número del matrimonio**

5

El siglo de las tropas cristianas

La derrota almohade de las Navas de Tolosa y la aparición de nuevas taifas cada vez más débiles permitirá a los reinos cristianos dar un golpe definitivo a la presencia musulmana en la península ibérica. Portugal llegará al mar por el Algarve, Castilla ocupará gran parte de Andalucía mientras que Aragón, liberada finalmente de la barrera que suponía Zaragoza, ocuparía Teruel y el levante peninsular hasta Murcia y con capacidad suficiente como para lanzarse a ultramar y conquistar las Baleares e incluso, ya a finales de siglo, aposentarse en Sicilia e iniciar la aventura aragonesa en la península itálica.

Finalizado este siglo exitoso para las armas cristianas, tan solo resistirá el reino nazarí de Granada, dentro de la órbita de expansión castellana.

Corona de Castilla

La muerte del rey Enrique I de Castilla, único hijo varón de Alfonso VIII y de Leonor Plantagenet, en 1217 a la edad de 13 años abrió de nuevo el problema sucesorio en Castilla, una situación que de forma tan poco afortunada había sido resuelta en tiempos anteriores con luchas entre las diversas familias nobles por controlar el interregno y posicionarse adecuadamente junto al nuevo monarca. Sin embargo, en esta crisis dinástica las cosas van a ser diferentes, pese al intento de la familia de Lara de manipular la situación a su favor, Berenguela de Castilla, hija de Alfonso VIII y a la sazón heredera del trono de su hermano, va a reaccionar rápidamente controlando los resortes del poder y así evitar cualquier atisbo de problemas con la nobleza.

Berenguela no era una infanta de Castilla más, ya que en 1197 se había casado en Valladolid con su primo Alfonso IX de León y aunque el matrimonio había sido anulado por Inocencio III por el cercano parentesco entre los contrayentes, los cinco hijos del matrimonio —dos de ellos varones— sí fueron considerados legítimos y por tanto herederos de León. La anulación de los esponsales permitió a Berenguela volver

a Castilla con sus hijos, enfriándose de nuevo las relaciones castellano-leonesas al punto, tal y como ya mencionamos, de no presentarse Alfonso IX en ayuda de su suegro Alfonso VIII en las campas de las Navas de Tolosa. Al subir Berenguela al trono castellano, su hijo primogénito Fernando se convirtió de esta forma en heredero, no solo de Castilla, sucediendo a su madre, sino de León cuando murió su padre en 1230.

El infante Fernando será entronizado como Fernando III por su propia madre como rey de Castilla en Valladolid en 1217.

Antigua plaza del mercado de Valladolid, actualmente Plaza Mayor, lugar donde fue proclamado Fernando III rey de Castilla. Foto: Autor.

> Pero, conducida la multitud de Extremadura y de Castilla fuera de las puertas de Valladolid, ya que no había edificio capaz de acoger a tan enorme gentío, se reunieron en el lugar donde se celebra el mercado y tras hacer entrega allí mismo del reino a su hijo, el infante Fernando, del que he hablado, es conducido con la aprobación de todos a la iglesia de Santa María y allí es elevado al trono del reino, contando entonces Femando III 18 años, mientras el clero y el pueblo entonaba Te Deum laudamus, Te Dominum confitemur. Y allí mismo todos le rindieron homenaje y juraron la lealtad obligada al rey, y de esta forma fue llevado de nuevo con honores de rey al palacio real.
>
> *Historia de los hechos de España*
> Rodrigo Jiménez de Rada

Fernando III tendría que esperar otros 13 años, hasta 1230, para ser coronado rey de León a la muerte de su padre, tras resolver diversos problemas con la nobleza leonesa y con las hijas del primer matrimonio del difunto rey. A partir de este momento los caminos del reino de Castilla y del reino de León ya no se volverían a separar.

Berenguela había firmado un tratado de paz con el califa almohade Yusuf al-Mustānsir, tratado que quedó en suspenso a la muerte de esta en 1224. Fernando III, quizás con el objetivo de apuntalar su poder en el trono castellano y ampliar sus bases de ataque hasta el corazón de al-Ándalus, dedicó los primeros años de su reinado a conquistar la pequeña taifa de Baeza e incluso asediar Jaén en dos intentonas (1225 y 1230). El rey tuvo que abandonar el asedio en 1230 para ser coronado rey de León.

Reconquista de Andalucía y Murcia

La unión de Castilla y León bajo un único liderazgo permitió focalizar tanto los recursos como las estrategias de ambos reinos en pos de un único objetivo, la toma del valle del Guadalquivir. La Corona de Castilla, denominación correcta a partir de este momento, intensificará la presión sobre las terceras taifas, herederas de la

descomposición del Imperio almohade. Estas terceras taifas, débiles y sumidas en guerras intestinas entre ellas por el control del territorio, al igual que había pasado en tiempos anteriores con las primeras y segundas taifas, no supusieron un gran problema para las tropas castellano-leonesas. Sin embargo, al encontrarse ya en el corazón del territorio islámico, la conquista no fue fácil y nuevamente como otras veces llevó al límite los recursos del reino cristiano, pues la ocupación pacífica de las ciudades importantes y de las plazas fortificadas fue imposible y conllevó un importante esfuerzo logístico y de poliorcética.

Sello rodado de Fernando III

La primera gran conquista será Úbeda en 1233, pero Córdoba, la vieja capital califal gobernada desde Murcia por Ibn Hūd, marcará el inicio de las exitosas campañas de Fernando III y su hijo el infante Alfonso, posteriormente Alfonso X, que reducirán el antaño poderoso califato andalusí a una sombra de lo que fue.

La conquista de Córdoba, Murcia y Jaén

Según las crónicas medievales, la conquista de Córdoba se produjo inducida por una serie de afortunadas circunstancias. Un grupo de cristianos con la connivencia y apoyo de cordobeses descontentos con los líderes de la ciudad ocuparon y se hicieron fuertes en el arrabal de la Axerquía (sector este del casco histórico) entre el otoño y el invierno de 1235.

> Había sucedido que unos cristianos, como excitados por el Espíritu Santo, conocida con anterioridad la situación de Córdoba, que en aquella parte de la ciudad [se refiere al arrabal de la Axarquía] que habían ocupado moraban pocos, fingiendo ir más lejos, al mando de uno, que de moro se había hecho cristiano y había conocido el estado de Córdoba, se acercaron de noche y, por escalas ascendentes en el muro, tras dar muerte a los guardianes, habían ocupado parte de la ciudad matando a muchos de los habitantes de aquella parte y haciendo huir a otros a la restante parte de la ciudad.
>
> *Crónica latina de los reyes de Castilla*

El hecho cogió tanto al rey castellano como a Ibn Hūd de Murcia completamente por sorpresa y fue el rey castellano quien, en pleno invierno y con un grupo muy reducido de caballeros, a los que se fueron uniendo nuevos contingentes, llegó hasta las murallas, donde se dispuso el asedio a principios de febrero de 1236. La ciudad, que ya comenzaba a pasar hambre por el fuerte asedio y agotadas todas las

posibilidades de resistencia por la falta de apoyo de su señor Ibn Hūd, capituló el 29 de junio de 1236. Dos años más tarde Ibn Hūd, quien casi había llegado a agrupar bajo su mando gran parte del territorio andalusí, murió asesinado en el puerto de Almería, lo que dejó al-Ándalus en un completo caos político. Mientras que ciudades como Almería, Málaga y Granada se unían bajo una única autoridad local, Sevilla retornó a la obediencia del califato almohade. De esta débil estructura y atomización política Fernando III supo sacar buen provecho.

El retorno de las campanas de la catedral de Santiago de Compostela

Las campanas del sepulcro del apóstol Santiago fueron robadas por Almanzor en 997 durante la campaña que le llevó a las tierras gallegas. Dichas campanas fueron transportadas por cautivos cristianos y fueron utilizadas para alumbrar la mezquita de Córdoba.

No parece que dicha ignomina fuese olvidada por los cristianos, pues tras la conquista de la ciudad por parte de Fernando III dichas campanas fueron refundidas y devueltas a Santiago en las mismas condiciones que habían llegado a Córdoba, es decir, transportadas por prisioneros, esta vez musulmanes, para que volvieran a tañer ante la tumba del apóstol.

Grabado decimonónico representando el traslado de las campanas a Santiago

> Y como las campanas de Santiago que, como dije, había trasladado Almanzor a la mezquita de Córdoba, estaban [allí] colgadas sirviendo de lámparas para vergüenza del pueblo cristiano, el rey Fernando hizo que esas campanas fuesen devueltas a la iglesia de Santiago, y a la iglesia de Santiago fueron llevadas. Al repicar ahora acompasadamente con las otras esquilas, la devoción de los peregrinos alaba a Dios en sus festividades.
>
> *Historia de los hechos de España*
> Rodrigo Jiménez de Rada

En el siglo XVI se construyó la torre del reloj, llamada también torre Berenguela, y se fundieron de nuevo esas campanas llegadas desde Córdoba para formar una gran campana llamada como la torre, Berenguela. Dicha campana existe en la actualidad, pero no es la que tañe en lo alto del campanario, pues es una nueva del siglo XVIII fundida tras agrietarse la original. La original, aquella que contiene la historia de Almanzor y de Fernando III, se encuentra hoy en día en una esquina del claustro.

En los siguientes años, antes de acometer otro de los hitos importantes de la conquista del sur, Fernando III amplió su base de conquistas en torno a la capital cordobesa. En 1243 se presentó la oportunidad de incorporar el reino de Murcia, cuyos dirigentes se encontraban en una encrucijada presionados por los reinos circundantes mucho más poderosos que ellos (granadinos, castellanos y los aragoneses que acababan de llegar hasta sus fronteras con su rey Jaime I al frente). Muhammad Ibn Hūd (llamado Abenhudiel en las crónicas cristianas) firmó con el infante Alfonso, el futuro Alfonso X, el conocido como Tratado de Alcaraz de 1243: «Et el llegando a Alcaraz, los mensaieros de Murçia et los otros pleyteses de parte de Abenhudiel et de toda esa tierra venieron y, et firmaron su pleito; et don Alfonso mouio luego de alli con ellos, et fue reçebir al rey de Murçia. […] Et los moros entregaron el alcaçar de Murçia al infante don Alfonso, et apoderaronle en todo el sennorio, […]» (*Primera Crónica General de España*), por el que a cambio de aceptar la soberanía de Fernando III y la recaudación de parte de los tributos, Murcia se convirtió en una especie de protectorado con sus propios líderes donde se respetaban las propiedades, costumbres, religión y leyes de los murcianos. Un tratado que recuerda, pasado tantos siglos, al firmado por Teodomiro de Orihuela (año 713) en esa misma región.

No todas las localidades del reino murciano aceptaron el Tratado de Alcaraz, por lo que hubieron de ser tomadas por las armas por los castellanos como en el caso de Lorca, Mula y Cartagena y, por tanto, no quedaron cubiertas por el acuerdo. Lo cierto es que ambas partes se comprometieron a respetarlo y así fue durante los siguientes veinte años, hasta que la rebelión mudéjar (así se denomina a los musulmanes que vivían en territorio cristiano) de 1264 que sacudió toda Andalucía tuvo en Murcia uno de sus focos principales. Para sofocar la revuelta murciana, como trataremos posteriormente al hablar de Jaime I el Conquistador, fue necesaria la intervención del rey aragonés a pedido de su hija Violante, esposa de Alfonso X. La subsiguiente represión, en el caso murciano, llevó a la anulación del Tratado de Alcaraz y a la incorporación del reino de Murcia en la Corona de Castilla.

La siguiente conquista será Jaén. Dos veces Fernando III la había sitiado (1225 y 1230) y, por diversos motivos (incapacidad de tomar la ciudad en el primer caso y la muerte de su padre Alfonso IX de León en el segundo), habían hecho imposible su conquista. Ahora, con toda la superioridad militar que tenía y con todas las bases de las que disponía en territorio andaluz, cercará nuevamente la ciudad en 1245. Jaén, que en este momento se encontraba bajo el control de Muhammad ibn Yusuf ibn Nasr , primer emir nazarí (Nasr = *nazarí*) Muhammad I de Granada, capitulará tras siete meses de asedio y Granada firmará el llamado Pacto de Jaén de 1246,

> El año 643 —29 de mayo del 1245 a 18 de mayo del 1246— hizo la paz el emir Abū ʻAbd Allāh Muhammad b. Yūsuf b. Naṣr con el rey de Castilla, Alfonso, el Tuerto [se refiere al infante Alfonso, futuro Alfonso X], Dios lo extermine, por el país musulmán, que estaba bajo su obediencia y en su partido y en su agrupación por un plazo de veinte años. Le dio por esta tregua la ciudad de Jaén y los castillos y fortalezas que la rodean, saliendo de ellos todos los musulmanes en uso de razón y otros se quedaron en ellos mezclados con los cristianos.
>
> *Al-Bayān al-Mugrib*
> Ibn Idari

Será la primera de las muchas treguas y tratados de paz registradas hasta su conquista por los Reyes Católicos más de doscientos años después. Con todo, a parte del importante tributo en parias, lo más destacado en estos tiempos de la conquista de Andalucía por Fernando III es que Granada reconocerá la soberanía castellana sobre su territorio y, por tanto, al igual que el reino murciano, queda protegido de la conquista castellana. Fernando III ya podía concentrarse en la conquista de la más importante ciudad que le quedaba al islam en la península ibérica, la ciudad de Sevilla.

La conquista de Sevilla

La conquista de Sevilla planteaba una serie de problemas logísticos de primer nivel nunca antes planteados. La ciudad disponía de fuertes murallas con un alto potencial militar, con una muralla de unos 7 kilómetros de longitud, 12 puertas y una superficie estimada en 287 hectáreas. Todo ello aumentado con el control del caudaloso y ancho río Guadalquivir y de la vecina comarca del Aljarafe, desde donde podría abasterse sin problemas a través del cordón umbilical que suponía el puente de barcas sobre el río que unía ambas orillas donde más o menos se encuentra hoy el puente de Triana, principal arrabal islámico de Sevilla también fortificado y que contaba con su propio castillo. Con todas estas premisas, un asedio tradicional en el que el asediado se rendía tras haber agotado todos sus recursos era inviable.

Fernando entendió que ante tamaño problema logístico, tendría que reunir todas sus tropas, a las órdenes militares y que tendría que llamar a sus aliados, como el rey de Granada Muhammad I según los tratados firmados, e incluso solicitar a Inocencio IV —por medio del arzobispo toledano Jimenez de Rada— una Bula de Cruzada que animase a caballeros ultrapirenaicos a acudir al asedio de Sevilla. Pero aún más, necesitaba una flota para bloquear el Guadalquivir y evitar que los sitiados recibiesen refuerzos y suministros del otro lado del río. En total, en la conquista de Sevilla llegará a intervenir, según estimaciones prudentes, un contigente superior a los tres o cuatro mil caballeros y un mínimo de ocho a diez mil peones (infantería) más la flota de Ramón Bonifaz compuesta de cinco galeras y ocho naves con un montante total de unos mil hombres. Es decir, para la empresa sevillana se llegaron a juntar unas quince mil personas, un contigente militar muy grande teniendo en cuenta las dimensiones normales de un ejército medieval.

El control del río será el elemento fundamental y para conquistarlo ordenó al burgalés Ramón Bonifaz —quien había ayudado unos pocos años antes con su flota en la conquista de Cartagena— que equipase una flota en los puertos del Cantábrico, que rodease la península y que se adentrase en el Guadalquivir para romper el puente de barcas que unía Sevilla al Aljarafe:

> Desque el rey don Fernando fue llegado a Jahen, ca asy yremos yendo cabo adelante por la estoria, vino y Remon Bonifaz, vn omne de Burgos, uer al rey. AI rey plogo mucho con el, et desque ouo sus cosas con el fablado, mandol luego tornar apriesa que fuese guisar naues et galeas et la mayor flota que podiese et la meior guisada, et que se veniese con ella para Seuilla, […]».
>
> *Primera Crónica General de España*

Grabado del siglo XVIII en el que se ve la Torre del Oro (derecha), el castillo de San Jorge en Triana y el puente de barcas que comunicaba ambas orillas del Guadalquivir

Mientras, las tropas, digamos de tierra, ocuparían todas las plazas que permitirán controlar los accesos a Sevilla y comenzarán a aislarla de su territorio circundante. Localidades como Carmona, Constantina, Reina, Cantillana, Guillena, Gerena o Alcalá del Río serán progresivamente conquistadas.

Mientras el rey se encontraba en Alcalá del Río llegaron las trece embarcaciones aprestadas en el norte comenzando propiamente el asedio de la ciudad, un asedio que, pese a todas las medidas previas tomadas, durará 16 meses.

Tras romper la flota las cadenas que mantenían unido el puente de barcas, ambas orillas del Guadalquivir quedaron aisladas. Finalmente, Sevilla, ya en condiciones precarias, tuvo que rendirse en las condiciones que le impuso Fernando III: la ciudad fue abandonada por su población musulmana que podría llevarse tantos bienes muebles, joyas y armas como quisiese, pero que dejase la ciudad, sin destrozar los edificios existentes. El 23 de noviembre de 1248, se entregó el alcázar y un mes más tarde, ya vacía la ciudad de musulmanes, Fernando III hizo su entrada triunfal. En los Reales Alcázares residiría el rey y la Corte hasta la muerte del monarca en 1254.

> El año 646 —26 de abril del 1248 a 15 de abril del 1249—, se apoderó el tirano Alfonso, el maldito, de la ciudad de Sevilla, Dios la devuelva al Islam, después de propinar a sus habitantes el cáliz de la muerte con la mucha hambre y la falta de alimentos; todos ellos se hundieron y nadaron en el mar de la muerte, por lo que les sobrevino de calamidades y dolores, que son largos de explicar y describir con palabras y en los que se agotan el papel y la pluma. Les entregaron la ciudad y salieron de ella nobles y plebeyos y fue esto el 27 de Ramadan —13 de enero del 1249 — de este año.
>
> *Al-Bayān al-Mugrib*
> Ibn Idari

El abandono de la ciudad, así como de todos sus territorios circundantes de su previa población islámica, hizo necesario traer población del norte para repoblar el territorio, pero no como se había hecho anteriormente con una ocupación privada del espacio, sino que, en este caso, se hizo de forma organizada desde el poder, lo que se denomina repartimientos.

Las últimas campañas de Fernando III

Tras la conquista de Sevilla, tan solo quedaban dos reinos musulmanes de cierta importancia habida cuenta de que los portugueses terminaron su reconquista en 1250 con la conquista de Faro. Por un lado, estaba el reino de Niebla que ocupaba, en líneas generales, las tierras entre el sureste del valle del Guadalquivir hasta el valle del Guadiana y la zona costera y, al oeste, el reino de Granada con el que Castilla y León tenía un tratado de paz, el de Jaén de 1246, por el que Granada se sometía a la soberanía de Fernando III. El reino taifa de Niebla firmará en 1253 un tratado muy similar al que contaba ya Granada.

En los años posteriores a 1248 las ciudades del bajo valle del Guadalquivir, ante la imposibilidad de recibir cualquier tipo de apoyo militar tanto por parte del reino de Niebla o del de Granada, firmaron su entrega voluntaria a cambio de respetar las vidas y propiedades de sus habitantes.

> Desque el rey don Fernando ouo ganada Seuilla, et la ouo poblada et aforada et asesegada bien, et ouo y ordenadas todas sus cosas a onrra et a nobleza del et de la çipdat et de su regno et a sseruicio de Dios et a pro et a guardaraiento de los pobladores della, gano depues: Xerez, Medina, Alcalá, Beier, et Sancta Maria del Puerto, et Calez que dentro en la mar, et Salucar dAlpechyn, et acá Arcos, et Lebrixa,

et Rota et Trabuxena. Todo de la mar acá lo gano, dello por conbatimiento, et dello por pleytesias quel traxieron, que se le ouieron a dar; saluo Niebla se le touo con Abenmafot que era rey della et Aznalfarag que dieron luego en la pleytesia de Sseuilla.

Primera Crónica General de España

La ocupación de estas villas supuso las últimas campanas del rey Fernando III, quien murió en Sevilla el 30 de mayo de 1252.

Fernando III consideraba que la Reconquista ya había terminado, que sus campañas militares, así como la aceptación de la soberanía castellana sobre las dos últimas franjas territoriales aún en poder musulmán le daban derecho a decir que finalmente se había recuperado todo el territorio perdido en el 711. Así, según la *Primera Crónica General de España*, se lo hizo saber a su hijo y heredero Alfonso en su lecho de muerte: «Et dixol mas: "Ssennor te dexo de toda la tierra de la mar acá, que los moros del rey Rodrigo de Espanna ganado ouieron; et en tu sennorio finca toda: la vna conquerida, la otra tributada […]"» (*Primera Crónica General de España*).

Murallas del alcázar de Jerez de la Frontera. Foto: Paulino García.

La herencia territorial de Alfonso X era impresionante. Su padre Fernando III cuando su madre Berenguela le nombró rey de Castilla en Valladolid (1217) recibió un reino de unos 150 000 kilómetros cuadrados; tras ser nombrado rey de León en 1230 añadió a sus dominios otros 95 000 kilómetros cuadrados conformando un total de unos doscientos cincuenta mil kilómetros cuadrados más o menos. Tras la conquista de buena parte de Andalucía había añadido otros cien mil kilómetros cuadrados más, aproximadamente. El territorio musulmán que aún restaba (Niebla y Granada), pero que había quedado tributario de Castilla y León, superaba escasamente los treinta y seis mil kilómetros cuadrados.

Alfonso X y el reino de Niebla

El reino taifa de Niebla surgió con la desaparición del califato, pero como otras muchas taifas menores situadas al oeste sevillano como las del Algarve acabó siendo integrada en la gran taifa de Sevilla. Durante el período de las segundas taifas resurgió tras la desintegración del poder almohade, nuevamente volvió a surgir el reino de Niebla en torno a la figura de Ibn Mahfūt y ocupó el espacio comprendido —de forma general— entre el valle del Guadiana y el del Guadalquivir, pero fue un reino muy débil con casi nula capacidad defensiva.

Conquistada Sevilla, Ibn Mahfūt, conocedor de la debilidad de su reino, buscó la alianza en 1253 con Castilla y se sometió también, como ya hiciera Granada, a la

autoridad de Fernando III, una situación que satisfacía a ambas partes por igual y que liberaba a Alfonso X (rey desde 1252) para poder ocuparse de otras tareas de gobierno y plantear la repoblación, los repartimientos, en toda esa tierra ganada durante el reinado de su padre.

Durante ocho años, Niebla fue una fiel vasalla del rey castellano. Sin embargo, a principios de la década de 1260 la situación cambió radicalmente debido a la pujanza portuguesa en todo el territorio algarvío, un asunto complicado que Fernando III, enfrascado en la conquista de Andalucía, había dejado de lado hasta que su hijo se encontró con un problema importante que vinculaba a las tres partes: Castilla, Portugal, y en el medio, Niebla. Este complejo asunto se conoce como la cuestión del Algarve, de la que trataremos al hablar de la reconquista portuguesa de dicho territorio.

Para evitar que el reino de Niebla pudiese algún día caer en manos portuguesas, en 1261 Alfonso X mandó a sus tropas a conquistarlo, cuya capital sería asediada y tras algo más de nueve meses se entregaría a finales de febrero de 1262.

Castillo del Puerto de Santa María. Foto: Paulino García.

Con la conquista de Niebla, las tropas alfonsíes también incorporaron Gibraleón y el puerto de Huelva para posteriormente, girando sobre tierras gaditanas, conquistar la zona fronteriza con el reino de Granada y ocupar entre otras localidades importantes la propia ciudad de Cádiz en 1262 y el Puerto de Santa María, dos años antes, en 1260.

Esta é como Santa Maria fillou un logar pera si eno reino de Sevilla e fez que lle chamassen Santa Maria do Porto.

Sabor á Santa Maria, de que Deus por nos foi nado,
que seu nome pelas terras seja sempre nomeado.

Ca se ela quer que seja o seu nom'e de seu Fillo
nomeado pelo mundo, desto non me maravillo,
e corrudo del Mafomet e deitado en eixillo
el e o diab'antigo que o fez seu avogado.

Sabor á Santa Maria, [...]

E desto mui gran miragre a que eest Madr'e Filla
mostrou, e mui saboroso d'oyr a gran maravilla,
preto de Xerez, que eest eno reino de Sevilla
un logar que Alcanate soya seer chamado.

Sabor á Santa Maria, [...]

Este logar jaz en terra mui bõa e mui viçosa
de pan, de vynno, de carne e de fruita saborosa

e de pescad'e de caça; ca de todo deleitosa
tant'é, que de dur seria en un gran dia contado.

Sabor á Santa Maria [...]

Ca este logar é posto ontr'ambos e dous os mares,
o grand'e o que a terra parte per muitos logares,
que chaman Mediterrano; deis i ambos e dous pares
s'ajuntan y con dous rios, per que ést'o log'onrrado.

Sabor á Santa Maria, [...]

El Rei, quand'oyu aquesto, ouve gran sanna provada,
e mandou a ssa jostiça que logo sen detardada
que pola ost'ascuita[n]do de pousada en pousada
andass', e a quen oysse tal nome, foss'açoutado.

Sabor á Santa Maria, [...]

Guadalquivir é u deles, que eest mui nobre río
en que entran muitas aguas e per que ven gran navio;
o outro é Guadalete, que corre de mui gran brio;
e en cada u daquestes á muito bõo pescado.

Sabor á Santa Maria, [...]

Cantigas de Santa María, n.º 328

La revuelta mudéjar de 1264

La política de capitulaciones de Fernando III de cierta benignidad con las poblaciones islámicas va a cambiar radicalmente tras la revuelta mudéjar de 1264. Como ya mencionamos anteriormente al tratar del caso murciano.

Esta revuelta, patrocinada por Muhammad I de Granada, proponía levantar en armas a todos los mudéjares que, gracias a las capitulaciones firmadas con Fernando III, habían mantenido sus propiedades en los territorios conquistados y retomar el control de toda Andalucía expulsando a los castellanos.

Alfonso X el Sabio. Tumbo de la Catedral de Santiago.

Según las crónicas, la rebelión se inició a finales de abril de 1264 con varios focos importantes. Por un lado, el reino de Murcia, para cuyo control tendrá que pedir ayuda a Jaime I, su suegro, y la zona jerezana, cuya capital, Jerez de la Frontera, sería controlada por los rebeldes.

E, el estand'em aquesto, ar vẽo-lh'outro mandado
de Dom Nuno, que lhe disse de com'estava cercado
e que, per seu corpo, fosse lh'acorrer; se nom, pagado
per outr'home nom seria. E el-rei foi aprender

que esto que lh'enviava dizer que o ajudasse,
que por al no-no fazia senom que, quando chegasse
el-rei a Xerez, que logo o castelo lh'entregasse,
que per dereit'e per foro nom devia a seer.

Quand'el-rei oiu aquesto, conhoceu as maestrias
com que lh'andava, e logo filhou sas cavalerias,
que lh'enviou em acorro, e forom i em dous dias;
e tam toste que chegarom, foi-os logo a veer.

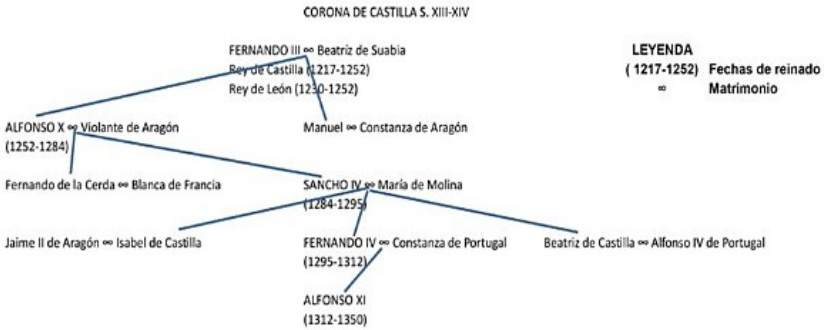
E el disse-lhes que grande prazer com eles havia,
mais que aquele castelo per rem tẽer nom podia
e que per nulha maneira em el morrer nom queria,
e a eles rogou muito que o fossem receber.

Eles, quand'oírom esto, atal acordo tomarom:
que leixassem no castelo poucos homes; e leixarom
maos e tam mal guisados e assi o aguisarom
que ante de meio dia s'houv'o castel'a perder.

Cantigas de Santa María, n.º 243

Tras la pérdida de Jerez, las ciudades vecinas de Arcos, Lebrija, Medina Sidonia y otras, también se rebelaron expulsando a las tropas castellanas.

Alfonso X, tras haber conseguido el apoyo de Jaime I para controlar Murcia, logró de Alfonso III de Portugal el apoyo militar comprometido según los tratados firmados, de los cuales hablaremos posteriormente al tratar la reconquista portuguesa. Un apoyo suficiente como para tomar la iniciativa y recuperar las plazas perdidas en el entorno de Jerez, cuyo alcazar sería reconquistado a los cinco meses. La represión de la revuelta fue dura y la situación se volvió difícil para las comunidades mudéjares en Andalucía, por lo que muchos de sus residentes optaron por el exilio a Granada o al norte de África. Al mismo tiempo, Alfonso X, sabedor del peligro que suponían los benimerines (hablaremos de ellos más tarde) como el aún intacto potencial del reino nazarí, se decidió por militarizar la zona fronteriza con Granada como respuesta rápida ante cualquier nuevo intento de subvertir el orden establecido.



De esta forma, en consecuencia de la rebelión mudéjar de 1264, Alfonso X creó las bases de un modelo fronterizo-militar dinámico, pues Castilla nunca dejará de empujar las fronteras, que estuvo vigente por más de doscientos años.

Reino de Portugal

Como en el caso de León y Castilla, no sería hasta la derrota de las Navas de Tolosa de 1212 y la progresiva desintegración del poder almohade cuando Portugal y su nuevo rey Alfonso II (1211-1223) pudieran retomar la iniciativa y, aunque este rey no mostró el carácter belicista de sus antepasados, durante su reinado se retomó Alcacer do Sal, y se conquistaron pequeñas localidades como Borba, Vila Viçosa y Veiros junto al Guadiana. Su sucesor Sancho II (1223-1248) mantuvo la misma política de su padre, pero en su tiempo se dio un salto importante con la reconquista de la fortaleza baluarte de todo el sur alentejano y algarvío, Beja (1247), y otras localidades menores, aunque estas por iniciativa de las órdenes militares, como Aljustrel (1234), Mértola (1238) o Tavira (1239), esta última ya en la costa del Algarve.

La toma de Beja, y de todas esas pequeñas localidades tanto en la zona costera como a orillas del Guadiana, permitirá afrontar al siguiente monarca portugués, Alfonso III (1248-1279), lo que podemos llamar la última fase de la reconquista portuguesa al año siguiente de su subida al trono, con la conquista de Faro:

Alfonso III de Portugal en la *Genealogia dos Reis de Portugal* de Antonio de Holanda, 1530-1534, en Lisboa

> El rey, después que oyó el mucho ruido del arrabal, y supo su causa, se subió sin dilación a una torre, y dándose a conocer alzó el brazo derecho, y en la mano mostró a todos las llaves del alcázar, que ya tenía a su servicio, y con eso mandó al Maestre[de la Orden Militar de Santiago], y a todos los otros capitanes, que cesasen la lucha, porque ya se había concertado con los moros, y así el gobernador de la fortaleza Abembarram salió del alcázar, y dijo a los moros de la villa, que estuviesen tranquilos, y no hiciesen ningún mal a los de fuera, y con esto quedaron todos sosegados […]. Y de esta manera cobró el rey la villa de Faro en el mes de enero de 1270 (año de Cristo de 1249).
>
> *Chronica de Affonso III*
> Ruy de Pina

La cuestión del Algarve

La conquista de Faro y, por tanto, la conquista de todo el Algarve supuso un importante conflicto diplomático con Castilla por los derechos de conquista que el rey castellano consideraba que eran suyos.

Desconocemos en qué se basaba Alfonso X en reclamar las tierras algarvias como propiedad suya. Aunque ya la cronística medieval intentó dar respuesta a esta reclamación, lo cierto es que el tema aún parece quedar sin aclarar. Habría que retroceder hasta el varias veces citado Tratado de Sahagún de 1158, en el que Portugal —como dijimos— quedó excluido, para encontrar la explicación última.

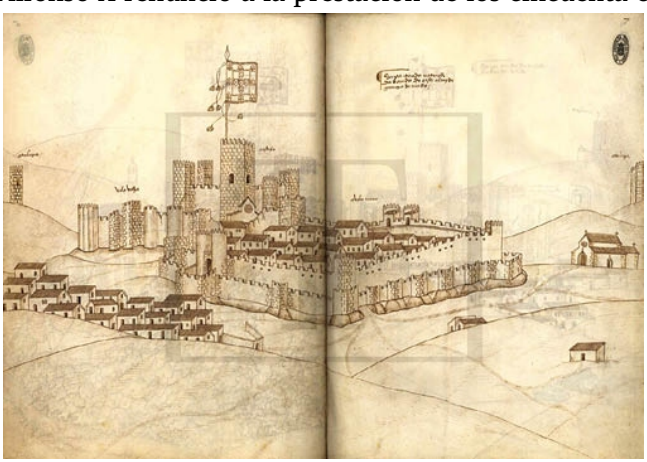
Lo cierto es que ya en tiempos de Alfonso X este asunto suponía un problema

para la buena vecindad entre ambos reinos, por lo que al poco de subir al trono en 1252, Alfonso X invitó a Badajoz a Alfonso III de Portugal para tratar, entre otros, estos asuntos. El acuerdo fue sellado con el matrimonio del rey portugués con Beatriz de Castilla, hija natural de Alfonso X y de Mayor Guillén de Guzmán. Unos esponsales que a primera vista podrían sorprender, pues Beatriz en ese momento era una niña de unos diez años que ni siquiera era hija legítima del rey. Además, Alfonso III estaba ya casado con Matilde de Bolonia, una alta dama de la corte francesa quien tuvo que ser repudiada para poder efectuarse el matrimonio con Beatriz con el consiguiente escándalo y la condena papal por adulterio.

Ambas partes saldrían claramente beneficiadas del acuerdo, pues ambos reinos reestablecían sus buenas relaciones perdidas años atrás, al tiempo que Castilla lograba pacificar el flanco occidental de su reino en un momento crucial de su historia, pues, recordemos, Castilla se encuentra inmersa en plena conquista y repoblación de Andalucía y Murcia al límite ya de sus capacidades y no interesaba abrir o mantener un enquistado conflicto con el vecino portugués. Portugal, por su parte, ganará la paz con Castilla y la dote de Beatriz codificada con una fórmula compleja pero que parecía satisfacer a ambas partes. Portugal retendría el Algarve, pero entregando el usufructo de dichas tierras a Castilla hasta que el futuro hijo de Alfonso y Beatriz cumpliera los siete años, en ese momento, el usufructo iría a dicho hijo a cambio de un vasallaje militar de cincuenta caballeros (lanzas), siempre que Castilla así lo requiriese. También se estableció la aceptación por ambas partes de la línea del Guadiana como frontera natural entre ambos reinos.

Sin embargo, la cuestión del Algarve aún distaba de estar concluida. Quizás la ambigüedad del texto hizo que ambas partes lo interpretasen a su manera, de modo que el rey portugués vio con muy malos ojos la conquista castellana del reino de Niebla en 1262, que a la sazón ocupaba territorios a ambas orillas del río.

Fue un hecho ajeno a toda esta situación la que rompió la escalada de tensión, la revuelta mudéjar de 1264. La ayuda portuguesa será fundamental para sofocar la rebelión y permitió reencauzar la disputa desde otra perspectiva mucho más amigable. Unos meses más tarde, Alfonso X renunciaba a todos sus derechos sobre el Algarve, manteniendo tan solo la prestación de los cincuenta caballeros que tan buen servicio le acababan de hacer. Tres años más tarde (1267), un nuevo tratado de Badajoz confirmó la renuncia de 1264, marcando de forma clara el Guadiana desde su confluencia con el río Caya hasta su desembocadura, como fronterizo entre ambos reinos. También Alfonso X renunció a la prestación de los cincuenta caballeros.



La fortaleza de Serpa a principios del siglo XVI. Imagen del *Livro da Fortalezas* de Duarte de Armas. Lisboa Torre do Tombo.

La frontera entre ambos reinos quedó así fijada, salvo tres rectificaciones que se realizarían a lo largo de los siglos. Alfonso X entregó a su hija Beatriz en 1283 ciertas

localidades (Serpa, Moura, Nouda y Mourão) fronterizas con Portugal localizadas en la margen castellana del Guadiana que acabaron pasando a propiedad su hijo, el rey de Portugal don Dionisio, Dinís en portugués, (1279-1325).

La segunda rectificación se produjo en el Tratado de Alcañices de 1297, por el que Castilla cedió tierras en el occidente salmantino (comarca de Ribacôa) y en Extremadura (Campo Maior, Olivenza). Finalmente, la tercera gran rectificación fronteriza fue ya en el siglo XIX tras la denominada Guerra de las Naranjas de 1801, por la que España conquistó Olivenza, un tema aún abierto entre ambas naciones desde 1815.

La Corona de Aragón

Jaime I el Conquistador

El reinado de Pedro II (1196-1213) había supuesto un período de cierta tranquilidad militar en la frontera aragonesa con el reino valenciano. El rey aragonés había vinculado toda su política a garantizar sus derechos y los de sus vasallos sobre los territorios occitanos, en el período convulso del principio del siglo XIII, momento de máxima difusión del movimiento cátaro. El interés de Roma en la eliminación de la herejía cátara fue la excusa perfecta que tuvo el rey francés Felipe II para, apoyándose en el llamamiento de Cruzada, intervenir por medio de Simón de Monfort en el mediodía francés. Fue entonces cuando derrotó al aragonés en la batalla de Muret (1213), donde Pedro II murió.

Su joven sucesor Jaime I (1213-1276) contaba con cinco años al fallecimiento de su padre. La muerte de Pedro II colocó a la corona aragonesa en una disyuntiva: o continuar la política de expansión en el sur de Francia, pretensión muy mermada tras la derrota de Muret, o centrarse en los asuntos peninsulares y continuar la reconquista de territorios a unos musulmanes muy debilitados tras la derrota de las Navas de Tolosa (1212) que, como dijimos, trajo el final del poder almohade y las terceras y muy frágiles taifas. Jaime I optó por esta segunda opción, mucho más sencilla y con grandes réditos a corto plazo.

La conquista de Baleares

Sin embargo, pese a todas las maniobras de aproximación hacia Valencia desde el norte (ocupación de Tortosa y de todo el sur del Ebro) y por el oeste (Mora de Rubielos y la sierra turolense frente al territorio valenciano), no fue Levante el primer objetivo de Jaime I, quien sería conocido como el Conquistador, sino las islas Baleares

> Acabado el banquete se presentaron ante Nos y dijéronnos: «Señor: hablando con En Pedro Martel, le hemos pedido noticias (y creemos que no os disgustará el saberlas) de una isla por nombre Mallorca, en la cual hay un rey, que tiene además bajo su dominio otras islas llamadas Menorca é Ibiza. La voluntad de Dios no puede torcerse; y así quisiéramos que fuese de vuestro agrado pasar allá á conquistar aquella isla por dos razones: la primera, por lo mucho que en ello ganaríamos nosotros y vos; y la segunda, por lo que se admiraria el mundo de que os fuéseis mar adentro á conquistar un reino».
>
> *Crónica de Jaime I*

La conquista de las Baleares fue una empresa principalmente catalana en la que el rey vinculó a la nobleza y a las ciudades del condado de Barcelona, especialmente su cabecera, cuyos mercaderes sufrían la piratería balear. Una segunda intentona tras el fracaso de cien años antes en tiempos del conde de Barcelona Ramón Berenguer III.

La excusa necesaria para iniciar la guerra la dio el apresamiento y saqueo en Ibiza de dos barcos mercantes aragoneses que iban a comerciar al norte de África a finales de 1226. Jaime I envió una delegación a las islas para pedir una compensación que no se le dio. Jaime I reunió entonces a las Cortes en Barcelona en 1228 para apoyar la decisión de atacar las islas. Barcelona fue la primera en mostrar su apoyo y tras ella el resto de ciudades, la nobleza y las órdenes militares, especialmente los templarios. El papa también mostró interés en la empresa y dio bula de cruzada, gracias a la cual los provenzales participaron activamente.

Pinturas murales de la conquista de Mallorca, Museo Nacional de Arte de Cataluña

La campaña se inició el 5 de septiembre de 1229. Una armada compuesta por más de ciento cincuenta naves de diverso tamaño, cargadas de la tropa, caballos y armas de asedio, partieron de los puertos de Salou, Cambrils y Tarragona. Pese a todos los problemas logísticos de un desembarco en las islas, la campaña fue rápida y no demasiado complicada, pues los musulmanes nunca llegaron a recibir refuerzos desde la Península y tuvieron que lidiar con los invasores cristianos exclusivamente con sus fuerzas.

Durante los tres primeros meses se conquistará gran parte de la isla de Mallorca, el día 14 de septiembre, menos de diez días después de la partida, la ciudad de Mallorca (actualmente Palma) quedó asediada, pero hasta el último día del año la ciudad no pudo ser conquistada con la ayuda, como tantas veces, de san Jorge.

> Llegó en esto la noche anterior á la víspera de año nuevo, y resolvimos que al amanecer del día siguiente oyese misa toda la hueste, y recibiésemos el sagrado cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, armados ya y dispuestos á comenzar la batalla. […]. Según nos contaron después los sarracenos, el primero á quien vieron entrar á caballo fue un caballero vestido de blanco y que llevaba también blancas todas sus armas; por donde estamos en la firme creencia que aquel debió de ser san Jorge, el cual, según nos cuentan las historias, se ha aparecido repetidas veces en otras muchas batallas entre cristianos y sarracenos […]. Luego que los de Mallorca vieron entrada la ciudad, mas de treinta mil de ellos, entre hombres y mujeres, abandonaron sus moradas, saliéndose por las puertas de Barbelet y de Portupí, en dirección á la sierra; de modo que fue tanto el botín que caballeros é infantes veían por do quiera, que ni aun pensaron en perseguir á los que huían.
>
> *Crónica de Jaime I*

Aunque Mallorca había dejado de ser un problema, hasta 1232 no se alcanzó la total ocupación y pacificación de la isla cuando los últimos resistentes refugiados en la sierra de Tramuntana, así como en las fortalezas de Alaró, Pollensa y Santueri acabaron rindiéndose.

El año anterior, el rey Jaime I y el gobernador de Menorca habían firmado un

tratado en la localidad de Capdepera por la que la isla seguiría siendo musulmana, pero sometida a vasallaje al rey aragonés, a quien debería pagar un tributo anual. La situación se mantuvo estable hasta que Alfonso III (1285-1291) en enero de 1287 encabezó una expedición contra la isla. Pese a la resistencia musulmana, el 20 de enero se firmaron los pactos de Sent Agaiz, que finalizaba la autoridad musulmana en la isla.

Las dos últimas islas, las más pequeñas Ibiza y Formentera, no fueron conquistadas por iniciativa real, sino de la alta nobleza catalana, que la hizo efectiva en 1235. Tanto una como otra isla quedaron repartidas entre los tres principales señores que aportaron tropas a la empresa.

A la muerte de Jaime I, las cuatro islas conformarían durante varios decenios el llamado Reino de Mallorca (1276-1349) como feudatario de la corona aragonesa.

La conquista de Valencia

Tras sus tres victoriosas campañas de 1229, 1230 y 1231 en la isla de Mallorca, Jaime I utilizó todos sus recursos para acometer la ansiada conquista de Valencia, una auténtica obsesión para los aragoneses, y que finalmente se hizo realidad en esa década de 1230:

> Aconteció un día que mientras Nos nos estábamos solazando en nuestro reino de Aragón, se nos presentaron en Alcañiz el maestre del Hospital, llamado Hugo de Forcalquier, y don Blasco de Alagón; y platicando con ellos en un terrado, tomó la mano el primero, y nos dijo: —Señor, ya que tanto os ha favorecido Dios en la empresa de Mallorca y de las demás islas, ¿nada intentarémos ahora contra ese reino de Valencia, que ha hecho siempre frontería á los de vuestro linaje, quienes, aunque en vano, se esforzaron continuamente por conquistarlo?
>
> *Crónica de Jaime I*

Nuevamente tenemos que hacer un punto de situación que nos ayude a entender la exitosa campaña valenciana de Jaime I. La década de 1230 marca, como ya contamos, el inicio de la conquista de Andalucía por Fernando III de Castilla. Los almohades ya habían desaparecido y habían dejado a los reinos taifas andalusíes lidiar por su cuenta con las potencias cristianas. Las campañas paralelas de castellanos y aragoneses impidieron que entre los taifas pudieran ofrecerse apoyo militar mutuo, por lo que cada uno de ellos solo pudo contar con sus propias fuerzas para hacer frente a las embestidas cristianas.

Las operaciones se desarrollaron en tres fases que abarcaron más de doce años y no siempre serían victorias militares, ya que muchas veces el rey llegaría a acuerdos y capitulaciones que le permitirían ocupar fortalezas sin ningún tipo de desgaste militar.

Castillo de Peñíscola. Foto: Paulino Garcia

La primera fase se centró en la ocupación del norte del reino, una franja territorial que vino a coincidir con la actual provincia de Castellón. Un sector en el que el rey ya había realizado sus primeras conquistas años antes en 1225, año en el que durante el verano llegó a sitiar Peñíscola de forma infructuosa. Finalmente, en 1232, se iniciaron las operaciones con la conquista de Morella por Blasco de Alagón, uno de los principales nobles y líderes militares de Jaime I. Morella será fundamental para la campaña, pues fue una importante fortaleza que impedía el acceso de las tropas aragonesas desde su propio territorio hasta la taifa valenciana.

Durante los cuatro años siguientes (1232-1236), Jaime I, ya al cargo de las operaciones, ocupará todo ese territorio al norte del reino valenciano. Localidades como Burriana, tomada por capitulación de los defensores tras un largo asedio: «Así fue como tomámos á Burriana: y para que se sepa cuánta gente había en ella al tomarla, entre hombres, mujeres y niños, debo decir aquí, que sus habitantes eran siete mil treinta y dos; habiendo durado el sitio, hasta el día de la entrada, dos meses» *(Crónica de Jaime I)*; Peñíscola, Castellón y el resto de las localidades de la plana castellonense.

La segunda fase, desarrollada inmediatamente a continuación de la primera, entre 1236 y 1238, se centró en la ocupación del sector central del reino valenciano con especial atención en la conquista, previo asedio, de la capital, Valencia. La toma de Valencia fue precedida de una de las pocas batallas campales que se produjeron en toda la conquista, la del Puig de Santa María, llamado también Enesa, lugar con una fortaleza derruida cuya reconstrucción por parte del rey aragonés suponía un gran peligro para Valencia. La derrota musulmana quebró la capacidad de resistencia de los valencianos, que se retiraron a posiciones más seguras, mientras que los aragoneses pudieron desolar toda la región. Ibn Mardanish, quien sería el último rey musulmán de Valencia, ofreció grandes tributos en tierras y en dinero a Jaime I, pero llegado a este punto, el destino de la capital valenciana ya estaba decidido. Valencia no llegó a ser tomada por las armas, pues la ciudad asediada no logró recibir los apoyos solicitados a Túnez y capituló el 9 de octubre de 1238.

> Este moro nos hizo relación de cómo se hallaba Zaen [Zayyan ibn Mardanish,] y cuáles eran sus intentos, manifestándonos que tres cosas principalmente habían hecho perder al rey de Valencia sus esperanzas: la primera, que no hubiesen podido socorrerle las galeras del rey de Túnez; la segunda, el haber perdido aquella torre que Nos habíamos hecho incendiar; y la tercera, el ver que era tan numeroso nuestro ejército, que casi teníamos ya circunvalada toda la ciudad. Por esto creía Zaen que no podría resistir nos por largo tiempo, mayormente no teniendo víveres para tanta gente como había dentro de la plaza, entre hombres, mujeres y niños.
>
> *Crónica de Jaime I*

La tercera y última fase fue la más larga, pues se desarrolló a lo largo de los últimos seis años, desde 1239 a 1245. El desgaste de los años anteriores que habían mermado al ejército aragonés y la insuficiente población cristiana para repoblar el territorio recién conquistado, tanto en el reino de Mallorca como en los territorios conquistados en Valencia, explican la lentitud y la cantidad de capitulaciones realizadas con los habitantes musulmanes, mayores comparativamente hablando que en las dos fases anteriores, durante la conquista del sur del reino correspondiente a la antigua taifa de Denia. Se trataba de una región fronteriza con las tierras castellanas que obligó a aragoneses y castellanos a firmar un acuerdo fronterizo —el Tratado de Almizra (1244)— por la que delimitaban las fronteras entre ambos reinos al norte de Villajoyosa, por lo que Alicante, que por entonces pertenecía al reino de Murcia, caía dentro de la órbita castellana. La invasión de Jaime II de Aragón (1285-1302) del reino murciano en un momento de fuerte debilidad castellana, al inicio de la regencia de Fernando IV de Castilla (1295-1312), llevó unos años después a la rectificación de fronteras en la Sentencia Arbitral de Torrellas de 1304 y en el Tratado de Elche de 1305, por los que el reino de Murcia se dividió entre ambos reinos por las marcas que en gran medida dividen actualmente a las provincias de Alicante y de Murcia.

La conquista del reino de Valencia

Finalizada la conquista de Valencia, y a tenor de los datos disponibles, los historiadores que han tratado el tema no se ponen de acuerdo sobre si Jaime I pensaba adscribir Valencia a cualquiera de sus dos estados patrimoniales o si pensaba en Valencia como un reino nuevo. Parece que en un principio pensó en incorporarlo como parte de Aragón. Sin embargo, parece ser que esta idea duró bastante poco y Jaime I acabó por crear el reino cristiano de Valencia por causa de la injerencia de la nobleza aragonesa —cuyas relaciones con el monarca nunca habían sido buenas— en

las nuevas tierras. Al crear un nuevo reino, la nobleza ya no sería la antigua, sería una nueva nobleza que debería sus títulos y prerrogativas al rey a quien sería fiel.

La conquista de Murcia

Como ya tratamos anteriormente, la revuelta mudéjar de 1264 cogió a Alfonso X desprevenido y sin tropas suficientes como para reprimir la rebelión, por lo que tuvo que pedir apoyo tanto a Portugal como a Aragón. En este último caso lo hizo por medio de su esposa Violante, hija de Jaime I, para que, con sus tropas, sofocase en nombre de Castilla el foco de rebelión murciano.

Jaime I intervendrá en Murcia pese al poco interés por la campaña que mostraron sus súbditos, pero, aparte del apoyo al marido de su hija, las razones de la entrada aragonesa en territorio murciano hay que buscarlas en el interés del rey de Aragón de evitar que la rebelión se extendiese por el vecino territorio valenciano.

En Murcia el levantamiento fue casi total. Los rebeldes, apoyados por tropas enviadas por el sultán benimerín Abû Yûsuf Ya'qûb, se apoderaron de todo el reino salvo unos pocos castillos como Orihuela. Sin embargo, los mudéjares murcianos no estaban preparados para una guerra total contra un ejército real, de tal modo que Jaime I, con una fuerza mínima de hombres, pudo recuperar con capitulaciones y con facilidad las plazas rebeldes murcianas (Villena, Alicante, Elche) e incluso la misma Murcia en enero de 1266:

> Trata el rey con los de Murcia se rindan y lo concierta, y se le rinden. En este medio, el rey secretamente trataba con los principales de Murcia que se rindiesen, ofreciendo que les haría guardar la misma concordia que habían asentado cuando fue ganada por el rey de Castilla aquella ciudad, y les alcanzaría perdón de su rebelión. Finalmente cobraron tanto miedo del rey, entendiendo cuán por suya tenía aquella empresa, que se concertaron en este partido y echaron al alcaide del rey de Granada que estaba en el alcázar porque se había de entregar al rey; y para esto cierto día el rey mandó que cincuenta caballeros con sus caballos encubertados y con sus escuderos y ciento y veinte ballesteros de los de Tortosa, subiesen al alcázar; y el rey se quedó a la ribera del río de Segura junto al alcázar; y aquellos caballeros se apoderaron de todas las torres y levantaron el estandarte real.
>
> *Anales de la Corona de Aragón*
> Jerónimo Zurita

Retrato de Jaime I de Gonçal Peris Sarrià y Jaume Mateu, en el Museo Nacional de Arte de Cataluña

Acabada la tarea, Jaime I regresó a sus tierras al norte de Villajoyosa devolviendo todo el reino de Murcia a Alfonso X:

> Para poner por obra lo acordado, enviámos dos adalides al rey de Castilla, con cartas nuestras en que le decíamos, que podía tomar ya posesión de la ciudad de Murcia y de otros castillos entre Murcia y Lorca; pues eran veinte y ocho los que Nos le había mos ganado: y en seguida hicimos entrega de la ciudad á Alfonso García, quien se estableció en el alcázar, poniendo allí guarnición de los suyos. Entretanto nos quedámos allí cerca, hasta que nos llegó contestación del rey de Castilla, en la que nos decía, que iba á tomar muy en breve sus disposiciones, y que nos agradecía muchísimo el favor que le habíamos prestado y las buenas noticias que acabábamos de comunicarle.
>
> *Crónica de Jaime I*

Conquistado el reino de Valencia y tras ayudar a su yerno a reprimir la revuelta murciana, Aragón, salvo unas pequeñas correcciones territoriales que se producirán a principios del siglo siguiente, ha terminado ya su Reconquista y ha iniciado su expansión mediterránea por tierras sicilianas e itálicas.

6

El Reino de Granada

La revuelta mudéjar de 1264 puso en relieve el fracaso de la política de capitulaciones de Fernando III. Alfonso X entendió que no podía mantenerse población musulmana dentro de su territorio ante el peligro de que fuesen nuevamente instrumentalizados por los benimerines del norte de África o los nazaríes granadinos. Al tiempo, la ruptura de las relaciones entre Castilla y Granada y la sumisión de esta última a Túnez enfrentaba a Alfonso X ante la realidad de que la Reconquista aún no había terminado y de que el reino de Granada, apoyado por sus hermanos norteafricanos, iba a ser una conquista difícil. Antes de llegar a la confrontación abierta, ambas partes, debilitadas y en construcción de sus dominios andaluces, buscarán un nuevo intento de paz a través del tratado de Alcalá de Benzaide de 1267, por el que Muhammad I pagaría un tributo anual de doscientos cincuenta mil maravedíes a cambio de que Alfonso X no apoyase a los Banū Ashqīlūlā de Málaga, un poder fáctico de esa ciudad opuesto a los nazaríes.

En esta lógica militar, el siguiente paso estratégico de Alfonso X estaba claro, era necesario aislar a Granada de sus bases de aprovisionamiento y del apoyo en África y para ello el control del Estrecho resultaba fundamental. La geopolítica no fue el único elemento dinamizador en este momento histórico y el choque de religiones y el concepto de cruzada no puede ser desdeñado. La Reconquista, entendida como la expulsión de los musulmanes de lo que se conocía como la Hispania romana o visigoda, incluía también la ocupación (o reconquista) del norte de África, territorio que, en tiempo de los romanos, pertenecía a la Diócesis de Hispania. De esta manera, uniendo esos aspectos geoestratégicos y los de cruzada, podemos entender la campaña de Salé.

Una cruzada africana fracasada por falta de apoyos del resto de reinos europeos y que terminó tras la ocupación de la fortaleza de Salé (junto al actual Rabat en Marruecos) durante escasamente un par de semanas, pero que marca la sobresaliente capacidad militar de la marina castellana como para acometer una campaña de este calibre.

La necesidad de una marina real en Castilla se convirtió en una necesidad tras la conquista de Murcia y Sevilla para poder garantizar la seguridad de sus súbditos, no solo por tierra, sino también gracias al control de los mares.

Según García de Castro, los principales factores que permitireron y facilitaron el nacimiento de la marina de guerra fueron:

1. La presencia de marinos profesionales con gentes dedicadas por y para tareas marineras.
2. La existencia de barcos capaces de ser útiles para este tipo de misiones de carácter militar, fuera en el Mediterráneo o en el Atlántico.
3. Las instalaciones necesarias (atarazanas) como las de Sevilla, rápidamente reaprovechadas por Alfonso X.
4. Un cuerpo legal y una estructura burocrática capaz de sustentar la creación de esta marina de guerra.
5. La creación de la orden militar de Santa María de España, específica para los asuntos del mar.
6. Mantenimiento de la viabilidad económica de todo el proyecto a través de diversas fuentes de financiación exclusivas.
7. La creación de la institución del Almirantazgo.

Gracias a todo ello, la marina de guerra, según las crónicas, hasta los tiempos de Enrique IV (1454-1474), intervino en las siguientes campañas (solo citamos algunas de aquellas referidas a la lucha contra los musulmanes, no contra otros reinos cristianos):

1260. La cruzada de Salé

1285. Sitio de Jerez

1292-1294. Conquista de Tarifa

1317. Sitio de Gibraltar

1333. Pérdida de Gibraltar

1340. Sitio de Tarifa (batalla del Salado)

1341-1342. La lucha en el Estrecho

1342-1344. Conquista de Algeciras

1349-1350. Fallida conquista de Gibraltar

1358. Guardamar

1407. Campaña del Estrecho

1410. Conquista de Antequera

1431. Campaña de Granada

1436. Campaña de Gibraltar

El estrecho de Gibraltar en la segunda mitad del siglo XIII

El apoyo de la marina y sus capacidades fue fundamental en el control del Estrecho y para ello se remodelaron las atarazanas sevillanas y se creó una flota permanente con sede en el Puerto de Santa María. La flota se completó con naves procedentes de los puertos cantábricos y de un grupo de galeras genovesas al mando de Benedetto Zaccaria (Benito Zacarías), quien años después volvería a la Península para la campaña de Tarifa, donde recibiría el título de Almirante de Castilla.

El control del Estrecho

El control del estrecho de Gibraltar ha sido históricamente un objetivo básico de las diversas potencias mediterráneas a lo largo de la historia. Los escasos kilómetros que separan la punta de Tarifa de la costa ceutí permitían un trasiego continuo de gentes de Europa a África además de controlar la entrada y salida de mercancías vía marítima.

La llegada de la Corona de Castilla a las costas del Estrecho vino a coincidir, tras la represión de la revuelta mudéjar de 1264, con el inicio de un período de alta inestabilidad en el reino que lastraría los siguientes cuarenta años. La muerte del heredero Fernando en 1275 cuando se dirigía a enfrentarse con los benimerines —hablaremos de ellos posteriormente— que acababan de desembarcar en la península abrió la crisis dinástica entre los hijos del infante Fernando de la Cerda y su tío Sancho, quien con apoyo de buena parte de la nobleza apartó a su padre del trono. Alfonso de la Cerda, hijo mayor del difunto infante Fernando y, por tanto, su heredero, con el apoyo de su tío Juan de Castilla y de su abuelo Alfonso X reclamó el trono, pues no aceptaba la situación. La muerte de Alfonso X y la subida al trono de Sancho, Sancho IV (1284-1295), internacionalizó el problema con la intervención de Aragón, Portugal y Francia, quienes veían una gran oportunidad de dividir Castilla y León de nuevo, con sus propios pretendientes para cada uno de los dos reinos.

Nazaríes y benimerines intentarán sacar provecho de la disputa dinástica en Castilla entre Sancho IV y sus sobrinos los infantes de De la Cerda. En las décadas de los 70 y 80 del siglo XIII, lanzaron una serie de ataques sobre el valle del Guadalquivir, aunque con resultado infructuoso al no recuperar ninguna localidad importante. Estabilizada Castilla, Sancho IV comenzó el asalto a las plazas que controlaban el estrecho de Gibraltar.

Barco de guerra castellano. *Cantigas de Santa María.*

Castilla y los benimerines

Los benimerines o meriníes fueron una tribu nómada de reciente islamización que se había integrado dentro del califato almohade, donde llegarán a ocupar cargos como recaudadores de impuestos. La presión ejercida sobre el califato que llevó a su disolución dejó un vacío de poder que ellos poco a poco irían ocupando desde sus bases en el entorno de Fez. En 1269 ocuparán Marrakesh, la capital almohade y, como todos sus antecesores en el Magreb, intentaron expandir sus dominios también a otro lado del Estrecho.

La aparición del poder benimeriní en el Magreb enfrentó a los nazaríes ante un dilema importante. Por un lado, la presión castellana sobre sus fronteras les hacía buscar en sus correligionarios norteafricanos la ayuda necesaria para aliviar esa presión e incluso poder recuperar terreno perdido, pero, por otro lado, la experiencia de invasiones pasadas había enseñado a los dirigentes de Granada que la invitación a los benimerines podía desembocar en una pérdida total de autonomía y su integración en el Imperio norteafricano correspondiente. Al final, se impuso la necesidad sobre el recelo y Muhammad II solicitó formalmente el apoyo benimeriní. Un apoyo condicionado a la entrega de las localidades peninsulares más sensibles del Estrecho (Tarifa y Algeciras) y sus zonas circundantes, cabezas de puente de las expediciones que realizarán en los años siguientes.

Los benimerines lanzarán entre 1275 y 1285 cinco expediciones a tierras peninsulares. Curiosamente no todas contra territorio castellano, sino que también —como bien se temían los líderes granadinos— contra la misma Granada. La principal consecuencia para Castilla de la primera campaña benimeriní, que se desarrolló por la zona de Vejer y de Jerez, es la muerte del infante Fernando de la Cerda, como ya mencionamos anteriormente. Las siguientes campañas tampoco tuvieron éxitos significativos, salvo la toma de algunas localidades y su saqueo en las comarcas sevillanas, cordobesas y jienenses y algunas victorias como la de Écija de 1275.

Finalmente, en 1285 el sultán benimeriní Abū Yūsuf firmó con Sancho IV la paz, previo pago de una indeminización por los saqueos de los años anteriores y la promesa de no volver a asolar territorio cristiano, por la que podría mantener las plazas que ocupaba al oeste del reino de Granada (Tarifa, Algeciras, Gibraltar, Ronda

y Estepona). El reino nazarí vio como se le apartaba del control del Estrecho y perdía parte de su territorio, pero, curiosamente, la ocupación por parte benimerí de ese territorio tan sensible frenó la expansión castellana que se enredará durante todavía bastante tiempo en el Estrecho, lo que permitió que Granada se cohesionase en torno a sus reyes y sobreviviera los siguientes doscientos años.

Guerreros musulmanes con prisioneros cristianos y animales objetos del saqueo. Cantigas de Santa María.

La conquista de Tarifa y la bahía de Algeciras

La paz firmada con el sultán norteafricano expiraba en 1291. Sancho IV decidió retomar la iniciativa militar firmando paces con una Granada que no veía con buenos ojos la presencia benimeriní en su territorio y que esperaba sacar provecho de una más que previsible guerra entre castellanos y norteafricanos.

Nuevamente el apoyo de la armada será fundamental, Sancho IV llamó de nuevo a los genoveses de Benedetto Zaccaria y, con el apoyo aragonés, consiguió vencer a una flota benimeriní al controlar el Estrecho e iniciar el asedio de Tarifa. Tras nueve meses, el 13 de octubre de 1292, Sancho IV entró en la plaza.

Tarifa sería en los años siguientes el punto de choque entre cristianos y musulmanes. Escasamente dos años después de su conquista por Sancho IV y siendo gobernador de la plaza el leonés Alonso Pérez de Guzmán, sucedió uno de los hechos más magnificados, tanto por su significado simbólico como político, de la historia de España.

Para explicar lo sucedido en Tarifa entre mayo y agosto de 1294, debemos retrotraernos de nuevo a la crisis dinástica tras la muerte de Alfonso X. Este rey, en su testamento, había dejado la corona castellana a su nieto Alfonso de la Cerda, salvo los reinos de Badajoz y Sevilla que pertenecerían al infante don Juan, hijo de Alfonso X y, por tanto, hermano del futuro Sancho IV, siempre que —en una fórmula que ya conocemos de momentos históricos anteriores— prestase vasallaje al rey de Castilla y León. La coronación de Sancho IV invalidó el testamento de su padre y los principales beneficiados del mismo se quedaron sin su herencia. Aunque ambos hermanos se reconciliaron posteriormente, e incluso don Juan llegó a intervenir en la conquista de Tarifa de 1292, en 1294 se encontraba enemistado de nuevo con su hermano y había viajado hasta Fez para solicitar el apoyo benimerín para su intento de derrocar a su hermano, y Tarifa era el primer obstáculo en su intentona.

De los muros de Tarifa
Vi á Don Alonso asomado,
Que miraba en las barreras
A Don Pedro Alfonso alado
Como lo tienen los moros
Para luego degollallo.
Alzara la voz diciendo
Con semblante castellano:
— No porque matéis mi hijo
He tendré por deshonrado,
Antes con mayor esfuerzo
La defenderé doblado;
Que el buen alcaide no suelo
La villa que el Rey le ha dado
Entregársela á los moros,
Sin quedar despedazado.
Si queréis joyas de oro
Yo os las daré de buen grado,
Y si hay algún caballero,
Que salga conmigo al campo,
Uno á uno, dos a dos,

Tres á tres ó cuatro á cuatro.
Entrarédes en Tarifa
Cuando me la hayas ganado;
Y si le queréis matar
Veis allí el puñal dorado. —
Y diciendo estas razones
De los muros se ha quitado
Y después de poco tiempo
Grandes voces están dando:
Pensó que entraban los moros,
Que era caso desastrado.
Mirando por las troneras
Vio á su hijo degollado,
Que estaba ya casi muerto
Entre su sangre temblando.

Romance de Guzmán el Bueno

Castillo de Tarifa. Foto: Paulino García.

El gesto heróico de Alonso Pérez de Guzmán, Guzmán el Bueno, de no rendir Tarifa y permitir el asesinato de su hijo Pedro, entre otros prisioneros que no relata el romance, y la llegada de una flota de socorro desarticula los intentos benimerines y del infante don Juan.

Sancho IV murió de tuberculosis al año siguiente y dejó tras de sí un nuevo período de inestabilidad, con un hijo de diez años de edad, Fernando IV (1295-1312) y una regente, su esposa María de Molina, verdadera gobernante de Castilla en todo este convulso período, la tres veces reina (esposa de Sancho IV, regente de su hijo Fernando IV y finalmente regente de su nieto Alfonso XI). En este período (hasta la mayoría de edad de Alfonso XI —1312-1350— en 1325), las tropas castellanas sufrieron diversas derrotas ante los granadinos y sus aliados benimerines, como los repetidos fracasos ante Algeciras (el primero aún en tiempos de Alfonso X en 1279) en 1309; la conquista de Gibraltar aunque perdida en 1333 y, el más serio de todos, el desastre de la Vega de Granada, también conocido como la batalla de Elvira, en la que murieron los infantes Juan de Castilla, el hermano de Sancho IV y Pedro de Castilla, hijo del mismo rey, en 1319.

Desde los primeros años de su reinado personal, Alfonso XI mostró un carácter belicoso por toda la frontera granadina conquistando pequeñas plazas como las de Olvera, Pruna y Ardales en 1327 o las de Teba y Cañete en 1330, casi todas ellas perdidas años después y localizadas en el sector de Ronda, villa a la que aún se tardaría mucho tiempo en llegar. Mucho más éxito tuvo el rey castellano en la lucha por el control del estrecho de Gibraltar, tras casi cincuenta años de estancamiento de las posiciones en dicho sector y tras un momento de extrema debilidad militar castellana en la zona, una coalición militar de tropas castellanas y de portugueses al mando de su propio rey Alfonso IV (suegro de Alfonso XI de Castilla) vencerá a los benimerines de Abu al-Hassan y a Yusuf I de Granada en la batalla del Salado. El desastre musulmán fue completo, no solo se había conjurado un peligro muy real de invasión, sino que había dejado abierta, finalmente, la posibilidad de la conquista de Algeciras y Gibraltar, y cerrar así la primera gran fase de la guerra contra Granada. Con la marina castellana apoyada por la genovesa patrullando libremente por el Estrecho, evitando cualquier posibilidad de apoyo desde el norte de África, Algeciras capitulará el 26 de marzo de 1344:

> Otrosí venieron y caballeros del Rey Albohacen [Abū Al Hassan] de Marruecos con cartas de aquel Rey, en que les daba poder que otorgasen la tregua por él. Et traxieron otra carta para los de Algecira, en que les enviaba mandar el Rey, Albohacen que entregasen aquella ciubdat al muy noble Rey, Don Alfonso. Et esto fue viernes veinte et seis dias del mes de Marzo del año de la era de mill et trecientos et ochenta et dos años: et andaba el año de la nacencia de nuestro Señor Jesu Christo en millet trecientos et quarenta et quatro años.

Foto aérea de la bahía de Algeciras. Los números marcan: 1) Gibraltar; 2) Algeciras; 3) Tarifa; 4) Ceuta Foto: *www.fotomusica.net*

Tomada Algeciras, la siguiente campaña se dirigió a la recuperación de Gibraltar, perdida, como ya dijimos, en 1333. Las perspectivas de una campaña corta y fácil eran altas, pues la situación de los defensores era difícil. El asedio se inició el julio de 1349 y terminará abruptamente al año siguiente, cuando el rey castellano muera por causa de la denominada peste negra el 26 de marzo de 1350:

> Et fue la voluntat de Dios que el Rey adolesció, et ovo una landre. Et finó viernes de la semana sanéta, que dicen de indulgencias, que fue á veinte et siete dias de Marzo en la semana sancta antes de Pascua en el año del nascimiento de nuestro Señor Jesu Christo de mill et trecientos et cincuenta años.
>
> *Crónica de Alfonso XI*

La muerte del rey fue un duro golpe para Castilla que ni granadinos ni benimerines tuvieron capacidad de aprovechar. El emir benimeriní Abū Al Hassan fue depuesto por su hijo Abū ʻInān Fāris. Pese a seguir reteniendo Gibraltar y un pequeño número de villas menores, las disputas dinásticas internas del emirato evitaron que pudiese componer un nuevo ejército capaz de invadir la Península otra vez.

Castilla también entrará en una fase de disputas dinásticas, la guerra civil entre Pedro I y su hermanastro Enrique de Trastámara, que se convirtió en escenario secundario de la disputa franco-inglesa conocida como la Guerra de los Cien Años. Durante esta segunda mitad de siglo XIV, Castilla y Granada vivirán en una situación de tregua y pactos de vasallaje del reino nazarí casi continuadamente, en la que ambas partes mantendrían sus posiciones de partida. De esta forma se configurará una frontera relativamente estable, pero muy conflictiva, con continuas disputas fronterizas, una frontera caliente.

Como colofón a este apartado, señalemos que en 1415 Portugal conquistó Ceuta y, aunque las relaciones entre Portugal y Castilla nunca fueron del todo fluidas, suponía en la práctica el control cristiano del Estrecho pese a que Gibraltar siguiese perteneciendo a los musulmanes hasta 1462, en tiempos de Enrique IV de Castilla, en los prolegómenos de la definitiva conquista del reino nazarí por parte de Isabel y Fernando (conocidos como los Reyes Católicos desde 1496).

Granada y los Trastámara

La nueva dinastía de los Trastámara subió al trono a la conclusión de la guerra civil que asoló Castilla entre Pedro I el Cruel (1350-1366) y su hermanastro Enrique de

Trastámara, Enrique II (1369-79). La nueva dinastía mantendrá la misma política de tregua y paz con Granada que sus predecesores. Es más, hasta 1431, fecha de la batalla de la Higueruela, tan solo merece la pena reseñar la toma de la villa de Antequera (Málaga) en 1410, por el infante don Fernando, regente de Castilla en nombre de su sobrino, Juan II (1406-1454). Este infante castellano Fernando el de Antequera fue nombrado rey de Aragón en 1412 tras el denominado Compromiso de Caspe.

El regente Fernando de Castilla, hijo de Juan I, con el apoyo de las Cortes reunidas en Toledo en Navidad de 1406, lanzó una campaña contra los granadinos en 1407, la primera de cierta envergadura desde hacía unos cuarenta años, desde los tiempos de la internada hacia Guadix en tiempos de Pedro I de Castilla.

El primer acto de esta campaña será la conquista de las modestas Pruna (Sevilla), Cañete la Real (Málaga), Torre Alháquime, Zahara de la Sierra (ambas en la sierra de Cádiz), esta última será retomada por los nazaríes en 1481 y será la justificación necesaria para que los Reyes Católicos lancen la fase definitiva de la conquista de Granada. Posteriormente, con la moral alta por la conquista de estas dos localidades, intenterá tomar la localidad de Setenil, pero fracasará. Dos años más tarde, el objetivo elegido será Antequera (Málaga), una plaza importante de la frontera de Granada, puerta de entrada fundamental para amenazar Ronda y la ciudad de Málaga. En septiembre de 1410, tras varios meses de asedio, Antequera será conquistada:

> É como los Moros viéron que la villa por todas partes se entraba, los Moros peleando se subian quanto podian al castillo, é iban dexando la villa. É los otros Ricos-Hombres é Caballeros cada uno por su parte peleaban valientemente, é subiéron por fuerza de armas por el muro. É los Moros desampararon las torres y el adarve, é fuéronse quanto mas presto pudiéron al castillo: é los Señores pusiéron sus vanderas cada uno en la torre que ganó á la parte de su combate. É los Moros desde el castillo peleaban quanto podian con vallestas, é hondas, y mandrones: é ferian muchos de los que estaban en la villa.
>
> *Crónica de Juan II*

Detalle del fresco dedicado a la batalla de la Higueruela en la Sala de las Batallas en El Escorial.

Pese al éxito en Antequera, las campañas contra Granada no tuvieron continuación, Fernando de Trastámara se convirtió en 1412 en Fernando I de Aragón (1412-1416) y los nuevos regentes del reino durante la minoría de edad de Juan II de Castilla no mostraron ningún interés en continuar la empresa y hubo que esperar hasta la mayoría de edad del rey, para la siguiente campaña. En realidad, la campaña

militar no fue patrocinada por el rey, sino por el condestable don Álvaro de Luna, quien intentaba vincular a una levantisca nobleza en una expedición militar contra el reino nazarí. La campaña no consiguió grandes éxitos, salvo la llamada batalla de la Higueruela en la vega de Granada en 1431.

Ni el monarca ni la nobleza castellana mostrarán mayor interés en continuar la guerra perdiéndose una gran oportunidad de conquistar algunas plazas.

¿Qué se hizo el rey don Juan?
Los infantes de Aragón,
¿qué se hizieron?
¿Qué fue de tanto galán?
¿Qué fue de tanta invención?
¿Cómo traxieron?
Las justas y los torneos,

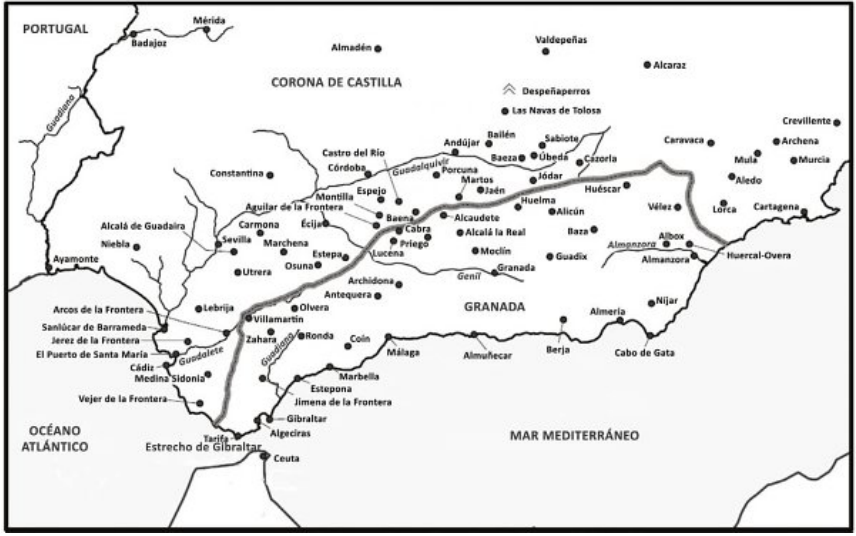
paramentos, borladuras
y cimeras
¿fueron sino devaneos?
¿Qué fueron sino verduras
de las heras?

Coplas a la muerte de su padre, n.º XVI
Jorge Manrique

La geografía del reino Taifa de Granada

Como ya analizamos, el reino taifa de Granada surgió de la disolución del Imperio almohade y de la conquista castellana en tiempos de Fernando III y su hijo Alfonso X. A duras penas, tanto Muhammad I como su sucesor Muhammad II consiguieron estabilizar el reino en base a múltiples cambios de fidelidad entre castellanos y benimerines que, a su vez, se enfrentaron entre ellos por el control del estrecho de Gibraltar, dando un respiro Jorge Manrique, al reino nazarí para cohesionarse y fortificarse. Un reino que se creó agrupando las coras (provincias) de Elvira, Regio y Pechina. La cora de Elvira incluía Granada, Loja, Huéscar, Guadiz, Baza y Alhama. La segunda, Regio, tenía como fortaleza principal a Ronda y como ciudad portuaria Málaga. La tercera, Pechina, correspondía —en líneas generales— a la actual provincia de Almería. Todo este territorio, pese a que las diversas incursiones castellanas mermaron parte del reino, se mantuvo intacto hasta la guerra que concluyó con la capitulación total del reino.

El territorio que conformaba el reino granadino era extremadamente montañoso al estar cruzado de este a oeste por la cordillera Penibética con sus numerosas sierras, entre las que se encuentra Sierra Nevada y su pico Mulhacén, el más alto de la península ibérica. Múltiples castillos roqueros situados en estas montañas conformaban una primera línea defensiva del reino, cuya conquista era indispensable para poder acceder a la línea de costa y a la vega de Granada. Esta misma orografía no permitía abundantes cosechas con las que alimentar a una muy numerosa población (recordemos que muchos musulmanes expulsados de Andalucía tras la revuelta mozárabe de 1264 encontraron refugio allí), por lo que necesitaba acudir al comercio exterior, vía puertos mediterráneos, con los reinos norteafricanos vecinos y con la cristiana Génova. Una situación económica agravada por una endémica guerra civil y el pago continuo de las parias a Castilla para salvaguardar la paz.



El reino de Granada entre 1252-1350. The Gibraltar Crusade, adaptación de Joseph O'Callaghan en 2011.

El reino tan solo contaba con dos fronteras: una con Castilla, precisamente la más difícil de sobrepasar y bien defendida, y una segunda (la costera) protegida por los acuerdos de paz y alianza firmados con Fez, Tremecén y Túnez. En definitiva, Granada podía desplegar todo su potencial militar en la frontera con Castilla, que desde la bahía de Algeciras y haciendo una curva, ascendía al norte por las montañas hacia el sureste de Sevilla, Córdoba y Jaén para descender hacia la costa al sur del reino de Murcia.

Del lado castellano, la frontera también estaba altamente protegida con una línea de fortalezas que desde Algeciras y Tarifa alcanzaba, siguiendo la misma línea que dibujamos para referirnos al reino de Granada, la villa de Lorca. A estas fortalezas hay que sumar aquellas conquistadas en el período transcurrido entre la muerte de Sancho IV y la llegada al trono de Isabel I de Castilla, entre las más importantes se destacan Alcalá de Benzaide, renombrada como Alcalá la Real, conquistada en 1341; Antequera (1410) o Gibraltar (1462). La defensa de estas villas y fortalezas quedó en manos de concejos que contaban con diversas exenciones para poder atraer población a un sitio tan peligroso, pero también fueron muy importantes las órdenes militares, tal y como sucedió en el siglo XII en La Mancha.

La sociedad surgida durante esos más de dos siglos en la frontera granadina fue muy particular y propia, con sus propias reglas y con una convivencia difícil entre ambas comunidades, sometidas siempre al conflicto perpetuo en el que las incursiones en uno u otro territorio eran muy frecuentes y cuyo objetivo era exclusivamente ganar botín y esclavos. Tal es el caso paradigmático de Isabel de Solís, hija del alcaide del castillo de la Higuera de Martos, hecha prisionera en una de esas entradas granadinas en territorio cristiano y que acabaría siendo, tras convertirse al islam, la esposa favorita del rey nazarí Muley Hacén, padre de Boabdil el Chico.

La guerra de Granada. El fin de la Reconquista

Solventados los problemas dinásticos en Castilla tras la muerte de Enrique IV y la guerra con Portugal por los derechos al trono de Juana la Beltraneja, Isabel I de Castilla y Fernando II de Aragón pudieron centrarse en afianzarse en el trono y en asegurar la herencia de sus hijos. En 1480, reunirían las Cortes en Toledo para poder

reorganizar el reino y preparar la futura sucesión de los reyes en su hijo Juan, nacido en 1478. En estas sesiones de Cortes junto con los temas propios de interés para todo el reino, los reyes hablaron continuamente de retomar la guerra contra Granada lo antes posible, y es que las últimas treguas firmadas en 1478 finalizaban a los tres años —en 1481— y los reyes no mostraban ningún interés por renovarlas.

> El Maestre [de Santiago] recibió aquellos pendones, e besó las manos al Rey é á la Reyna: é suplicóles que le diesen licencia, para que él con toda la orden de la caballería de Santiago fuese á la tierra de moros, á les facer la guerra que era obligado de facer, porque sirviese á Dios é á ellos, é cumpliese los estatutos de su orden. El Rey é la Reyna le dixéron, que su suplicación era de católico cristiano, é de buen caballero, é que ellos ansimesmo estaban en propósito de dar orden en la guerra contra los moros: pero que agora estaban ocupados en facer armada contra los Turcos.
>
> *Crónica de los señores Reyes Católicos*
> Hernando del Pulgar

La situación interna en Granada al inicio de la guerra

Los dos primeros siglos de existencia del reino granadino discurrieron con cierta tranquilidad. Las continuas treguas con Castilla y la riqueza del territorio habían permitido que se consiguiese un cierto áuge y prosperidad tan solo alterado por las continuas algaradas cristianas con impacto casi exclusivo en las zonas fronterizas. La situación cambió a la muerte de Yusuf III. Su heredero y primogénito, el niño de ocho años Muhammad VIII, a los dos años fue derrocado por un golpe de estado que puso en el trono a Muhammad IX, otro miembro de la casa real por otra rama familiar. Se inició una guerra civil, azuzada por Juan II de Castilla, entre los diversos pretendientes al trono nazarí que, de una forma u otra, ya no abandonaría Granada hasta su conquista.

En esta continua inestabilidad, tuvieron gran importancia dos familias granadinas, los zegríes y los abencerrajes, siempre contrarias y enemistadas entre sí, apoyando o en contra de los reyes granadinos, quienes en su búsqueda de afianzarse en el poder mantuvieron ese juego peligroso entre zegríes y abencerrajes, menoscabando su propio poder.

En tiempos de Isabel y Fernando la situación inestable de Granada no había cambiado nada, Abū al-Hasan, llamado Muley Hacén por los cristianos, gobernaba el emirato desde 1464 tras haber depuesto a su propio padre Abū Nasr Sa'd, en la enésima conjura palaciega patrocinada por zegríes o abencerrajes. Gran parte de su reinado sucedió durante la crisis sucesoria castellana —que elevó al trono a Isabel I de Castilla— y Granada supo sacar provecho atacando la frontera cristiana en diversos sectores, atacando Villarrobledo, Alcalá la Real o Cieza y capturando buenos botines y gran número de esclavos. Los reyes castellanos se vieron forzados a firmar una tregua de tres años con Granada. A cambio de la paz en la frontera Castilla perdía el pago de las parias.

Pese a este éxito, Muley Hacén no fue un hombre muy interesado en las tareas de gobierno y prefería la vida placentera junto a la cristiana conversa Isabel de Solís, o Zoraida, su nombre musulmán. Muley Hacén no vio crecer en torno suyo una nueva conjura palaciega en la que la despechada principal Aixa (llamada también Fátima), madre del futuro Muhammad XII (Boabdil el Chico) fue la figura visible de la conspiración abencerraje. Finalmente, en 1482, ya iniciada la guerra, Muley Hacén renunció al trono y Boabdil subió al trono nazarí como el último rey de Granada y de la Hispania musulmana.

Hitos de la guerra

Pese a que todo el aparato teórico e ideológico cristiano medieval permitía y justificaba la guerra contra Granada. Castilla y sus reyes necesitaban una excusa, un motivo suficientemente válido como para poder justificar las acciones que, igualmente, iban a suceder, pero que, ante otros reinos, cristianos o musulmanes, podrían ser suficientes.

La acción esperada sucedió a fines de diciembre de 1481, cuando los granadinos asaltaron y conquistaron la villa de Zahara de la Sierra, en la sierra de Cádiz, llevándose un buen número de prisioneros a Ronda. La toma de la localidad alarmó a toda la frontera y Fernando, quien se encontraba con la Corte en Medina del Campo, consideró que era motivo suficiente como para poner en marcha la maquinaria bélica necesaria para la conquista del reino: «Como el Rey é la Reyna, que estaban en la villa de Medina del Campo, sopieron la toma desta villa [Zahara]; é que los Moros habían quebrantado las treguas que les habían dado» (Hernando del Pulgar, *Crónica de los señores Reyes Católicos*).

Fernando llevó el peso de la dirección militar de la guerra. El aragonés ya había mostrado con anterioridad su capacidad en las artes bélicas durante la guerra civil en Cataluña (1462-1472) y posteriormente en las luchas contra los portugueses y los partidarios de Juana la Beltraneja. Se volvió a encargar de la estrategia de la guerra contra Granada aunando sus dotes militares con las diplomáticas para conseguir sus objetivos, un príncipe afortunado, según el florentino Nicolás de Maquiavelo, que resaltaba que todo lo que Fernando se proponía le salía bien. Pero Fernando no va a estar solo. Su mujer, Isabel I de Castilla, la verdadera titular del reino, no se quedó al margen. Salvo en la parte más puramente militar, Isabel estuvo siempre presente en los campamentos castellanos aconsejando a Fernando, movilizando al reino y al cargo de la logística tanto humana como material para que en el frente nunca hubiese escasez de alimentos, ropas, dinero o tropa.

La conquista de Alhama y sus consecuencias en Granada (1482-1483)

Aun antes de que Fernando llegase al teatro de operaciones, en la villa de Marchena se concentraron las tropas del marqués de Cádiz, Rodrigo Ponce de León, junto con el adelantado mayor de Andalucía, el conde de Miranda, un hijo del conde de Cabra y tropas de diversas villas andaluzas. Su objetivo era Alhama de Granada, una villa termal situada a casi novecientos metros de altitud, próxima a la capital granadina y desde la que, en el caso de ser conquistada, se podría hacer mucho daño en la retaguardia y a la logística granadina. El 27 de febrero de 1482 la localidad fue asaltada y conquistada, quedando en poder cristiano. Cuando la noticia llegó a Fernando, se puso en marcha rápidamente y recogió tropas para socorrer a los sitiados. Alhama, pese a estar en el corazón del territorio nazarí, quedó firmemente asegurada por los castellanos.

La derrota en Alhama supuso un fuerte impacto en Granada. No fue solo la pérdida de la localidad, sino también la incapacidad de Muley Hacén para recuperarla. Boabdil, apoyado como dijimos por los abencerrajes, expulsó a su padre de Granada y se nombró emir con el nombre de Muhammad XII. Muley Hacén consiguió refugiarse junto a su hermano Abū `Abd Allāh Muhammad az-Zaghall (llamado por los cristianos El Zagal), quien se encontraba en Málaga y acababa de obtener una importante victoria contra los cristianos en la Axarquía ese mismo año de 1482. Por su parte, Aixa y el hermano de Boabdil, Yusuf, se encontraban en Almería, defendiendo dicho territorio para el nuevo emir.

La derrota de Lucena: la captura de Boabdil (1483)

Boabdil necesitaba una victoria militar para poder asentarse en el trono e inició una campaña militar contra las tierras cordobesas de Luque y Baena para posteriormente dirigirse a Lucena, donde en abril de 1483 sufrirá una importante derrota en la cual incluso él mismo cayó prisionero.

La diplomacia en este momento será importante. La prisión de Boabdil permitiría a Muley Hacén y a su hermano el Zagal retomar el control del emirato y castigar a todos los partidarios del cautivo. Fernando vio la oportunidad de desgastar Granada sin exponerse. Tras consultar con la reina, aceptaron ponerse del lado de su prisionero y suspendieron las actividades militares a aquellas villas y tierras que se mantuviesen fieles a Boabdil y, a cambio de su liberación, este se sometería al vasallaje de Castilla y al pago de una importante cantidad monetaria anual entre otras retribuciones. Pese a que este acuerdo garantizaba el trono a Boabdil con el apoyo castellano, en realidad fue quien salió claramente perdiendo en el acuerdo. Castilla se reservaba el derecho de incorporar todos los territorios partidarios del Zagal y Muley Hacén (la cora de Ronda-Málaga) sin oposición alguna. El pacto con Fernando no fue bien aceptado en Granada y Boabdil tuvo muchos problemas para controlar la situación, pues muchos líderes granadinos cambiaron al bando de Muley Hacén y, como esperaba Fernando, en este grave momento, el emirato granadino se sumió en una nueva guerra civil.

La conquista de la cora de Ronda-Málaga (1484-1487)

Gracias al acuerdo firmado, Fernando podía concentrar todos sus esfuerzos bélicos en el sector rondeño. Como antesala a la campaña de 1484, en octubre de 1483 al tiempo que se liberaba a Boabdil, se recuperaba Zahara, la villa perdida en 1481, *casus belli* de la guerra.

La fuerte suma recaudada por la corona castellana gracias a una serie de impuestos extraordinarios dotó a Fernando de los suficientes recursos económicos como para proyectar más grandes movimientos y objetivos mucho más ambiciosos. Sin embargo, no se hubieran podido dar sin la profunda división dentro de Granada, con Boabdil desacreditado por su sometimiento a Castilla y Muley Hacén desprestigiado por su inanición ante el peligro castellano. Los granadinos, ante esta tesitura, buscaron en el Zagal al líder fuerte que hiciese frente a los cristianos. Fernando, durante esa fase de la campaña, mostró su capacidad diplomática con un Boabdil cada vez más acorralado y más necesitado de apoyos que no tuvo más remedio que doblegarse dos veces —al ir a refugiarse a Córdoba tras el golpe del Zagal y tras la toma de Loja cuando cayó prisionero— al juego de Fernando, que solo servía para ahondar en las disensiones internas de Granada.

Durante las campañas de 1484 a 1487, los castellanos consiguieron conquistar Alora, Setenil, Coín, Cartama, Ronda, Marbella, Málaga y un sinfín de localidades menores de la región, apoderándose así de todo el occidente del reino nazarí, con una triple consecuencia: la frontera occidental del emirato había dejado de existir, Granada quedaba privada de una muy importante fuente de recursos y se alejaba, un poco más, de sus vecinos norteafricanos, los únicos que podrían llegar a prestarle ayuda.

El asedio de Málaga fue duro y muy largo y Fernando, pese a la importante logística preparada para la campaña, agotó todos los recursos disponibles para la conquista de la ciudad e incluso tuvo que hacer acopio de su carisma personal para conseguir que sus tropas mantuviesen el asedio en unas condiciones que las crónicas describen como difíciles. En agosto de 1487, tras cuatro meses de intenso asedio y ante el hambre y la falta de refuerzos enviados desde el resto del territorio nazarí, Málaga capitulaba incondicionalmente ante Fernando. Todos los habitantes de la ciudad fueron obligados a pagar un importante rescate por su persona que, al no poder satisfacerlo, fueron vendidos como esclavos; los supervivientes de la guarnición fueron enviados como regalo a varios gobernantes europeos (incluido el papa) y utilizados como esclavos; por último, los cristianos renegados, que a sabiendas de su suerte si la ciudad caída la defendieron hasta el final, fueron utilizados como blancos humanos para el entrenamiento con lanzas de la caballería

> Consumidos ya todos los alimentos, viéronse obligados hasta los más poderosos á devorar perros, ratas y comadrejas, y de los que habían comido caballos y burros

> muy pocos escaparon á la muerte. Claramente les demostraba la experiencia que de día en día la clemencia del Rey para con los obstinados iba disminuyendo, al paso que crecía su indignación […]. No se oían por las calles de la ciudad sino los lamentos y el llanto de las mujeres. El hambre, imposible de resistir más, convenció á todos de la necesidad de entregar la ciudad. […] Rindióse Málaga el 18 de Agosto de 1487, día de San Agapito. […]. Poco después, y obligados por el hambre, se rindieron todos los gomeres [se refiere a gentes de la confederación de tribus del norte de África llamada Ghomara] y berberiscos, con los renegados y demás desertores que ocupaban el castillo de Gibralfaro, y al cabo vino á saberse que desde las primeras entrevistas con Alí Dordux el Rey había resuelto que se acañaverase á los renegados, que los desertores, conversos y judaizantes fuesen quemados vivos, y que los gomeres, los de Osunilla y Mijas y cuantos habían acudido á la defensa de Málaga desde los pueblos de la sierra quedasen en duro cautiverio, repartiéndolos entre los Grandes y soldados distinguidos y enviando algunos, como muestra de congratulación, al Papa y á varios Príncipes de la Cristiandad.
>
> *Guerra de Granada*
> Alonso de Palencia

La caída de Málaga será vista como un gran desastre en Granada y socavará las bases de apoyo del Zagal, quien ya no contará nunca más con el apoyo de la población y líderes granadinos.

La conquista de la cora de Almería (1488-1489)

De las tierras que aún controlaban los musulmanes, la zona oriental era la más próspera y rica y seguía bajo el control del Zagal, mientras que Boabdil apenas controlaba la zona central con Granada como epicentro.

Fernando, en vez de atacar directamente a Granada se decidió por acometer en la zona almeriense habida cuenta de que se habían iniciado conversaciones secretas con el alcaide de Almería, cuñado del Zagal, para la entrega de la localidad sin lucha y, aunque tal plan no triunfó, sí hizo que la atención castellana se desviase de la capital granadina para el escenario almeriense.

La campaña de 1488, después del fuerte desgaste que había supuesto la conquista de Málaga, se limitó a la conquista de plazas menores en los entornos de la frontera murciana (Vélez Blanco y Vélez Rubio entre otras), pues se fracasó en conseguir los objetivos principales marcados, quizás algo ambiciosos, de Guadix, Baza y Almería. En cambio 1489 fue el gran año castellano en este sector. Tras muchas dificultades y varios meses de complicado asedio, Baza era conquistada el 4 de diciembre sin que ni el Zagal ni Boabdil pudiesen hacer nada por evitarlo. Pocos días después, el Zagal en persona entregaba Almería sin lucha prometiendo obediencia a Isabel y Fernando. Ya solo quedaba Boabdil como caudillo de la resistencia nazarí en un territorio muy menguado que correspondía al centro del antiguo reino, con Granada como principal fortaleza en el interior del territorio, y dominando una estrecha franja de costa de unos cincuenta kilómetros entre, más o menos, el este de Motril hasta la villa de Adra.

Granada (1490-1492)

La conquista de Granada ya era una cuestión de tiempo y, aunque en 1490 Boabdil obtuvo unas pequeñas victorias contra los castellanos como en Salobreña para ampliar su control de la costa y animar a nuevas tropas norteafricanas para que acudiesen en su ayuda, no pudo evitar que al final los castellanos conquistasen toda la franja costera y recuperasen en control de Guadix (que se había levantado en armas contra sus ocupantes cristianos). El final de la guerra ya estaba escrito, Granada no iba ya a recibir ninguna ayuda de nadie, ningún rey musulmán iba a apoyar una causa perdida y perder a un poderoso socio comercial como eran los

reinos de Aragón y Castilla.

En la segunda mitad de ese año de 1490, las tropas de Fernando ya devastaban sin oposición alguna la Vega de Granada.

En abril de 1491 comenzó los preparativos del asedio de Granada intentando exponer a sus tropas lo menos posible pese a la provocación de los defensores. En octubre, el gran campamento de Santa Fe, en cuyo lugar se edificó la localidad que aún lleva ese nombre al oeste de Granada, estaba construido para que las tropas invernasen si hiciera falta. Ese mismo otoño, Boabdil inició de forma secreta los contactos para la entrega de la ciudad en unas condiciones muy ventajosas para los sitiados, al contrario de lo que había sucedido en Málaga.

Finalmente, la noche del 1 al 2 de enero de 1492, en una fecha adelantada a lo pactado, ya que al enterarse la población granadina de las negociaciones Boabdil temió por su vida, los defensores dejaron entrar secretamente a las tropas castellanas al mando del conde de Tendilla y de Gutierre de Cárdenas, comendador mayor de León, quienes entraron en la Alhambra y colocaron en lo alto de la torre de Comares una cruz e izaron la bandera real:

> Y el Rey diólas al Conde de Tendilla á quien había fecho merced de la alcaydía de Granada: é al Comendador de Leon Don Gutierre de Cárdenas. Los quales entraron en el Alhambra, y encima de la torre de Comáres alzáron la cruz, é luego la vandera real. É dixéron los Reyes de armas en altas voces: Granada Granada por los Reyes Don Fernando é Doña Isabel. Vista la cruz por la reyna, los de su capilla que allí estaban cantáron el Te Deum Laudamus.
>
> *Crónica de los señores Reyes Católicos*
> Hernando del Pulgar

Granada ya estaba en poder cristiano

Cuatro días más tarde se escenificó la entrega de llaves de la ciudad por Boabdil a Fernando y los Reyes Católicos entraron de forma oficial en la ciudad.

La rendicion de Granada de Francisco Pradilla y Ortiz, 1882, en el salón de los Pasos Perdidos del Palacio del Senado de España, Madrid

Al último acto de la Reconquista aún le faltaba un colofón teñido de romanticismo y envuelto en la bruma de las leyendas. Cuando la comitiva nazarí encabezada por Boabdil y su madre Aixa (Fátima) marchaba hacia las Alpujarras, cuyo señorío por las capitulaciones firmadas el 25 de noviembre pasaba a manos de Boabdil, al subir una pequeña colina desde la que se divisaba toda Granada, Boabdil se volvió para ver la ciudad por última vez y lloró mientras su madre le recriminaba: «llora como mujer lo que no supiste defender como hombre».

> El año de cuatrocientos
> que noventa y dos corría,

el rey Chico de Granada

perdió el reino que tenía.
Salióse de la ciudad
un lunes a mediodía
rodeado de caballeros,
la flor de la morería.
Su madre lleva consigo
que le tiene compañía
Por ese Genil abajo
el rey Chico se salía.
Pasó por medio del agua
lo que hacer no solía;
los estribos se han mojado,
que eran de gran valía.
Por mostrar más su dolor
que en el corazón tenía,
ya que esa áspera Alpujarra
era su jornada y vía,
desde una cuesta muy alta
Granada se parecía.
Volvió a mirar a Granada
desta manera decía:
¡Oh Granada, la famosa,
mi consuelo y mi alegría,
oh mi alto Albayzín
y mi rica Alcaicería,

¡Oh mi Alhambra y Alijares
y mezquita de valía

mis baños, huertas y ríos
donde holgar me solía!
¿Quién os ha de mí apartado
que jamás yo os vería?
Ahora te estoy mirando
desde lejos, ciudad mía;
mas pronto no te veré
pues ya de ti me partía
¡Oh rueda de la fortuna,
loco es quien en ti fía;
que ayer era rey famoso
y hoy no tengo cosa mía!
Siempre el triste corazón

lloraba su cobardía,
y estas palabras diciendo
de desmayo se caía.
Iba su madre delante
con otra caballería,
viendo la gente parada
la reina se detenía,
y la causa preguntaba
porque ella no lo sabía.
Respondiole un moro viejo,
con honesta cortesía,
—Tu hijo mira a Granada
y la pena le afligía

—Respondido había la madre,
desta manera decía:
—Bien es que como mujer
llore con grande agonía
el que como caballero
su estado no defendía.

Romance del rey chico que perdió Granada

Civitates Orbis Terrarum de Hoefnagel, 1563. Vista de Granada con la Alhambra al fondo, setenta anos después de su conquista.

7

Conclusiones

La ocupación musulmana del reino visigodo al comenzar el siglo viii fue un acontecimiento decisivo para el posterior desarrollo de la historia peninsular. Supuso una ruptura de la historia común con el occidente europeo surgido de la desintegración del Imperio romano, desde ese momento Hispania avanzaría por el período medieval de forma diferenciada a sus homólogos europeos en una dicotomía entre la cultura y el poder musulmán y unos resistentes núcleos cristianos que al final acabarían imponiendo su poder.

A lo largo de todos esos siglos Hispania cambió, pasó de ser un territorio unificado bajo los visigodos a dividirse en diversas entidades, la famosa península de los cinco reinos —como grandes historiadores la la denominaron—, con políticas y estrategias diferenciadas, no siempre coincidentes entre sí, y a menudo en guerra entre ellos buscando sobrevivir y posteriormente ganar el mayor territorio posible, ya fuese por políticas matrimoniales, por conquista o por arrebatárselo a otros reinos cristianos.

Tras 1492, Granada, uno de esos reinos mencionados, había ya dejado de existir; otro, Navarra, se encontraba en los últimos años de su existencia; Portugal miraba hacia el Atlántico y a la expansión ultramarina mientras que Castilla y Aragón, con estrategias y alianzas diferentes, se han acabado por unir dinásticamente, paso fundamental para la conformación de la nación española tal y como la conocemos.

Ya acabada la Edad Media, aún quedarán rastros muy patentes de la Reconquista. En su lecho de muerte en 1504, Isabel la Católica recogía en su intitulación todas y cada una de las fases que hemos ido desgranando en este libro, en una serie de títulos, que, aunque pueda ser paradójico, son un resumen de todos aquellos que sus antecesores llegaron a acumular a lo largo de los siglos.

> Doña Ysabel, por la gracia de Dios reina de Castilla, de León, de Aragón, de Sicilia, de Granada, de Toledo, de Valençia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdova, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algarbes, de Aljecira, de Gibraltar, de las yslas de Canaria, condesa de Barcelona, señora de Viscaya y de

Molina, duquesa de Atenas y de Neopatría, condesa de Ruisellón y de Cerdania, marquesa de Oristán y de Gociano.

Codicilio del testamento de Isabel la Católica

La reina Isabel no nos cuenta (ya que no hace falta, pues los títulos de mayor rango absorben a los títulos menores) que Castilla en tiempos de Fernán González no era una, sino varias unificadas por su mandato o que faltan los títulos de rey de la Extremadura castellana, de Nájera y de Asturias (Cantabria) que tenía Alfonso VIII; que el reino de León incluye Asturias «regnante Ordonio in Obeto», donde todo empezó; que en los títulos de los reyes de Aragón faltan los condados pirenaicos de Ribagorza y Sobrarbe, parte del Aragón primigenio que enseñoreaba Alfonso I el Batallador, o que el título de conde de Barcelona incluye una diversidad de pequeños condados que se fueron agrupando en torno al barcelonés.

Claro está que entre sus títulos no se encuentra el de reina de Navarra, cuyo territorio sería anexionado a Castilla en 1512. En cambio, sí incluye los títulos italianos y griegos de Aragón, los de los Algarves que supusieron un conflicto importante con Portugal, el de las recientemente conquistadas islas Canarias y el del perdido Rosellón en el siglo xvii.

Una larga historia que, en resumidas cuentas, nació cuando un grupo de resistentes cristianos que no aceptaron el dominio musulmán se refugiaron en las altas montañas del norte peninsular y comenzaron a crear una nueva sociedad.

Bibliografía

Fuentes

Alfonso X el Sabio. *Las Siete Partidas.* Madrid: López, G. (ed.), 1843-1844.

Al-Makkari, Ahmed Mohammed. *The History of the Mohammedan Dynasties in Spain.* Londres: Pascual de Gayangos (ed.), 1840.

Anónimo. *Crónica de Alfonso XI.* Madrid, 1787.

—,*Crónica de los reyes de Navarra escrita por D. Carlos Príncipe de Viana.* Pamplona, 1843.

—,*Historia del rey de Aragón don Jaime I el Conquistador.* Flotats, M. y Bofarull, A. (trads.): Valencia, 1848.

—,*Ajbar Machmuâ: (colección de tradiciones): crónica anónima del siglo XI* . Lafuente, E. y Alcántara (eds.). Madrid: Real Academia de la Historia, 1867.

—, *(1906): Primera Crónica General. Estoria de España que mandó componer Alfonso el Sabio y se continuaba bajo Sancho IV en 1289.* Menéndez Pidal, R. (ed.). Madrid: Bailly-Bailliére, 1906.

—,*Crónica de Alfonso III. Edición de Zacarías García Villada.* Madrid: Estudio tipográfico sucesores de Rivadeneyra, 1918.

—,*Cronicón villarense: Liber Regum*. En: Serrano y *S* anz, *M.* (ed.). En: Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos: Madrid, 1919.

—,*Poema de Fernán González.* Serrano, L. (ed.). Madrid: Junta del Milenio de Castilla, 1943.

—,*Crónica mozárabe de 754. José Eduardo López Pereira, J.* E. (ed. y trad.). Zaragoza: Anúbar Ediciones, 1980.

—,*Crónica latina de los reyes de Castilla.* Charlo Brea, L. (ed.). Cádiz: Servicio de

publicaciones de la Universidad de Cádiz, 1984.

Bofarull, Próspero de. *Colección de documentos inéditos de la Corona de Aragón.* Vol. IV. Barcelona: Establecimiento Litográfico y Tipográfico de José Eusebio Monfort, 1849.

El-Kartas, Roudh. *Histoire des souverains du Maghreb (Espagne et Maroc) et Annales de la ville de Fès.* Beaumier, A. (trad.): París, 1860.

Falque Rey, Emma. *«Traducción de la* Historia Roderici». En: *Boletín de la Institución Fernán González*, 1983; n.º 201: 339-375.

Galvão, Duarte. *Chronica de El-Rei D. Affonso Henriques*. Lisboa: Ed. Lisboa, 1906.

Gil Fernández, Juan, Moralejo, José Luis y Ruiz de la Peña Solar, Juan Ignacio. *Crónicas asturianas.* Oviedo: Universidad de Oviedo (Publicaciones del Departamento de Historia Medieval, 11), 1985.

Gómez-Moreno, Manuel. *Introducción a la Historia Silense con versión castellana de la misma y de la Crónica de Sampiro.* Madrid: Centro de Estudios Históricos, 1921.

—, *«La crónica de la población de Ávila: antecedentes». Boletín de la Real Academia de la Historia, 1943; tomo 113: 11-56.*

Huici Miranda, Ambrosio. *Colección de crónicas árabes de la Reconquista, vols.* 2-4. Tetuán: Ed. Marroquí, 1953-1995.

Ibn Abd al-Hakam. *History of the Conquest of Spain.* Harris, J. (trad.). Jones: Gotinga, 1858.

Ibn al-Kardabūs. *Historia de al-Ándalus.* Maíllo, J. (ed.). Madrid: Akal bolsillo, 1986.

Ibn Hayyān de Córdoba. *Crónica del califa 'Abdarraḥmān III An-Nāṣir entre los años 912 y 942 (al-Muqtabis V)*. T Viguera, M. J. y Corriente, F.(trads. Y eds.). Zaragoza: Ed. Anubar, Instituto Hispano-Árabe de Cultura, 1981.

Ibn Idari. *Historias de Al-Ándalus por Aben-Adharí de Marruecos.* Fernández González, F. (trad. y ed.). Tomo 1: Granada, 1860.

Jiménez de Rada, Rodrigo. *Historia de los hechos de España.* Juan Fernández Valverde (trad.). Madrid: Alianza, 1989.

Lacarra, José María. *«Textos navarros del Códice de Roda».* En: *Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón*, 1945; n.º 1: 193-284.

Lipskey, Glenn Edward. The Chronicle of Alfonso the Emperor. *A Translation of the Chronica Adefonsi Imperatoris, with study and notes.* [Traducción al inglés de la *Chronica Adefonsi imperatoris*, con análisis y comentarios]. PhD dissertation. Northwestern University: Evanstpon, Illinois, 1972.

Martin, José Carlos. *«Los Annales Castellani Antiquiores y Annales Castellani Recentiores: edición y traducción anotada».* En: *Territorio, Sociedad y Poder*, 2009; n.º 4: 203-226.

Orcastegui Gros, Carmen «*Crónica de los Reyes de Navarra de García de Eugui*». En: Príncipe de Viana, 1978; n.º 152-153: 547-572.

—,«*Crónica de San Juan de la Peña (versión aragonesa)*». *Cuadernos de Historia*

Jerónimo Zurita, 1985; n.º 51-52: 419-569.

Osberno. *Conquista de Lisboa aos Mouros (1147) Narrações pelos cruzados Osberno e Arnulfo, testemunhas presenciais do cêrco. Texto latino e sua tradução para português pelo dr. José Augusto de Oliveira; prefácio do engenheiro Augusto Vieira da Silva*. Lisboa, 1935.

Palencia, Alonso de. *Guerra de Granada.* D. A. Paz y Meliá (trad.): Madrid, 1909.

Pérez De Guzmán, Fernán. *Crónica del señor rey don Juan II.* Valencia, 1779.

Pina, Rui de. *Chronica do muito alto e muito esclarecido principe D. Sancho I, segundo rey de Portugal*. Lisboa occidental, 1727.

—,*Chronica do muito alto e muito esclarecido principe D. Afonso III, quinto rey de Portugal.* Lisboa occidental, 1728.

Pulgar, Hernando. *Crónica de los señores Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel de Castilla y de Aragón.* Valencia, 1780.

Tuy, Lucas de. *Crónica de España.* Edición de Julio Puyol, 1926. Valladolid: Ediciones Maxtor, 2007.

VV. AA. *Colección de textos y documentos para la Historia de Asturias*, vol. I. Rodríguez Muñoz, J (ed.). Gijón: Silverio Cañada., 1990.

Zurita, Jerónimo. *Anales de Aragón.* Canellas López, A. (ed.). Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2005.

Bibliografía general

Alvira Cabrer, Martín. *«Guerra e ideología en la España del siglo xiii: la conquista de Mallorca según la Crónica de Bernat Desclot».* En: *La España medieval*, 1996; n.º 19: 37-50.

—,*Guerra e ideología en la España medieval: cultura y actitudes históricas ante el giro de principios del siglo xiii: batalla de las Navas de Tolosa (1212) y Muret (1213). Madrid: Universidad Complutense, 2000.*

Ansón, Francisco. *Fernando III. Rey de Castilla y León*. México: Ediciones Palabra, 1998.

Arce, Javier. *Esperando a los árabes. Los visigodos en Hispania (507-711)*. Madrid: Marcial Pons, 2011.

Arias Guillén, Fernando. *«Los discursos de la guerra en la Gran Crónica de Alfonso XI».* En: *Miscelánea Medieval Murciana*, 2007; XXXI: 9-21.

Ávila, María Luisa. *«Sobre Galib y Almanzor».* En: *Al-Qanṭara*, 1981, vol. II: 449-452

Ávila Seoane, Nicolás. *Intitulacion y data con los hijos de Sancho III el Mayor.* Murcia: Sociedad Española de Estudios Medievales y Compobell, 2016.

Ayala, Carlos de. *Directrices fundamentales de la política peninsular de Alfonso X (Relaciones castellano-aragonesas de 1252-1263)*. Madrid: Antiqua et Mediaevalia, 1986.

—, *«Órdenes militares y frontera en la Castilla del siglo xiv»*. En: En la España

Medieval, 2000; n.º 23: 265-291.

—,«*El término "cruzada" en la documentación castellana de los siglos xii* y principios del *xiii*». En Intus-legere: historia 7.2, 2013: 77-98.

—,«*En los orígenes del cruzadismo peninsular: el reinado de Alfonso VI (1065-1109)*». En: Imago Temporis. *Medium Aevum*, 2013; VII: 499-537.

—, *«Alfonso VIII. Cruzada y Cristiandad».* En: *Espacio. Tiempo y Forma. Serie III. Hª Medieval*, 2016; tomo 29: 75-113.

Balaguer, Víctor. *Historia de Cataluña y de la Corona de Aragón.* Barcelona: Librería de Salvador Manero, 1860.

Baloup, Daniel. *«Dans les chroniques leonaises et castillanes (ix-xv* siècle). Caracteres et enjeux du recit historique». En: Ríos Saloma, M. F. (ed.). *El mundo de los conquistadores*. Universidad Nacional Autónoma de México Instituto de Investigaciones Históricas y Silex Ediciones; 2015: 51-64.

Barbero, A. y Vigil, M. *Sobre los orígenes sociales de la Reconquista*. Barcelona: Ariel, 1988.

Barbour, Nevil. *«The relations of King Sancho VII of Navarre-with the Almohads».* En: *Revue de l'Occident Musulman et de la Méditerranée*, 1967; n.º 4: 9-21.

Bariani, Laura. *Almanzor.* Madrid: Nerea, 2003.

Barrau-Dihigo, Lucien. *Historia política del reino asturiano (718-910)*. Gijón: Silverio Cañada, 1989.

Batista González, Juan. *España estratégica. Guerra y diplomacia en la historia de España*. Madrid: Sílex, 2007.

Bejarano Rubio, Amparo. (1986): «La frontera del reino de Murcia en la política castellano-aragonesa del siglo *xiii*». En: *Miscelánea medieval murciana*, vol. XIII: 133-154.

Benaboud, M´Hammad. *«Paz y tregua en al-Ándalus durante el período de los taifas: Entre la ley islámica y la realidad histórica».* En: *Historia. Instituciones. Documentos*, 1999; n.º 26: 41-55.

Besga Marroquín, Armando. *«Sancho III el Mayor.* Un rey pamplonés e hispano». *Historia 16*, 2003; n.º 327: 43-71.

Bisson, Thomas N. *The Medieval Crown of Aragon. A Short History*. Oxford: Oxford University Press, 1986.

Boissellier, Stéphane. «Réflexions sur l'idéologie portugaise de la Reconquête: *xii-xiv siècles».* En: *Mélanges de la Casa de Velázquez.* Tomo 30-1, Antiquité-Moyen-Age; 1994: 139-165.

Bramón, Dolors. «Más sobre las campañas de Almanzor». En: *Anaquel de Estudios Árabes*, 1994, V: 125-128.

Bronisch, Alexander Pierre. *Reconquista y guerra santa. La concepción de la guerra en la España cristiana desde los visigodos hasta los comienzos del siglo xii*. Oviedo-Valencia: Universidad de Granada-Universidad de Oviedo-Universitat de València, 2006.

—,*«El concepto de España en la historiografía visigoda y asturiana». En:* Norba. *Revista*

de Historia, 2006, vol. 19: 9-42.

—, *«La (sacralización de la) guerra en las fuentes de los siglos x y xi y el concepto de guerra santa»*. En: Ayala, c., Henriet, P. y Santiago Palacios, J. (eds.). *Orígenes y desarrollo de la guerra santa en la Península Ibérica*, Collection de la Casa de Velázquez (154), 2016: 7-30.

Calderón Ortega, José Manuel y Díaz González, Francisco Javier. «El rescate de prisioneros y cautivos durante la Edad Media hispánica. Aproximación a su estudio». En: *HID*, 2011; n.º 38: 9-66.

Canal Sánchez-Pagín, José María. «El Conde García Ordoñez, rival del Cid Campeador. Su familia, sus servicios a Alfonso VI». En: *Anuario de Estudios Medievales*, 1997; n.º 27: 749-773.

Cañada Juste, Alberto. *«Los Banu Qasi (714-924)».* En: *Príncipe de Viana*, 1980: n.º 158-159: 5-95.

—, *(1992): «Las relaciones entre Córdoba y Pamplona en la época de Almanzor (977-1002)*

»

. *En:* Príncipe de Viana, 1992; n.º 196: 371-390.

—, *«Nuevas propuestas para la identificación de topónimos e itinerarios en las campañas de Almanzor*». En: Anaquel de Estudios Árabes, 1994; vol. IV: 25-36.

—,«*La batalla de Cutanda (1120)*». En: Xiloca, 1997; n.º 20: 37-47.

—, «*En los albores del reino ¿dinastía Iñiga?, ¿dinastía Jimena?*». En: Príncipe de Viana, 2011; n.º 253: 229-248.

Canellas López, Ángel. *«García Sánchez de Nájera, Rey de Pamplona (1035-1054)»*. En: *Cuadernos de investigación: Geografía e historia*, 1979; tomo 5, fasc. 2: 135-156.

Carriedo Tejedo, Manuel. *«La frontera entre León y Córdoba a mediados del siglo x*: desde Santarén a Huesca». *Estudios Humanísticos. Historia*, 2002; n.º1: 63-93.

Castán Esteban, José Luis. *«Historia del señorío de Albarracín».* En: *Rehalda. Revista del Centro de Estudios de la Comunidad de Albarracín*, 2005; n.º 1: 45-48.

Castellanos, Santiago y Martín Viso, Iñaki. *«The local articulation of central power in the north of the Iberian Peninsula, 500-1000».* En: *Early Medieval Europe*, 2005; n.º 13: 1-42.

Castillo Álvarez, Arcadio del y Montenegro Valentín, Julia. *«Don Pelayo y los orígenes de la Reconquista».* En: *Hispania. Revista Española de Historia*, 1992, vol. 52; n.º 180: 5-32.

—,*«De nuevo sobre don Pelayo y los orígenes de la Reconquista*». *En:* Espacio. *Tiempo y Forma*, serie II Historia Antigua, 1995; n.º 8; 507-520.

Catlos, Brian A. *The Victors and the Vanquished. Christians and Muslims of Catalonia and Aragon, 1035-1300.* Cambrigde: Cambridge University Press, 2004.

Cebrián, Juan Antonio. *La aventura de la Reconquista. La cruzada del sur*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2009.

Cingolani, Stefano Maria. *«The family of Wilfred I, The Hairy: Marriage and the consolidation of power, 800-1000».* En: *Imago Tempori. Medium Aevum*, 2010, IV: 119-140.

—,*La formació nacional de Catalunya i el fet identitari dels catalans (785-1410)*.

Barcelona: Generalitat de Catalunya, 2015.

Cintra, Luís Filipe Lindley: *«A Lenda de Afonso I, Rei de Portugal». Revista ICALP, 1989; vols.* 16 y 17: 64-78.

Clemente Ramos, Julián y Montaña Conchiña, Juan Luis de la. *«La Extremadura cristiana (1142-1230)*. Ocupación del espacio y transformaciones socioeconómicas». En: *Historia. Instituciones. Documentos*, 1994; n.º 21: 83-124.

Codera, Francisco. *Decadencia y desaparición de los Almorávides en España.* Zaragoza: Tip. de Comas Hermanos, 1899.

Collins, Roger. *La conquista árabe 710-797. Historia de España, III*. Barcelona: Crítica, 1991.

—,*Visigothic Spain 409-711*. *Oxford: Blackwell Pub, 2004.*

—,*Caliphs and Kings. Spain 796-1031*. Oxford: Blackwell Pub, 2012.

Contamine, Phillippe. *La guerra en la Edad Media.* Barcelona: Labor, 1984.

Corral Lafuente, José Luis. *«La ordenación urbanística en la repoblación de la villa de Teruel».* En: *Studium: Revista de humanidades*, 1997; n.º 3: 75-111.

—, *«La Reconquista del Valle del Ebro*». En: Militaria: revista de cultura militar, 1998; n.º 12: 49-67.

—, *«Fernando el Católico y la construcción historiográfica de un mito». Aragón en la Edad Media, 2009; n.º* 21: 99-120.

Cotarelo, Armando. *Alfonso III El Magno.* Madrid: Ediciones Itsmo, 1991.

D'abadal, Ramon. *Els Primers Comtes Catalans.* Barcelona: La Magrana, 1983.

Dacosta Martínez, Arsenio F. «Notas sobre las crónicas ovetenses del siglo *ix*: Pelayo y el sistema sucesorio en el caudillaje asturiano». En: *Studia histórica. Historia medieval*, 1992; n.º 10: 9-46.

—, *«Relato y discurso en los orígenes del reino asturleonés». En:* Studia Historica, Historia Medieval, 2004; n.º 22: 153-168.

Dalché, Jean Gautier. *Historia urbana de León y Castilla en la Edad Media (siglos ix-xiii*). Madrid: Siglo *xxi*, 1989.

Dolset, Enric. *«Les fronteres en els comtats catalans i a Europa pels volts de l'any 1100». Quaderns de les Assemblees d'Estudis,* 2014; n.º 1: 29-44.

Domínguez Ortiz, Antonio. *Tres milenios de Historia.* Madrid: Marcial Pons, 2001.

Dozy,Reinhart. *Historia de los musulmanes de España, 2 vols.* Madrid: Turner, 2016.

Drayson, Elizabeth. *The King and the Whore. King Roderick and La Cava.* Nueva York: Palgavre McMillan, 2007.

Dufourcq, Ch. *E.* y Gautier-Dalché, J. *Historia Económica y Social de la España cristiana en la Edad Media*. Barcelona: Ediciones El Albis, 1983.

Echevarría Arsuaga, Ana. *«El azote del año mil: Almanzor, según las crónicas cristianas».* En: García de Cortázar, J. Á. (coord.), *Los protagonistas del año mil. Actas del XIII Seminario sobre Historia del Monacato*. Fundación Santa María La Real, Centro de

Estudios del Románico, 2000: 91-116.

Escudero Manzano, Gonzalo J. *«La "despoblación" y "repoblación" del valle del Duero: la problemática de las fuentes y el debate historiográfico».* En: *Estudios Medievales Hispánicos*, 2016; n.º 5: 151-172.

Eslava Galán, Juan. «La campaña de 1225 y el primer cerco de Jaén por Fernando III». En: *Boletín del Instituto de Estudios Gienenses*, 1987; n.º 132: 23-38.

Esparza, José Javier. *La gran aventura del Reino de Asturias.* Madrid: La Esfera de los Libros, 2009.

—,*Moros y cristianos. La gran aventura de la España medieval.* Madrid: La Esfera de los Libros, 2010.

Estepa Díez, Carlos. *«La monarquía castellana en los siglos XIII-XIV: algunas consideraciones». Edad Media: revista de historia*, 2007; n.º 8: 79-98.

—, *«La Castilla primitiva (750-931): condes, territorios y villas»*. En: Territorio, Sociedad y Poder, 2009, Anexo n.º 2: 261-278.

—, *«La configuración del Reino de Castilla en torno al Valle del Duero»*. En: Biblioteca: Estudio e investigación, 2009; n.º 24: 37-45.

Fatás, Guillermo y Equipo Cyg. *Prontuario aragonés del Reino y la Corona de Aragón.* Cortes de Aragón: Zaragoza, 2014.

Feliu i Montfort, Gaspar. *La presa de Barcelona per Almansor: historia i mitificació.* Barcelona: Institut d'Estudis Catalans, 2007.

Fernández Delgado, Juan José. *«El Cid histórico y literario».* En: *Toletum: boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, 2013; n.º 43: 149-170.

Ferrer Mallol, María Teresa. *Entre la paz y la guerra. La Corona catalano-aragonesa y Castilla en la Baja Edad Media*. Madrid: CSIC, 2005.

Fierro, Maribel. *Abd Al-Rahman III: The First Cordoban Caliph.* Londres: Oneworld Publications, 2005.

Gaibrois de Ballesteros, Mercedes. *Historia del reinado de Sancho IV de Castilla.* Madrid: Tip. de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1922.

Galmés De Fuentes, Álvaro. *«La arabización de Al-Ándalus: Sus oscuros orígenes».* En: *BRAH*, tomo CXCIX, 2002; n.º 1: 17-34.

García de Castro, Francisco Javier. *La marina de guerra en la Corona de Castilla en la Baja Edad Media. Desde sus orígenes hasta el reinado de Enrique IV*. [Tesis doctoral presentada en la Universidad de Valladolid]. Valladolid, 2011.

García de Cortázar, José Ángel. *«Yermo estratégico, encuadramiento social, final de una sociedad de tipo antiguo en Castilla en los siglos VII a X».* En: *Anales de Historia Antigua y Medieval*, 1994; n.º 28: 101-122.

—,*La época medieval*. *Artola, m.* (dir.): Colección Historia de España.. Madrid: Alianza, 1988.

—,*Castilla y León frente al Islam: estrategias de expansión y tácticas*. *Sevilla: Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1998.*

—, *«Estrategias internacionales en el contexto de sociedades de fronteras. La amenaza africana en las relaciones castellano-andalusíes, siglos XI al XIII».* En: *II Estudios de Frontera. Actividad y vida en la frontera. En memoria de Claudio Sánchez-Albornoz*. Diputación Provincial de Jaén, 1998: 269-292.

—, *«El Cid y la guerra».* En: Hernández Alonso, C. (coord.). *Actas del Congreso Internacional El Cid, poema e historia (12-16 de julio, 1999)*. Ayuntamiento de Burgos, 2000: 383-418.

—, *«El cerco de Sevilla: Reflexiones sobre la guerra de asedio en la Edad Media». En:* González Jiménez, M. (coord.), *Sevilla 1248: Congreso Internacional Conmemorativo del 750 Aniversario de la Conquista de la Ciudad de Sevilla por Fernando III, Rey de Castilla y León*. 2000: 115-154.

García Fernández, Manuel. *«La política internacional de Portugal y Castilla en el contexto peninsular del Tratado de Alcañices: 1267-1297*. Relaciones diplomáticas y dinásticas». En: *Revista da Faculdade de Letras Universidade do Porto.* História, 1998; II serie, vol. XV: 901-943.

García Fitz, Francisco. *Relaciones políticas y guerra: la experiencia castellano-leonesa frente al Islam. Siglos XI-XIII*. Sevilla: Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 2002.

—, *«De las conquistas fernandinas a la madurez política y cultural del reinado de Alfonso X*». En: Alcanate: Revista de estudios Alfonsíes, 2002-2003; n.º 3: 19-54.

—,*La Edad Media. Guerra e ideología. Justificaciones religiosas y jurídicas*. Madrid: Sílex, 2003.

—,«Una frontera caliente. La guerra en las fronteras castellano-musulmanas (siglos *XI-XIII*)». En: Ayala Martínez, C., Buresi Pascal y Josserand, P. (eds.). *Identidad y representación de la frontera en la España medieval (siglos XI-XIV)*. Colección de la Casa de Velázquez, 2001; vol. 75: 159-179.

—,«*Guerra y fortificaciones en la plena Edad Media peninsular: Una reflexión en torno a la existencia y funcionalidad bélica de los "sistemas defensivos"».* En: Toro Ceballos, F. y Rodríguez Molina, J. (coord.). *Funciones de la red castral fronteriza: homenaje a Don Juan Torres Fontes: Congreso celebrado en Alcalá la Real en noviembre de 2003*, 2004: 223-242.

—,«¿Una España musulmana, sometida y tributaria? La España que no fue». *En:* HID, 2004; 31: 227-248.

—, *«Alfonso X y sus relaciones con el Emirato granadino: política y guerra». En:* Alcanate: Revista de estudios Alfonsies, 2004-2005; n.º 4: 35-78.

—, *«La Reconquista: un estado de la cuestión». En:* Clio & Crimen, 2009; n.º 6: 142-215.

—, *«En el nombre de Dios: la ideología de la guerra en la Península Ibérica medieval. Siglos XI-XIII».* En: *Revista de História das Ideias*, 2009; vol. 30: 137-152.

—,*La Reconquista. Granada: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Granada, 2010.*

García Fitz, Francisco y Novoa Portela, Feliciano. *Cruzados en la Reconquista.* Madrid: Marcial Pons, 2014.

García Sanjuán, Alejandro. *«La conquista de Niebla por Alfonso X».* En: *Historia. Instituciones. Documentos*, 2000; n.º 27: 89-112.

—,«*La conquista de Sevilla por Fernando III (646 h/1248). Nuevas propuestas a través de la relectura de las fuentes árabes».* En: *Hispania*, 2017; vol. LXXVIII, n.º 255: 11-41.

—,*La conquista islámica de la Península Ibérica y la tergiversación del pasado. Marcial Pons: Madrid, 2013.*

—,*«Consideraciones sobre el pacto de Jaén de 1246». En:* Sevilla 1248: Congreso Internacional Conmemorativo del 750 Aniversario de la Conquista de la Ciudad de Sevilla por Fernando III, Rey de Castilla y León. González Jiménez, M. (coord.), 2000: 715-722.

—,*La conquista islámica de la península Ibérica y la tergiversación del pasado.* Madrid: Marcial Pons, 2013.

—,«*La conquista de Sevilla por Fernando III (646 h/1248). Nuevas propuestas a través de la relectura de las fuentes árabes «.* En: *Hispania*, 2017; n.º 255: 11-41.

Gálvez Vázquez, M.ª *Eugenia.* (1996-1997): «Almanzor, un héroe andalusí». En: *Philologia Hispalensis*, 1996-1997; n.º 11: 73-83.

—,«*Una hipótesis germanista en los orígenes de Aragón*». En: Anuario de Historia del Derecho Español, 1997; n.º 1: 633-641.

—,*España 702-719. La conquista musulmana.* Sevilla: Universidad de Sevilla, 2013.

—,«*Teudemiro de Orihuela y la invasión islámica*». En: Arízaga Bolumburu, b. *Mundos medievales: espacios, sociedades y poder: homenaje al Profesor José Ángel García de Cortázar y Ruiz de Aguirre*. Universidad de Cantabria, 2013: 529-544.

Girao, Amorim. *«Origines de l'État portugais». Revue géographique des Pyrénées et du Sud-Ouest*, 1940; tomo 11, fascículos 3 y 4: 155-158.

Glick, Thomas. *Islamic and Spain in the Early Middle Ages.* Leyden: Brill, 2005.

Gómez Díez, Francisco Javier. *«Rasgos históricos de la España del Cid».* En: *Mar Oceana*, 2007; n.º 22: 15-28.

Gómez Redondo, Fernando. *«La Estoria de los godos: la fundación de Castilla».* En: *Cahiers de linguistique et de civilisation hispaniques médièvales*, 2003; n.º 26: 267-282.

González Cavero, Ignacio. *«Una revisión de la figura de Ibn Mardanish.* Su alianza con el reino de Castilla y la oposición frente a los almohades». En: *Miscelánea Medieval Murciana*, 2007; n.º 31: 95-110.

González-Casanovas, Roberto J. *«Reconquista y conquista en la historiografía hispánica: historia, mito y ejemplo de Alfonso X a las Casas».* En: *AIH. Actas XI*, 1992: 42-55.

González González, Julio. *Regesta de Fernando II.* Madrid: CSIC, Instituto Jerónimo Zurita, 1943.

—, *«Fijación de la frontera castellano-leonesa en el siglo xii*». En: En la España medieval, 1982, n.º 2: 411-424.

González Jiménez, Manuel. *«Andalucía en las relaciones entre Portugal y Castilla siglos xiii-xv».* En: *VII Jornadas del Patrimonio de la Sierra de Huelva*, 2003: 93-105.

—, *«Alfonso X y Portugal». En: Alcanate: Revista de estudios Alfonsíes, 2004-2005; n.º* IV: 9-34.

—,*Fernando III el Santo: El rey que marcó el destino de España. Sevilla: Fundación José Manuel Lara, 2006.*

—,*«La Reconquista: realidad y leyenda».* En: Pavía Parareda, j. J. (dir.). *Cátedra Jorge Juan. Curso 2004-2005*. A Coruña: Universidad de A Coruña, 2007: 131-145.

—,*«Fernando III y el gobierno del reino». En:* Estudios de Historia de España, 2010; vol. XII, tomo I: 245-277.

—,*«Algeciras en la encrucijada de la batalla del Estrecho (siglos XIII y XIV)*. En: Boletín de la Real academia Sevillana de Buenas Letras: Minervae Baeticae, 2012; n.º 40: 453-464.

—,*«La frontera de Granada. Tres siglos de paz y de guerra»*. En: *Murgetana*, 2014; n.º 130: 17-28.

González Lanzarote, Jose M.ª. *La batalla de Zalaca 1086. Castilla y León frente al poder almorávide*. Madrid: Ediciones Almena, 2016.

González Mínguez, César. *«El proyecto político de Sancho II de Castilla (1065-1072)»*. En: *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 2002; n.º 73: 77-99.

—,*«La construcción de la Edad Media: Mito y realidad». En:* PITTM, 2006; n.º 77: 117-135.

—, *«Fernando IV de Castilla y la guerra contra los moros: la conquista de Gibraltar (1309)»*. En: Medievalismo: Boletín de la Sociedad Española de Estudios Medievales, 2009; n.º 19: 171-197.

González Ruiz, David. *Breve Historia de las leyendas medievales*. Madrid: Ediciones Nowtilus, 2010.

Gordo Molina, Ángel G. «Alfonso I y Alfonso VII: del condado al reino de Portugal. Jurisdicción, pacto y fronteras en el contexto del imperio leonés». En: *Estudios de Historia de España*, 2011; XIII: 73-83.

Herbers, Klaus. *«Santiago Matamoros: ¿mito o realidad de la Reconquista?»*. Martín F. Ríos Saloma (edición). En: *El mundo de los conquistadores*. Universidad Nacional Autónoma de México Instituto de Investigaciones Históricas/Sílex Ediciones, 2015: 307-320.

Herculano, Alexandre. *História de Portugal*. Livraria Bertrand: Lisboa, 1981-1983.

Hernández Cardona, F. *Xavier y Rubio Campollo*, Xavier. *Breve historia de la guerra antigua y medieval*. Madrid: Ediciones Nowtilus, 2010.

Huici Miranda, Ambrosio. *«El sitio de Aledo»*. En: *Miscelánea de estudios árabes y hebraicos*, 1954; n.º 3: 41-55.

—, *«Los Banu Hud de Zaragoza, Alfonso I el Batallador y los Almorávides: Nuevas aportaciones». En:* Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón, 1962, vol. VII: 7-38.

Iglesias Costa, Manuel. *Historia del condado de Ribagorza*. Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses (Diputación de Huesca), 2001.

Izquierdo Benito, Ricardo. *Alfonso VI y la toma de Toledo*. Temas toledanos. Toledo: Diputación Provincial de Toledo, 1986.

Jenkins, Ernest E. *(2012):* The Mediterranean world of Alfonso II and Peter II of Aragón (1162-1213). Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2012.

Lacarra y de Miguel, José María. *«La fecha de la conquista de Tudela»*. En: *Príncipe de Viana*, 1946; n.º 22: 45-54.

—, *«A propos de la route de Roncevaux et du lieu de la bataille»*. En: Annales du Midi: revue de la France méridionale, 1966; vol. 78, n.º 77-78: 377-389.

—,*Historia política del reino de Navarra desde sus orígenes hasta su incorporación a Castilla*. Pamplona: Aranzadi-Caja de Ahorros de Navarra, 1972.

—,*Historia del reino de Navarra en la Edad Media.* Pamplona: Caja de Ahorros de Navarra, 1975.

—,«*Acerca de las fronteras en el Valle del Ebro (siglos VIII-XII)». En:* En la España medieval, 1980, n.º 1: 181-191.

LAÍN ENTRALGO, Pedro. *A qué llamamos España.* Barcelona: Austral, 1971.

LAGARDÈRE, Vincent. *«Esquisse de l'organisation militaire des Murabitun, à l'époque de Yusuf b.* Tasfin, 430 H/1039 à 500 H/1106». En: *Revue de l'Occident musulman et de la Méditerranée*, 1979; n.º 27: 99-114.

LADERO QUESADA, Miguel Ángel. *«Toledo en época de la frontera».*En: *Anales de la Universidad de Alicante. Historia medieval*, 1984; n.º 3: 71-98.

—,*«Isabel la Católica vista por sus contemporáneos».* En: En la España Medieval, 2006, n.º 29: 225-286.

LÉVI-PROVENÇAL, Évariste. *«Du nouveau sur le royaume de Pampeluneau IX* e siècle».

En: *Bulletin Hispanique*, 1953; tomo 55, n.º 1: 5-22.

LEWIS, Archibald R. *«The Dukes in the Regnum Francorum AD 550-751».* En: *Speculum. A Journal of Medieval Studies*, 1976; vol. LI: 381-410.

LINAJE CONDE, Antonio. *«Frontera y desierto en la España medieval».* En: *Actas del Congreso «La frontera oriental nazarí como sujeto histórico (s. XIII-XVI). Lorca-Vera, 22 a 24 de noviembre de 1994*: 359-362.

LÓPEZ DE COCA CASTAÑER, José Enrique. *«La conquista de Granada: El testimonio de los vencidos».* En: *Norba. Revista de Historia*, 2005; vol. 18: 33-50.

LÓPEZ GÓMEZ,Óscar. *«Ideología y dominación política en el siglo XI: Alfonso VI, "Imperator Toletanus"»* En: Anales toledanos, 2005; n.º 41: 7-38.

LOMAX, Derek W. *La Reconquista.* Barcelona: Crítica, 1984.

MAÍLLO SALGADO, Felipe. *Acerca de la conquista árabe de Hispania. Imprecisiones, equívocos y patrañas*. Madrid: Abada, 2016.

MANZANO MORENO, Eduardo. *«La rebelión del año 754 en la Marca Superior y su tratamiento en las crónicas árabes».* En: *Studia histórica. Historia medieval*, 1986; n.º 4: 185-204.

—,*La frontera de al-Ándalus en la época de los Omeyas.* Madrid: CSIC, Biblioteca de Historia: 1991.

—,«*A vueltas con el conde Casio*». En: Studia histórica. *Historia medieval*, 2013; n.º 31: 255-266.

—,*Conquistadores, emires y califas. Los omeyas y la formación de al-Ándalus.* Barcelona: Crítica, 2006.

MANZANO RODRÍGUEZ, Miguel Ángel. *La intervención de los benimerines en la península ibérica.* Madrid: CSIC, Biblioteca de Historia, 1992.

MARAVALL CASENOVES, José Antonio. *El concepto de España en la Edad Media.* Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1997.

MARTÍN, José Luis. *La Península en la Edad Media.* Madrid: Teide, 1975.

—, *«Alfonso IX y sus relaciones con Castilla». Espacio. Tiempo y Forma. Serie III.*

Historia Medieval, 1994; tomo 7: 11-31.

MARTIN DUQUE, Ángel J. *«Vasconia en la Alta Edad Media.* Somera aproximación histórica». En: *Revista Internacional de Estudios Vascos*, 1999; 44, 2: 399-439.

—,«*Don García Sánchez III "el de Nájera":* biografía de un reinado». En: IGLESIA DUARTE, J. I. (coord.). *García Sánchez III "el de Nájera", un rey y un reino en la Euopa del siglo XI.* XV. [Semana de Estudios Medievales, Nájera, Tricio y San Millán de la Cogolla del 2 al 6 de agosto de 2004]. Instituto de Estudios Riojanos, 2014: 17-38.

MARTÍNEZ CANALES, Francisco. *Simancas 939. Los reinos cristianos frente a la Campaña del Poder Supremo*. Madrid: Ediciones Almena, 2012.

—,*La batalla del Salado 1340. Hacia la reconquista del estrecho de Gibraltar.* Madrid: Ediciones Almena, 2013.

—,*La guerra de Granada (I). De la caída de Zahara al asedio de Vélez-Málaga, 1481-1487.* Madrid: Ediciones Almena, 2014.

—,*La guerra de Granada (II). Del asedio de Málaga al fin de la Reconquista, 1488-1492.* Madrid: Ediciones Almena, 2014.

—,*Fernán González. El Condado de Castilla en la Reconquista de la frontera del Duero.* Madrid: Ediciones Almena, 2015.

MARTÍNEZ DÍEZ, Gonzalo. *El condado de Castilla (711-1038). La historia frente a la leyenda*. Dos tomos, Valladolid: Junta de Castilla y León-Marcial Pons, 2005.

—,«*El primer Fuero castellano: Brañosera, 13 octubre 824*». En: Anuario de Historia del Derecho Español, 2005: 29-66.

—,*Sancho III el Mayor: rey de Pamplona, Rex Ibericus.* Madrid: Marcial Pons, 2007.

—,*Alfonso VI. Rey de Cid, conquistador de Toledo.* Madrid: Temas de Hoy, 2003.

MARTÍNEZ PEÑAS, Leandro y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, Manuela. *La guerra y el nacimiento del Estado Moderno: Consecuencias jurídicas e institucionales de los conflictos bélicos en el reinado de los Reyes Católicos.* Valladolid: Asociación Veritas para el Estudio de la Historia, el Derecho y las Instituciones, 2014.

MARTÍNEZ RUIZ, Enrique. *«Formación y Geopolítica peninsular de la Corona de Aragón».* En: *La Marina en la Corona de Aragón*. Instituto de Historia y Cultura Naval, 2016; n.º 72:.11-32.

MARTÍNEZ SOPENA, Pascual. *«The war in Leon and Castile (ca.* 1110-1130). Internal crisis and imaginary of violence». En: *Imago Temporis. Medium Aevum*, 2015; IX: 125-144.

MARTOS RUBIO, Ana. *Breve Historia de al-Ándalus.* Madrid: Nowtilus, 2013.

MATTOSO, José. *Fragmentos de uma composição medieval.* Lisboa: Estampa, 1987.

—,*Identificação de um país. Ensaio sobre as origens de Portugal, 1096-1325, vol. II. Composição*. Lisboa: Estampa, 1988.

—,*História de Portugal. Vol. II: A monarquia feudal (1096-1480)*. MATTOSO, J. (dir.). Lisboa: Círculo de Leitores, 1992.

MELO CARRASCO, Diego. *«Algunas consideraciones en torno a la frontera, la tregua y libre determinación en la frontera castellano-granadina.* Siglos *XIII-XV*». En: *Estudios de Historia de España*, 2012; vol. XIV: 109-120.

—,*«Las treguas entre Granada y Castilla durante los siglos XIII* a *XV*». *En:* Revista de

Estudios Histórico-Jurídicos *[Sección Historia del Derecho Español], 2012; XXXIV: 237-275*.

—, *«Conflicto y Diplomacia en el nacimiento del Emirato Nazarí de Granada».* En: Studi Medievali, 2014; serie terza, anno LV: 565-592.

MENDIZÁBAL, M. F. «*Las imágenes del Islam y de los musulmanes en la corona de Castilla: construcciones discursivas cristianas (siglos XII-XV)*». En: *Estudios de Historia de España*, 2010; vol. XII: 353-368.

MENÉNDEZ BUEYES, Luis Ramón. *Reflexiones críticas sobre el origen del Reino de Asturias.* Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2001.

MENÉNDEZ PIDAL, Juan. *Leyendas del último rey godo.* Madrid, 1906.

—,*El Cid Campeador.* Buenos Aires: Espasa-Calpe Argentina, 1950.

MEYER, Bruno. *«El papel de los cruzados alemanes en la reconquista de la península ibérica en los siglos XII y XIII».* En: *En la España Medieval*, 2000; n.º 23: 41-66.

MÍNGUEZ, José María. *La España de los siglos VI al XIII. Guerra, expansión y transformaciones. En busca de una frágil unidad*. Madrid: Nerea, 1994.

—, *«En torno a la génesis de las sociedades peninsulares altomedievales. Reflexiones y nuevas propuestas».* En: *Studia histórica, Historia medieval*, 2004; n.º 22: 169-188.

MIRANDA CALVO, José. *«La conquista de Toledo por Alfonso VI».* En: *Toletum: boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, 1976; n.º 7: 101-151.

—,«La reconquista de Toledo y el comienzo de la política europea de España». En: Toletum: boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, 198; n.º 19: 163-175.

—,*La Reconquista.* Madrid: Historia 16, 1989.

—,«*La política Alfonsina como factor de influencia en la conquista de Toledo*». En: Tulaytula: Revista de la Asociación de Amigos del Toledo Islámico, 2001; n.º 7: 39-49.

MIRANDA GARCÍA, Fermín. *«Monarquía y espacios de poder político en el reino de Pamplona (1000-1035)». XXX Semana de Estudios medievales Estella, 14 a 18 de julio de 2003*, 2004: 43-70.

—,*Breve historia de los godos.* Madrid: Nowtilus, 2015.

MITRE, Emilio. *La España medieval. Sociedades. Estados. Culturas*. Madrid: Itsmo, 1979.

—,«Los límites entre Estados: La idea de frontera en el medievo y el caso de los reinos hispano-cristianos». En: RÍOS *S*ALOMA, M. F. (ed.). *El mundo de los conquistadores*. Universidad Nacional Autónoma de México Instituto de Investigaciones Históricas y Sílex Ediciones, 2015: 99-118.

MOLINA, Luis. *«Las campañas de Almanzor a la luz de un nuevo texto». Al-Qanṭara*, 1981; vol. II: 209-263.

MOLINA MOLINA, Ángel Luis. *«El Reino de Murcia durante la dominación aragonesa (1296-1305)». Anales de la Universidad de Alicante. Historia medieval*, 1996-1997; n.º 11: 265-272.

MONTANER FRUTOS, Alberto. *«La batalla de Tévar».* En: HERNÁNDEZ ALONSO, C. (coord.). *Actas del Congreso Internacional El Cid, poema e historia (12-16 de julio, 1999)*. Ayuntamiento de Burgos, 2000: 353-382.

MONTENEGRO, Julia y CASTILLO, Arcadio del. *«Los títulos de los reyes de León en los documentos medievales como reflejo de la continuidad del reino visigodo de Toledo».* En: *Estudios de Historia de España*, 2011; vol. XIII: 13-36.

MONTAÑA CONCHIÑA, Juan Luis de la. *«La Extremadura cristiana (1142-1230): El poblamiento».* En: *Norba*, 1991-1992; n.º 11-12: 199-220.

MONTENEGRO, Julia. *«La crisis sucesoria en las postrimerías del reinado de Alfonso VI de León y Castilla: el partido Borgoñón».* En: *Estudios de Historia de España*, 2010; vol. XII, tomo 3: 369-388.

MORÍN, Alejandro. *««La frontera de España es de natura caliente". El derecho de conquista en las partidas de Alfonso X el Sabio» En:* RÍOS SALOMA, M. F. (ed.). *El mundo de los conquistadores*. Universidad Nacional Autónoma de México Instituto de Investigaciones Históricas y Sílex Ediciones, 2015: 375-398.

MUÑOZ GÓMEZ, Víctor *«La guerra contra el islam en el proyecto político de Fernando "el de Antequera", infante de Castilla y rey de Aragón (1380-1416)».* En: RÍOS SALOMA, M. F. (ed.). *El mundo de los conquistadores*. Universidad Nacional Autónoma de México Instituto de Investigaciones Históricas y Sílex Ediciones, 2015: 399-436.

MUÑOZ POMER, María Rosa. *«Cortes y fronteras de Valencia en el siglo de Alcañices (1250-1350)».* En: *Revista da Faculdade de Letras. História*, 1998; n.º 15-1: 753-772.

MURUZABAL AGUIRRE, Jose María. *«Nuevos datos sobre el origen del reino de Navarra».* En: *Espacio, Tiempo y Forma, Serie III. Historia Medieval*, 1994; tomo 7: 33-47.

NICOLLE, David. *The Great Islamic Conquest AD 632-750.* Oxford: Osprey Publishing, 2009.

NICOLLE, David y MCBRIDE, Angus. *The Armies of Islam 7th-11th Centuries. Men-At-Arms Series 125*. Oxford: Osprey Publishing, 1982.

—,*El Cid and the Reconquista 1050-1492*. *Men-At-Arms Series 200.* Oxford: Osprey Publishing, 1988.

—,*Armies of the Muslim Conquest. Men-At-Arms Series 255.* Oxford: Osprey Publishing, 1993.

—,*Granada 1492. Oxford: Osprey Publishing, 1998.*

—,*The Moors. The Islamic West 7th-15th Centuries AD.* Men-At-Arms Series 348. Osprey Publishing: Oxford, 2001.

—,*La España islámica y la Reconquista.* Barcelona: Osprey Publishing y RBA Coleccionables, 2011.

NIETO SORIA, José Manuel. *«El ciclo ceremonial de la batalla de la Higueruela (1431)». Estudios de Historia de España*, 2010; vol. XII, tomo 2: 389-404.

NOGUEIRA, Carlos Alberto F. *«A Reconquista Ibérica: A construção de uma ideología».* En: *HID*, 2011; n.º 28: 277-295.

NOVOA PORTELA, Feliciano y VILLALBA RUIZ DE TOLEDO, F. *Javier. «A propósito de los «sistemas defensivos»de fortificaciones en la Edad Media peninsular»*. En: *Espacio. Tiempo y Forma. Serie III. Historia Medieval*, 2003; tomo 16: 215-228.

O'CALLAGHAM, Joseph F. *The Gibraltar Crusade. Castile and the Battle for the Strait*. Pennsylvania: Pennsylvania University Press, 2011.

—,*The Last Crusade in the West: Castile and the Conquest of Granada*. *Pennsylvania: Pennsylvania University Press, 2014.*

Olagüe, Ignacio. *(2004): La revolución islámica en occidente.* Córdoba: Plurabelle, 2004.

Oliveira Marques, António Henrique de. *Historia de Portugal.* Lisboa: Palas, 1997.

Ordoñez Cuevas, Ana María. *«La legitimidad de los reyes asturianos en las crónicas de Alfonso III».* En: *Estudios Medievales Hispánicos*, 2016; n.º 5: 7-43.

Palomeque Torres, Antonio. *«Contribución al estudio del ejército en los Estados de la Reconquista».* En: *Anuario de historia del derecho español*, 1944; n.º 15: 205-351.

Pascua Echegaray, Esther. *«De reyes, señores y tratados en la Península Ibérica del siglo xii».* En: *Studia Historica, Historia medieval*, 2002-2003; n.º 20-21: 165-187.

—, *«Urraca imaginada: Representaciones de una Reina Medieval*». En: Arenal, 2014; n.º 21:1, pp. 121-152.

Peinado Santaella, Rafael G. *«El reino de Granada en tiempos de los Reyes Católicos».* En: *Boletín AEPE*, 1992; n.º 40-41: 11-20.

—, *«La pérdida del emirato nazarí en las fuentes árabes: El imaginario de la derrota*». En: Cortés *P*eña, a. L., López Guadalupe Muñoz, M. L. y Sánchez-Montes González, F. (coords.). *Estudios en homenaje al professor José Szmolka Clares*. Granada: Universidad de Granada, 2005: 459-475.

Pemán, José María. *La historia de España contada con sencillez.* Madrid: Homo Legens, 2009.

Pérez, Rolando. *«The Cid: War Machine, Self-Made Noble, a Mythic Hero of Menéndez Pidal´s "Nationalist Epic"».* En: Cárdenas-Rotunno, A. J. (ed.). *Heroes and Anti-heroes: A Celebration of the Cid.* Nueva York, 2013.

Pérez Bustamante, Rogelio y Ortiz Real, Javier. *Cantabria en la Alta Edad Media.* Cantabria: Tantín, 1987.

Pérez de Tudela y Velasco, María Isabel. *«Guerra, violencia y terror: La destrucción de Santiago de Compostela por Almanzor hace mil años».* En: *En la España Medieval*, 1998; n.º 21: 9-28.

—,«*Los hombres de la frontera en los siglos xi* A *xiii*». En: Ríos *S*aloma, m. F. (ed.). *El mundo de los conquistadores*. Universidad Nacional Autónoma de México Instituto de Investigaciones Históricas/Sílex, 2005: 119-158.

Pérez de Urbel, Justo. *Historia del Condado de Castilla.* CSIC: Madrid, 1945.

—,«*Navarra y Castilla en tiempos de Sancho el Mayor*». En: Príncipe de Viana, año 6, 1945, n.º 18: 39-61.

—,«*Lo viejo y lo nuevo sobre el origen del reino de Pamplona*». *En:* Al Andalus: revista de las Escuelas de Estudios Árabes de Madrid y Granada, 1954; vol. 9, n.º 1: 1-42.

Pérez Marinas, Iván. *«Regnum Gothorum y Regnum Hispaniae en las crónicas hispano-cristianas de los siglos viii y ix: Continuación, fin o traslado en el relato de la conquista árabe».* En: *Estudios Medievales Hispánicos*, 2013; n.º 2: 175-200.

Pohl, John M. *D. Armies of Castile and Aragon 1370-1516.* Men-at-Arms, 500. Oxford: Osprey Publishing, 2015.

PORRES MARTÍN-CLETO, Julio. *«La dinastía de los Banu Di L-Nun de Toledo».* En: *Tulaytula: Revista de la Asociación de Amigos del Toledo Islámico*, 1999; n.º 4: 37-47.

PORRINAS GONZÁLEZ, David. *«"Reconquista" y operaciones militares en los siglos centrales de la Edad Media en Extremadura».* En: FRANCO MORENO, B., ALBA CALZADO, M. A. y FEIJÓO MARTÍNEZ, V. (coords.). *Frontera inferior de al-Ándalus*, 2011, pp. 295-328.

—, *«Rodrigo Díaz, el Cid Campeador, un conquistador en el siglo XI». En:* RÍOS SALOMA, M. F. (ed.) *El mundo de los conquistadores*. Universidad Nacional Autónoma de México Instituto de Investigaciones Históricas/Sílex Ediciones, 2015, pp. 489-522.

RAMÍREZ VAQUERO, Eloísa. *«El rey García y sus hermanos: Enfrentamiento de reyes, enfrentamiento de reinos».* En: *XV Semana de Estudios Medievales, Nájera, Trício y San Millán de la Cogolla, 2 a 6 de agosto 2004*, 2005, pp. 119-150.

RECUERO LISTA, Alejandra. *El reinado de Alfonso XI de Castilla (1312-1350)*. Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid: Madrid, 2016.

REILLY, Bernard F. *El reino de León y Castilla bajo el rey Alfonso VI (1065–1109)*. Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos: Toledo, 1989.

—,*Cristianos y musulmanes 1031-1157. Historia de España VI.* Barcelona: Crítica, 1992.

RÍOS SALOMA, Martín Federico. *La Reconquista: una construcción historiográfica (siglos XVI-XIX)*. Madrid: Marcial Pons, 2011.

RIVERA QUINTANA, Juan Carlos. *Breve historia de Carlomagno y el Sacro Imperio Romano Germánico.* Madrid: Nowtilus, 2009.

RODRÍGUEZ, Justiniano. *Los reyes de León. Ordoño III*. León: Ediciones Leonesas: León, 1982.

RODRÍGUEZ GARCÍA, José Manuel. *«El Yihad: visión y respuesta andalusí a las campañas cristianas en la época de Alfonso X, el Sabio». Medievalismo, Boletín de la Sociedad Española de Estudios Medievales*, 2000; n.º 10: 69-98.

—,*«La marina alfonsí al asalto de África, 1240-1280. Consideraciones estratégicas e historia».* En: *Revista de Historia Naval*, 2004; n.º 85: 27-55.

—,*«Reconquista y cruzada. Un balance historiográfico doce años después (2000-2012)». Espacio, Tiempo y Forma,* serie III. En: *Historia medieval*, 2013, n.º 26: 365-394.

RODRÍGUEZ LÓPEZ, Ana. *«Sucesión regia y legitimidad política en Castilla en los siglos XII* y *XIII*. Algunas consideraciones sobre el relato de las crónicas latinas castellano-leonesas». En: *Annexes des Cahiers de linguistique et de civilisation hispaniques médiévales*, 2004; n.º 16: 21-41.

ROSÁRIO FERREIRA, Maria do. *«Afonso Henriques: do valor fundacional da desobediencia». Cahiers d'études hispaniques médiévales*, 2011; n.º 34: 55-70.

ROSELLÓ BORDOY, Guillem. *«Mallorca 1232: colectivos urbanos, órdenes militares y reparto del botín». Aragón en la Edad Media*, 2006; n.º 19: 461-484.

RUCQUOI, Adeline. *«La royauté sous Alphonse VIII de Castille».* En: *Cahiers de linguistique hispanique médiévale*, 2000; n.º 23: 215-241.

RUIZ, Teófilo F. *Spain's Centuries of Crisis.* Blackwell Publishing. Marden-Oxford-

Carlton: Oxford, 2007.

Ruiz Moreno, Manuel Jesús. *La batalla de Alarcos 1195. Preludio de las Navas de Tolosa*. Almena Ediciones: Madrid, 2015.

—,*La conquista de Sevilla 1248. La mayor victoria de Fernando III.* Almena Ediciones: Madrid, 2015.

Sabaté, Flocel. *«La noció d'Espanya en la Catalunya medieval».* En: *Acta histórica et archaeologica mediaevalia*, 1998, n.º 19: 375-390.

—,*«Las tierras nuevas en los condados del nordeste peninsular (siglos x-xii)»*. En: Studia Historica, Historia medieval, 2005, n.º 23: 139-170.

—,*«El nacimiento de Cataluña: mito y realidad».* En: *Fundamentos medievales de los particularismos hispánicos.* Fundación Sánchez Albornoz, 2005: 221-276.

—, *«La frontière catalane (x-xii siècles): perception, altérité, pouvoir et mémorie». En:* Baron, n., Boissellier, S., Sabaté, S. (dirs.). *Ériger et borner diocèses et principautés au Moyer Âge*. Presses Universitaires de Septentrion, 2017: 184-214.

Sáez Abad, Rubén. *Las campañas de Almanzor 977-1002.* Madrid: Almena, 2008.

Salas Merino, Vicente. *La genealogía de los reyes de España.* Madrid: Visión Net, 2004.

Salvador Martínez, H. *«Matrimonio de Alfonso IX de León con Berenguela de Castilla. Una historia de intrepidez femenina»*. En: *Argutorio*, 2012; n.º 29: 27-31.

Sánchez Albornoz, Claudio. *«Problemas de la historia navarra del siglo ix».* En: *Príncipe de Viana*, año 20, 1959; n.º 74-75: 5-58.

—,*Orígenes de la nación española. SARPE: Madrid, 1985.*

—,*En torno a los orígenes del feudalismo.* Madrid: Itsmo, 1993.

Sánchez Martínez, Manuel. *«La expedición de Al-Mansūr contra Barcelona en el 985 según las fuentes árabes».* En: Barral i Altet *et al.* (eds.). *Catalunya i França Meridional a l'entorn de l'any Mil*, 1991: 293-301.

Sánchez Prieto, Ana Belén. *Guerra y guerreros en España según las fuentes canónicas de la Edad Media.* Madrid: Servicio de publicaciones del E.M.E., 1990.

Santamaría, Álvaro. *«Repoblación y sociedad en el reino de Mallorca (1230-1343)».* En: *Revista de la Facultad de Geografía e Historia*, 1989; n.º 4: 525-540.

Sayas Abengochea, Juan José. *Historia antigua de España II. De la antigüedad tardía al ocaso visigodo*. Madrid: UNED, 2008.

Seco de Lucena Pareces, Luis. *«Acerca de las campañas militares de Almanzor». Miscelánea de estudios árabes y hebraicos*, 1965-1966; n.º 14-15 (1): 1-23.

Sénac, Phillipe. *Los soberanos carolingios y al-Ándalus (siglos viii-ix)*. Granada: Universidad de Granada, 2010.

—,«Estudios sobre los primeros condes aragoneses». *Aragón en la Edad Media, 1999; n.º* 14-15, 2: 1501-1506.

Sirantoine, Hélène. *«Exclusión e integración: La conquista y el imperio en los reinados de Alfonso VI y Alfonso VII».* En: Ríos Saloma, M. F. (ed.). *El mundo de los conquistadores*. Universidad Nacional Autónoma de México Instituto de Investigaciones Históricas y Sílex Ediciones, 2015; 321-522.

SOLANO FERNÁNDEZ-SORDO, Álvaro. *«La ideología del Reino de Asturias a través de sus Crónicas».* En: *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos.* Instituto de Estudios Asturianos, n.º 173-174, año LXIII, 2009: 109-158.

SOLDEVILLA, Ferrán. *Síntesis de historia de Cataluña.* Barcelona: Destino, 1978.

SOLER DEL CAMPO, Álvaro. *La evolución del armamento medieval en el reino castellano-leonés y Al-Ándalus (siglos XII-XIV)*. Madrid: Servicio de publicaciones del E.M.E., 1993.

SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis. *Historia de España. Edad Media*. Madrid: Ediciones Rialp, 1970.

—,*Los Reyes Católicos. El tiempo de la guerra de Granada.* Madrid: Ediciones Rialp, 1989.

—,*Isabel I, reina*. *Barcelona: Ariel, 2013.*

—,*Fernando I el Católico*. *Barcelona: Ariel, 2013.*

—,*Las guerras de Granada.* Barcelona: Ariel, 2017.

SZÁSZDI LEÓN-BORJA, Istvan, CORREIA DE LACERDA, Vitaline. *«El Conde de Portugal don Henrique: ambición y lealtad».* En: *Estudios de Historia de España*, 2010; n.º 12: 515-549.

TORRES BALBÁS, Leopoldo. *Ciudades yermas hispanomusulmanas.* Madrid: Maestre, 1957.

TORRES DELGADO, Cristobal. *«El ejército y las fortificaciones del Reino Nazarí de Granada».* En: *Revista del Centro de Estudios Históricos de Ganada y su reino*, 1987; n.º 1: 95-116.

TORRES FONTES, J. *«La delimitación del Sudeste peninsular (Torrellas-Elche, 1304-1305)».* En: *Anales. Universidad de Murcia*, 1950-1951: 439-456.

—, *«Incorporación del reino de Murcia a la Corona de Castilla».* En: Revista de Estudios Yeclanos. *Yakka*, 1994; n.º 5: 15-24.

TORRES TORONJO, Manuel. *«Conquista y primeros repobladores cristianos en la Sierra de Huelva».* En: *V Jornadas del Patrimonio de la Sierra de Huelva*. Diputación Provincial de Huelva, 1990; pp. 97-107.

TULIANI, Maurizio. *«La idea de Reconquista en un manuscrito de La Crónica General de Alfonso X El Sabio».* En: *Studia Histórica. Historia Medieval*, 1994; nº 12: 3-23.

UBIETO ARTETA, Antonio. *(1960): «Las fronteras de Navarra».* En: *Príncipe de Viana*, año 14, 1953; n.º 50-51: 61-96.

—,«*El sitio de Huesca y la muerte de Sancho Ramírez*». En: Argensola: Revista de Ciencias Sociales del Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1953; n.º 13: 61-70.

—,«*El sitio de Huesca y la muerte de Sancho Ramírez*». En: Argensola: Revista de Ciencias Sociales de Estudios Altoaragoneses, 1953; n.º 14: 139-148.

—,«*Estudios en torno a la división del Reino por Sancho el Mayor de Navarra».* En: Principe de Viana, año 21, 1960; n.º 78-79: 5-56 y n.º 80-81: 163-236.

—,«*La dinastía Jimena*». En: Saitabi: Revista de la Facultat de Geografía i Història, 1960; n.º 10: 65-79.

—,«*La conquista de Valencia en la mente de Jaime I*». *En:* Saitabi: Revista de la Facultat de Geografía i Història, 1962; n.º 12: 117-139.

—,«*Los reyes pamploneses entre 905 y 970*». En: Príncipe de Viana, año 24, 1963; n.º 90-91: 77-82.

—,«*Puntualizaciones sobre la Reconquista valenciana». Ligarzas, 1968; n.º* 1: 161-178.

—,«*Valoración de la reconquista peninsular*». En: Príncipe de Viana, año 31, 1970; n.º 120-121: 213-220.

—,*Historia de Aragón en la Edad Media. Bibliografía para su estudio.* Zaragoza: Anúbar, 1980.

—,*Historia de Aragón.* Zaragoza: Anúbar, 1981.

UTRILLA UTRILLA, Juan F. *«Conquista, guerra santa y territorialidad en el reino de Aragón: hacia la construcción de un nuevo orden feudal (1064-1194)».* En: SARASA SÁNCHEZ, S. (coord.). *Las Cinco Villas aragonesas en la Europa de los siglos XII y XIII: de la frontera natural a las fronteras políticas y socioeconómicas (foralidad y municipalidad)*, 2007: 95-128.

VALDEÓN BARUQUE, Julio. *Abderramán III y el califato de Córdoba.* Madrid: Debate, 2001.

—,*La dinastía de los Trastámara. Madrid: El Viso, 2006.*

—,*La Reconquista. El concepto de España: unidad y diversidad.* Madrid: Espasa Calpe, 2006.

—,*Alfonso X el Sabio: La forja de la España moderna.* Madrid: Temas de Hoy, 2011.

VALDIVIESO, M.ª Isabel del. *«La política exterior de la monarquía castellano-aragonesa en la época de los Reyes Católicos». En: IH,* 1996; n.º 16: 11-27.

VALLVE, Joaquín. *Abderraman III. Califa de España y Occidente (912-961).* Barcelona: Ariel, 2003.

VARA THORBECK, Carlos. *«Las Navas de Tolosa: una batalla decisiva en la historia de España».* En: *Anuario de la Real Academia de Bellas Artes de San Telmo*, 2005; n.º 5: 61-74.

VERA ARANDA, Ángel Luis. *Breve historia de las ciudades del mundo medieval.* Madrid: Nowtilus, 2011.

VICENTE DE CUÉLLAR, Benito. *«Los "condes-reyes" de Barcelona y la "adquisición" del reino de Aragón por la dinastía bellónida». Hidalguía*, 1995; vol. XLIII, n.º 252: 619-632.

VIRUETE ERDOZÁIN, Roberto. *Aragón en la época de Ramiro I.* Zaragoza: Universidad de Zaragoza, 2008.

VV. AA. «*Los árabes invaden España*». En: *Cuadernos historia 16.* Madrid, 1985; n.º 249.

VV. AA. *Historia del Ejército Español*, vol. II. Madrid: Servicio Histórico Militar, 1948.

VV. AA. *Al-Ándalus.* ALVAR EZQUERRA, A. (dir.). Colección Historia de España, vol. VI. Madrid: Istmo, 2009.

VV. AA. *Sancho III el Mayor de Navarra*. BENITO RUANO, E. (coord.). Madrid: Real Academia de la Historia, 2003.

VV. AA. *Muçulmanos e Cristãos entre o Tejo e o Douro (Sécs. VIII a XIII)*. BARROCA, M. J. y. FERNANDES, I. C. (coords.). Oporto: Câmara Municipal/Faculdade de Letras da Universidade do Porto, 2005.

VV. AA. *História de Portugal*. Ramos, R. (coord.).Lisboa: A esfera dos libros, 2009.

VV. AA. *Historia militar de España. Edad Media II*. Ladero Quesada, M. Á. (coord.). Madrid: Ediciones del Laberinto S.L. y Ministerio de Defensa. Secretaría General Técnica, 2010.

VV. AA. *La historia peninsular en los espacios de frontera: las «Extremaduras históricas» y la «Transierra» (siglos XI-XV)*. García Fitz, F. y Jiménez Alcázar, J. F. (coords.). Madrid: Sociedad Española de Estudios Medievales y Editum, 2012.

VV. AA. *La Península Ibérica en tiempos de Las Navas de Tolosa*. Estepa Díez, C. y Carmona Ruiz, M. A. (coords.). Madrid: Sociedad Española de Estudios Medievales:, 2014.

VV. AA. *Introducción a la cultura hispánica. I. Historia, arte, música*. Russell, P. E. (ed.). Barcelona: Crítica, 1982.

Webgrafía

Conde, Juan Carlos. *«Las siete edades del mundo de Pablo de Santa María.* Refundición de 1460». En: *Lemir. Revista de Literatura Española Medieval y del Renacimiento*, 1996-1997, n.º 1 [en línea]: *http://parnaseo.uv.es/Lemir/Textos/Conde/Conde.html*

Bautista, Francisco. *«Cartas y batalla entre Rodrigo y Berenguer Ramón en la* Historia Roderici». En: *e-Spania* [en línea]: *https://journals.openedition.org/e-spania/22221*

Martin, Georges. *«La invención de Castilla (Rodrigo Jiménez de Rada, Historia de rebus Hispaniae, V)*. Identidad patria y mentalidades políticas». [En línea]: *https://halshs.archives-ouvertes.fr/halshs-00113284*, 2006

—, *«El primer testimonio cristiano sobre la toma de Valencia (1098)». e-spania, Rodericus Campidoctor, 2010, n.º* 10. [En línea]: *http://e-spania.revues.org/20087*

Montaner Frutos, Alberto. *«Rodrigo el Campeador como princeps en los siglos XI y XII».* En: *e-Spania* [en línea], [en línea]: *http://e-spania.revues.org/20201*

Rodríguez Casillas, Carlos J. *«Geraldo "Sempavor": las hazañas de un guerrero portugués por tierras extremeñas».* En: *Asociación Cultural Coloquios Históricos de Extremadura.* [En línea]: http://www.chdetrujillo.com/tag/geraldo-sempavor-las-hazanas-de-un-guerrero-portugues-por-tierras-extremenas/. 2009

Vanoli, Alessandro. *«L'invenzione della Reconquista.* Note sulla storia di una parola». En: *Reti Medievali Rivista IX*, 2008. [En línea]: *http:/retimedievali.it/*

nowtilus
www.nowtilus.com

BREVE HISTORIA de la...

RECONQUISTA

José Ignacio de la Torre

Adéntrese en la apasionante historia de la Reconquista de la Península ibérica. Una lucha compuesta de mil batallas a lo largo de muchos años, en las que poco a poco cambió el rumbo del país.

Breve Historia de la Reconquista le ofrece un recorrido político-militar desde la invasión musulmana del 711 hasta la conquista de Granada en 1492 por los Reyes Católicos, prólogo del Siglo de Oro y del imperio que España forjará en las centurias siguientes. Este libro introduce de lleno en esta parte fundamental de la Edad Media española a todo lector interesado en este proceso histórico a través de sus diversas fases, momentos, hechos de armas y personajes más destacados.

BREVE HISTORIA
www.BreveHistoria.com

Visite la web y descargue los fragmentos gratuitos de los libros, participe en los foros de debate temático y mucho más.

Hágase amigo de Breve Historia en Facebook

9 788499 679648